LAUREANO VALLENILLA LANZ

CRITICAS DE SINCERIDAD Y EXACTITUD



EDICIONES GARRIDO - CARACAS - 1956

Obras editadas por la

"TIPOGRAFIA GARRIDO"

De Don Laureano Vallenilla Lanz:
Cesarismo Democrático
Disgregación e Integración

Críticas de Sinceridad y Exactitud

Del Dr. Laureano Vallenilla Lanz, hijo:
Allá en Caracas

Del Dr. José Carrillo Moreno:
Matías Salazar

De Don Vicente Lecuna:
La Revolución de Queipa

Del Gral. Antonio Paredes:
Cómo llegó Cipriano Castro al Poder

Del Dr. Alejandro E. Trujillo:
La Respuesta del Destino
(La Rotunda por Dentro)

Del Dr. Carlos Morales:
Comentarios al Código de Comercio Venezolano

De Ramón Díaz Sánchez:
Teresa de la Parra
o
La Ansiedad del Camino

Memorias de un Recluta de la Expedición Mirandina
Traducción y Prólogo de
José Nucete - Sardi

De Enrique Bernardo Núñez:
Viaje por el País de las Máquinas
(Signos en el Tiempo)

Geografía Gastronómica Venezolana
Por Ramón David León con Pró logo de Pedro Sotillo

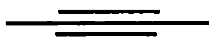
Archivo de La Rotunda
Recopilación de Aníbal Lisandro Alvarado

De Mariano Picón Salas:
Los Días de Cipriano Castro
(Premio Nacional de Literatura, 1953)
(Agotada)

Del Dr. Pedro M. Arcaya:
Estudio Crítico de las Excepciones de Inadmisibilidad y otras Previas del Derecho Procesal Venezolano

LAUREANO VALLENILLA LANZ

CRITICAS DE SINCERIDAD Y EXACTITUD



EDICIONES GARRIDO - CARACAS - 1956

Palabras de los Editores

La "Tipografía Garrido" ha tenido el honor y el agrado de reeditar dos importantes obras del ilustre escritor y sociólogo venezolano Don Laureano Vallenilla Lanz —"Disgregación e Integración" y "Cesaris mo Democrático"—, las cuales, como era de esperarse, han sido objeto del favor del público amante de las buenas lecturas. Ahora lanza a la publicidad la segunda edición de "Críticas de Sinceridad y Exactitud", compilación de artículos, discursos y conferencias en las que el Autor ratifica sus facultades de natural talento, densa cultura, adaptación de las doctrinas modernas a nuestro desarrollo histórico y maestría en el uso de nuestro idioma, sobrio, incisivo, sin galas retoricas cual los graves asuntos lo piden, pero siempre elegante en medio de su sencillez, ameno y solamente destinado a expresar ideas "sinceras y exactas", esto último en cuanto es posible en la ciencia histórica basada en rigurosos documentos. Pero en este libro el Autor se destaca aun más en uno de sus atributos característicos: este es un libro de polémica y al lado de la fuerza de los argumentos y de la maestría para exponerlos, encontramos al combatiente esforzado que nunca llega a la diatriba pero que con muy fina ironía —atributo de su agudo talento— agrega a los documentos y las rozones ese condimento del buen pensar y del buen decir. En este libro el señor Vallenilla Lanz se nos muestra como un centinela celoso y vigilante que no solo defiende a la Patria y a sus Libertadores de los infundios de gratuitos detractores, sino que se convierte en un gran americanista que refuta a otros detractores "más ignorantes que mal intencionados", como decía el Libertador, quienes de allende los mares se han arrogado la triste misión de hablar y opinar aviesamente de todo un Continente que no conocen.

Ni con los prejuicios más arraigados, nadie podrá negar a este libro sus calificativos de "sincero y exacto", de interés siempre actual: por ello la "Tipografía Garrido" cree hacer buena labor al reeditarlo y brindarlo, como presente excepcional, a los buenos lectores venezolanos.

C. A. TIPOGRAFIA GARRIDO.



CRITICAS DE SINCERIDAD Y EXACTITUD

UN CURIOSO E INTERESANTE AUTOGRAFO DEL AUTOR:

"Para mi querido amigo y colega Doctor Lisandro Alvarado, con la súplica de si ha de hacer crítica de este libro, no lo haga en latín.

Afectuosamente,

L. Vallenilla Lanz".

"Novbe. de 1921".

Alude a la crítica que el Doctor Alvarado, hizo en "Cultura Venezolana" sobre "Cesarismo Democrático" y que contenía muchas citas en latín.

PROLOGO

PROLOGO

Feliz el que ha llegado a conocer las causas de las cosas.

Virgilio. (Eglogas, XXIV, 10).

Don Laureano Vallenilla Lanz, uno de los pensadores más vigorosos de este país, es el autor de los trabajos que aparecen en el presente volumen, bien llamado por la índole de ellos y por el fervor que los anima CRITICAS DE SINCERIDAD Y DE EXACTITUD. El autor es un patriota armado con la razón y la verdad en una mano y el corazón en la otra, que defiende con noble pasión el prestigio y buen nombre de su patria en presencia de los que a través de la historia pretenden separar a Venezuela del lugar preeminente que ha conquistado en el continente.

En estos trabajos o ensayos, resalta don Laureano Vallenilla Lanz, bajo aspectos que cabe destacar: el historiador que conoce y domina la metodología científica, bien informado en todo cuanto quiere tratar; el hombre que sin rechazar de plano la intervención providencial en los hechos humanos, se atiene a los hechos cumplidos, y defiende la verdad contra las acechanzas de aquellos que acaso por ignorancia o mala fe, procuran disminuir la personalidad de Bolívar y la obra realizada por Venezuela en la historia de América; el sociólogo que conoce, no sólo la filosofía natural, sino que ha analizado las escuelas y su manera de enfocar los acontecimientos; que ha penetrado a fuerza de contracción y del estudio asiduo de la historia, en la evolución de la vida e instituciones y logrado comprender las leyes que presiden los fenómenos sociales.

Por ello es él, por excelencia, intérprete, digamos así, de hechos que han contribuido a la formación de la nacionalidad venezolana, y es además el diserto escritor que expresa en castellano limpio y con gran claridad su pensamiento, porque ha formado su estilo en el estudio constante y progresivo de los grandes maestros del habla castellana.

Este autor es un hombre de suyo afamado en el mundo científico, no sólo por la certeza y lógica de sus conclusiones en los asuntos que explica, sino por las diatribas que contra las ideas que sustenta se le han dirigido. No es Vallenilla Lanz el escritor que expone tesis leídas aquí o allá, el repetidor simplista de conceptos de unos y de otros, sino que como hombre incansablemente estudioso de la historia ha penetrado con ojo zahorí en la entraña viva de los hombres y de los hechos, y no le son extraños el origen de las sociedades humanas; la fundación de las ciudades, de los estados y de los gobiernos; las leyes que rigen las nacionalidades y el genio de los pueblos; los fenómenos biológicos; el medio físico; los elementos de la vida social; la economía de los pueblos y su evolución a través de los siglos; el origen y los fenómenos religiosos, en fin, el hombre en sus relaciones con la geografía, la sociogeografía, la antropología, la antropogeografía, la geopolítica. Sabe que en todas partes, en todos los territorios que sirven de asiento a la vida, hay una parte que bien puede llamarse superficie humana con "medios geográficos, étnicos y económicos que corresponden a modalidades distintas del ser humano y a diferentes regímenes de gobierno". I porque su inteligencia está plena de conocimientos universales que sirven de fundamento a las ciencias sociales, sus estudios y apreciaciones constituyen un verdadero diagnóstico sobre la realidad venezolana, y sin hipérbole, sobre la evolución de la vida social, jurídica y política de los países de América. Por eso, al par que escritor, es un sociólogo y un filósofo en sus ensayos y disertaciones, bien sea sobre motivos históricos, de sociología o de crítica.

En este hermoso volumen que ahora da a la estampa la importante editorial C. A. Tipografía Garrido, el notorio escritor compila varios y sensatos ensayos sobre la misión de

VENEZUELA EN LA INDEPENDENCIA HISPANO-AMERICANA *en más de los cuales ataca y vence a quienes pretenden obscurecer la personalidad de Bolívar y de Venezuela en los esfuerzos por lograr la libertad de América; EL LIBERTADOR JUZGADO POR LOS MIOPES, cinco estudios en donde con singular maestría y dialéctica destruye los razonamientos simplistas y antihistóricos de algunos escritores, inclusive venezolanos, que pertenden disminuir el prestigio de Bolívar, atribuyéndole propósitos monárquicos en la organización política y jurídica de los estados hispanoamericanos; tres trabajos sobre el CONCEPTO DE RAZA en donde se observan sus sólidos conocimientos en materia científica e histórica, muy en especial sobre la materia, al extenderse muy atinadamente sobre el concepto de raza en general y sobre la formación del pueblo venezolano y de todos los engendrados por España durante la colonización y la organización social, la formación de castas o clases sociales de la sociedad colonial y el porqué de acontecimientos cuya causa se ignoraba; tres estudios denominados ESPAÑA Y AMERICA - LOS OBREROS DEL ACERCAMIENTO, en donde palpita el pronunciado hispanismo del autor —porque como conocedor de España y de su obra en América y en el mundo, no puede ser antiespañol—, y expresa su deseo, pese al distinto parecer de algunos de sus contemporáneos, de que la Madre Patria y sus hijos se acerquen y se comprendan mejor, para mantener la unidad hispánica, la unidad de la cultura hispánica dentro del progreso moderno; y finalmente, nueve estudios, muy importantes de suyo, con el título de JUICIOS Y COMENTARIOS, en los cuales se mezclan en vigorosa unidad el agudo sociólogo y el pensador sereno, aunque polémico, pero ágil, lógico y certero en sus pensamientos, aunque animados de suave humorismo sutil. Allí sostiene con apreciaciones indiscutibles que la guerra de la independencia fué una guerra civil, tesis que no ha sido rebatida con éxito hasta ahora, a pesar de los modernos derroteros de la apreciación histórica; consideraciones en materia de religión, y en admirable síntesis, su idea matriz expuesta in extenso en su obra CESARISMO DEMOCRATICO.*

Aunque en esos trabajos o estudios el autor no hace profesión de fe religiosa alguna, no obstante, acicateado por las razones de creer que tuvo en su infancia y adolescencia y que ha robustecido luego en el constante estudio de la religión y de sus misterios a través de su vida, no obstante haber manifestado él mismo no ser providencialista, en el fondo lo es, no a la manera de San Agustín o de Bossuet, y es que íntimamente, no ha podido despojarse de su formación cristiana, porque esos principios los llevó siempre en el alma, de tal manera que si en sus conclusiones se va directamente a los hechos constantes observados por él a lo largo de la historia del mundo o de Venezuela, no cree que en la sociología, así parece ser en la médula, en lo profundo de sus apreciaciones, sólo haya razones de tipo materialista e intrascendente.

El propio Vallenilla Lanz en sus NOTAS SOBRE LA RELIGION se expresa así: "Libre pensador, determinista, positivista, en toda la extensión que racionalmente quiera darse a estos conceptos, soy sin embargo, el primero en condenar el indiferentismo religioso de nuestro pueblo, que lejos de ser una demostración de cultura —como vulgarmente se cree— es un signo inequívoco de barbarie, porque nada es más conforme con la naturaleza humana que el instinto religioso y nadie puede desconocer su importancia como lazo social y como freno moral para las multitudes".

He allí una exposición magistral del autor. Fundados solamente sobre lo material, no podemos crear sino la nada. Por eso dijo Voltaire más de una vez: "si Dios no existiera, habría que inventarlo". I sépase que este formidable escritor francés, tan conocido y manoseado por todos en este país, creía en Dios, remunerador y castigador, como dice Alfredo Fouillée. Sin entrar a contender con nadie a este respecto, creo que don Laureano, además de creer en Dios, también creía en la Providencia, aunque él haya dicho lo contrario, y porque es un sociólogo que ha bebido no solamente en fuentes materialistas, sino también en fuentes espiritualistas, que conoce el Cristianismo y sus detractores, y la esencia de las religiones en gran parte; porque es un hombre sincero, patrio-

ta, sustenta con muchos como La Harpe, Toussaint, Rousseau, Littré, Víctor Cousin, Hipólito Taine, Marc Girardin, Simón Jouffroy, Guizot, Víctor Hugo, Maine de Biran, Macaulay, De Maistre, De Bonald, Jaime Balmes, Juan Donoso Cortés, Vázquez de Mella, Andrés Bello, Baralt, Cecilio Acosta, y otros muy numerosos, creyentes o no, positivistas o no, la necesidad de la religión y de la enseñanza religiosa, porque como sociólogo que es sabe que la sociología es la ciencia de la realidad. Por eso ha dicho él mismo, y entiéndase bien su pensamiento: "Yo creo que mientras el progreso de la ciencia y la educación laica y democrática no hayan modificado lenta y evolutivamente la herencia psicológica de los pueblos hispanoamericanos, es no sólo inútil sino peligroso, pretender suprimir la influencia cultural de la religión. Tan grande es su acción educadora que el mismo pueblo angloamericano, uno de los más positivistas, le atribuye una enorme importancia a causa de las reglas de vida que ella impone".

A muchos, intelectuales o no, ha sido inaccesible el verdadero pensamiento del académico Vallenilla Lanz, porque a este escritor hay que saberlo leer para entenderlo cabalmente, qué es lo que ha querido decir, no obstante la claridad de su expresión. No hay que olvidar que escribía en una época peligrosa en donde cada quien estaba apostado para observarlo todo y hasta para ver lo que pasaba en lo íntimo del alma de los otros. Los que no lo han comprendido lo han llamado ateo, positivista, apologista de la dictadura. Pero don Laureano Vallenilla Lanz, como dejamos dicho, creía en Dios y en la Providencia, no fué jamás ateo ni positivista, por más que para sustentar su criterio sobre los hechos históricos se basara en postulados de la filosofía de Augusto Comte. Fué sí un pensador de tipo independiente que tiene sus razones propias, emanadas de sus investigaciones y con ellas analiza los hechos y la vida de relación de los seres humanos, tomando en cuenta las circunstancias que rodean al hombre en cuanto tal, y por ello encuentra lo que encierran los hechos y las ideas, su alcance y sus consecuencias.

Tampoco es un apologista de la dictadura. Vallenilla Lanz no justifica los regímenes despóticos o dictatoriales que han padecido Venezuela o el resto de América y del mundo. Gracias a sus estudios, a su análisis de la historia, de las instituciones políticas y sociales, ha encontrado una serie de hechos constantes en los pueblos, especialmente en el pueblo venezolano, y ha sacado de ellos conclusiones para poder explicar nuestros fenómenos sociales y políticos, que son los mismos que los de otros países de América.

Los estudios del autor hay que leerlos con verdadera atención tanto los que estamos prologando, como los contenidos en sus otros libros, "Cesarismo Democrático" y "Disgregación e Integración", no sólo porque ellos nos dan la clave, la explicación de los fenómenos y contradicciones sociales y políticas de nuestra historia, sino porque Vallenilla Lanz trata de hacer despertar entre los venezolanos el sentimiento verdadero de patria, la convicción de que somos una nación y por consiguiente capaces de darnos un verdadero ordenamiento social y jurídico, emanado de nuestra fisonomía nacional; porque no somos "autómatas fatalmente dirigidos", ni tampoco "autónomos absolutos", como decía Jean Bruhnes. Vallenilla Lanz quiere que Venezuela logre darse una constitución y leyes surgidas de la realidad, a fin de no seguir dando volteretas políticas, codiciando el poder y el gobierno, modificando la forma republicana y admitiendo instituciones fuera de nuestra mentalidad, por nuestra escasísima evolución social. "Creo, dice, con Savigni, que los derechos no se fabrican como las máquinas; sino que se forman y se organizan lentamente en el alma de los pueblos. Yo he querido oponer lo que es orgánico a lo que es mecánico".

Vallenilla Lanz pues, no trata de justificar ningún régimen despótico, sino explicar su razón de ser para que el pueblo, todo el pueblo nacional, pueda encontrar el camino que conduce a la verdadera democracia. El postulado de la filosofía popular de que "cada pueblo tiene el gobierno que se merece", lo traduce él de la siguiente manera: "Yo he partido del principio de que todo pueblo tiene, no el Gobierno que

se merece —como dicen los empíricos y los pesimistas— sino el sistema de Gobierno que el mismo produce de acuerdo con su idiosincrasia y su grado de cultura". Páez, Guzmán Blanco, Castro, Gómez, han surgido del propio barro venezolano, de la entraña viva del pueblo venezolano y con las permanentes cualidades venezolanas. Para Vallenilla Lanz, —y esta es su verdadera doctrina y sobre la cual insiste,— mientras los factores que informan la nación venezolana no se modifiquen, el régimen gubernamental será el gendarme que surge de la anarquía, de la montonera, de la guerra civil, que frena la codicia y las pasiones políticas, salvo, naturalmente, cuando el Jefe del estado sea superior al medio ambiente social e imponga una conducta política, una estrategia de mando mejor.

Pero, ¿qué es eso del gendarme necesario de que tanto se ha hablado? ¿Es que acaso es de suyo necesario que nos gobiernen Páez, Castro, Gómez? ¿Es que acaso son esos los únicos tipos políticos que pueden gobernarnos para vivir una vida de paz y de progreso? No, eso no lo ha querido decir nunca Vallenilla Lanz. El mismo nos da el procedimiento, él mismo nos dice cómo hacer para salir del marasmo, de la resignación, del ambiente de inferioridad en que vivimos por tanto tiempo: "Tengo una fe absoluta en que a medida que la cultura científica vaya generalizándose en nuestros países y fortaleciéndose, por medio de la inmigración europea y el fomento de la riqueza, los órganos de selección democrática, las bases fundamentales del Código Boliviano, serán un día las del Derecho Constitucional de Hispanoamérica".

Cuando Vallenilla Lanz habla de "una sola voluntad enérgica, prudente e inspiradora del bien público", está muy lejos de referirse a Castro o a Gómez, se refiere al Jefe del estado que encabece un gobierno fuerte, enérgico, prudente, capaz de conducir al pueblo venezolano a sus grandes destinos, al hombre idóneo que dé a Venezuela la fisonomía que corresponde a los esfuerzos de los padres de la nacionalidad, porque, como dice D'Auriac, "No hay gobierno estable sin pueblo

a la espalda, pensando como el gobierno mismo, sintiendo y procediendo como él".

La doctrina de Vallenilla Lanz no trata, pues, de justificar ningún régimen dictatorial, sino de explicarlo, por medio de datos que la historia, la geografía, la política, le suministran; explicar el fenómeno político y sociológico que ha ocurrido, no solamente en Venezuela, Argentina, Bolivia, Perú, México, sino también en Europa, en Inglaterra, Francia, Italia, Alemania. Por eso ese libro que especialmente la contiene, "Cesarismo Democrático", a juicio de un profesor norteamericano "no es un libro para Venezuela, sino para toda la América hispana, no es un libro para un momento sino para toda una época".

El lector que investigue sin prejuicios los estudios de Vallenilla Lanz, se dará cuenta de que son una notable síntesis del saber humano en cuanto a postulados históricos, filosóficos y sociológicos se refiere, y que las fuentes en que el autor ha bebido su sabiduría para nutrir y vigorizar su pensamiento son de variada índole y abarcan el mundo entero: la antigüedad clásica y los materialistas de todos los tiempos, pero también San Pablo, San Agustín, Santo Tomás de Aquino, Descartes, Ketteler, León XIII, la historia de la Iglesia y de los Papas.

No ha necesitado ser un positivista ni ha fundamentado su pensamiento en los deterministas; ha recorrido las páginas de la historia universal con rigor científico una y más veces, para compenetrarse de una serie de principios y de hechos permanentes que han servido a todas las generaciones, y por ello sus conclusiones son sabias y certeras. Por eso ha dicho el eminente ecsritor colombiano don Antonio Gómez Restrepo: "el señor Vallenilla Lanz es, a par de un investigador de primer orden, un escritor distinguidísimo; sus estudios se dejan leer con el mayor agrado por el estilo limpio, elegante, incisivo; por la argumentación sólida y precisa; por la discreta ironía con que el polemista sabe reducir a polvo las argumentaciones de sus contrarios".

Mañana, cuando la historia deba dar su veredicto sobre la personalidad de este notable venezolano, nadie podrá

echarle en cara que por causa suya Venezuela haya sufrido detrimento alguno en sus intereses, porque lejos de ello, siempre los defendió con altivez, desinterés y constancia y puso sus conocimientos al servicio del prestigio y de la honra del Libertador y de la patria. Su pluma, cruzada de escalpelo y de diamante, vertió sobre la literatura de América, desde su ángulo venezolano, raudales de luz propia, en la justeza del concepto, en la entereza de la doctrina y en la amplitud sociológica del enfoque moderno hacia la humanidad siempre en tránsito. Esta pluma, desde su hora humana, supo dibujar la geografía espiritual de Venezuela. Esa es la verdad.

Manuel Maldonado

Caracas, enero de 1955.

Críticas de Sinceridad y Exactitud

Prefacio

Los maestros de la metodología histórica, después de sentar el principio de que la historia se escribe con documentos, indican las operaciones, indispensables, que el erudito debe poner en práctica a fin de purificar el documento, poniéndolo en condiciones de servir al historiador.

Estas operaciones, —partiendo de la heurística, que consiste en la rebusca y clasificación del documento— comprende la Crítica Externa, de procedencia y de interpretación; y la Interna o Psicológica, que es la crítica; y Sinceridad y Exactitud. De allí el título de este volumen.

Nada más facil, en apariencia, que la lectura e interpretación de un documento histórico; pero nada más difícil en realidad, cuando los maestros nos hacen ver los tropiezos y los peligros que para la verdad histórica representan la falta de preparación, la ligereza, la candidez o la prevención, conque algunos escritores se dan a fabricar historias sobre documentos que no han sido concienzuda y científicamente analizados. Los adelantos de las ciencias históricas —no hablamos sólo de la historia en sí misma, sino de las ciencias auxiliares— han permitido últimamente rectificar multitud de hechos trascendentales que desde largos años atrás se tenían como indiscutibles y se han logrado poner de relieve hasta anacronismos groseros en que incurrieron célebres historiadores.

Pero aun ciñéndose estrictamente a las reglas de la Metodología histórica, hasta purificar el documento, llega un instante en

que la Exposición reclama del historiador aquello que Ricardo Palma creía indispensable para escribir buenos versos, aún después de saber la fórmula:

En el medio, hay que poner talento.

Y si tal cosa es indispensable a los eruditos, ¿cómo no ha de serlo a aquellos que creen sentar cátedra de historiadores con el primer documento que les viene a las manos, poniéndolo al servicio de sus pasiones, de sus intereses nacionalistas o arrastrados por la necia vanidad de aparecer originales o innovadores, contando con la natural ignorancia o credulidad del gran público?

Contra algunos escritores de esa especie, y siempre en defensa de una verdad o de una gloria pura, fueron escritos casi todos los estudios recopilados en este volumen. Muchos han sido reproducidos por la prensa de Hispano-América, precediéndolos de conceptos tan elogiosos, que casi nos han hecho creerlos dignos de merecer los honores del libro; y lo hacemos también obedeciendo a insinuaciones de amigos nuestros que estarán obligados a compartir con nosotros las decepciones del fracaso, si la crítica considera que estos estudios debieron quedar olvidados en los diarios, revistas y folletos en que por primera vez se publicaron.

Caracas: julio de 1921.

Venezuela en la Independencia Hispano-Americana

EL 19 DE ABRIL DE 1810

El 19 de abril de 1810 no ha sido considerado hasta hoy sino como la fecha inicial de la Emancipación Hispano-Americana; pero si nos fijamos un poco en los documentos de aquellos días memorables, encontramos también que de ella arrancó nuestra evolución institucional, que condujo necesariamente a los ilustres creadores de la nacionalidad a la adopción del sistema republicano sobre las bases de la democracia y del federalismo. Y sube de punto la trascendencia de aquella célebre fecha, si consideramos que esos principios ideológicos constituyeron el credo de la revolución en todo el continente, a la vez que fueron como el florecimiento en América de las antiguas libertades españolas casi ahogadas en la Metrópoli bajo el formidable centralismo de los reyes austriacos.

I

Desde el acta misma de su instalación, al declarar destruida la autoridad de los agentes españoles y disuelta la Junta Central de Sevilla, la Junta Suprema de Caracas considera que, desaparecido el Rey como centro común de la Monarquía, todos los cuerpos políticos que la integraban habían reasumido de hecho su primitiva soberanía y se hallaban en el caso de aliarse para constituir, por medio de un cuerpo representativo, una forma de Gobierno capaz de atender a su conservación y defensa. Y considerándose el Cabildo de Caracas sin facultades suficientes para imponer sus decisiones a los demás pueblos de la Capitanía General, solicita su concurso, les expone las causas que motivaron su resolución, y en términos que demuestran la gran capacidad de aquellos dignísimos patricios y su respeto por los principios fundamentales que preconizan, les dirige estas frases memorables:

"Habitantes de las provincias de Venezuela! Nosotros en cumplimiento del sagrado deber que el pueblo de Caracas nos ha impuesto, lo ponemos en vuestra noticia y os convidamos a la unión y fraternidad con que nos llaman unos mismos deberes e intereses. Si la soberanía se ha establecido provisionalmente en pocos individuos, no es para dilatar sobre vosotros una usurpación insultante, ni una esclavitud vergonzosa; sino porque la urgencia y la precipitación propia de estos instantes, y la novedad y grandeza de los objetos así lo han exigido por la seguridad común. Eso mismo nos obliga a no poder manifestaros de pronto toda la extensión de nuestras generosas ideas; pero pensad que si nosotros reconocemos y reclamamos altamente los sagrados derechos de la naturaleza para disponer de nuestra sujeción civil, faltando el centro común de la autoridad legítima que nos reunía, no respetamos menos en vosotros tan inviolables leyes y os llamamos oportunamente a tomar parte en el ejercicio de la suprema autoridad..."

Desconocida por los Cabildos de Coro y Maracaibo la revolución de Caracas, la Junta Suprema considera que aquellas ciudades han olvidado "los vínculos de nación, religión, fraternidad y comunidad de intereses que les unen con los otros distritos de Venezuela, quebrantando las leyes fundamentales del reino, que prescriben el modo con que ha de ser gobernado en los interregnos y en el presente caso de su orfandad; por ella tienen todos los ciudadanos españoles del nuevo y del antiguo mundo el derecho de nombrar en el Congreso nacional de las cortes los tutores o curadores que hayan de administrar interinamente la soberanía..."

Basados en esos precedentes y respetuosos a la independencia política de aquellos cuerpos les dice: "Cabildos de esos departamentos, adheríos a los sanos principios que ha pronunciado Caracas! Trasmitid vuestros sufragios con la dignidad y franqueza que conviene a los pueblos virtuosos; ella no tiene más pretensión que la de uniros constituyendo por el voto general un gobierno legítimo representante y conservador de los derechos de nuestro augusto Soberano Señor don Fernando VII, y no obstante la superioridad política en que la ha colocado la naturaleza, no conoce otra ambición que la de excederos a todos en esfuerzos y sacrificios por la causa común".

II

Se ha dicho siempre y se repite aún con marcada ligereza, que los hombres de la primera patria no fueron, como estadistas, sino simples imitadores de instituciones extrañas, copistas sin discernimiento de leyes y principios sancionados en pueblos de origen y costumbres distintos de los nuestros, y nada es más erróneo.

Habituados nuestros patricios al ejercicio constante de las funciones municipales, herederos de muchas generaciones que así en la madre patria como en la Colonia habían visto en el Municipio el representante de las libertades públicas, tenían necesariamente que considerar a los Cabildos como los personeros naturales y legítimos de los derechos populares y ver en cada ciudad o partido capitular un cuerpo político autonómico con facultades soberanas, destituidas ya las autoridades que representaban al Monarca, y en capacidad por tanto de concurrir por medio de sus diputados a la formación de un gran cuerpo representativo que asumiera la administración general de las provincias, que antes ejercían el Capitán General, el Intendente de Hacienda y la Real Audiencia.

De allí que mucho antes de que se descubrieran los verdaderos fines de la revolución y de que se pensase en implantar el sistema republicano, se precisaron ya los principios y las fórmulas del federalismo y del gobierno representativo, basándose en el antiquísimo precepto de "ayuntarse para resolver los fechos grandes e arduos"; y se hablara de **confederación**, es decir: "liga, unión, alianza ofensiva y defensiva entre cuerpos políticos e independientes, enclavados en una demarcación topográfica y para un objeto de interés común".

Era ese el único criterio político de aquellos días manifestado explícitamente en todos los documentos y sin que todavía se hablase de imitar la Constitución de los Estados Unidos.

"El primer deber de esta Suprema Junta, fué dar parte a todas las de Venezuela de su resolución, de los motivos que la produjeron, de los medios que emplearon para realizarla, y convidarlas a todas a que tomasen la parte que les corresponde en la **confederación** con que Venezuela quería constituirse depositaria de los derechos de su Rey en la orfandad en que la dejaba el extinguido Gobierno representativo de la Junta Central..."

De igual manera se expresarán días más tarde, al convocar a los pueblos para la elección de diputados al Congreso Constituyente:

"La Junta Suprema de estas provincias, al revestirse del alto carácter que una parte considerable de vosotros le ha conferido, no pudo disimular que la naturaleza o términos de su constitución le imponía imperiosamente la necesidad de convocaros para consultar vuestros votos y para que escogieseis inmediatamente las personas que por su probidad, luces y patriotismo os parecieran dignas de vuestra confianza. Veía la Junta que antes de la reunión de los diputados provinciales, sólo incluía la representación del pueblo de la Capital y que aun después de admitidos en su seno los de Cumaná, Barcelona y Margarita, quedaban sin voz representativa las ciudades del interior, tanto de ésta, como de las otras provincias; veía que la proporción en que se hallaba el número de los delegados de Caracas con los del resto de la Capitanía General no se arreglaba, como lo exige la naturaleza de tales delegaciones, al número de los comitentes; veía por último que si la estrechez de las circunstancias era una apología suficiente para estos defectos, dejaría de serlo si descuidaba remediarlos inmediatamente que desapareciese, llegada la época de verificarlo sin inconveniente, sin desorden y de una manera que calificase la vigilante solicitud de la Junta por la tranquilidad pública, al mismo tiempo que hiciese presente la moderación y equidad de sus principios".

No puede darse más claridad en el fondo ni mayor precisión en los conceptos. Caracas no asumía porque no podía asumir legítimamente la autoridad Metropolitana (1); desaparecidas las autoridades supremas de la colonia, no podía dictar leyes a las demás ciudades, ni la Junta emanada de su Cabildo podía considerarse con autoridad suficiente para imponerles sus decisiones, que tal procedimiento pugnaba abiertamente con las tradiciones legales invocadas por ella a cada paso. Así lo hizo también al

(1) La Legislación de Indias consideraba como ciudades metropolitanas, aquellas en donde residían el Virrey o la Capitanía General, el Intendente de Hacienda, la Real Audiencia y el Arzobispado. Así lo alega el Cabildo de Coro al desconocer la Junta de Caracas.

indicar a los demás pueblos la forma en que debía elegir sus representantes: "Todas las clases de hombres libres son llamados al primero de los goces del ciudadano, que es el de concurrir con su voto a la delegación de los derechos personales y reales que existían originariamente en la masa común y que le ha restituido el actual interregno de la monarquía".

Y encareciendo la necesidad de constituir el cuerpo representativo con hombres de incuestionable probidad, no va a buscar ejemplos a pueblos extraños, no invoca la historia ni los sistemas políticos de otros países, sino que se remonta en los anales de España para recordar su decadencia desde el momento en que comenzó a olvidar sus primitivas libertades: "Leed la historia de nuestra nación y en ella encontraréis que las arbitrariedades de los Ministros comenzaron cuando las Cortes nacionales, depositarias de la autoridad legislativa, dejaron de oponer una barrera a los esfuerzos progresivos del despotismo. Veréis que habiendo caído en desuetud la representación del pueblo se aumentaron las cargas con las rentas y la opresión con las conquistas; veréis entonces corrompidas las costumbres públicas; deprimido el alto carácter de nuestros consejos, prostituidos los empleos y entorpecidos los canales de la administración; veréis en fin que bastó la exaltación de un favorito inepto y vicioso para derribar el trono y para sepultar a la nación más bizarra y generosa en los horrores de la servidumbre extranjera". (2)

III

Tal fué la doctrina de desintegración proclamada entonces por todos los pueblos Hispano-Americanos.

El 25 de Mayo de 1810 estalla la revolución de Buenos Aires e inmediatamente se verifica no sólo la desintegración del virreinato de donde al fin de la lucha debían surgir cuatro Estados independientes: Bolivia, Paraguay, Banda Oriental y República Argentina, sino que el territorio de esta última se divide en provincias auto-

(2) Todos estos documentos son tomados del Tomo II de la Recopilación de Blanco y Azpurúa.

nómicas, no por las antiguas Intendencias sino por las Ciudades-Cabildos. (3)

Un eminente argentino ve en este movimiento de disgregación de las ciudades, que más tarde constituyeron la Confederación Argentina, el resultado de una evolución orgánica que vino operándose lentamente desde los orígenes remotos del país y héchose visible en su momento oportuno. Movimiento sujeto a principios y doctrinas tradicionales, que no sólo formaban el derecho constitucional español, sino que se basaban en la estructura íntima del país argentino. (4)

Para comprobarlo trae el testimonio del doctor Moreno, uno de los más ilustres políticos de la revolución de Mayo, expresado en estos términos:

"La disolución de la Junta Central de Sevilla restituyó a los pueblos la plenitud de los poderes que nadie sino ellos mismos podían ejercer, desde que el cautiverio del Rey dejó acéfalo el reino y sueltos los vínculos que le constituían centro y cabeza del cuerpo social. En esta dispersión, no sólo cada pueblo asumió la autoridad que de consuno habían conferido al monarca, sino que cada hombre debió considerarse en el estado anterior al pacto social de que derivan las obligaciones que ligan al Rey con sus vasallos".

La doctrina de Moreno, dice el doctor Ramos Mejía, era una doctrina española. Invocada por él contra la Junta de Regencia de España e Indias, fué invocada por los pueblos del virreinato contra la Junta de Buenos Aires y contra las ciudades capitales de sus respectivas provincias. (5)

Y en esa doctrina se apoyó la Junta gubernativa de Buenos Aires para reconocer, como la de Caracas, la autonomía de las ciudades y la necesidad de que éstas concurrieran por medio de sus representantes a la formación del Gobierno central.

De entonces comenzó la anarquía provincial que durante muchos años fué como un germen fecundo de revueltas intestinas, de tiranía y de desórdenes para aquella República, que ha venido a

(3) Sarmiento.—Civilización y Barbarie.
(4) Doctor Ramos Mejía. El Federalismo Argentino.
(5) Doctor Ramos Mejía.—Ob. cit.

ser después el más avanzado sin duda de los pueblos de origen español.

El 20 de julio de 1810 estalla el movimiento revolucionario en Santa Fe de Bogotá y desde el primer instante su Junta Suprema de Gobierno proclama los mismos principios que Caracas y Buenos Aires, y las ciudades todas del virreinato asumen igual actitud de autonomía e independencia.

La Junta Suprema de Santa Fe, no pudiendo considerarse sino como depositaria interina de la soberanía, en tanto que las ciudades del Nuevo Reino de Granada eligen sus representantes, las excita a constituir un Gobierno "sobre las bases de libertad respectiva de ellas, ligadas únicamente por un sistema federativo, cuya representación deberá residir en la Capital para que vele por la seguridad de la Nueva Granada, que protesta no abdicar de los derechos imprescriptibles de la soberanía del pueblo a otra persona que a la de su augusto y desgraciado Monarca Don Fernando VII".

Días más tarde, al convocar a las provincias para concurrir a la formación del cuerpo representativo, les dice: "La capital no intenta prescribir reglas a las provincias ni se ha erigido en superior de ellas: toma sólo la iniciativa que le dan las circunstancias. Su Gobierno es provisional, y se apresura a llamar vuestros representantes para depositarlo en ellos".

"Por ahora su gobierno será también interinario mientras que este mismo cuerpo de representantes convoca una Asamblea General de todos los Cabildos, o las cortes de todo el reino, (6) prescribiendo el reglamento conveniente para la elección de diputados. Pero no por eso entiende la Suprema Junta que deben quedar excluídos absolutamente los Cabildos Subalternos de influjo en la elección que ahora se debe hacer en las capitales respectivas, de los ya dichos representantes, bien sea captando ante su beneplácito, bien pidiendo después su aprobación, bien dando ellos mismos sus poderes, bien enviando diputados a las cabezas de provincias... Pero la Suprema Junta espera que consideradas todas las circunstancias, los ilustres Ayuntamientos de las capitales conci-

(6) Obsérvese que no se habla de Congreso, sino de Cortes.

lien la importancia de la breve reunión de ésta de Santa Fe, con la participación que deben tener todos los pueblos del reino en la obra grande que vamos a emprender".

"La noticia de la revolución de Santa Fe y de la deposición del Virrey y demás autoridades generales, dice Restrepo, se esparció rápidamente por las provincias de la Nueva Granada. Cartagena imitó el ejemplo de la Capital estableciendo Junta independiente, que lo fué su Cabildo. Santa Marta hizo lo mismo, y Antioquia las siguió con el Chocó, Neiva, Mariquita, Pamplona, El Socorro, Casanare y Tunja. En esta provincia, en las de Pamplona, Neiva y Mariquita cundieron los partidos; algunos lugares querían depender inmediatamente de Santa Fe, y otros como Jirón pretendían establecer gobierno particular y constituir Repúblicas miserables. Las provincias del Istmo de Panamá y la de Río Hacha se denegaron a proclamar la revolución y sostuvieron las autoridades españolas"; y agrega más adelante: "principiaron también a desarrollarse gérmenes activos de división y anarquía: el federalismo, la rivalidad de unas provincias con otras y la de las ciudades subalternas con sus capitales, hé aquí los principios desorganizadores que desde los primeros días turbaron la revolución de la Nueva Granada, y que más de una vez regaron con sangre sus fértiles campos". (7)

"Es indudable, decía a su vez en el otro extremo del continente la Junta Provisional del Paraguay el 20 de Julio de 1811, que abolida o desecha la representación del poder supremo recae ésta, o queda refundida naturalmente en la Nación. Cada pueblo se considera entonces en cierto modo participando del atributo de la soberanía, y aun los Ministros públicos han menester su consentimiento o libre conformidad para el ejercicio de sus facultades... La provincia del Paraguay reconoce sus derechos, no pretende perjudicar aun levemente los de ningún otro pueblo y tampoco se niega a todo lo que es regular y justo. Los autos mismos manifestarán que su voluntad decidida es unirse con esa ciudad (Buenos Aires) y demás confederados, no sólo para conservar una recíproca amistad, buena armonía, comercio y correspondencia; sino tam-

---

(7) Restrepo.—Historia de Colombia.—Tomo I.

bién para formar una sociedad fundada en principios de justicia, de equidad y de igualdad". (8)

Y en la primera de las declaraciones que hace a la Junta Gubernativa del Río de la Plata, manifiesta "que mientras no se forme el Congreso General, la Provincia se gobernará por sí misma sin que la Excelentísima Junta de esa ciudad (Buenos Aires) pueda disponer, ni ejercer jurisdicción sobre su forma de gobierno, régimen, administración, ni otra alguna causa correspondiente a ella".

A partir de esta época no hay una sola de las colonias españolas en que no resuene el grito de federación; y por todas partes, desde Méjico hasta el Plata, se entabla la lucha entre un grupo de hombres conscientes que aspiran a la centralización del Gobierno, y la inmensa mayoría de los pueblos que, empujados por un móvil instintivo, por un prejuicio hereditario, proclaman la independencia provincial, el particularismo, el localismo, no por un simple espíritu de imitación sino por un movimiento indeliberado hacia las formas tradicionales disgregativas, cuyos orígenes se perdían en los más remotos tiempos de la historia española. (9)

IV

La Capitanía General de Venezuela, al estallar el movimiento del 19 de Abril, no se divide por las gobernaciones y subintendencias sino por las ciudades-cabildos o partidos capitulares; y Barcelona se separa de Cumaná; Trujillo y Mérida de Maracaibo; Coro de Caracas, desconociendo la revolución, y Valencia, Barquisimeto, San Felipe, Calabozo, San Fernando, Guanare, San Carlos, aspiran desde el primer momento a la categoría de provincias.

En Coro —dice Heredia— el Ayuntamiento aumentado con cierto número de individuos bajo el nombre de suplentes, se apo-

(8) Blanco y Azpurúa, Tomo II, pág. 186-187.

(9) La tendencia federalista que en los hombres superiores revistió formas de principios políticos inspirados en la Constitución de los Estados Unidos se manifestó en los caudillos y en las clases populares como el sentimiento estrecho y concreto de la Patria Chica, que tanto hubo de dificultar la integración y unificación de los elementos necesarios al triunfo de la Independencia; y que en el curso de la vida nacional dió margen a multitud de fenómenos que no pueden explicarse sin el análisis de los antecedentes apuntados y de ningún modo por la simple imitación, porque eso sería incurrir en el error "de confundir dos psicologías", como dice Lacombe.

deró del Gobierno Superior. Lo mismo sucedió en Maracaibo, aunque con alguna más moderación por el respeto del señor Miyares: de suerte que a su modo había también revolución en el territorio que reconocía la Regencia. En Guayana hicieron siempre lo que les acomodó sin contar con nadie. (10)

Cuando un año más tarde el Congreso Constituyente proclamó la forma federalista, no hizo más que sancionar un orden de cosas preexistente; y en la adopción de la constitución norteamericana no hubo en definitiva sino la coincidencia de nuestras tradiciones políticas con las propias tradiciones de aquel país; pues es bien sabido que aquel régimen de gobierno no es más que la sanción republicana del sistema de descentralización que los colonos habían trasladado de Inglaterra y que esta nación ha conservado a través de los siglos y de las vicisitudes históricas, como el canon sagrado de sus libertades civiles y políticas y como la escuela donde sus hombres más eminentes han adquirido la difícil ciencia del gobierno.

Emilio Castelar en el prólogo de la traducción de "Los Héroes" de Carlyle, demuestra la notable semejanza que existe entre las instituciones comunales inglesas y los antiguos Ayuntamientos de Aragón y de Castilla. Y el ya citado escritor Ramos Mejía, no obstante su afirmación de que el federalismo norte americano nació en la Colonia al revés de lo que sucedió entre nosotros que el federalismo nació en la madre patria misma, se expresa en los siguientes términos tan elocuentes como precisos: "En ella (en España) debemos buscar y en ella encontraremos el germen y origen de las tendencias federales de nuestro espíritu que se manifestó en los primeros años de nuestra independencia, que ha caracterizado el corto período de nuestra historia política y que nos indujo más tarde nó a imitar servilmente sino a adoptar fórmulas que nos hacían falta y que la experiencia ajena había encontrado buenas. Si no hubiéramos encontrado a la mano la Constitución norte americana, habríamos tenido que hacerla nosotros mismos, y para nuestra originalidad institucional tal vez ha sido un mal haberla hallado".

---

(10) Memorias sobre las revoluciones de Venezuela, pág. 5, en nota.

"Quién sabe qué fórmulas hubiéramos encontrado por nosotros mismos y habría sido digno de ver dos pueblos de raza distinta y que partían de distintos puntos coincidir fundamentalmente en sus proyecciones; habría sido digno de ver de qué manera estos dos pueblos tan distintos entre sí resolvían los mismos problemas políticos y sociales". (11)

Para Venezuela la imitación de la constitución americana fué funesta; pues según el aserto de un ilustre escritor patrio, los esfuerzos de los constituyentes por modificar aquellas instituciones según el carácter, costumbres y aun preocupaciones de la que fué Colonia, y Colonia española, y por dejar subsistente cuanto mejor les pareciera del antiguo orden de cosas, complicó de tal suerte el propio sistema federal, que a cualquiera otro puede compararsele, menos al que se propusieron imitar. (12)

V

Las amargas críticas con que el Coronel Simón Bolívar fustigó en 1813 la obra de nuestros primeros constituyentes, en la Memoria que dirigió desde Cartagena de Indias al Congreso de la Nueva Granada, exponiendo los motivos que produjeron la pérdida de la primera Patria, es la primera y más elocuente demostración del papel de unificador, que al igual de los más grandes conquistadores iba a desempeñar en la América del Sur.

"Pero lo que debilitó más al Gobierno de Venezuela, dijo, fué la fórmula federal que adoptó, siguiendo las máximas exageradas de los derechos del hombre, que autorizándolo para que se rija por sí mismo, rompe los pactos sociales y constituye a las naciones en anarquía. Tal era el verdadero estado de la confederación. Cada provincia se gobernaba independientemente; y a ejemplo de éstas, cada ciudad pretendía iguales facultades alegando la práctica de aquéllas, y la teoría de que todos los hombres y todos los pueblos gozan de la prerrogativa de instituir a su antojo el gobierno que les acomode". Si el futuro Libertador hubiera podido pe-

(11) Ramos Mejía.—Ob. cit.

(12) Doctor Elías Acosta.—Reseña Histórica de la Municipalidad en Venezuela.—En la traducción "Del Poder Municipal" por Henrion de Pansey.—Caracas.—1850.

netrar entonces en los orígenes de aquel movimiento de desintegración de las ciudades, que él atribuyó también a la ambición de los congresales ávidos de dominar en sus distritos, habría encontrado en la propia historia de la provincia de Venezuela, la más clara explicación de aquella anarquía.

No era en efecto la primera vez que al desaparecer la autoridad central los cabildos de las ciudades asumían el Gobierno de sus respectivas jurisdicciones; a lo cual contribuyeron los propios Gobernadores de Caracas comenzando por el Licenciado Villacinda, quien al morir en 1556 ordenó que mientras se nombraba el sucesor gobernasen las ciudades los alcaldes, cada uno en el Distrito de su respectivo Cabildo.

Refiriéndose a este caso, dice Baralt que entonces cada ciudad se hizo independiente de la ciudad vecina a semejanza de las antiguas comunidades y que cebados los Alcaldes en mandar, con un año de ensayo que tuvieron en aquella ocasión procuraron convertir en derecho la prerrogativa que les había dado Villacinda; y para ello enviaron a la Corte por Diputado a un tal Sancho Briceño, vecino de Trujillo, persona de cuenta, insinuante y de gran capacidad a quien ordenan al mismo tiempo pedir al Rey algunos favores para la Provincia. Briceño obtuvo con rara facilidad cuantas dependencias llevaba y el Rey ordenó por cédula del 8 de Diciembre de 1560 que en los casos de muerte o ausencia del Gobernador General pasase el mando de la provincia a los alcaldes hasta que se proveyese la vacante. Realzada así la autoridad de los ayuntamientos, agrega Baralt, se abrió nuevo y vastísimo campo a su ambición. (13)

Véase cómo en los albores de la organización colonial, el mismo movimiento disgregativo de las ciudades se verificó doscientos cincuenta años más tarde al desaparecer el poder de España por virtud de la revolución del 19 de Abril.

¿Serían acaso en aquellos oscuros y remotos tiempos de la conquista la adopción del sistema federal y las máximas exageradas de los derechos del hombre, las causas que produjeron aquella desintegración de la Provincia y la persistencia con que los Cabildos sostuvieron sus fueros autonómicos?

(13) Resumen de "Historia antigua de Venezuela".

En 1556 como en 1810, el espíritu de las instituciones municipales tenía que producir los mismos efectos así en Venezuela como en la Nueva Granada, en México como en Buenos Aires.

Cuando en 1816, el General don Pablo Morillo sometía de nuevo al poder de España las provincias de la Nueva Granada, le dice al Ministro de la Guerra: "Este Virreinato tenía un gobierno insurgente central constituido por la fuerza y regado con la sangre de un pueblo cándido y opuesto al sistema de centralización, que por mano del caribe Bolívar establecieron los jacobinos por la fuerza. Consideré a dicho Gobierno por esta causa sin influjo para hacerse obedecer y pensé siempre que el gobierno de cada provincia sería el respetado y el de cada partido de que éstas se componen".

Ya desde meses antes, el propio General había dicho a su Gobierno: "Es preciso que se tenga presente que los Cabildos de las capitales de provincia mandan a los demás pueblos de ella, como podría hacerlo un Capitán General en su Distrito, a pesar de que haya pueblos de mayor centro que el de la residencia del Cabildo; de modo que en realidad no es un cuerpo de Ayuntamiento para una población, sino un gobierno para todo un término o provincia. Respeto demasiado las leyes para atreverme a pedir se destruya este sistema sólo por mi dicho, pero puedo asegurar a S. M. que desde que llegué a Caracas estoy temiendo fatales consecuencias de tánta autoridad en una corporación que todos los lunes puede juntarse sin que la presida el Jefe del Gobierno..." (14)

Hé allí la comprobación más evidente de la ligereza con que muchos historiadores han afirmado que los Cabildos de América y en particular los de Venezuela, habían perdido en los últimos años de la Colonia las grandes facultades gubernativas que tuvieron en los tiempos primitivos de su instalación; y allí también otra prueba evidente de que el movimiento federalista iniciado el 19 de Abril, y la adopción que de aquel sistema hizo el Constituyente de 1811 fué la evolución espontánea e incontenible del organismo colonial.

---

(14) Rodríguez Villa. El Teniente General D. Pablo Morillo.—Biografía Documentada.—Tomo III.

VI

¿Y cuál fué en la propia España el resultado de la abdicación de Bayona y de la invasión francesa? El mismo movimiento descentralizador, la misma anarquía provincial y comunal, la misma resistencia a someterse a ninguna otra autoridad central una vez destituido el Monarca. Porque al través de las vicisitudes y de los accesos intermitentes de despotismo brutal y centralizador, en los estrados hereditarios del alma española se conservaban aquellos instintos de libertad que constituían la esencia íntima de su historia desde los tiempos en que los Municipios de Aragón eran los defensores formidables de los fueros y preeminencias locales y en que las Behetrías de Castilla formaban como pequeñas Repúblicas que podían cambiar de Señor a su voluntad cuantas veces lo quisiesen.

"Los diferentes Estados que constituían el reino de España, dice un historiador, nunca habían estado ligados por una constitución libre y uniforme, cuyos beneficios igualmente participados hubieran creado un interés y una simpatía común entre todos los españoles. Sus recuerdos de libertad estaban asociados con su existencia como Estados separados y al paso que se levantaban simultáneamente, pero sin concierto para rechazar la agresión extranjera, cada provincia se mantenía sola con su Junta Gobernadora, envidiosa de cualquiera otra provincia; y juzgándose capaz de vencer con sus únicos recursos los ejércitos franceses. Las Juntas embelesadas con el nuevo goce del poder, eran particularmente celosas de su autoridad. Todas trataban de ejercer una absurda intervención sobre los generales que habían elegido para mandar sus diferentes ejércitos y como ninguna quería consentir que su general estuviese sujeto a otra autoridad que a la suya, no podía haber general en jefe..." (15)

Pero en la madre patria el movimiento autonómico de las ciudades, la resurrección de las libertades comunales, no podía conducir, como no condujo, sino a la monarquía constitucional.

El cesarismo demasiado cercano, había creado hábitos mentales por su sugestión y su potencia: el temor religioso, el respeto

(15) Historia de España por una Sociedad literaria.—París.—1840.

místico, la idea de estabilidad política y de continuidad hereditaria.

En América, Virreyes y Gobernadores, si tenían la representación, carecían del prestigio de los reyes españoles: el cesarismo lejano, cambiando periódicamente las autoridades, había creado una discontinuidad de fines y de esfuerzos, destruyendo el prestigio clásico de la tradición monárquica. (16) En choque constante con la Iglesia y los Cabildos, destituidos muchas veces por éstos y sometidos al terminar su administración a juicio de responsabilidad, llamados de residencia por las Leyes de Indias, los representantes de la monarquía y la monarquía misma, habían perdido entre nosotros sus grandes caracteres; la unidad, la estabilidad, la irresponsabilidad sagrada, la lógica íntima y despótica se habían desvanecido en el régimen colonial.

Error profundo de los que proclamaron un día la necesidad del régimen monárquico en Hispano-América pretendiendo fundarse en los hábitos, en las costumbres y en las ideas engendradas en el sistema colonial, cuando fué precisamente, por un movimiento natural y espontáneo de su organismo, como surgieron desde el primer momento las tendencias hacia las formas fundamentales del gobierno republicano, federal, representativo, alternativo y responsable. Obsérvese que no hablo sino de tendencias.

El Congreso de 1811, por más que en sus principios se titulara "Cuerpo conservador de los derechos de don Fernando VII", no podía menos que responder a aquellos poderosos antecedentes.

VII

Se ha creído generalmente que la revolución de 1810 rompió con violencia las tradiciones coloniales, y que utopistas e incautos los padres de la patria, se lanzaran en la senda de las innovaciones legislativas.

Cierto es que en casi todos los documentos de aquellos días, así como en el acta en que se declaró la Independencia el 5 de julio de 1811, se descubren las influencias de las doctrinas disol-

(16) Véase el interesante libro del señor García Calderón, Le Pérou contemporain.—París.—1907.—El autor insinúa estas mismas ideas, pero no llega a nuestras conclusiones.

ventes de la Revolución Francesa, alegándose el "uso de los imprescriptibles derechos que tienen los pueblos para destruir todo pacto, convenio o asociación que no llene los fines para que fueron instituidos los gobiernos"; pero es de observar, que al mismo tiempo los constituyentes conocen "las dificultades que traen consigo, y las obligaciones que nos impone el cargo que vamos a ocupar en el orden político del mundo y la influencia poderosa de las formas y habitudes a que hemos estado a nuestro pesar acostumbrados".

Los padres de la patria no se sustraían a la confusión de ideas y de principios que caracteriza el ambiente político de la época y que tenía en Francia su más encumbrada manifestación. Examinando cuidadosamente todos los documentos de aquellos días, se encuentra una mezcla de ideas tradicionales y de modernos principios.

"Entre los pueblos y el Jefe de su Gobierno, decían a nombre de la Junta, Tovar Ponte y López Méndez el 8 de noviembre de 1810, hay un mutuo contrato al cual si contraviene alguna de las partes contratantes, puede la otra separarse, justamente. No es necesario manifestar la verdad de esta proposición, analizando menudamente los principios de este establecimiento social, y sólo bastaría dar un recuerdo sobre la antigua constitución española, sobre la fórmula del sagrado juramento de Aragón y lo que es más, sobre la de aquel con que los centrales recibieron la investidura de representantes y jefes de la nación en 25 de Setiembre de 1808".

Considerando el Gobierno como un pacto social invocaban al mismo tiempo los fueros y privilegios de los antiguos reinos españoles, para deducir de allí, como lo reza el acta de la Independencia, el derecho de "proveer a su conservación, seguridad y felicidad, variando esencialmente todas las formas de la anterior constitución". De modo que las ideas tradicionales de la nación española y los principios disolventes del jacobinismo francés daban el tono a la obra de nuestros patricios: el derecho histórico coincidiendo con el derecho revolucionario iba a servir de transición al dogma de la soberanía popular, próximo a aparecer; la realidad preparaba así el ideal por un doble movimiento de avance hacia

los nuevos principios y de retorno hacia las formas primitivas de la igualdad, de la autonomía y del individualismo.

VIII

Desde los puntos de vista de donde hemos examinado el movimiento revolucionario del 19 de Abril, es imposible que pueda negársele la gran influencia que tuvo en los futuros destinos de Venezuela y de la América Española.

Si algunos otros sucesos ocurridos antes de aquella fecha, han sido presentados como movimientos iniciales de la emancipación, es indiscutible que fué Caracas la primera en destituir de hecho y de derecho a los representantes de España en América y en declarar la autonomía de las colonias, rompiendo así los vínculos que la ligaban con la Metrópoli.

Fué ella también la primera en formular una doctrina y en proclamar un derecho revolucionario, delineando las formas precisas del sistema de gobierno que se pretendió implantar en todos los pueblos Hispano-Americanos.

Mas no se detuvo allí el noble ideal, ni el ensueño generoso. Lejos de circunscribir sus miradas a la independencia de las provincias venezolanas, el pensamiento de los revolucionarios se dilata por toda la extensión del continente; y son ellos también los primeros en vislumbrar la posibilidad y en proclamar la necesidad imperiosa de crear una confederación hispano-americana, como único medio de asegurar la conquista de sus derechos autonómicos contra toda extraña intervención.

Ya en la alocución dirigida a los Cabildos de las capitales de América les habían dicho: "Caracas debe encontrar imitadores en todos los habitantes de la América en quienes el largo hábito de la esclavitud no haya relajado todos los resortes morales; y su resolución debe ser aplaudida por todos los pueblos que conserven alguna estimación a la virtud y al patriotismo ilustrado".

Y al dictar a los pueblos de las provincias venezolanas el reglamento para la elección de diputados al Constituyente, complementan el grandioso pensamiento legando a la posteridad, condensados en estas frases elocuentísimas, los fundamentos del equilibrio político de la América libre.

Encarecen por de pronto "la necesidad de una representación particular para cada uno de los distritos americanos que se han habituado a relaciones interiores e imprescindibles, mientras llega quizá otra época de más consuelo y esperanza, en que confederados todos los pueblos de la América tan estrechamente como lo permita la inmensidad del suelo que ocupan y como lo prescriben la identidad de religión, idioma, costumbres e intereses, puedan acompañar a la justicia de sus reclamos la fuerza que resulta de su agregación".

Nada más explicable que en el ambiente moral e intelectual de aquella época se formara el hombre que debía con la grandeza de su genio llevar a feliz término la Independencia de la América del Sur; concentrar bajo su autoridad, siquiera fuese por breve tiempo, a las Repúblicas recién emancipadas; y esforzarse por realizar en el Congreso de Panamá el ideal vislumbrado por los revolucionarios del 19 de Abril, y por él acariciado como el complemento definitivo de su magna obra.

Ese ensueño generoso, ese ideal nobilísimo es tadavía, después de una centuria, el problema en que está envuelta la existencia de las naciones Hispano-americanas amenazadas en su soberanía y en sus tradiciones.

Este trabajo obtuvo el Premio en prosa del Certamen promovido por el Gobernador del Distrito Federal, con motivo del Centenario del 19 de Abril de 1810, fecha inicial de la Revolución de la Independencia. Constituyeron el Jurado los señores:

Doctor Don Julio Calcaño, Secretario Perpetuo de la Academia Venezolana de la Lengua, Correspondiente de la Real Española, e Individuo de número de la Academia Nacional de la Historia.

Doctor Don Felipe Tejera, Censor de la Academia Venezolana de la Lengua, Individuo de número de la Academia Nacional de la Historia y Catedrático jubilado de Literatura Castellana en la Universidad Central de Venezuela.

General Don Pedro Arismendi Brito, Individuo de número de la Academia Venezolana de la Lengua y Secretario de la Academia Nacional de la Historia.

Don Andrés Mata, Individuo de número de ambas Academias.

Don Pedro-Emilio Coll, Individuo de número de la Academia Venezolana de la Lengua.

Doctor Luis Churión, poeta, publicista, antiguo Director de Derecho Público Exterior en el Ministerio de Relaciones Exteriores.

LA ARGENTINIDAD

"La Argentinidad".—Ensayo histórico sobre nuestra Conciencia Nacional en la gesta de la Emancipación, 1810-1816", por Ricardo Rojas.—Buenos Aires, 1916.

A Don Ricardo Rojas.

Junto con la apreciable tarjeta de usted recibí su libro "La Argentinidad" que, como todo lo que sale de su pluma, he leído ya con el más vivo interés. Pero debo confesar a usted con la mayor franqueza que los deseos manifestados por usted de que ese libro venga a servir a la obra de acercamiento cordial entre los pueblos hispano-americanos, se hallan desmentidos hasta por el título mismo de la obra, pues decir la **argentinidad**, como si se dijera la **latinidad**, es lo mismo que pretender afirmar la existencia de un espíritu, de una mentalidad, de un alma colectiva, en fin, para todas estas Repúblicas, que tuvo su origen en la revolución de mayo en Buenos Aires; cuando la verdad es que el movimiento revolucionario en toda la América del Sur estalló a un mismo tiempo en la mayor parte de las metrópolis coloniales, sin haber mediado acuerdo alguno entre ellas. En Caracas comenzó el movimiento revolucionario el día 19 de abril de 1810 y sería un absurdo afirmar que Buenos Aires, un mes más tarde, siguiera esta iniciativa de la capital venezolana. Además, señor don Ricardo, si usted antes de escribir su libro hubiese leído, como debió hacerlo, los documentos correspondientes a esa época emanados de todas las juntas que se constituyeron en aquellos días con el propósito transitorio de "conservar los derechos de S. M. Don Fernando VII" para oponerse a las pretensiones napoleónicas, habría visto usted y se habría sorprendido de la uniformidad con que se realizó aquel movimiento, que no fué, en definitiva, sino una evolución lógica y

espontánea del organismo colonial. ¿Por qué entonces llamar a ese movimiento la argentinidad, cuando no fué solamente argentino, sino venezolano, ecuatoriano, neogranadino, peruano, etc.? Aquí en Venezuela, desde hace medio siglo, en una colección de documentos protegida por el Gobierno, compuesta de 14 grandes volúmenes y que se titula "Documentos para la vida pública del Libertador", se hallan publicados gran número de los que expidieron las Juntas del año 10, en casi todas las colonias; y es tal la uniformidad que se nota en la revolución, que hasta los términos mismos empleados en ellos son a veces absolutamente iguales. Yo lo hice ver así en un estudio que presenté a un concurso promovido por el Gobierno del Distrito Federal de Caracas para celebrar el Centenario del 19 de Abril. Aunque es apenas un esbozo, al cual no le encuentro mérito, sí puedo celebrar el no haber caído en la patriotería de atribuir a Venezuela, o mejor dicho a Caracas, la iniciativa de la revolución, por el hecho de haber estallado aquí un mes antes que en Buenos Aires.

Tenga la bondad de fijarse en otro punto importante: La Junta que se instaló en Caracas el 19 de abril de 1810, convocó un Congreso General de las Provincias, el cual se instaló un año más tarde; y el 5 de julio de 1811 declaró "solemnemente al mundo que las Provincias Unidas de Venezuela son y deben ser de hoy más, de hecho y de derecho, Estados libres, soberanos e independientes, y que están absueltos de toda sumisión y dependencia de la corona de España o de los que se dicen o dijeren sus apoderados o representantes etc., etc." (Palabras del Acta). Fíjese usted bien en estas fechas: 19 de abril de 1810 y 5 de julio de 1811, y me dirá usted si los argentinos pueden afirmar, sin incurrir en un grave atropello de la verdad y de la lógica, que Buenos Aires fué la iniciadora de la revolución hispano-americana, y si puede dársele a esa revolución, que fué en toda la América uniforme por sus causas, por sus ideales, por sus doctrinas y por sus tendencias, el nombre de Argentinidad.

Me valgo de los propios conceptos de usted para comprobar mi aserto, cuando dice usted en la página 404 de su libro: "Así la independencia proclamada para nosotros en la Asamblea de Buenos Aires (1810), no fué declarada hasta el Congreso de Tucumán,

que, en 1816, consumó irreparablemente esos hechos anteriores, comunicando la voluntad de esta nueva soberanía a las demás naciones de la tierra... Pero estas son fechas convencionales, pues el congreso de la Independencia prolongó sus sesiones hasta 1820, y volvió a Buenos Aires, como para cerrar la gesta emancipadora en la misma ciudad donde diez años antes comenzara". Para 1820 ya estaba constituida la Gran Colombia y el Libertador se preparaba a dar la batalla de Carabobo, que en el concepto del más grande de los generales españoles que combatió la independencia, el general Don Pablo Morillo, decidiría de la libertad del Continente sentando este aforismo, que fué una profecía: "Vencida España en Venezuela, lo será en toda la América".

Pero a pesar de las fechas, tampoco los venezolanos tenemos el derecho de decir que aquí se inició la revolución, dando a la palabra la acepción en que ustedes la toman, para afirmar que las demás circunscripciones coloniales no hicieron otra cosa que imitar a Buenos Aires. Los venezolanos, fundándonos en la anterioridad indiscutible de las fechas, podemos afirmar que aquí comenzó la revolución; y cuando decimos que se inició, no fué para toda la América como lo pretenden ustedes, sino para las provincias que entonces integraban la Capitanía General de Venezuela. Y la revolución comenzó en Caracas, por una simple causa geográfica; porque estando nosotros más cerca de Europa que los demás territorios de Sur-América, aquí llegaron primero las noticias sobre los acontecimientos ocurridos en la Península. De manera que estando preparadas todas las colonias para romper sus lazos políticos con el Gobierno inepto y corrompido que había precipitado la ruina y el descrédito de aquella gran nación, si las noticias hubieran llegado antes a Buenos Aires que a Caracas, allá habría comenzado el movimiento revolucionario. Pero hasta nuestra mayor proximidad geográfica nos quiso discutir el señor Alberdi, cuando afirmó que Buenos Aires era el país de la América más cercano a Europa, olvidando por vanidad patriótica las nociones geográficas más elementales.

Volviendo a su libro, le he de hacer notar que todo él, o mejor dicho, su pensamiento primordial, se halla gráficamente sintetizado en el mapa y la leyenda que trae en la cubierta. Dice así, (en lo

alto): "Territorio histórico de la argentinidad". En el mapa aparecen Cochabamba, Potosí, Tarija, Jujuy, Salta, Tucumán, Santiago del Estero, Catamarca, La Rioja, Córdoba, San Juan, San Luis, Mendoza y Buenos Aires, y agrega en la parte inferior del mapa: "La zona reticulada comprende los pueblos mediterráneos QUE PROCLAMARON LA INDEPENDENCIA DE AMERICA, únicos que suscribieron el Acta de Tucumán". Perdóneme usted, don Ricardo, pero no puedo dejar de estampar en el papel la exclamación que se me ocurre ante esa enormidad: es inaudito, sencillamente inaudito! Y condenable también, porque quien lo afirma es usted, a quien yo proclamo de todo corazón como uno de los más altos pensadores de América. De modo que, según usted, sólo esos catorce pueblos que señala la zona reticulada de su mapa y que suscribieron el Acta de Tucumán en 1816, cinco años después de haber declarado su independencia Venezuela y Nueva Granada, en sus respectivos Congresos, fueron LOS UNICOS que proclamaron la Independencia de América! De modo que para usted los otros pueblos de Hispano-América no tienen historia! De modo que por el hecho de que usted quiera ignorarla esa historia no existe! Si es usted, Ricardo Rojas, quien lanza semejante afirmación, ¿por qué extrañar que se haya llevado la audacia de los intonsos en la patria de usted hasta litografiar una tarjeta postal con el retrato del Libertador y con la leyenda: "Simón Bolívar, Prócer argentino"?

Pero yo quiero todavía justificarlo, porque esa ceguedad de usted, cuando se trata de formarle, de crearle una historia a su país, entra en el dominio de las ideas obsedantes. Yo soy el primero en aplaudir la obra de **restauración nacionalista** emprendida por usted. El sentimiento nacional, el amor a la patria, tan abstracto, tan irreal en todos los países de gran extensión territorial como los nuestros, donde es imposible que se despierte lo que se ha llamado la conciencia geográfica, al contrario de lo que sucedía en los pueblos de la antigua Grecia, donde los limites de la Patria eran fácilmente abarcados por el hombre; en todos estos países de América, cuyas regiones limítrofes se hallan por lo general deshabitadas, la Patria es una idea vaga todavía, un ideal sustentado por una tradición que apenas data de una centuria; y donde, como

en el país argentino, la revolución emancipadora no encontró sino una débil resistencia y la guerra fué casi incruenta, la nacionalidad no pudo fundirse sino después de muchos años y al través de mil vicisitudes que constituyen la historia de "la anarquía argentina y el caudillismo", hasta que entró en escena como en todas las revoluciones anarquizadas, valiéndose del concepto de Nietzsche, el Gran Egoísta, el Dictador, el César o el Cesarión, que domina todos los egoísmos rivales, los organiza, los disciplina y funde como don Juan Manuel Rosas, el Estado despótico, que ha sido en todos los tiempos la base de la nacionalidad y de la Patria. Ernesto Quesada llama a toda esa época la edad media argentina, y a fe que tiene razón, porque esa lucha entre el caudillo metropolitano y los caudillos regionales es exactamente la misma que entre la realeza y los señores feudales, sobre cuyas ruinas se fundaron las naciones modernas. En Venezuela la anarquía surgió con la revolución de la independencia; la mayoría de nuestras masas populares sostuvo las banderas de España al principio de la guerra; la heterogeneidad de razas fué un factor terrible de aquella lucha exterminadora y las montoneras de los llanos, el vandalaje feroz que engendró la vida pastoril y que en la patria de usted apareció después de la independencia, aquí se concentró desde los primeros años bajo el brazo potente de un asturiano con larga residencia en el país, combatiendo contra la clase elevada y rica que había hecho la Revolución; hasta que, desaparecido el caudillo, los llaneros, vale decir, nuestros gauchos, se acogieron a la Patria y pasearon en triunfo desde el Apure hasta el Potosí la bandera de la América Libre, bajo las órdenes del Libertador. Digo de paso, que hasta por la tierra de usted anduvieron algunos de aquellos hombres, para quienes no existían en el continente los límites que creó el sistema administrativo de España, ni el uti possidetis juris de 1810. El genio expansivo de Bolívar ennobleció los impulsos instintivos de nuestras montoneras, despertó en ellas el amor a la gloria, les hizo conquistar grandes honores y condecoraciones en países lejanos y en sus cerebros y en sus corazones rudimentarios surgió la idea y el sentimiento de la patria; la conciencia común de una nación distinta por un contraste que no es nuevo en la Historia, porque la nacionalidad, la Patria española, por ejem-

plo, es bien sabido que se fundió en las guerras de Flandes y de Italia y en la Conquista de América, donde hasta las lenguas vernáculas de la Península se olvidaron, y se consolidó —como aún no ha sucedido del todo en la misma España— el predominio de la lengua de Castilla. En el seno mismo del país la lucha de Bolívar con los caudillos regionales fué formidable durante los años de 1813 a 1821; fué la época que ustedes, los argentinos, llaman caudillismo inorgánico, con la diferencia de que en plena lucha contra España, existía entre todos nuestros caudillos un sentimiento de solidaridad: el amor y la decisión por una misma bandera, la lealtad a una causa que les hacía ver la deserción como un crimen. Páez que fué nuestro Facundo, con menos defectos y más nobleza, con más brillo, con mayores relieves heroicos y leyendarios por la trascendencia continental de la causa que defendía, se elevó por sus proezas, sobre todos los otros caudillos; y cuando Bolívar llevaba la bandera de redención a los demás pueblos del continente, con Páez a la cabeza se consolidaba, desde 1821, lo que ustedes llaman también el régimen caudillesco organizado, que preparó la reorganización de la República en 1830, al disolverse la Gran Colombia, bajo el sistema centro-federal, presentando a la América entera el admirable espectáculo de un orden y de una regularidad de que entonces no había otro ejemplo en las repúblicas recién emancipadas.

De modo que, la evolución nacional que aquí se realizó bajo la egida de la independencia, con todas las glorias que constituyen la historia más grande que pueblo alguno pueda ostentar en América, personificada en Simón Bolívar, a quien cuadra muy bien el título de semidiós —por más anticientífico que quiera juzgársele— en la Patria de usted se realizó muchos años más tarde, bajo el predominio de un tirano como Rosas, sin otro ideal (repito lo que todos los historiadores argentinos han dicho sobre el personaje y su época) que sus instintos despóticos y con una inconsciencia tal de la obra realizada, que cuando después de Caseros contemplaba pensativo, desde la borda del barco que lo llevaba a Inglaterra, cómo se le perdían para siempre en el horizonte las playas de aquella tierra que había tiranizado por tántos años, creyendo su cuñado el general Mansilla, que se hallaba a su lado, traducir el

sentimiento que le embargaba en aquellos supremos instantes: "Lástima, General —le dijo— que no hayamos constituido el país". A lo que respondió Rosas, con esta frase, que podría ser cínica, pero que no es sino demostrativa de que desconoció siempre las finalidades de su política y el papel que le había tocado desempeñar en la evolución de la nacionalidad argentina: "Yo nunca pensé en eso". (Cito de memoria este episodio que he leído en uno de los libros del general Lucio V. Mansilla). Es sensible que la Patria de usted no hubiera sido constituida por el general San Martín; que, al separarse del mando, no hubiera dejado creada la nacionalidad para que se le pudiera llamar con estricta justicia el Padre de la Patria. Su gran actuación militar y política se realizó fuéra del territorio argentino, al punto de que fué mucho más tarde cuando la necesidad, imperiosa en todo pueblo, de crear el culto de los héroes, fué dando poco a poco relieve a su gran figura y comenzó entonces el trabajo, que tuvo por obrero incansable al señor Mitre, de establecer el ya clásico paralelo con el Libertador Simón Bolívar, creyendo erróneamente que bastaba deprimir al uno para encumbrar al otro y en el cual error han continuado incurriendo tántos escritores eminentes y tántos Plutarcos intonsos, quienes, deslumbrados por el fabuloso desarrollo económico de su país, se olvidan, como decía el eminente Pérez Triana, criticando esta pretensión argentina, que entre las cosas que no se compran está la Historia. Pero ya insistiremos sobre este particular.

Si la guerra de la Independencia hubiera asumido en las regiones del Plata los mismos caracteres sangrientos que en Venezuela; si la lucha entre patriotas y realistas se hubiera prolongado como entre nosotros por espacio de cotorce años y el general San Martín se hubiese visto obligado a permanecer en su país y asumir la dictadura, es casi seguro que Artigas mismo se habría sometido, como se sometieron a Bolívar todos los Artigas que abundaron en Venezuela; el antiguo Virreinato con todas sus dependencias administrativas constituiría hoy la República Argentina, y Buenos Aires habría sido desde el primer momento la capital indiscutida. Rivadavia, con su régimen presidencial, tenía que sucumbir miserablemente. Los grandes hechos de la historia, entre los cuales ocupa el primer puesto la constitución y la consolidación de las

nacionalidades, no se realizan con académicos sino con caudillos. No es la obra de la teoría sino el resultado lógico de los hechos. La prueba es que con todos sus crímenes —hijos más de su época y de su medio que de su voluntad— Don Juan Manuel Rosas representa un papel más importante en la obra de la nacionalidad argentina que todos los unitarios imbuidos como Rivadavia en las doctrinas de Benjamín Constant.

Hace usted muy bien, decía, y soy también por este respecto un gran admirador de usted, en trabajar constantemente por despertar en las multitudes aluvionales y sin tradiciones que han hecho la grandeza material de su país, el sentimiento de la nacionalidad y de la patria; hay que argentinizarlas por el corazón, inculcarles la religión del patriotismo, y es bien sabido que no hay religión sin redentores y sin mártires, sin hechos gloriosos y sin sacrificios inmensos, y esa religión, en nuestra época sólo puede crearla el arte en sus múltiples manifestaciones, desde el libro hasta el monumento. Pero esta obra grande y noble, de la cual es usted uno de los más eminentes artífices, tiene sus límites y peca de exageración y flaquea por su base, cuando pretende falsear la verdad histórica y aspira a fundarse sobre la depresión del mismo sentimiento en los otros pueblos hermanos, aspirando como lo demuestra usted en su libro, a establecer una hegemonía demasiado prematura sobre las demás naciones de Hispano-América, y que nada puede justificar al presente. ¿No recuerda usted que la exageración se ha llevado al extremo de hablar de "imperialismo argentino"? Crea usted que en esa forma es absolutamente utópico el acercamiento cordial de nuastras Repúblicas. Ninguna de ellas puede convenir en que se le cercenen sus glorias tan legítimamente adquiridas en la conquista de su independencia, porque eso sería lo mismo que cercenarle sus derechos a la dignidad de nación y patria. Cuando lo racional es que nos atengamos a la historia, considerándola "como una ciencia y también como una arte", según la exacta apreciación de usted, pero sin exagerar demasiado su "poder de evocación".

Y la historia dice, fundada en el irrecusable testimonio de los propios españoles que vinieron a combatir la Independencia, que esta tierra venezolana, donde nacieron los grandes hombres de la

epopeya emancipadora, fué "la fragua principal de la insurrección americana", como dijo Torrente; "la América verdaderamente militar", como la llamó el general don Pablo Morillo; y la que después de haber aterrado a Canterac en la Isla de Margarita, fué a vencerlo al Perú, cuando el general franco-español, a despecho de todos los ejércitos que le opusieron las naciones del Sur, habia restaurado el poder de España en el Perú; y probablemente hubiera llevado triunfantes los pendones de Castilla hasta las márgenes mismas del Plata si no le detienen los venezolanos en Ayacucho. Pues no se atreverá nadie a negar que las glorias de esa prodigiosa campaña se deben antes que a nadie a los jefes que la comandaron: a Bolívar que la concibió y a Sucre que la llevó a término feliz.

Atengámosnos a la Historia para que vivamos en paz y trabajemos unidos por los intereses comunes de la América Latina. Nosotros los venezolanos lo deseamos así, lo queremos así, porque además de cumplir con el respeto que se debe a la verdad histórica, estamos absolutamente convencidos de que con Miranda, Bolívar y Sucre, ocupará siempre nuestra Patria el primer puesto en la historia de la Independencia de América.

Por esa causa rechazo el cargo de "fetichismo patriótico" que hace usted en su prólogo a los venezolanos. Fuera de uno que otro de nuestros escritores contemporáneos —y quién sabe si provocado por algún escritorzuelo argentino que llegó a asegurar que el general San Martín fué el Libertador de Colombia —no recordamos ningún otro a quien pueda hacérsele el mismo cargo. Y la razón es muy sencilla: nuestra historia está hecha. Simón Bolívar es ya una figura consagrada en los fastos del género humano y no es un venezolano, ni siquiera un hispano-americano quien ha formulado estos elocuentes conceptos que trascribo en la misma lengua en que fueron escritos: "Les soulévements des peuples annoncés par Joseph de Maistre s'étaient produits. L'etincelle qui embrasa les éléments de combustion préparés partout vint du Nouveau Monde. Le congrés de Vienne avait étendu le silence de la compres sion sur l'Europe, il n'avait pu la préserver de la contagion par l'exemple de la révolte des colonies espagnoles de l'Amerique de Sud... Une cause ne vaut que par le chef qu'elle se donne.

Celui que les colonies insurgées accéptérent, le colombien Bolivar (da al Libertador como patria la Gran Colombia) réunissait tous les dons qui exaltent les imaginations: il étail égalemeni brillant comme homme, comme orateur, comme écrivain, comme soldat. Salué du nom de Washington de l'Amérique du Sud, il paraissait á beaucoup d'enthousiastes supérieur au Washington du Nord. Son nom, symbole d'indépendence et d'héroisme, exalté en Europe non moins qu'en Amérique, circulait parmi les peuples mécontents et les ranimait". (Emile Ollivier.—L'Empire Liberal, v. I, p. 132).

Cuando el Libertador influía de manera tan poderosa en el movimiento liberal del mundo, el General San Martín comenzaba a distinguirse como experto militar; y cuando en 1824 el nombre del caraqueño personificaba ante propios y extraños la independencia de América y la causa republicana en el mundo, el héroe de Chacabuco y Maipú se retiraba modestamente a la penumbra de donde debían arrancarlo con nobleza y energía dignas del mayor encomio, el talento y el patriotismo indiscutibles del General Mitre, ayudado de un modo eficaz por una causa que nada tiene que hacer con la influencia ni con el ejemplo del General San Martín, como han pretendido afirmarlo algunos escritores habituados a estirar lo que ellos llaman la filosofía de la historia, sin temor a que se les reviente: el fabuloso desarrollo económico de la República Argentina.

Su libro, por lo demás, constituye para usted un nuevo triunfo, que aplaudo con el mismo fervoroso entusiasmo con que en el Ateneo de Madrid, en 1908, batí palmas a su conferencia sobre Olegario Andrade, y con el respeto que merece su labor de Restauración Nacionalista, no sólo reviviendo las tradiciones gloriosas de su patria, sino volviendo por los fueros de la lengua castellana tan vulnerados por el cosmopolitismo argentino.

LAS CAMPAÑAS DE LA INDEPENDENCIA (*)

La Historia militar de nuestra Independencia está todavía por escribirse. La decadencia en que por inexplicable incuria de nuestros Gobiernos vino a parar la carrera militar, alejó del criterio público el concepto científico de una profesión que supieron ennoblecer muchos de los hombres a quienes la humanidad cuenta, con razón, entre sus más altos representantes. Se llegó a creer en Venezuela, que el valor brutal era la esencial condición del hombre de guerra; que podía serse General sin saber leer ni escribir y que todos los tratados de ciencia militar no valían nada ante la viveza, la baquía, la acometividad instintiva y el valor característico de nuestro pueblo; cualidades éstas que, ayudadas, en caso de guerra extranjera, por las insuperables dificultades que se derivan de nuestra geografía y de nuestro clima, bastarían para que cualquier analfabeta venciera a Napoleón mismo si viniera a conquistarnos.

Por eso ha sido muy corriente la opinión de que la gloria militar de nuestra Independencia corresponde al valor de Páez antes que al genio de Bolívar; y es casi seguro que la idea date de aquellos mismos tiempos, si se recuerda la célebre frase del General José Francisco Bermúdez cuando llegaron a Cumaná las noticias de los triunfos alcanzados por el General Sucre en el Sur de Colombia: "Bien cobardes deben ser esos españoles de por allá, cuando Antoñito Sucre gana batallas". Pero el General Páez, cuya prolongada existencia y el haber vivido largo tiempo en el extranjero, le dieron ocasión de cultivar su notable inteligencia, dice en su autobiografía al recordar su unión con Bolívar en 1818: "Puede decirse que allí, (en el Apure), se vieron entonces reunidos los dos

---

(*) A propósito de un estudio del Doctor Vicente Lecuna sobre la campaña de Carabobo.—1821.

indispensables elementos para hacer la guerra: la fuerza intelectual que dirige y organiza los planes, y la material que los lleva a cumplido efecto; elementos ambos que se ayudan mutuamente y que nada pueden el uno sin el otro. Bolívar traía consigo la táctica que se aprende en los libros y que ya había puesto en práctica en los campos de batalla: nosotros por nuestra parte íbamos a prestarle la experiencia adquirida en lugares donde se hace necesario a cada paso variar los planes concebidos de antemano y obrar según las modificaciones del terreno en que se opera". (1) El General Páez aquilata con esos conceptos el valor histórico de aquella célebre imprecación lanzada por el Libertador al mismo Páez en 1826: "Qué no me deben todos en Venezuela! ¿Hasta usted no me debe la existencia? El Apure sería la habitación del vacío, el sepulcro de sus héroes, sin mis servicios, sin mis peligros, sin mis victorias que he ganado a fuerza de perseverancia y de penas sin fin. Usted, mi querido general, y los bravos de aquel ejército no estarían mandando en Venezuela, y los puestos que la tiranía les habría asignado serían escarpias y no las coronas de gloria que ahora ciñen sus frentes".

Hoy, que por noble y patriótica iniciativa del señor Presidente de la República, eficazmente secundado por el Inspector General del Ejército, se han puesto las sólidas bases de la instrucción científica del Ejército Nacional, se hace necesario apartarnos de la epopeya, del tono puramente heroico con que se nos han presentado las grandes campañas de nuestra Emancipación para que se nos expliquen científicamente las causas de nuestros triunfos y de nuestros desastres, tomando en cuenta todos los elementos que constituyen los teoremas de la ciencia militar. Es ya tiempo de que se asigne a cada una de nuestras grandes figuras heroicas su verdadero papel en el gran drama, y que sea en sus episodios donde nuestros jóvenes militares encuentren el mejor campo de aplicación crítica a las teorías aprendidas en los libros.

El trabajo que publica hoy **El Cojo Ilustrado**, es el primero de una serie de "Ensayos críticos sobre las campañas de la Indepen-

---

(1) Páez publicó su autobiografía a los 77 años, en 1867. Dos años antes había publicado un pequeño volumen titulado "Máximas de Napoleón sobre el arte de la guerra.—Traducidas y anotadas por el General José Antonio Páez".—Nueva York.—1865.

dencia", que llenarán un gran vacío en el estudio verdaderamente científico de nuestros tiempos heroicos. Preparado en largos años de silenciosa labor, con un criterio tan claro y tan exacto como la ciencia que profesa, y con una vida de probidad sin alternativas ni desmayos, el señor Vicente Lecuna, Ingeniero Civil e Historiador erudito, viene a arrojar luz de verdad sobre los hechos militares que oscureció la leyenda, inspirada en la idolatría de unos, en las bajas pasiones de otros, y con mucha frecuencia adulterados por la más rastrera obrepción.

Ningún canto épico por más inspirado que sea puede dar mayores relieves a la figura militar del Libertador, que los que le da esa prosa sin adjetivos, sin hinchazones, sin los pujos retóricos con que pretenden disfrazar su carencia absoluta de erudición algunos historiógrafos. No alardea el señor Lecuna de poseer archivos secretos con el propósito de engañar al público, pues son a todo el mundo accesibles las fuentes de sus estudios, ni se le ocurre por un instante tergiversar los hechos para aparecer original. Probo en todo, lo es necesariamente como historiador.

En este Estudio sobre la Campaña de Carabobo, el autor aparece con un criterio esencialmente científico, ciñéndose a los teoremas militares de que habla P. Lacombe. (2) Entre las causas que determinan la victoria, los militares colocan en el primer rango la energía del mando o lo que es su resultado inmediato: la disciplina. Viene después el talento militar del jefe; y en una jerarquía que no está evidentemente establecida, la instrucción profesional del soldado, el número, el armamento, la organización técnica; y por último, las circunstancias imprevistas, al azar. No son nunca los grandes militares los que conceden al azar la menor parte. Federico II decía: Monseñor el Azar. Los militares saben por experiencia lo que muchos historiadores ignoran: la poca solidez del valor, la instabilidad del carácter humano ante el peligro. La numerosa historia de los pánicos, antes y durante el combate, está presente en su memoria y los persuade de que las disposiciones mejor tomadas y el combate mejor comenzado y mejor sostenido, pueden ser anulados de repente por la fuga de algunos hombres que, colocados en un lugar decisivo, han dado el mal ejemplo,

(2) De l'histoire considerée comme science.—Págs. 17 y 18.

seguido inmediatamente por todos los demás; y que no es imposible que la pérdida de una batalla sea debida a un puñado de hombres y quizás a uno solo.

Pero contra todas estas intervenciones del azar, están la constancia, el talento militar, el carácter y el genio superior del Jefe. Por esa razón no todas las derrotas ni todas las victorias son iguales en sus consecuencias. Entre las manos de Napoleón —dice el mismo Lacombe— la jornada de Jena-Auerstaedt determinó la conquista total del Estado Prusiano. Este era sin embargo el mismo pueblo, con las mismas instituciones que bajo el reinado de Federico perdió tántas batallas sin incurrir en su ruina, y que después ha demostrado una fuerza invencible de engrandecimiento. Colocad a Federico a la cabeza de los prusianos vencidos en Jena, y suprimid a Napoleón ¿quién creerá que los resultados hubieran sido los mismos? Ningún militar, seguramente.

Hagamos un raciocinio análogo respecto del Libertador, y llegaremos a la conclusión de que sin su genio y su constancia, las derrotas de los independientes hubieran producido la pérdida completa de la República. Después de la desastrosa campaña del año 18 ¿quién sino él hubiera tramontado Los Andes para vencer en Boyacá y libertar a la Nueva Granada? Hasta los momentos mismos en que triunfante regresaba a Angostura, sus rivales le creían tan perdido como Napoleón en la campaña de Rusia. Meses más tarde deja de ser para los representantes de España el rebelde, el traidor, el insurgente y se le reconoce en el Tratado de Trujillo como el Presidente de la República de Colombia. Carabobo fué una resultante lógica del Armisticio, y tuvo, por obra de Bolívar, trascendentales consecuencias para la libertad de América.

El señor Lecuna nos le presenta en esos días en toda la plenitud de su talento militar. La totalidad de sus generales obedecía sus órdenes sin penetrar claramente la finalidad de sus operaciones; y Soublette mismo, que sin ser un militar era un hombre de incuestionable cultura, no llega a darse cuenta del importantísimo papel que se le había encomendado, y se da a criticar el plan del Libertador, en los propios momentos, puede decirse, en que era coronado por el éxito.

No es que el autor incurra en el lugar común de personificar en Bolívar la obra entera de la Independencia. Demasiado al corriente de las modernas conclusiones de la ciencia, rechaza el providencialismo a la vez que la tesis aristocrática, preconizada por Renán y Nietszche, que atribuye toda la evolución de las sociedades a la lucha por la preeminencia, es decir: al triunfo de los grandes hombres conductores de pueblos. El propio concepto que de su papel en la Revolución Hispano-Americana tuvo el Libertador que, como todo lo suyo, se hallaba por encima de las ideas ambientes de su época, sirve a los que trabajamos por aplicar los principios de la ciencia moderna a nuestra evolución histórica, para rechazar la disparatada afirmación de que Bolívar abrigase alguna vez "el íntimo convencimiento de haberlo organizado la Divina Providencia para creador y Libertador de naciones"; vale decir, que el discípulo de Voltaire, el hombre que supo elevarse siempre a la concepción positivista de la política y de la historia, que entonces comenzaba a preconizar en Francia Augusto Comte, fuese a caer en el grotesco providencialismo, con que los Regeneradores jacobinos de toda nuestra América, han pretendido justificar sus crímenes y sus depredaciones ante pueblos todavía semibárbaros. Republicanos de derecho divino, que cegados por la adulación no tuvieron empacho en legar a la posteridad frases como esta: "He creído en mi misión—Dios me lo ha hecho todo".

A qué inmensa distancia intelectual se halla colocado el Libertador. Penetrado de lo que los historiadores franceses llaman hoy la contingencia del destino individual, decía en 1828 a los amigos que le rodeaban en Bucaramanga: "Miren ustedes lo que son las cosas: si no hubiera enviudado, quizá mi vida hubiera sido otra; no sería el General Bolívar, ni el Libertador, aunque convengo que mi genio no era para ser alcalde de San Mateo. Ni Colombia, ni el Perú —le replicó La Croix— ni toda la América del Sur estuvieran libres, si V. E. no hubiera tomado a su cargo la noble e inmensa empresa de su independencia.—No digo eso, prosiguió Bolívar, porque yo no he sido el único autor de la revolución, y porque durante la crisis revolucionaria y la larga contienda entre las tropas españolas y las patriotas, hubiera aparecido algún caudillo al no estar yo presente, y porque el ambiente de mi fortuna

no hubiese perjudicado la fortuna de otros, manteniéndolos siempre en una esfera inferior a la mía. Dejemos a los supersticiosos creer que la Providencia me ha enviado o destinado para redimir a Colombia. Las circunstancias, mi genio, mi carácter, mis pasiones fueron las que me pusieron en el camino; mi ambición, mi constancia y la fogosidad de mi imaginación me lo han hecho seguir y me han mantenido en él". (3)

Ese es precisamente, el concepto que historiadores como Taine y Vandal han emitido respecto a la influencia individual de Napoleón. Después del Terror y del Directorio, la Francia estaba preparada para recibir un Caudillo, y, a falta de Bonaparte cualquier otro habría asaltado el poder. Pero qué General, qué político hubiera tenido el genio prodigioso y la misma desmesurada ambición para realizar aquella obra incomparable? (4)

Y cuál de los Caudillos que en Venezuela pudieron ponerse a la cabeza de la revolución hubiera sido capaz de alcanzar una gloria semejante a la del Libertador? Cuando sus émulos apenas si extendían sus miradas más allá de los límites de sus mezquinas patriecitas, el pensamiento de Bolívar hallaba estrecho los confines de la América.

Hé allí las distancias precisas, que los modernos historiadores dejarán definitivamente establecidas. A cada quien según sus obras.

(3) L. Perú de La Croix.—Diario de Bucaramanga.—Pág. 87.

(4) Taine.—Les origines de la France contemporaine.—Vandal—L'Avenement de Bonaparte.

ANIVERSARIO DE CARABOBO (*)

Señoras:

Señores:

Venía yo aquí, por encargo muy honroso de los organizadores de este acto conmemorativo de la Batalla de Carabobo, a haceros una ligera descripción de aquella heroica empresa en que fué vencido el último ejército realista en nuestro territorio, y a explicaros la significación histórica de esa campaña, cuyo éxito permitió al Libertador y a los ejércitos venezolanos, continuar su formidable ascensión hasta las más empinadas cumbres de Los Andes y de la Gloria.

Para cumplir este encargo me había asesorado ya con uno de esos hombres que, uniendo el talento y la perseverancia a la más amplia libertad de criterio, ha principiado a investigar y a exponer científicamente la actuación militar de Bolívar; y había también consultado los libros y documentos que me podía permitir la brevedad del tiempo.

Pero luego pensé que cumpliría mejor con mis deberes de patriota, viniendo a deciros cómo al cabo de cien años, y cuando nos parecía imposible hallar en el mundo quien se atreviese a discutir la gloria de Bolívar, quien pretendiese arrebatar a Venezuela sus credenciales en la obra fecunda de la libertad de América, se estén oyendo en triste desconcierto, los rugidos de la envidia y los gritos inarticulados de la estulticia, para amenguar en paralelos imposibles, a aquel a quien el neogranadino Zea, adelantándose al juicio de los pósteros, colocó entre las más nobles figuras de la antigüe-

(*) Conferencia pronunciada en el Teatro Municipal, en Caracas el 24 de junio de 1914, en el acto literario organizado por los Ministros de Relaciones Interiores e Instrucción Pública.

dad; para atribuirle ambiciones y flaquezas a quien fué asombro de desprendimiento, tenacidad y heroísmo, y para llamar libertos, sí, señores, nada menos que libertos, a los hijos de esta tierra, fragua de titanes, que firmaron con sangre, entre los resplandores de Ayacucho, la carta de emancipación de la América.

Pido mil perdones a los altos funcionarios organizadores de esta fiesta, por no estar cumpliendo estrictamente mi cometido. Pero en este día, en que respiramos atmósfera de epopeya, en que rememoramos aquella justa incomparable en donde llegó al cenit el genio militar de Bolívar y el heroísmo venezolano, no podía yo venir, herido como se halla mi patriotismo por esa campaña de descrédito consciente e inconsciente con que se pretende arrebatarnos nuestro más sagrado patrimonio, no podía yo venir a deciros una conferencia didáctica, casi académica, que explicara apaciblemente, la significación de esta fecha; porque yo creo que el mejor homenaje que puede hacerse al Libertador y a la patria en el aniversario de Carabobo, es entonar un epinicio a su gloria y abrumar a los detractores de Venezuela con el recuento de nuestras proezas.

*
* *

Hace pocos días llegó a mis manos una revista argentina, órgano de una asociación que lleva en Buenos Aires el nombre de Ateneo Hispano-Americano, donde se da cuenta de una fiesta consagrada a conmemorar la fecha de la independencia de nuestra hermana Colombia. Al hablar sobre la conferencia pronunciada por un señor Sondereguer, el periódico llama a Ricaurte Ricamonte, Bambará a Bomboná y confunde deliberadamente a la Gran Colombia con la Colombia actual, parece que con el propósito de suprimir el nombre de Venezuela de la historia de América, llamar colombianos a Bolívar y a Páez y a Pedro León Torres y atribuirle a la antigua Nueva Granada las que son glorias exclusivamente nuestras. Para el señor Sondereguer tan admirablemente documentado, Bolívar fué, como militar, muy inferior a San Martín y a Sucre; como político, inferior a Santander y Rivadavia, y sin embargo le llama genio! ¿Qué entenderán por genio estos plutarcos

de nuevo cuño? Bolívar se distinguía sólo de los demás hombres —dice— por su desmesurada ambición, y ya sabemos lo que puede llamar ambición un argentino moderno o un catalán argentinizado, en medio de aquel gran pueblo aluvional, de aquella gran democracia en formación, donde la sed de oro, según uno de sus más ilustres hijos, ha puesto en derrota los más nobles ideales de la civilización! (1)

Con la de ese periódico, ha coincidido la llegada de un libro colombiano que se exhibe en nuestras librerías, escrito por un señor muy conocido entre nosotros, y quien tuvo la feliz ocurrencia de dar a la publicidad otro libro, que por nobles miramientos hacia su patria, nuestra hermana Colombia, había permanecido inédito y secreto en el archivo de nuestra Academia de la Historia.

Este singular patriota en una larga conferencia dictada en Bogotá y que ocupa casi todo el volumen, intitulado **Colombia en la Guerra de la Independencia.—La Cuestión Venezolana,** pretende comprobar la ya caduca especie de que nosotros, los venezolanos, no hubiéramos alcanzado jamás a emanciparnos sin los auxilios materiales de la Nueva Granada, pensamiento que ya otros han sintetizado llamándonos los libertos.

No quiero hacer mención del modo caliginoso, tímido, encogido, con que viene expuesta esta tesis. Soy venezolano, conservo intactos aquellos caracteres de raza que nos atribuyen hasta nuestros más crueles enemigos, y me voy sin reticencias al fondo del asunto y a las intenciones que lo engendraron.

No somos los venezolanos quienes hayamos tomado a empeño, como dice el escritor neo-colombiano, el hacer aparecer la obra de la independencia como exclusivamente nuestra: son los propios adversarios, los combatientes más valerosos y encarnizados de la emancipación, quienes en documentos de indiscutible autenticidad han destacado sin haberlo pretendido expresamente, el papel principalísimo que desempeñó Venezuela en la libertad de la América Española: es el General don Pablo Morillo, autorizado como nadie para emitir juicio sobre la calidad de sus enemigos, quien ha puesto más en alto el valor indómito de los venezolanos y la elación

---

(1) Después de pronunciada esta conferencia, hemos sabido que el autor de estas lindezas es neo-colombiano. Tanto peor para él.

de Bolívar, a quien llama el COLOSO DE LA INDEPENDENCIA DE AMERICA. Vamos a coger al azar algunos conceptos en la copiosa correspondencia de Morillo con el Gobierno de la Metrópoli.

"En España se cree vulgarmente que sólo son cuatro cabezas los que tienen levantado este país; es preciso, Excelentísimo Señor, que no se piense así por lo menos de las provincias de Venezuela... Dicha gente es vigorosa, valiente, comen cualquier cosa, no tienen hospitales, ni gastan vestidos. No hay, creo, la misma tenacidad en este Virreinato". Recomendaba al Rey "fijar la vista sobre el terreno de Venezuela que da a todas las otras provincias Jefes y Oficiales, pues son más osados e instruidos que los de los demás países, y es por lo tanto preciso más fuerzas en aquella Capitanía General". Al darle cuenta de la entrada del ejército realista en Bogotá el 6 de mayo de 1816, dice: "...por esta exposición puede considerarse ya pacificado este Virreinato, y cerrada la puerta a los revoltosos de los llanos de Caracas, que ya no tienen donde acudir por auxilios ni para retirarse, pudiendo persuadirse V. E. de que si Bolívar con los demás venezolanos no hubiera pisado este país (la actual Colombia) sólo con algunas fuerzas e invocando el nombre de S. M. el Virreinato se hubiera sometido; pero la semilla de aquellos, sus embustes y los aventureros franceses e ingleses han sido la causa de armar estos pueblos contra su legítimo soberano capitaneados por aquéllos". Y cuando relata su marcha desde Cartagena a Bogotá, encuentra que "Ocaña, con la corta población de su Gobierno, es uno de los puntos donde más ha penetrado la manía de la Independencia, sin duda por haber permanecido allí Bolívar cuando huyó de Caracas, y después con su reunión de bandidos cuando sitió a Cartagena". En la provincia del Socorro que "encierra la octava parte de la población de todo el Virreinato, los hombres son tímidos y viven de la agricultura... En todo este espacio, dice más adelante, he visto mucha dulzura en los habitantes; y que donde el cura ha sido bueno, el pueblo lo ha imitado. Esta observación no es del día, desgraciadamente se ha verificado en esta revolución, tanto en Caracas como en este Virreinato y aun más aquí, porque sus habitantes son muy dóciles y no lo son tanto los venezolanos". Tal era la convicción que tenía el General expedicionario del valor y de la tenacidad incom-

parables de los venezolanos, que pedía cuatro mil españoles para dejarlos de guarnición en la Capitanía y el Virreinato, y emprender la reconquista del Perú o de México con las tropas venezolanas que componían los Regimientos del **Rey** y de **Numancia**. Y a fe que era justa su idea, porque con los llaneros venezolanos, que formaban todo el ejército de Morales, de López, de Remigio Ramos, había alcanzado hasta entonces la victoria; y los venezolanos del **Numancia**, al servicio de España, llegaron al Perú antes que las huestes libertadoras, y al incorporarse a las banderas de la Independencia, sirvieron de poderoso auxilio al General San Martín. Desde 1816 "enterado de los recursos de Venezuela y de los del Virreinato, de la influencia de aquellas provincias con respecto a éstas y del conjunto de todas respecto a la América, se creía en el deber de enterar a S. M. de que Venezuela necesitaba más tropas de las que podía sostener, previendo que por ser sus habitantes más guerreros que los granadinos, el Virreinato sería atacado por aquéllos si no se les contenía a tiempo".

Los documentos del general Morillo son un canto interminable al valor venezolano, descartando los calificativos que le dictaba el odio natural al enemigo. Los más parciales historiadores patrios, nuestros más homéricos escritores, no pintaron jamás tan a lo vivo la heroicidad de nuestros insulares margariteños. "Pasaban de 500 rebeldes, dice, hablando del combate de Matasiete, de la canalla más atroz y desalmado de la isla los que defendían el fuerte, hombres feroces y crueles, famosos y nombrados entre los piratas de las flecheras, el terror de las costas de Venezuela, y facinerosos, que cada uno contaba muchos asesinatos y estaba acostumbrado a mirar la vida con desprecio. Estos malvados llenos de rabia y de orgullo, con su primer ventaja en la defensa, parecía cada uno de ellos un tigre, y se presentaban al fuego y a las bayonetas con una animosidad de que no hay ejemplo en las mejores tropas del mundo... No contentos con el fuego infernal que nos hacían, arrojaban piedras de gran tamaño y como eran hombres membrudos y agigantados, se les veía arrojar una piedra enorme, con la misma facilidad que si fuera una pequeña. Nuestra caballería, que para el momento de ocupar el reducto ya estaba prevenida, recibió a los que salieron de él en unas lagunas poco

profundas, donde todos se arrojaron y allí pereció a sablazos aquella banda de asesinos feroces, que ni imploró la clemencia, ni hubo uno solo que diera señales de timidez, en medio de la carnicería que en ellos se hizo. Algunos que pudieron escapar, a pesar de la vigilancia de los dragones, dieron en manos del Regimiento de Navarra que rodeaba aquellas inmediaciones. De esta suerte se concluyó una acción tan sangrienta y empeñada, que allí quedaron tendidos más de quinientos foragidos que ni aun en el último momento quisieron rendirse". (2) Suprimamos todos los epítetos, todos los conceptos con que el general español pretendió mancillar a los laboriosos y honrados margariteños, pongamos héroes en vez de asesinos y foragidos, y dígase si existe en los anales militares del mundo una página que coloque más en alto el heroísmo de un pueblo.

Cuando habla de los llaneros, asegura "que no es posible dar en hombres más valor del que se observa en las filas de nuestros enemigos, y sólo podían batir a semejante canalla tropas de la bizarría, entusiasmo, disciplina, que tienen las nuestras". Y el ejército del general Morillo se componía en una gran parte de venezolanos.

Nos haríamos interminables si fuéramos a trasladar los conceptos que se hallan en más de quinientas comunicaciones dirigidas por el General Expedicionario al Gobierno de España. Pero todas ellas pueden sintetizarse en esta frase que presenta a Venezuela como el baluarte de América del Sur: vencida España en Venezuela, quedará vencida en todo el Continente. "En el día, Excmo. Señor debe llamar poderosamente la atención de V. E. el ejército de Costa Firme, que opera en la América verdaderamente militar, de cuya conservación depende la de los demás Virreinatos de este Continente, así como la de su ruina, arrastraría la de ellos por consecuencia". Clarísima visión la del general Morillo; probablemente fué ésta la causa de que al comprender la imposibilidad en que estaba España de enviar tropas a Venezuela después de la revolución de Riego y Quiroga, temeroso de que los dominios de América se perdieran en sus manos, dió fin a su tarea con un acto

(2) Rodríguez Villa.—Biografía de Morillo.—III y IV passim.

político, y echó sobre el excelente La Torre la responsabilidad de Carabobo donde se cumplió su profecía. Y aquí queda expuesta con la autoridad indiscutible del Conde de Cartagena, la significación histórica de aquella gran batalla.



De ninguna manera he querido establecer un contraste deprimente para ninguno de los pueblos hermanos de Hispano-América. No considero que sea deshonroso para ningún pueblo el poseer hábitos sedentarios y pacíficos, porque el carácter de todo grupo social no depende de la voluntad de los hombres, sino de multitud de factores que la ciencia moderna ha llegado a analizar con bastante precisión.

Venezuela, con 17.000 leguas de llanuras, estaba necesariamente destinada a representar en la Independencia de América el importantísimo papel que nadie puede desconocer. Las consideraciones del sabio Barón de Humboldt asumen a este respecto un carácter profético: "Si después de la varia distribución de los animales sobre el globo, dijo al hablar de nuestras llanuras, la vida pastoral hubiera podido existir en el nuevo mundo; si antes de la llegada de los españoles, los llanos y las pampas hubieran estado llenos de estos rebaños que allí pastan al presente, Colón hubiera hallado la especie humana en un estado muy distinto. Pueblos pastores, nutriéndose de leche y de queso, verdaderos nómades hubieran recorrido estas vastas llanuras que se comunican entre sí; se les hubiera visto en las épocas de las grandes sequías, y aun en las de las inundaciones combatir por la propiedad, subyugarse mutuamente y reunidos por un lazo común de costumbres, de lenguaje y de culto, elevarse al estado semi-civilizado que nos sorprende en los pueblos de raza mongola y tártara. Entonces la América, como el centro del Asia, hubiera tenido conquistadores, que elevándose desde las llanuras hasta las altiplanicies de las cordilleras hubieran sometido a los pueblos más civilizados del Perú y Nueva Granada, derribando el trono de los Incas y del Zaque (Jefe secular de Cundinamarca), reemplazando el depotismo que engendrara la teocracia, con el gobierno patriarcal de los pue-

blos pastores". ¿No fué esto lo que se vió con excesiva claridad en la guerra de la Independencia? Los dos pueblos de llanuras, los dos países donde la vida pastoral engendró al llanero y al gaucho, cuya semejanza con los pueblos conquistadores del Asia y del Africa, ha sido observada por multitud de escritores, fueron los únicos que tramontando las cordilleras, llevaron la guerra a los países vecinos y alcanzaron su independencia. Y si España hubiera hallado en la Argentina el apoyo que encontró entre los llaneros venezolanos, la prolongación y las vicisitudes de la guerra habían convertido en héroes a aquellos montoneros criminales, inmortalizados por Sarmiento, en la figura legendaria de Facundo, y no hubieran sido probablemente como lo fueron, los victimarios de los próceres de la independencia del Plata. El valor no se ennoblece sino al servicio de una causa justa.

Los facinerosos que capitaneados por José Tomás Boves, ahogaron en sangre los triunfos de 1813, fueron bajo las órdenes de Páez, los Centauros incomparables de las Queseras y de Carabobo y conducidos por Simón Bolívar, llegaron a hollar con los cascos de sus caballos las más escarpadas cimas de las cordilleras andinas, "transfigurados por el Dios de Colombia".

La superioridad militar de esos pueblos conquistadores sobre las poblaciones sedentarias, la tenemos los venezolanos dolorosamente comprobada en los días aciagos de 1814, cuando aquella patria coronada de frescos laureles por Bolívar y Mariño, sucumbió impotente ante el empuje de las caballerías llaneras. Y si un conjunto de circunstancias favorables a la Patria no hubiera atraído a sus banderas a aquellos mismos hombres, la independencia habría sido imposible. Vencida Venezuela con la misma facilidad que lo fué la Nueva Granada, Morillo no se hubiera internado en las llanuras de Apure, y la campaña de Boyacá no se habría probablemente realizado entonces.

Yo no sé, señores, dónde estaban los grandes recursos con que contó el Libertador en esos días. Yo no veo aquellos ejércitos bien alimentados, bien vestidos, bien municionados. El admirable pincel de Tito Salas trazó en el lienzo el éxodo victorioso de aquella tropa que parecía de gitanos, de aquel grupo de héroes semi-desnudos que fué a conquistar en Boyacá la libertad de la Nueva

Granada. Para la realización de aquel prodigio, Venezuela dió todo lo que tenía: el genio de Bolívar y el valor indómito de sus hijos.

*
* *

Es desconocer las leyes de la continuidad en los sucesos históricos tomar aisladamente el hecho, muy exacto, por otra parte, de que Nueva Granada contribuyese con grandes elementos a la Batalla de Carabobo. ¿Acaso hubiera sido esto posible sin la campaña de Boyacá alcanzada con no más recursos que el genio y el valor? "El éxito fatal de Boyacá —decía Morillo al Gobierno de España— ha puesto a disposición de Bolívar todo el Reino y los inmensos recursos de un país muy poblado, rico y abundante, de donde sacará cuanto necesite para continuar la guerra en estas Provincias". Por manera que sin la campaña de Boyacá todos esos elementos que vinieron a Carabobo, habrían servido a España para mantener la opresión que Sámano hacía pesar sobre nuestros hermanos granadinos.

Pero, lejos de reconocer estos hechos indiscutibles, se nos quiere enrostrar que los venezolanos no pelearon solos en ninguna de las grandes batallas de la Independencia. ¿En qué puede menoscabar esto nuestra gloria? Si los grandes guerreros se hubieran limitado a emplear únicamente los hombres y los recursos de sus propios países, jamás hubieran realizado las grandes empresas que forman época en la historia de la humanidad. Alejandro atravesó el Helesponto con 30.000 griegos y a los pocos años, sus ejércitos, compuestos en gran parte de los mismos vencidos, eran diez veces más numerosos y cubrían toda el Asia. De los 50.000 hombres con que Aníbal emprendió la conquista de Roma, sólo una minoría era de cartagineses: española era toda su infantería y nómada su caballería; y cuando tramontó los Alpes supo atraer a sus banderas numerosos pueblos itálicos, descontentos o enemigos de Roma. "Y qué mezcolanza tan singular de todas las estaturas, de todos los colores, de todas las formas de cráneos y de cabellos debían ofrecer aquellos grandes ejércitos del Imperio Romano, en que los húngaros fraternizaban con los españoles, los

sirios con los francos, los esclavos con los bretones". (3) Cortés conquistó a México con un puñado de españoles y un ejército formidable de trascaltecas; y cuando Bonaparte cruzó el Niemen, llevaba un ejército de 600.000 hombres, que pudo llamarse ejército de pueblos, según la expresión de Onken. De tal suerte predominaban los extranjeros en los ejércitos del Imperio, que Napoleón escribió a Metternich: "Los franceses no pueden en modo alguno quejarse de mí, pues envío a morir a los alemanes y a los polacos para salvarlos a ellos: la expedición de Moscou me ha costado trescientos mil hombres, de los cuales apenas treinta mil eran franceses". (4) ¿Y quién se atreve a disputar a Francia las glorias militares del Emperador? En nuestra guerra de Independencia los ejércitos de Boves se componían exclusivamente de venezolanos; venezolanos formaron en gran parte el ejército de Morillo. ¿Y quién dirá que los triunfos de aquellos dos caudillos no fueron triunfos de España?

"Cuando Bolívar, antes de comenzar su carrera sentó el principio, en una proporción geométrica, de que con los elementos de una sola provincia podía libertarse el Continente, no pensó sino en una conquista progresiva e indefinida realizada por un ejército que paulatinamente fuera incorporando soldados de todos los pueblos redimidos". (5) ¿Y no fué esa la clave de sus victorias? Pero la empresa de Bolívar se diferencia de todas las anteriores en el espíritu que la animaba. Luchaba por la independencia de América a la vez que por las ideas liberales, cuando éstas habían fracasado en Europa; los venezolanos, granadinos, quiteños, peruanos, argentinos y chilenos que formaron al fin el ejército libertador, participan todos de la misma gloria. Todos ellos, incluidos los oficiales europeos que vinieron a América a luchar por el triunfo de su causa, eran iguales a los ojos del Libertador. "Para Bolívar —ha dicho O'Connor— su patria era el mundo: los hombres de todas las naciones sus conciudadanos, la justicia su ídolo y la libertad su culto".

---

(3) Bouglé.—Les idées égalitaires.—Pág. 151.

(4) Gelfert: María Luisa.—Viena.—1873.—Pág. 368.—Cit. por Onken.

(5) Doctor Vicente Lecuna.—Datos suministrados al autor.

Pero Bolívar era venezolano, y si se exceptúan a Chacabuco y Maipú, no hay una sola de las grandes batallas de Sur América que no fuese mandada en jefe por un venezolano y en donde no figuren batallones enteros de venezolanos surgidos de todas las clases sociales. Desde los Mantuanos representado por Bolívar, Mariño, Bermúdez, Sucre, Montilla, hasta los más humildes hijos del pueblo, los vejados y oprimidos bajo el régimen colonial, todos llevaron su contribución de inteligencia y de energía a la grande obra de emancipación y de libertad. Y es a este pueblo, que con justicia se envanece de poseer las mayores glorias que registra la historia militar del nuevo mundo, a quien se atreven a llamar liberto!

Pecaríamos de avaros, si poseyendo este inmenso caudal, fuéramos a regatearle glorias a los otros pueblos de América y a discutirles la inmortalidad a tantos insignes guerreros que, deslumbrados por el genio del Libertador, supieron luchar y morir, al par de los nuestros, como héroes de leyenda. ¿No se ha visto cómo el actual Gobierno de la República, cuando celebró el Centenario de la Independencia, supo honrar la memoria de nuchos hombres que no nacieron en nuestro suelo, pero que prestaron eminentes servicios en la magna lucha? ¿No hemos visto levantar una estatua a Ricaurte en el propio campo de San Mateo, sin que nadie en Venezuela se haya atrevido a discutir la veracidad del sacrificio suyo? Porque aun en el supuesto caso de que aquello no hubiese sido más que una fantasía forjada por la imaginación ardiente de Bolívar, todos debemos admirarla como admiramos su delirio sobre el Chimborazo. Si fué a la vez obra de política, como se dice de la apoteosis de Girardot, a quien el Gobierno de Carabobo erigió también una estatua en la ciudad de Valencia, ¿por qué hemos de empequeñecer a aquellos héroes adolescentes que tras brillantísima campaña vinieron a servir con su holocausto a un fin tan grandioso como el de unificar en pueblos hermanos el ideal de libertad?

En la empresa de la independencia americana cada pueblo contribuyó con lo que pudo y lo que tuvo. Venezuela dió al Libertador, a Miranda, a Sucre, a la pléyade de sus generales en Jefe y a sus ejércitos veteranos, formados en una guerra crudísima, en doscientas funciones de armas, donde se consumieron, junto con

sus grandes riquezas materiales, la mitad de su población y cuantos elementos pudieron servir a la obra inmediata de su reconstrucción social. Ese aporte invalorable es el que quiere hoy discutírsenos pretendiendo superarlo con los auxilios materiales y de tropas que otros pueblos, donde la guerra no asumió nunca los espantosos caracteres que en Venezuela, dieron a la obra de la independencia. Se nos quiere humillar con números, se nos pretende deprimir con oro, con vestuarios y con novillos gordos. La gloria de un pueblo no se puede balancear con una contra-partida de tenedor de libros! Si hasta se pretende arrebatarle al Libertador su genio militar, afirmando que en la campaña de 1813, él no hizo otra cosa que ceñirse estrictamente a las inspiraciones del Congreso de la Nueva Granada. ¿Y cuál fué el Congreso que le inspiró la campaña prodigiosa de Boyacá, Carabobo y Ayacucho?

Oigamos a un joven escritor colombiano, el doctor José de la Vega, cuya palabra elocuente resonó llena de justicia para los venezolanos en el Centenario del Sitio de Cartagena de Indias. Yo traigo aquí sus conceptos para que me acompañéis a rendirle un homenaje de simpatía a su talento y a su elevado criterio:

"Sobra el lirismo y resulta innecesaria la fábula —dijo en aquella ocasión solemne el doctor de la Vega— cuando ocurre hablar del papel que toca desempeñar a Venezuela en la magna epopeya: sus hijos llevan por doquier y enarbolan a todos los vientos el estandarte de la rebelión, y lo mismo batallan en las cumbres andinas ateridos por el frío de los páramos, que luchan bajo el sol canicular de nuestras llanuras inclementes: y desde México hasta las regiones del Plata van dejando la impresión de sus aventuras inauditas, el eco de sus férvidas propagandas de libertad, el ejemplo vivo todavía—de sus inmolaciones heroicas, y ¿por qué no decirlo? la huella sangrienta de sus implacables e inverosímiles crueldades. Son los descendientes de aquellos bravos capitanes que al comenzar del siglo XVI crearon a sangre y fuego un mundo sobre los escombros de razas degeneradas y caducas".

*
* *

Señores:

Cualquiera que sea el concepto que de la acción de las colectividades tengan ciertos historiadores, es imposible desconocer la influencia poderosa de los grandes hombres en los acontecimientos humanos. Y no hay que rebuscar mucho en nuestros anales para ver cómo aparece, cómo se destaca la figura de Bolívar conduciendo la revolución hacia fines remotos que sólo su genio era capaz de vislumbrar; cómo se le ve sofrenando la anarquía, someter a su autoridad caudillos levantiscos de la talla de Páez y de Bermúdez, imponerse con sus modales cortesanos a los salvajes de Apure, e inculcar en aquellos cerebros rudimentarios la idea de Patria, como un dogma religioso. Es decir, la Patria grande, la Patria sin límites, que fuera extendiendo sus fronteras a la medida de sus triunfos, incorporando pueblos redimidos para hacer de toda la América, no ese pobre Imperio de Trapisonda visto por los miopes, sino una gran comunidad de hombres libres!

Y sin amenguar la verdadera talla de los otros caudillos de América, ¿cuál de ellos hubiera sido capaz de realizar la obra de Bolívar? ¿Cuál de ellos tuvo aquellas alas poderosas que le permitieron elevarse a regiones desde donde menospreció las anárquicas fronteras de las patriecitas?

Señores:

A medida que he ido dictando estas líneas, y he sentido crecer en mi mente la figura inconmensurable del Libertador, mi corazón de patriota, henchido de su gloria, os pide compasión para los pobres de espíritu.

NE QUID NIMIS

Es cosa de muchachos vanos la que antiguamente acostumbraban hacer los mozalvillos, que era buscar para sí fama, acusando a los varones ilustres.

Epístola XLII de Hieronimus Eusebius a San Agustín.

Nuestro excelente amigo don Cornelius Hispanus, quien dejó en Venezuela recuerdos tan gratos, mal contento con sus equívocos triunfos de poeta, preséntasenos ahora como historiador. Este aspecto imprevisto no deja de ser tan peregrino como el primero.

El "feliz copista del **Diario de Bucaramanga**", después de prolijos estudios, ha descubierto la fase económica de la Historia, y arrinconado la improductiva cítara de Orfeo en que cantó a Chimbilaco, parece que logra su propósito de casar, siquiera morganáticamente, a Mercurio con Clío, no sin que antes disputase a Ollendorff por paraninfo de estas bodas. Fecundo ha sido el maridaje, pues acaba de dar a luz otro libro, **Colombia en la guerra de la Independencia—La cuestión venezolana**, que de juro no le habrá producido tántos accidentes y dolores como el parto primerizo, que por poco le resulta el de los montes.

Un insigne filósofo e internacionalista, harto conocido en el mundo hispano-parlante, y que es una de las figuras que más luz destellan sobre la frente de Colombia, don Marco Fidel Suárez, prologa este volumen con una epístola de compromiso, un tanto más benévola que algunas de Hieronymus Eusebius, el santo a quien trató de glorificar don Cornelius en su **Legenda de oro**, y que trabajo le costó al señor Herrera Irigoyen percibir el oro de la leyenda. Lo curioso es que el regocijado don Cornelius, contraviniendo las más rudimentarias reglas de la cortesía, ingénita en todo colombiano bien nacido, estampa una nota al pie de la carta de don Marco Fidel, presentándole a la vez a los lectores cornelia-

nos. Lo cual nos mueve a preguntarle, como en la célebre anécdota: —Y a usted ¿quién le presenta? De fijo que no será Perú de Lacroix ni don Pedro Arismendi Brito, y perdónennos los manes de las ilustres víctimas de don Cornelius.

Este último libro viene a ser casi tan fraudulento como el Diario; porque, para completar las trescientas diez y ocho páginas, con índice y todo, se vió compelido a dar de aldehala cuatro articulejos más, que no aparecen en el frontispicio. Unica liberalidad que se permite el flamante historiador, parecida por cierto a la de algunos periódicos que incluyen graciosamente en la suscripción, los figurines a la moda.

Colombia en la guerra de Independencia es una conferencia dictada por don Cornelius, en el parque Rufino Cuervo, de Bogotá el 14 de octubre de 1912. Como no advierte si fué de día o si de noche, mal podríamos imaginarnos el júbilo de sus oyentes, contemplando el rostro del conferencista, rubicundo como el de Febo, mofletudo, la calvez poco airosa, y con tímidos ademanes de colegiala.

Raras veces una producción retrató con mayor exactitud el carácter de su autor. El estilo es el hombre, según el gran clasificador de animales.

Don Cornelius dice y no dice, afirma y no afirma, prueba y no prueba —de donde se barrunta que él piensa y no piensa— que los venezolanos somos unos libertos de la Nueva Granada. La especie es tan moderna, que ya venía repitiéndose desde los días de Colombia la magna, cuando a los neo-granadinos les causaba escozor la indiscutible preponderancia de los militares venezolanos en América toda. De suerte que el historiador en agraz ha hecho un descubrimiento portentoso, como el huevo de Colón, el río de Roosevelt, o el **Diario de Bucaramanga.** Pero el tema, en la brillante pluma de don Cornelius, cobra aspectos cinematográficos; y así nos ofrece una película de "largo metraje" en aquellos sus cansinos párrafos, por los cuales vense desfilar no ya las "divisiones granadinas, sino los vestuarios, las armas, las provisiones inmensas, las recuas de mulas y caballos, los millares de novillos gordos, los millones de pesos en metálico, sonantes, que concurrieron a la llanura de Carabobo, donde se dió definitiva libertad a

Venezuela". En este corneliano **film** no aparecen Bolívar, ni Páez, ni la Legión Británica, ni Cedeño, ni Plaza, ni el Negro Primero, sino lucios novillos dándose de **cornadas**; vestuarios sin soldados adentro, como armaduras de museo. Ni se oyen clangor de clarines ni redobles de parches, sino el ruido del metálico, que tan dulcemente suena y consuena en la **Leyenda** de oro.

Para el patriotismo del impertérrito grafómano, el general Santander no es ya el héroe de Boyacá ni el **hombre de leyes**, como le llamó Bolívar, que no **de las leyes**, como don Cornelius quiere bautizarle. En el empeño de reducirlo todo a números, exagerando así los auxilios materiales de Nueva Granada, convierte a su paladín en **caja pública, en arca maravillosa**. ¡Y lucido queda el general Santander, metamorfoseando por este Ovidio Nasón implume, en caja de Pandora!

Si bien a don Cornelius no se le escapa que la empresa libertadora de América fué el resultado de esfuerzos comunes, pretende sobreponer los novillos gordos, el oro y los vestuarios a la actuación de los hombres, y las montoneras impersonales a los caudillos. ¿Con quién se queda don Cornelius, en sus pujos de sociólogo? ¿Con Carlyle, Nietzsche y Renán, que todo lo atribuyen a la acción individual, o con el beatífico Tolstoy, que les asigna preponderancia a las multitudes? Seguramente con el último, porque es acaso el que más se le asemeja a Hieronymus Eusebius.

Los guates sedentarios de la Nueva Granada, así como los indios de la zona agrícola de Venezuela, fueron incapaces de enfrentárseles a los llaneros capitaneados por José Tomás Boves, los cuales purpuraron con su propia sangre los triunfos de 1813; y si la imprevisión de don Pablo Morillo y la visión amplia de Bolívar no hubieran coincidido en el propósito de arrojar los mismos llaneros a los brazos de la patria, aquel general habría alcanzado una victoria tan fácil como la que alcanzó en Nueva Granada. Mas don Cornelius cree a pié enjuto que su ínsita pudibundez es moneda circulante en el mercado de la guerra, cuando ni siquiera puede tomarse a título fiduciario, porque la buena fe y el crédito no la abonan. La suerte de la independencia decidióse en las llanuras; y en aquellos días aciagos, Casanare valió más que Bogotá. Los académicos cediéronles el puésto a los bárbaros, y Nonato

Pérez fué más útil entonces que Santander. Cuando éste relata con singular honradez los sucesos acaecidos en la Trinidad de Arichuna, donde se le despojó de todo predominio, confiesa que él "no podía continuar mandando a unos hombres propensos a la rebelión, y en país donde se creía deshonroso que un granadino mandase a venezolanos". El fetiche de don Cornelius hizo entonces el mismo desairado papel que aquellos doctores y generales lechuguinos, cuyos hábitos civiles servían de escarnio y mofa a los hipántropos de Páez. Y aquí, don Cornelius, de la influencia decisiva del Héroe, del Superhombre, del Representativo sobre el común de los mortales. Esos centauros —no los mal traducidos de Guerin— que desconocieron a Santander, tuvieron por fuerza que reconocer al Libertador; y sin tal sometimiento que atrajo a Morillo hacia las llanuras —porque el general español sabía muy bien que donde estaba Bolívar estaba la independencia— Boyacá, y, por consiguiente, la emancipación de la Nueva Granada hubiera sido punto menos que imposible.

¿No le parece a don Cornelius, que ésto vale mucho más que los "novillos gordos", enviados a Carabobo? Quizás no, porque en su infausta conferencia da una especie de demostración mercantil, algo así como balance de tenedor de libros, a fin de comprobar que no somos sino unos pobres manumisos de la Nueva Granada. Lo cual no produce extrañeza en cerebro atiborrado de minucias, que viene en mala hora a interrumpir la tradición de los eminentes escritores neogranadinos, desde Restrepo hasta Vejarano, quienes, a fuero de hidalgos, vieron siempre con sumo desdén las cosas materiales para asignarles a las del espíritu la importancia que requieren.

Bolívar no hubiera sido jamás el Libertador de Hispano-América, si su perseverancia genial no se hubiese aquilatado en el yunque de la Guerra a Muerte, donde desaparecieron por completo no sólo las riquezas todas de Venezuela, sino lo que acaso no valga tanto a los ojos miopes de don Cornelius; el inmenso e irreparable caudal de las altas clases sociales, ornamento del patriciado. ¿Podrá compararse, por ventura, este sacrificio con la material aportación de que nos habla don Cornelius en su monserga?

Es innoble, por decir lo menos, en un colombiano la presunción de enrostramos las fatales consecuencias de ese homérico holocausto de Venezuela a la libertad de América. Bolívar lo pintó con la magia de aquel estilo suyo, que suena como el oro en la carta dirigida a don Esteban Palacios, y que aquí se trascribe, para que aprenda el "feliz cultivador de las letras griegas":

"Usted habrá sentido el sueño de Epiménides: usted ha vuelto de dentro de los muertos a ver los estragos del tiempo inexorable en la cruel guerra de los hombres feroces. Usted se encontrará en Caracas como un duende que viene de la otra vida y observa que nada es de lo que fué.

"Usted dejó una dilatada y hermosa familia: ella ha sido segada por una hoz sanguinaria: usted dejó una patria naciente que desenvolvía los primeros gérmenes de la creación y los primeros elementos de la sociedad; y usted lo encuentra todo en escombros, todo en memorias.

"Los vivientes han desaparecido: las obras de los hombres, las casas de Dios y hasta los campos han sentido el estrago formidable del estremecimiento de la naturaleza.

"Usted se preguntará a sí mismo, ¿dónde están mis padres, dónde mis hermanos, dónde mis amigos? Los más felices fueron sepultados dentro del asilo de sus mansiones domésticas; y los más desgraciados han cubierto los campos de Venezuela con sus huesos, después de haberlos regado con su sangre! ¡por el solo delito de haber amado la justicia!

....

"Yo he recogido el fruto de todos mis compatriotas, parientes y amigos. Yo los he representado a presencia de los hombres; yo los representaré a presencia de la posteridad!"

Adición.—Cornelius Hispanus, atacando al inatacable doctor González Guinán, cuya obra califica irónicamente de voluminosa, diz que por haber baldonado a Santander, se despeña en su desahogo patriotero, y apunta: "Los colombianos han contribuido a enlodar la vida pública de Santander. Los que entre nosotros han escrito historia, la mayor parte afiliados a cierto partido, creyendo servir sus ideales políticos, han hecho causa común con Páez, Peña, Mariño, los Portocarreros, Montillas, Farías, Andrades, aquel grupo

de venezolanos que por los años de 1827 a 1830 arrastraban sus chafarotes por las calles de Bogotá, desafiando la constitución y leyes de la República". Ni Páez ni Mariño estuvieron nunca en Bogotá, ni el doctor Miguel Peña usó en aquel tiempo el legendario chafarote de San Diego de Cabruta, sino que combatió con aquella su grandilocuencia, que Heredia parangonó con la de Demóstenes y Cicerón, en pro de la justicia y de la ley, violadas por el Vicepresidente, con el asesinato jurídico de Leonardo Infante. (*)

(*) Este artículo apareció en "El Nuevo Diario", firmado Heráclito y Demócrito, y fué escrito en colaboración con el señor Eduardo Carreño.

EL PASO DEL NUMANCIA

Refutación al artículo del escritor chileno Carlos Vicuña Mackenna.

No por su mérito intrínseco, sino por el sonoro apellido de quien lo suscribe, voy a ocuparme con un artículo titulado "La Deserción del Batallón Numancia en 1820" firmado por Carlos Vicuña Mackenna; fechado en Villa del Mar, (Chile) el 11 de noviembre de 1917 y reproducido ayer en este mismo Diario. El autor es un chileno, que naturalmente debe gozar de una grande influencia en su país, pues dada la efectiva constitución aristocrática de aquella República, los individuos valen allá mucho por su nacimiento, y todo el mundo sabe en América quien fué aquel hombre, por múltiples títulos ilustre, que se llamó Benjamín Vicuña Mackenna; y de cuyos dos apellidos han hecho uno solo sus descendientes, como para convertirlo en un título que les da derecho a ser, no sólo políticos —que eso cabe muy bien dentro del régimen chileno— sino también publicistas e historiadores, olvidando que la ciencia moderna, dando razón a la democracia, ha reducido a límites muy estrechos la doctrina de trasmisibilidad de los caracteres adquiridos, sobre todo en lo que se refiere a la herencia psicológica, considerada hoy por aquellos que racionalmente se han situado en un justo medio, entre las escuelas extremistas de Lamarck y de Weismann, nó como una regla general, a cada paso desmentida por la experiencia, sino como una rara excepción. Cuán contados son los hombres que en el concepto intelectual pueden ufanarse de ser hijos de sus padres!

El señor Vicuña Mackenna viene ahora, después de cien años, a lanzar una trémenda calumnia contra los venezolanos y neogranadinos que a impulsos de elevados sentimientos, y lejos de la Patria, abandonaron las filas realistas en que hasta entonces habían servido heroicamente, para acojerse a las banderas de la In-

dependencia; y contribuir de la manera más audaz y abnegada a la libertad del Perú, con el contingente de ejército que constituía la base más sólida con que contaba España en aquellos países.

Basta leer el artículo del señor Vicuña, para comprender lo muy poco documentado que se halla en el asunto. "Cuando los historiadores —dice— se ocupan del curioso caso de la defección del regimiento español "Numancia" que, con armas y bagajes, se pasó a las fuerzas patriotas en la primera etapa de la expedición Libertadora del Perú, tratan de explicar por diversas causas esta extraña actitud. Los unos atribuyen el suceso a la composición misma del regimiento, que contaba entre sus filas inmensa mayoría de oficiales y soldados criollos; los otros piensan que el elemento femenino (sic) influyó poderosamente en el cambio de frente; algunos estiman que el mal trato dado a las tropas por las autoridades superiores fué la causa eficiente que determinó el trastorno".

La segunda de las causas a que se atribuye el paso del "Numancia", no la conocíamos hasta ahora, y nos parece no muy claramente expresada, porque a primera vista se creería que ese poderoso "elemento femenino" existiera también entre las filas del Regimiento. En cuanto a las otras dos sí son exactas, pero necesitan explicarse. Mas el señor Vicuña no acepta ninguna de las tres, e interpretando a su manera documentos que él cree inéditos y que le fueron proporcionados por los descendientes de don Joaquín Campino, afirma, que el coronel don Tomás de Héres y los demás héroes del "Numancia" se **vendieron por doscientas onzas de oro**, a cuya suma alcanzó el empréstito levantado por Campino y López de Aldana, chileno el primero y neo-granadino el segundo, y a quienes el señor Vicuña atribuye, por su propia cuenta, una influencia colosal en la libertad de América; lo cual constituye otro descubrimiento del sagaz historiador.

"A doscientas onzas de oro —dice el señor Vicuña— alcanzó el empréstito concedido por un señor llamado don Antonio Vellán y este fué el precio de la venta, —para darle su verdadero nombre— del regimiento "Numancia". De la mencionada suma —continúa diciendo el señor Mackenna— ciento cincuenta onzas se entregaron a su segundo jefe don Tomás Héres, y las cincuenta restantes quedaron en poder de don José Boqui, que hacía de ecóno-

mo de los agentes secretos, para los gastos que ocurrían en pagos de propios, habilitaciones a los oficiales, que querían pasarse, etc., etc."

El escritor chileno parece ignorar que en el volumen I, de la Historia del Perú Independiente, por Mariano F. Paz Soldan, se halla inserto un documento suscrito por José Pardo Prieto & C^a^, y que entre paréntesis dice (F. López Aladana, y Joaquín Campino) y el cual figura también en el tomo V., página 319 de las Memorias del general O'Leary, donde consta que una de las condiciones puestas por los jefes del Batallón "Numancia" para abandonar las filas realistas, fué la de facilitar "la evasión de sus compañeros oficiales presos en los calabozos del castillo del Callao", a cuya operación se dedicaron los fondos recogidos por Aldana y Campino, que no fueron proporcionados —según afirman ellos mismos— por "algún pudiente de aquella ciudad (Lima) sino por patriotas pobres pero muy virtuosos y ninguno natural de este infame pueblo"; y cuya suma alcanzó a sólo ocho mil pesos, obtenidos con gran trabajo, sin embargo de hallarse los dos agentes perfectamente autorizados por el general San Martín, pues es notorio que la decisión y la audacia no fueron nunca características del pueblo peruano en aquella época.

Léase lo que dicen Aldana y Campino: "Vimos a otro americano rico que se da por muy patriota, que es D. Lorenzo Lequerica, y este bribón, después de haberse comprometido a dar 20.000 pesos, que era el presupuesto que hizo un oficial del "Numancia" para tomar el castillo del Callao, con la condición que le habíamos de dar el documento citado (una letra en blanco del General San Martín) y que no se había de buscar a otro sujeto, tuvo la debilidad y picardía de retractarse a las 24 horas".

Esa calumnia, que al señor Vicuña, se le ocurre lanzar contra los patriotas del "Numancia" al cabo de cien años y basándose en documentos que interpreta a su manera, no la soñaron jamás ni en aquellos mismos años de pasiones y de luchas los enemigos de Don Tomás de Héres, que les tuvo muy grandes y encarnizados en el Perú y en Chile; porque más tarde como Ministro, Secretario y Agente de Bolívar, encargado de velar por los intereses de Colombia y por el sostenimiento del ejército que hizo la campaña

definitiva de la Independencia, tuvo que herir multitud de intereses y soliviantar el ánimo remiso de los peruanos, que jamás vieron con simpatía a sus libertadores, no obstante las exageradas demostraciones de adhesión —que algunos califican de serviles— con que agasajaron primero a San Martín y luego a Bolívar y a sus conmilitones. Ni el chileno Federico Brandsen, que tanto ultrajó a Héres en aquellos mismos años, llegó jamás a calificar como una venta el "paso del Numancia". Brandsen acusó a Héres de "insigne traidor, de haber despedazado el seno de su patria, y de que viendo oportuna la ocasión, se pasó a las filas del ejército que mandó el general San Martín, entregando a su benefactor" (O'Leary V, p. 366). Aquí cabía, en este desbordamiento de injurias, hablar de la venta, hablar de esas doscientas onzas de oro que tanto poder tuvieron sobre un hombre del esclarecido nacimiento, del talento, del valor y de la austeridad del general Héres, y para la realización de un hecho de tan enorme trascendencia en la revolución emancipadora.

La historia del Batallón "Numancia", es sumamente fácil de explicar a quienes conozcan el movimiento íntimo de la revolución de la Independencia de Venezuela. Dividida la población en dos bandos, el realista o godo y el independiente o patriota, la guerra tuvo en los primeros años, todo el carácter de una contienda civil; y defendiendo al Rey empuñaron las armas multitud de hombres surgidos de todas las clases sociales, distinguiéndose heroicamente en aquella lucha, la más tremenda que registra la historia de la Independencia Hispano-Americana. Cuando en 1815, la caída de Napoleón permitió a España el envío de una grande expedición, —la única importante que vino a América en todo el curso de la guerra— convencido el Gobierno —como después lo dijo el general Morillo— de que Venezuela era el pueblo más guerrero del Continente, fué a nuestras playas a donde dirigió aquel ejército, compuesto en su totalidad por las tropas que habían servido a las órdenes de Wellington. El país entero se hallaba entonces en poder de los realistas, que habían triunfado sobre un inmenso hacinamiento de cadáveres y de escombros. Apenas por las extensas llanuras vagaban algunos grupos de patriotas fugitivos; y Bolívar, el Libertador, cargando entonces con las recriminaciones del ven-

cido, vagaba también casi solo por la Nueva Granada y las Antillas en solicitud de elementos con que reencender la guerra.

La llegada de los Expedicionarios, quienes al orgullo de sus triunfos, a la brillantez de sus equipos —que hacían contraste con los harapos de los soldados criollos— poseían el desprecio con que el metropolitano vió siempre al colono, acentuado por el carácter orgulloso y despótico del español, cambió casi por completo la faz primitiva de la revolución. Las tropas venezolanas comenzaron a sufrir los mayores vejámenes; los cuerpos que más heroicamente se habían conducido, fueron vistos con mayor desconfianza; y tanto Morillo como Enrile, su Jefe de Estado Mayor, creían que el mejor medio de restablecer el orden era "la mayor disciplina en las tropas europeas y continuos castigos en las venezolanas". (Rodríguez Villa.—Biogr. de Morillo, t. 3º, pág. 299) y opinaban que "cuantos venezolanos puedan salir de Caracas, tanto más conducente será, imitando a los ingleses que condujeron parte del palenque de Jamayca al Canadá, y se logra con maña y sin disgustos. El venezolano —agregaba Enrile en sus informes al Ministro de la Guerra— es obediente, sufrido y buen soldado si se le sabe conducir, pero fuéra de su casa". Fué por esas razones, que desde su llegada a Venezuela comenzó el General español a deshacerse de todos los cuerpos de ejército venezolanos, enviándolos al Sur en número de 4.000 hombres; y siendo uno de los primeros el Regimiento de "Numancia" cuya oficialidad se componía de jóvenes distinguidos y conscientes, quienes de ningún modo podían soportar el sistema vejatorio preconizado por Enrile.

Aquellos héroes del "Numancia", sacados con maña de su país, continuaron su carrera de triunfos, desde la Provincia de Barinas hasta la Capital de los Incas, recorriendo un espacio de más de mil quinientas leguas castellanas y abriendo el camino que poco después debían franquear, bajo las banderas de la América libre, otras huestes venezolanas y granadinas, que debían coronar en los confines del sur, la obra que la incapacidad o la impotencia habían dejado incompleta y reuniendo a la sombra del estandarte de Colombia y bajo la autoridad del Libertador, a los ejércitos de todas las naciones que luchaban por su existencia.

Sea cual fuere la causa que entonces defendían, nadie podrá discutir, que en el puro concepto del heroísmo militar, de las aptitudes guerreras, la campaña del "Numancia" constituye una gloria auténtica para Venezuela y Nueva Granada. Así lo dijo a Héres el futuro Mariscal de Ayacucho, al tener noticia del paso del Regimiento: "El placer de mi alma al recibir la nota oficial de U. S... sólo puede compararse a la satisfacción con que he contemplado siempre la conducta del batallón "Numancia" en la campaña de Lima. Ese cuerpo que él solo pudo llenar los votos de la República hacia el Imperio de los Incas, ha añadido a la gloria inmarcesible de sus armas, el noble orgullo de haber marcado con esplendor el nombre de su Patria entre los Libertadores del Perú. El gobierno y los pueblos de Colombia enajenados entre la gratitud y el gozo, reservan ciertamente para un día la retribución debida a los numantinos, por su marcha heroica y por sus triunfos gloriosos desde el centro de Venezuela hasta la capital de los hijos del Sol. Yo me anticipo por la República a felicitar a U. S. y a sus ilustres compañeros". (O'Leary, t. 5, págs. 338-339). El mismo señor Vicuña conviene en que el "Numancia" constituía de tal manera el núcleo más importante de fuerzas conque contaba España en el Perú, que su definitiva deserción, importó por sí sola, más que una victoria campal de los patriotas. "El golpe que con este suceso se daba a la causa española en el Perú —continúa diciendo— era de consecuencias incalculables, no tanto (sic) por lo que en sí significaba el nuevo núcleo de combatientes incorporados al Ejército Libertador, cuanto por la influencia desastrosa que debía tener sobre la condición moral de las tropas enemigas".

El señor Vicuña prescinde en absoluto del mérito extraordinario que conquistaron con aquella acción incomparable los héroes del "Numancia" ya que sin su decisión el éxito alcanzado por el General San Martín en la campaña del Perú hubiera sido punto menos que imposible, para atribuir toda la gloria a los señores Campino y López de Aldana, quienes "prestaron —dice— en esta ocasión un servicio señaladísimo a la causa de la Independencia, pues sin su actividad, su tino y su buen sentido práctico, tan enorme ventaja jamás habría podido conseguirse". Para el escritor chileno los héroes y sus compañeros no son en su concepto sino unos mercenarios de baja estofa.

Si el escritor chileno fuera un poco más versado en historia de América, no calificaría de **extraña** la actitud del "Numancia". Ese solo concepto bastaría para considerarlo desposeído de toda autoridad en el asunto. Porque lo ocurrido con el célebre Regimiento en el Perú, fué un hecho común de aquellos tiempos, sobre todo desde el año de 1820, en que cuerpos enteros del ejército realista, no sólo criollos sino peninsulares, comenzaron a abandonar las banderas de España proclamando la Independencia sin necesidad alguna de la intervención de Aldanas o Campinos ni de las poderosas peluconas del señor Vicuña; sino porque la causa de la Patria había logrado ya imponerse definitivamente en la conciencia pública con hechos militares que constituyen nuestro tesoro de glorias y con la práctica constante de aquella elevada política del Libertador, que surgiendo del propio seno incandescente del Decreto de Trujillo: **Americanos! contad con la vida aun cuando seáis culpables!** se desarrolla luego en una serie de proclamas y decretos en los cuales se les garantizaba a los criollos que abandonasen las banderas del Rey, no sólo la vida sino los grados que hubiesen alcanzado en el campo enemigo.

Sin embargo el señor Vicuña se digna recordar, que ya algunos oficiales del "Numancia" habían desertado y habla como de un hecho importantísimo —que lo fué en realidad— el pronunciamiento de Guayaquil en favor de la independencia; sin saber, estamos ciertos, que los autores de la sublevación fueron precisamente tres de los oficiales venezolanos enviados al Sur por el general Morillo y a quienes la ciudad del Guayas rinde constantes homenajes de veneración y gratitud. (1) ¿No hallará luego el señor Vicuña entre los papeles inéditos que le han proporcionado los descendientes de Campino el número de onzas con que compraron a León de Febres Cordero, a Luis de Urdaneta y a Letamendi? Es necesario convenir en que el señor Vicuña Mackenna,

---

(1) El ilustre historiador ecuatoriano don Camilo Destruge, escribe actualmente una Biografía documentada del general León de Febres Cordero, que presentará como una ofrenda de la Municipalidad de Guayaquil en el centenario de la Independencia. El mismo Destruge acaba de publicar un notable estudio sobre la Entrevista de Bolívar y San Martín, la cual juzgamos como la última palabra en el debatido asunto y donde se encuentran conceptos de justiciero encomio para los oficiales venezolanos que promovieron la insurrección de aquella ciudad.

está muy lejos de haber heredado, como historiador, la envergadura del ilustre biógrafo de Portales.

No es necesario ser muy fino psicólogo, pero sí un poco menos superficial que el escritor chileno, para comprender la evolución que en sus opiniones políticas debieron sufrir aquellos hombres, que resentidos con Morillo y con todo el ejército expedicionario, y después de haber presenciado las iniquidades cometidas por el jefe español en la Nueva Granada, dejaban su patria entregada y sometida a aquellos **extranjeros**; y fácil es comprender cómo resonarían en sus corazones jóvenes y heroicos las noticias de los triunfos alcanzados por Bolívar y sus conmilitones en Boyacá y la marcha triunfal del ejército patriota hacia las regiones del Sur. Entonces el amor a aquella patria lejana, vaciada ya en los moldes gloriosos e inmortales de la historia, debió apagar en ellos para siempre las pasiones, las ideas y los intereses que les indujeron a tomar las armas en contra de los independientes. Los estímulos de glorias y de honores, que jamás podrían alcanzar bajo las banderas españolas debieron servirles —porque eso es esencialmente humano— de móvil poderoso para aquella gran resolución. Y nótese que el señor Vicuña calla —y queremos suponer que lo ignora— la condición impuesta a San Martín por el coronel Héres, de enarbolar antes que ninguna otra, al terminar la campaña, la bandera de la Patria Colombiana y de incorporarse al ejército del Protector como un cuerpo auxiliar de la Gran República; no siendo, como lo afirma el escritor chileno, por una demostración del "talento político y militar del general San Martín **que el regimiento no fuera disuelto, sus hombres incorporados a otras unidades y cambiada la denominación con que se le conocía cuando militaba bajo las banderas del rey"**, sino porque así lo impusieron el jefe y los oficiales del "Numancia". (2)

Lea el señor Vicuña lo que a ese respecto escribió el propio general San Martín al Libertador: (O'Leary, t. 5, p. 328). "Nada

---

(2) **Apuntamientos del general Héres. "Cuando el cuerpo entró en Lima se cambió la bandera de Chile por la del Perú. Esto disgustó a todos, como antes se había resentido el Ejército de los Andes, cuando cambiaron la bandera argentina por la chilena. San Martín quiso que Numancia tomase la escarapela del Perú que llevamos durante la campaña. Un fuerte disgusto me costó, y hasta una amenaza que nos permitiese usar la de Colombia". (O'Leary, t. 5, p. 326).**

me habría sido más satisfactorio que acreditar mi gratitud a tan dignos soldados restituyéndoles al seno de una Patria de que fueron arrancados con tiranía y cuya memoria debió inspirarles su magnánima resolución: pero el grande interés de la causa en que estoy empeñado, y la influencia de los sucesos del Perú en la suerte de esa República, me movieron a incorporarles al ejército con las distinciones merecidas y haciendo en el orden de escala las alteraciones necesarias".

"Me es sin embargo muy agradable declarar a V. E. que el batallón "Numancia" pertenece a los ejércitos de la República de Colombia; que solamente permanecerá incorporado al que mando, mientras dure la guerra contra el Gobierno opresor del Perú, y que concluida esta campaña regresará a esa República con todos los auxilios que pudiere proporcionarle bajo la confianza de que lo recibirá V. E. con el nombre de Leal a la Patria con que he creído justo distinguirle".

"Al ser instruido V. E. de esta importante adquisición, yo me anticipo a la satisfacción de que V. E. unirá sus votos a los míos. Defensores de una misma Patria, consagrados a una misma causa y uniformes en nuestros sentimientos por la libertad del Nuevo Mundo, pertenece a V. E. la congratulación de que los soldados de la República de Colombia se empleen contra el poder tiránico de España en cualquier parte del Continente en que se aflija a los hijos de la América".

"Entre tanto es muy justo recordar a V. E. el relevante mérito de los autores de la transformación del "Numancia". Al coronel don Tomás de Héres, al Sargento Mayor Don Nicolás Lucena y a los demás oficiales americanos, cuya lista enviaré a V. E. oportunamente, es debida la gloria de este golpe mortal a los enemigos de la Patria. Ellos y los bravos soldados "numantinos" merecen la estimación y el agradecimiento de la República: ellos adquirirán nuevos honores y volverán a su Patria con los trofeos que cubran para siempre los vestigios que dejó su conducta, cuando incautamente pelearon bajo el estandarte de los tiranos". (3)

---

(3) Proclama de San Martín al Batallón "Numancia". Compañeros y amigos. Vamos a destruir el poder español cerca del centro de su influencia sobre este vasto continente; yo os empeño mi palabra, que tomada la capital de Lima, os facilitaré todos los medios

¿No observa el señor Vicuña Mackenna, cómo a medida que hemos ido desplegando ante sus ojos todos los pormenores de aquel acontecimiento trascendentalísimo para la Libertad de América, las doscientas onzas de oro de López y Campino han ido perdiendo sus quilates hasta convertirse en miserables centavos por obra y gracia del inmenso valor moral de los héroes del "Numancia"?

Lo más curioso es que ese verdadero nombre de venta conque el señor Vicuña califica el paso del "Numancia", es obra exclusiva de su imaginación; y aun en el supuesto negado de que con las propias palabras lo dejase escrito el señor Campino, los documentos que tenemos a la vista nos autorizarían a rechazar el testimonio de éste si no como falso, al menos como apasionado.

"Las seguridades que dí al Libertador —dice el general Héres en sus **Apuntaciones** (O'Leary, t. 5, pág. 287 y sgtes.)— sobre las disposiciones de Chile a su favor y los apuntes sobre el Club de Comercio que gobernaba el Perú, me los dió el Ministro de Chile en Lima Don Joaquín Campino, que era un antiguo amigo mío y se mostraba entusiasta por el Libertador. Después con el curso del tiempo se convirtió, sin saberse por qué, en enemigo declarado suyo y le hizo una guerra tan encarnizada como le permitieron su situación y la de Chile. El influyó en Pinto y Freyre para que se declarasen contra el Libertador, como lo hicieron, con riesgo del Perú y con gran perjuicio de la América toda".

Hace poco tiempo, que un notable chileno, el señor Magallanes, nos escribía desde Santiago con motivo de nuestra "Refutación" al doctor Ricardo Rojas, alentándonos en la tarea que nos hemos impuesto de rectificar los errores y combatir las injusticias en que a diario están incurriendo en toda la América los escritores que por interés, por pasión y por desconocimiento de la historia, falsean los hechos más claros, pretenden arrebatar sus glorias a otros pueblos y empequeñecer la personalidad de los hombres más grandes del Continente. Y se quejaba el señor Magallanes de que los escritores del Plata hubieran llevado su avilan-

---

para que volváis al seno de vuestras familias, y saludéis triunfantes a vuestros heroicos compatriotas de Cundinamarca y Venezuela.—(O'Leary, id. id. p. 327).

téz hasta afirmar que la Independencia de Chile fué argentina, lo cual equivale a llamar libertos a los compatriotas de O'Higgins. Y quién había de decirnos que a poco fuera un chileno quien nos pusiera de nuevo en la mano la pluma de las rectificaciones históricas para defender de una gran calumnia, de una enorme injusticia a aquellos nobles héroes del "Numancia", que con tanto denuedo supieron redimirse de sus pasadas opiniones poniendo al servicio de la América libre la fuerza y la experiencia conquistadas en una campaña que parece una página de la Conquista!

La unión y la confraternidad de nuestros pueblos, que ya va dejando de ser un hermoso sueño para convertirse en una necesidad de existencia, nos impone a todos un poco de más respeto por los fueros de la historia.

LO QUE NO SE COMPRA

Un libro sobre la Argentina.—San Martín Libertador del Ecuador, de Colombia y de Venezuela.—Una parábola de Pérez Triana.—Lo que no se compra.—Los venezolanos en la Argentina.—El capitán López Matute y su escuadrón de Granaderos colombianos.—Una página de la historia argentina.

Un mocito francés o franco-argentino de nombre Levillier, y quien de seguro no sabe de historia hispano-americana sino lo aprendido en los pesados novelones de D. Bartolomé Mitre, acaba de publicar, en francés y en español, un libro titulado **Los Orígenes Argentinos**, en donde asegura con un descaro de que sólo es capaz la ignorancia, "que San Martín libertó al Perú, a Bolivia, al Ecuador, a Colombia y a Venezuela". Parece que el libro ha sido editado por cuenta del gobierno argentino.

Esto último no debiera, de ningún modo envolver un cargo, porque sería injusto echar sobre un país y un gobierno la responsabilidad de los disparates que escriben jovenzuelos imberbes o ancianos consagrados, por el hecho de que quizá a fuerza de artimañas, obtuvieron subvenciones del tesoro público.

Al libro del mocito Levillier y a todos los de ese tenor, debe referirse el eminente Pérez Triana, en los siguientes párrafos editoriales que copiamos de **Hispania:**

"La prosperidad material repentina llovida del cielo, como quien dice, tanto en pueblos como en individuos suele producir ciertos desequilibrios de criterio, no exentos de interés. Pedro, digamos, personalizando el ejemplo, nació pobre, y cuando tuvo que tomar parte en la vida, se vió, como su padre antes que él, obligado a laborar su escasa heredad a sol y sombra, porque Pedro, olvidábamos decirlo, era un labrigo, algo más afortunado que los que nada poseían. "Un bello día" como sucede en las novelas

francesas llegó al país de Pedro una onda incontenible de Pedros que venían de ultramar; el predio de Pedro perdido antes en una inmensidad cuasi desierta, se halló en el propio centro de una comarca en la que la humanidad crecía como el agua en pleamar. ¿Qué resultó? Que la heredad de Pedro se valorizó; que se valorizó como si la consabida lechera hubiera echado las cuentas, que Pedro fué rico, que Pedro se tornó en millonario, única y exclusivamente por haber tenido la suerte de ser hijo de su padre y de haber nacido en cierto momento histórico, hechos ambos que los más entusiastas panegiristas de Pedro, se ven a gatas para convertir en rasgos de eximio heroísmo y egregia virtud de su héroe.

Pedro, millonario, se dejó, naturalmente, de laborar. Aprender es laborar; Pedro nada había aprendido y ya no era tiempo, ¿para qué es el dinero en un mundo en donde todo se vende? Pedro respiraba una atmósfera grata, se sentía grande y noble, y lo era a su modo, porque la nobleza y la grandeza, como él las entendía, sí estaban al alcance de su bolsa. Pedro fué feliz. Se trasladó a la llamada **Ville lumiére**, por un infeliz rimador, un tal Hugo, que no entraba en el mundo de Pedro. Halló allí muchos otros Pedros antiguos conterráneos suyos, y era de verse y de oírse el barullo que metían y la sincera convicción que toda esa **Pedrería** abrigaba de ser la más importante sección de la humanidad contemporánea. Los entomólogos sociales pensaban de distinta manera.

Pedro —aunque parezca mentira, siendo tan rico— había incurrido en un error: hay cosas que no se compran y Pedro sólo será grande y noble cuando aprenda esa verdad y busque con el esfuerzo propio lo noble y lo grande.

Entre las cosas que no se compran está la historia. Sus creaciones son inexorablemente rígidas. No admiten remodelación. Pedro hecho muchedumbre, acostumbrado a comprar honores, sonrisas de hembras, fama literaria —o lo que como tal le satisface a él— y mil manifestaciones más de servilismo mercenario, ha querido falsificar la historia, creyendo servirle a su país, que a pesar de la **Pedrería**, es grande, noble y glorioso, y en el cual la **Pedrería** es un incidente que la gran corriente de la vida nacional arrastrará como arrastran los ríos los islotes adventicios que suelen formar-

se alrededor de troncos descuajados por las avenidas y enclavados en el fondo.

Cuenta Roberto Robert que en las escuelas oficiales a raíz de la restauración borbónica, se les enseñaba así la historia a los niños: "Napoleón, barón de Bonaparte, fué un general de bastante mérito, sirvió bajo Luis XVII, ganó algunas batallas y en premio de sus victorias el rey le dió el título de barón".

Pedro hoy quiere escribir la historia de la América del Sur, también ad usum delphini, como quien dice: "San Martín, libertó al Perú, a Bolivia, al Ecuador, a Colombia y a Venezuela". Así la vida es un soplo, lo que no impide que Pedro crea que él está produciendo el huracán. Eso por el error fundamental de creer que con el dinero todo se logra y que la prosperidad material justifica la falsificación histórica. Créalo usted, Pedro, hay cosas que no se compran y que no se venden".

A esos elocuentes y justísimos conceptos de Pérez Triana agregaremos nosotros un poco de historia, para que sepan todos los de la especie silvestre de Levillier, que durante todo el curso de la guerra de Independencia los argentinos apenas si llegaron hasta la zona central del Perú; cuando los colombianos (venezolanos, neogranadinos y ecuatorianos) no sólo llegaron en triunfo hasta las fronteras rioplatenses, sino que alguna vez se metieron en el propio territorio de la Confederación y escribieron una página muy sugestiva en la historia de la anarquía argentina.

Sucedió que por el año de 1826 desertó de Cochabamba (Bolivia) un escuadrón de granaderos colombianos al mando del capitán graduado Matute, un guariqueño, de aquellos valientes, curtidos en nuestras guerras de los Llanos, y muy probablemente de los antiguos soldados de Boves, ya que el prestigio del asturiano fué unánime en las regiones del Guárico y de Apure. Muy resentido se sintió Matute porque el Mariscal de Ayacucho había ascendido a capitán efectivo de su misma compañía, al teniente graduado Francisco Segovia, que "era un joven alto, blanco, y bien parecido", menos antiguo en servicio, a tiempo que Matute era un indio pequeño, feo y picado de viruelas. Según dice O'Connor —de quien tomamos estos datos— "el ascenso de Segovia obedeció a que en ese tiempo habiéndose terminado la guerra de Inde-

pendencia, se trataba de mejorar el personal de la oficialidad del Ejército de Colombia, que tenía mucha negrería y gente de color". (1)

Resolvió Matute desertarse con su escuadrón compuesto de ciento setenta y tres hombres, "para ir a buscar al Libertador" —según decía;— y le pareció que el camino más corto para volver a Colombia era el de la República Argentina. Ignorancia geográfica que no es una singularidad en nuestros llaneros, pues se recordará, que cuando las tropas de Napoleón invadieron a España, sus soldados estaban convencidos que iban camino de Inglaterra. Matute se metió de rondón en la provincia de Salta y se puso a las órdenes del gobernador, que lo era el general Arenales. O'Connor, a quien el Mariscal Sucre había destacado en persecución de los granaderos, se detuvo en la frontera boliviana, y desde allí comenzó a gestionar con el gobernador la devolución del escuadrón. Arenales se negó rotundamente a deshacerse de gente tan útil; y mala la hubo el general, porque a poco fué Matute, quien al servicio de sus enemigos, lo derrocó del poder y lo expulsó a Bolivia, donde murió. En esta ocasión contaba Arenales con una fuerza de 850 hombres que denominaba ejército del "Orden" y estaba comandado por el general Bedoya. Matute atacó esta fuerza que se hallaba encerrada en un corral de palo a pique, en Chinguará, y defendido por cuatro piezas de artillería en sus cuatro ángulos. Los granaderos asaltaron el corral y al bote de sus lanzas pereció la tropa entera, inclusive el general Bedoya. Sólo escaparon de la carnicería —asegura O'Connor— un soldado sano y otro mal herido. La junta de Salta regaló a Matute en recompensa de sus servicios toda la hacienda del general Arenales.

En otra ocasión el general Gregorio La Madrid, solicitó el auxilio de Matute y de sus granaderos para dar el frente a Facundo Quiroga que venía sobre Tucumán donde gobernaba La Madrid. Las fuerzas de ambos contendientes eran de caballería. La Madrid tomó el mando del ala izquierda y dió a Matute el de la derecha; y a tiempo que Quiroga rechazaba a La Madrid, Matute ponía en derrota el ala enemiga; "pero estando en el acto de alancear a los

(1) Recuerdos de Francisco Durdelt O'Connor, págs. 152 a 156.

derrotados gritaron éstos que se habían dejado engañar, que éllos eran la verdadera Patria y los otros eran los godos. Oyendo ésto Matute, vuélvese sobre las fuerzas de La Madrid y los dispersa de tal modo, que La Madrid continuó su fuga hasta Chuquisaca, donde comiendo un día con el Gran Mariscal de Ayacucho le dijo: "Ah! Mi general, si usted me diera unos doscientos hombres como esos que llevó Matute, yo le daría cuenta de toda la Confederación Argentina".

Las fechorías y heroicidades de Matute y de sus granaderos fueron innumerables. Y a fé que el treatro se prestaba, porque para aquellos tiempos se hallaba la hoy opulenta República en el período de anarquía y caudillismo donde se engendró el despotismo Rosista, y que con mano maestra ha descrito Ayarragaray. En la escena donde brillaron Facundo y Aldao bien pudo jugar un papel importante un llanero venezolano educado en la escuela de José Tomás Boves.

Esta peregrina relación de O'Connor se halla en algunas partes confirmada por el señor Vicente Fidel López, muy notable historiador argentino que goza de una indiscutible autoridad, en su país. (2)

Matute y sus granaderos vinieron a caer al fin en manos de Facundo, que los exterminó —dice López— "desde el jefe hasta el último de los soldados; en lo cual es preciso decir que hizo justicia, pues nunca se vió banda de más crueles y desalmados foragidos". Y agrega en el mismo parágrafo refiriéndose a la caída del régimen presidencial, que era el unitario: "sobre sus escombros se levantó un conjunto de caudillejos locales de lo más atroz y depravado que puede engendrar la anarquía en un país de masas incultas y casi primitivas como eran entonces las regiones andinas". No estaban, pues, muy fuera de su ambiente los granaderos colombianos.

Nuestra guerra de independencia fué tan formidable, que aventó a los venezolanos hasta los más remotos confines de la América. Por allá anduvieron sembrando proezas los representantes de todas las clases sociales: desde los patricios como Bolívar y

(2) Manual de Historia Argentina, por Vicente F. López.—Tomo II, págs. 314 y 315.

Sucre hasta los hijos autóctonos de las llanuras bravías como el Capitán López Matute. Y todos fueron grandes en las diversas esferas de sus actividades.

Por acá jamás vimos argentinos. No tuvieron a qué venir, porque el Libertador Simón Bolívar, no sólo aseguró la independencia de Venezuela, Colombia y Ecuador, sino que fué a completar la del Perú, a fundar a Bolivia, que los argentinos no habían libertado, sin embargo de creerse con derechos sobre su territorio, y a asegurar con la victoria de Ayacucho la obra que San Martín, por una deserción que nadie ha explicado todavía lógicamente, había dejado incompleta.

Tiene razón Pérez Triana: Entre las cosas que no se compran está la Historia.

CENTENARIO DE BOYACA

Discurso pronunciado en la sesión solemne celebrada por la Academia Nacional de la Historia, el día 7 de agosto de 1919, en conmemoración de la Gran Batalla.

Señor Ministro de Instrucción Pública!

Señor Ministro de Colombia!

Señoras! Señores!

No acierto aún a explicarme por cuáles razones la Academia Nacional de la Historia me ha distinguido con el alto honor de hablar en su nombre en esta gran fecha de la Emancipación americana. Se trata de celebrar el centenario de una gran batalla, de ensalzar uno de los más hermosos triunfos alcanzados por el genio militar de Bolívar, con el cual, de un solo empuje, o por mejor decir, de un solo vuelo, porque fué de águila aquella rápida ascensión maravillosa, llegó a colocarse al mismo nivel de los más grandes capitanes del mundo; se trata de analizar una campaña llena de magníficos episodios, de singulares peripecias, de golpes maestros de estrategia, erizada de dificultades que hubieran parecido insuperables a un hombre y a un ejército que no estuviesen impulsados por la fuerza poderosa de un ideal; se trata, en fin, de presentar a los ojos de este selecto auditorio, en toda su grandeza heroica, aquella victoria, la primera de las cinco que aseguraron para siempre la independencia de América, y yo confieso, no con humildad, no con afectada modestia, sino precisamente, porque estoy convencido de que la ilustración de un hombre comienza cuando puede darse cuenta exacta de todo lo que ignora, que no me encuentro de ningún modo preparado para cumplir con cabalidad esta tarea.

Pero además de que hay honores que no pueden rehusarse, el asunto me atrae desde otro punto de vista, porque en la obra de los libertadores, en ese acontecimiento único en la Historia que se llama la emancipación de las colonias españolas de América y la creación de las nacionalidades hispano-americanas, juzgado a la luz de un criterio sociológico, Boyacá viene a ser una etapa brillante de esa formidable evolución, realizada entre glorias y prodigios, que comienza con el hecho colectivo de la revolución de 1810, repercusión lógica de la revolución española contra los ejércitos invasores de Napoleón; que disgrega la metrópoli y disgrega las colonias, que pulveriza la monarquía entera en entidades políticas microscópicas amparadas en el principio anárquico de la autonomía y de la soberanía primitivas, y termina en España, después de una lucha la más formidable y la más noble que haya podido sostener pueblo alguno, con la vuelta del depotismo inquisidor y estúpido de Fernando VII, y en América con el surgimiento de naciones libres, que arrastradas por los ideales de la Revolución Francesa, enarbolaron con el primer grito de independencia la bandera de la República democrática.

Cinco años estuvo España sin Gobierno, cinco años en que la unidad nacional, el concepto de la Patria no llegó a personificarse en ninguno de aquellos guerrilleros heroicos, que considerándose cada uno de ellos con fuerzas suficientes para rechazar al invasor, no se sometían a ninguna autoridad ni reconocieron jamás a la Junta Central ni a las Cortes de Cádiz como representantes del desgraciado Monarca. El Gobierno estaba en todas partes sin estar en ninguna; pero el vínculo común existía en la larga tradición dinástica, con toda la fuerza de los prejuicios hereditarios, y España volvió a reconstituirse bajo el ominoso yugo de un príncipe degenerado, defraudando los esfuerzos de aquel pueblo que acababa de dar al mundo uno de los espectáculos más sorprendentes de la historia.

No fué ese el caso de la América española. Porque el hecho mismo de la Independencia, la ruptura violenta de los lazos que la unían a la Madre Patria, la dejaba de hecho entregada a sus propios destinos, convirtiéndola en aquella incandescente nebulosa de donde al cabo de un cruento y laborioso proceso debían des-

prenderse para rotar en sus propias órbitas como entidades soberanas, este sistema de naciones, obedeciendo cada una de ellas en su evolución interna, social, política y económica, a sus diversas idiosincracias emanadas del medio geográfico, de la composición étnica y de las vicisitudes históricas.

Nadie como el Libertador, el primero que en la multiplicidad de su genio formuló las bases sociológicas de la evolución política de la América española, definió con mayor claridad, empleando intuitivamente el método de aproximar los acontecimientos históricos para explicarlos, que más tarde ha sido puesto en práctica por algunos de los más eminentes historiadores, nadie con más precisión definió la situación del Nuevo Mundo y vislumbró su porvenir, a los cinco años de haber estallado la Revolución. "Yo considero el estado actual de la América —dijo en su célebre carta de Jamaica en 1815— como cuando desplomado el imperio romano, cada desmembración formó un sistema político, conforme a sus intereses y situación o siguiendo la ambición particular de algunos jefes, familias o corporaciones". Y después de profetizar sus destinos a cada uno de estos países, concluye diciendo: "Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Nuevo Mundo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería por consiguiente tener un solo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse: mas esto no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes dividen a la América".

La admirable exactitud con que el Libertador aproxima dos hechos tan trascendentales para la humanidad, como la caída del imperio romano y la desmembración del imperio español, arroja una inmensa claridad sobre la génesis y el desarrollo de nuestras nacionalidades, disipando las tinieblas en que los han envuelto el romanticismo histórico y el empirismo político. Llevado el paralelo hasta sus últimas conclusiones, se ve claramente que los acontecimientos de 1808 en la Península y los de 1810 en Hispano América, revivieron en todo el imperio español el mismo espíritu de localidad y de municipalidad, que aquí, como en la Europa del siglo IV, hizo imposible la reconstrucción de una sociedad y de

una patria general. Las ciudades que habían ido perdiendo su soberanía primitiva y su carácter político tradicional hasta quedar reducidas a la simple administración de los asuntos locales, puramente civiles y administrativos, apenas desaparecido el Rey, "centro común de la Monarquía", fueron sucesivamente insurreccionándose y cada una de ellas, en posesión de su soberanía primitiva, se levantó por su propia cuenta y se aprestó a defender su territorio contra todo poder extraño y para conservar los derechos del monarca prisionero, sin contar con el auxilio de los demás. "Cada burgo, cada aldea, que en España, de propio movimiento había declarado la guerra a Napoleón, no se aconsejaba sino consigo mismo para organizar la resistencia, reclutar tropas, procurarse recursos y trazarse un plan de campaña; y en esta anarquía organizada, cada quien dueño de su suerte no tenía que darle cuenta a nadie de sus actos".

Recuérdese los conceptos de Bolívar en su memorial de Cartagena de Indias al Congreso de la Nueva Granada en 1812, donde apreciando las causas que influyeron en la pérdida de la primera República de Venezuela, y atribuyendo, aunque erróneamente, aquella misma anarquía localista a la constitución federal de 1811, que no llegó a practicarse un solo día, observa que "entonces cada provincia se gobernaba independientemente y a ejemplo de éstas cada ciudad pretendía iguales facultades alegando la práctica de aquellas y la teoría de que todos los hombres y todos los pueblos gozan de la prerrogativa de establecer a su antojo el gobierno que les acomode". En España no se habló de Federación, la palabra tenía entonces un sabor puramente francés, pero el movimiento fué el mismo que en toda la América: la anarquía parroquial asumió iguales caracteres, sólo que aquí, ya lanzados en el camino de la emancipación y de la reacción antimonárquica, la bautizamos con aquel nombre sonoro, que repetido por turbas inconscientes, fué en toda la América y más tarde en la misma España, bandera de reivindicaciones democráticas, de ambiciones caciquistas y de impunidad para todos los delitos. Pues nada es más cierto en la Historia que la influencia funesta de las nociones vagas, de las verdades incompletas, de las ideas generales imperfectamente comprendidas, de las puras abstracciones, que semejantes a las

nubes de Aristófanes "divinidades de los espíritus perezosos" sólo sirven para engendrar revoluciones y demagogos. Casi setenta años más tarde, cuando las ideas liberales lograron por fin trasmontar los Pirineos, se produjo de nuevo en España con la caída de la Monarquía, exactamente el mismo movimiento disgregativo que en 1808. Pí y Margall, ya sin el peligro que amenazó a los heterodoxos, de ser achicharrados por el Santo Oficio, traduce al castellano las quimeras de Proudhon y entonces surgen por todas partes, como en nuestra América los federalistas teóricos que sancionan con la doctrina, el viejo fermento individualista, típico de la raza, por el cual "es España el país de los guerrilleros, el país de los behetrías, el país de los descubridores y aventureros por propia cuenta y contra el cual nada pudieron la centralización de Roma, ni el sentido unitario de la Iglesia ni el absolutismo de la Monarquía". Y entonces, con la inaudita proclamación de la República española, la Madre al igual de las hijas, pretende también cubrir con el manto estrellado de la federación los alfoces, las merindades y behetrías, que reclamaban, contra el gran movimiento de integración nacionalista que se realizaba en el mundo, el derecho de continuar viviendo en el mismo aislamiento geográfico, político y económico de los tiempos más remotos de su historia, cuando "cada villa, cada alfoz, cada comunidad —como dice Mariana— era una pequeña república independiente, con diferentes leyes, opuestos intereses y distintas costumbres, y los miembros de cada comunidad miraban como extraños y a veces como enemigos a los de las otras".

Cuando el Libertador, poseído del grandioso pensamiento de la Independencia y empujado, pudiéramos decir por el destino, que le llevó a ser el único hombre capaz de presidir la unificación de todos aquellos elementos dispersos para conducirlos al triunfo, se oponía a la disgregación federalista calificándola de "anarquía sistematizada", los ideólogos, los dogmáticos del constitucionalismo, dispépticos de la Enciclopedia, proclamaban como un nuevo dogma, que no tenía de nuevo sino el nombre, la doctrina federal, sin darse cuenta de que aquella dispersión que estaba en las tradiciones españolas contra las cuales querían sinembargo, reaccionar, era al mismo tiempo la primera manifestación del eterno

proceso evolutivo, que aplicado al desenvolvimiento social o superorgánica, conduce del estado crítico de dispersión de hordas y de tribus a la cohesión en pueblos y naciones; de la disgregación primitiva a la integración y a la unidad nacional que se realiza fatal y necesariamente bajo la autoridad del César engendrado por la anarquía. Mazel ha sentado este principio comprobado hasta la saciedad por la historia universal: "El absolutismo ha fundido el molde de todas las nacionalidades actuales, unificando su administración económica, civil y militar".

Como la misma Roma en toda la extensión de su vasto imperio, España había dejado también en América, al desaparecer, todos los elementos que pudieran dar nombre a una nación, todos los materiales constitutivos de una sociedad: principios de gobierno, leyes civiles y administrativas, estado eclesiástico, poderes religiosos y civiles, tradiciones de libertad y de independencia individual; y a pesar de esto en ninguna parte pudo constituirse en los primeros años de la revolución, una nación, ni un gobierno, propiamente dichos; porque como en la Europa medioeval —según la autorizada afirmación del gran Guizot— aquí tampoco existía "ningún pueblo, ningún verdadero gobierno en el sentido que hoy damos a estas palabras"; sólo se veían por todas partes "una multitud de fuerzas particulares, hechos especiales, aspiraciones locales, mas nada general ni público, ninguna política propiamente dicha, ninguna nacionalidad".

Pero cuando en otros países de nuestra América el organismo social de la colonia se mantuvo a pesar de la revolución por la supervivencia de sus altas clases sociales, por el quietismo y el gregarismo indígenas, que habían ido anulando la herencia del individualismo hispano, por las fuertes disciplinas de la iglesia católica, conservándose hasta cierto punto, la gerarquización social, la solidaridad creada por el aislamiento municipal y alimentada por una paz de siglos, rasgos que aun al presente caracterizan a algunas de estas naciones, porque dentro de esos moldes tradicionales se ha realizado necesariamente toda su evolución nacionalista, en los países de llanuras como el nuestro, donde una gran parte de la población se había conformado en la vida pastoral y nómade, con todos sus caracteres de individualismo y de

barbarie, la revolución asumió fases tan sangrientas, su ferocidad llegó a tal extremo, que las relaciones de aquellos días pavorosos parecen páginas arrancadas a los historiadores que más dramáticamente han descrito la invasión de los bárbaros germanos. Boves, Yáñez, Morales, Calzada, Ramos, Vargas, Torrellas, y la turba de guerrilleros surgidos por generación espontánea del fondo de nuestras llanuras, fueron para Venezuela como otros tantos Azotes de Dios. "Qué horrorosa devastación, que carnicería universal, cuyas señales sangrientas no lavarán los siglos! —exclamaba Muñoz-Tébar, el brillante y desgraciado Ministro de Bolívar en 1814.— La execración que seguirá a Yáñez y a Boves será eterna por los males que han causado; partidas de bandidos salen a ejecutar la ruina; el hierro mata a los que respiran; el fuego devora los edificios y lo que resiste al hierro. En los caminos se ven tendidos juntos los de ambos sexos; las ciudades exhalan la corrupción de los insepultos. Se observa en todo el proceso del dolor, en sus miembros arrancados, en sus cuerpos lanceados, en los que han sido arrastrados a las colas de los caballos. Ningún auxilio de religión les han proporcionado aquellos que convierten en cenizas los templos del Altísimo y los simulacros de la religión. En Mérida, en Barinas, en Caracas, apenas hay una ciudad o pueblo que no haya experimentado la desolación... algunos han sido consumidos por las llamas; otros no tienen ya habitantes". Y el Arzobispo Coll y Prat, el eximio Prelado ante cuya dorada capa pluvial, no sintieron miedo aquellos modernos bárbaros inconvertibles, escribía lleno de espanto y de dolor: "Mi espíritu se conmueve y mi alma no puede soportar el peso de tantos males. El hurto, la rapiña, el saqueo, los homicidios y asesinatos; los incendios y devastaciones; la virgen violada, el llanto de la viuda y del huérfano; el padre armado contra el hijo..., y cada uno buscando a su hermano para matarle; los feligreses emigrados; los párrocos fugitivos; los cadáveres tendidos en los caminos públicos, los huesos que cubren los campos de batalla y tanta sangre derramada en el suelo venezolano; todo eso está en mi corazón"!

Señores! Cuando se recuerdan estos hechos que apenas datan de un siglo; cuando se mide en todo su horror y su grandeza el inmenso sacrificio de Venezuela por su propia independencia y

por la de todo el Continente, es casi imposible contener el impulso que nos arrastra a buscarle algo de sobrenatural, de sobrehumano al hombre que con sólo el poder de su genio, con la fuerza única de su inteligencia y de su voluntad, forja en la fragua de aquella inmensa anarquía, de aquel desbordamiento "de apetitos brutales, de aquellas rebeliones atávicas de la carne y de la sangre, de aquellos accesos de salvajismo irresistible que demolían la sociedad", los elementos necesarios para alcanzar el triunfo de un ideal grandioso de humanidad, de libertad, de redención individual y colectiva, sembrando en aquellos cerebros rudimentarios, en aquellos rudos corazones ideas y sentimientos que iban a ennoblecerlos a los ojos de la posteridad, hasta convertirlos en héroes de leyenda. Pero no! No nos dejemos llevar por ese romanticismo pueril que ha pervertido el criterio de las pasadas generaciones: divinizando a Bolívar lo empequeñecemos; humanicémoslo para engrandecerlo!

Del mismo modo que el bárbaro germano en el antiguo mundo, el llanero introdujo en Venezuela, un sentimiento que era desconocido en la sociedad colonial, vivo reflejo de la sociedad romana —como lo observa don Andrés Bello.— El llanero como el bárbaro, como el nómade en todos los tiempos y en todas las latitudes, se caracteriza por "la afición a la independencia individual, por el placer de solazarse con sus bríos y su libertad en medio de los vaivenes del mundo y de la existencia; por la alegría de la actividad sin el trabajo; por la afición a un destino azaroso, lleno de eventualidades, de desigualdad y de peligros; tales eran sus sentimientos dominantes y la necesidad moral que ponía en movimiento aquellas masas humanas. Mas apesar de esta mezcla de brutalidad, de materialismo y de egoísmo estúpido, el amor a la independencia individual es un sentimiento noble, moral, cuyo poder procede de la humana inteligencia; es el placer de sentirse hombre; el sentimiento profundo de la personalidad, de la voluntad humana en la más libre expresión de su desarrollo". En la ausencia del colectivismo, del gregarismo creado por las leyes de origen romano y por el cristianismo, que no tuvieron jamás influencia alguna en nuestras llanuras, y cuyas instituciones ahogan al individuo en la asociación y tienden, sobre todo la Iglesia, a im-

poner el sacrificio, la renunciación personal en pro de la humanidad toda entera—el individualismo surgido de las ruinas de la sociedad colonial impuso un nuevo elemento de gobierno, desconocido hasta entonces entre nosotros, como había sido desconocido en el mundo antiguo antes de la destrucción del imperio romano, y que no ha existido en nuestra América, en aquellos pueblos que no tienen llanuras ni caballos, y cuya evolución, por esta misma causa, se ha realizado dentro de los más puros moldes coloniales, con la debilidad de los gobiernos y la preponderancia de la Iglesia. Ese nuevo elemento fué el patrocinio militar, la supremacía del más fuerte, del más sagaz, del más vigoroso, del más valiente; el vínculo creado entre los individuos, entre los guerreros, que sin destruir la libertad individual ni la igualdad característica de los pueblos pastores, ni aquel orgullo personal de que habló el Libertador: "llaneros determinados que nunca se creen iguales a los otros hombres que valen más o aparecen mejor", estableció sin embargo una subordinación gerárquica de donde surgió también, como en la Edad Media europea, nuestro feudalismo caudillesco. Desde entonces se creó como base fundamental de nuestra constitución efectiva y de nuestra moral política, el compromiso de hombre a hombre, el vínculo social de individuo a individuo, la lealtad personal sin obligación colectiva fundada en los principios generales de la sociedad, para llegar, por una evolución necesaria, al reconocimiento de un Jefe Supremo como representante de la unidad nacional: "General! Usted es la Patria", le dijeron a Páez los separatistas de 1830.

Es en ese formidable trabajo de concentración, de unificación, donde aparece más incomparable el genio de Bolívar. Hay necesidad de seguirlo pasa a paso; de verlo cómo, derrotado, fugitivo, cargando con el fardo de culpas que la humanidad arroja simpre sobre los vencidos, depone por un momento la espada, para empuñar la pluma de las profecías; justifica ante el mundo la causa de la independencia de América, desprecia las recriminaciones personales para examinar como un psicólogo, como un determinista las causas profundas de aquellos primeros fracasos de la guerra, exhibiéndose, como lo fué en realidad, el más alto representante de la Revolución. Para pisar después las playas de la

patria sometida, y solo, casi inerme, imponerle su autoridad a todos aquellos señores feudales, a todos aquellos caudillos que tenían ya bajo sus órdenes a los mismos degolladores de Boves y de Yáñez, quienes huyendo de la fuerte disciplina del Ejército Expedicionario, y acogiéndose guiados por sus mismos impulsos característicos a las banderas del partido independiente, se habían declarado de propio movimiento señores absolutos del territorio en que operaban sus fuerzas, sin sujeción a ninguna otra autoridad.

Esta era la situación de Venezuela cuando el Libertador desembarcó en Barcelona el 1º de enero de 1817. "Demasiado débil entonces para hacer ejecutar sus órdenes, dice O'Leary, y de sobra político para intentarlo sin seguridad de éxito, Bolívar empleó los medios más suaves para impedir el cisma del Estado y procurar en lo posible llevar a cabo la fusión de las provincias bajo un gobierno central".

Ninguno de los medios empleados por Bolívar hasta entonces había sido eficaz para contener aquellas tendencias disgregativas, que eran sencillamente manifestaciones orgánicas. Arismendi, el señor feudal de Margarita, le niega el permiso de arribar a la Isla; José Francisco Bermúdez, que aparece en la historia como una reencarnación de los conquistadores, heroico y turbulento, le desconoce en Güiria y llega al extremo de tirar de la espada amenazándole de muerte; y ahora en Barcelona, Monagas mismo, que fué siempre de los menos insubordinados, aparece rehacio a prestarle auxilios, cuando el Libertador, encerrado en aquella plaza y careciendo de tropas con que rechazar al ejército realista que se aprestaba a atacarlo, le dice al señor feudal de la Provincia: "...estoy resuelto a sepultarme entre las ruinas de esta ciudad y a comerme hasta las mujeres, antes que abandonarla, esperando los auxilios que he pedido a las divisiones de los llanos, que lejos de acercarse, se han alejado contra las órdenes expresas que dí al general Arismendi de hacerlas venir todas sobre esta plaza, en el caso que los enemigos se acercaran, como sucede actualmente". Son muy significativas sus palabras en una de aquellas desesperadas comunicaciones al general Monagas: "Si el Jefe no es apto para mandar, se nombra otro, pero siempre debe obedecerse. Si yo me he encargado del mando es porque he contado con la coope-

ración de mis compañeros de armas, la cual debe salvarnos y sin ella pereceremos todos".

El general Piar, que poseído de su odio contra los **mantuanos** caraqueños había llegado a comprometer el éxito de la batalla del Juncal, resuelve con la gran visión militar que tuvo siempre, invadir a Guayana por su propia cuenta, desoyendo después las constantes excitaciones que le hace el Libertador para "formar una reunión general de todas las divisiones que están separadas por grandes distancias y en la necesidad de obrar parcialmente, expuestas así a ser batidas y a aventurar la salvación de la Patria".

La rivalidad de los Jefes de Oriente y de Occidente que ya tantas veces se había manifestado desde 1813, y la de los diversos caudillos entre sí, es la nota resaltante en toda aquella época. El mismo Piar califica de prevención y complot de caraqueños la resistencia justificada del Comisario General de las Misiones, coronel José Félix Blanco, para enviarle los excesivos auxilios que le pedía. Mariño y Bermúdez, habituados a proceder por su propia cuenta, prestan siempre una obediencia condicional e intermitente...; y allá en las llanuras de Apure y Casanare se levantaba formidable, invencible, dueño absoluto de vidas y haciendas, asombrando con su valor y su pericia al propio Ejército Expedicionario, el más típico, el más representativo entonces de los Caudillos de Venezuela. El mismo definió años más tarde aquel inmenso poder, como hubiera podido hacerlo cualquiera de los señores de horca y cuchillo en los tiempos más remotos del régimen feudal. "...yo he sido —decía en 1828— uno de los altos representantes acostumbrados a obrar por sí...; yo mandé un cuerpo considerable de hombres sin más leyes que mi voluntad; yo grabé moneda e hice todo aquello que un señor absoluto puede hacer en sus Estados".

Mariño y Bermúdez en Cumaná, Monagas en Barcelona, Andrés Rojas en Maturín, donde se titulaba capitán general de mar y tierra, y proclamaba que en sus dominios no mandaría ningún blanco; Piar y Cedeño en Guayana, Páez en Apure y Barinas; Ramón Nonato Pérez en Casanare y multitud de guerrilleros oscuros actuando independientemente en sus respectivas jurisdicciones, como los caciques de las tribus precolombinas, pasándose alternativamente a los patriotas o a los realistas según las convenien-

cias del momento, esa fué la situación de Venezuela en todos aquellos años, hasta cuando posesionado el Libertador de Guayana y teniendo ya bajo su autoridad a la mayor parte de los Caudillos disidentes, castiga en Piar, el más encumbrado de ellos por su valor y por su gloria, la "culpa" en que todos habían incurrido. Piar aparecía como el exponente más caracterizado de la anarquía caudillesca y de la anarquía de razas.

Entonces dirige sus miradas hacia Apure; envía una comisión a Páez para pedirle el reconocimiento de su autoridad; no como el homenaje lijio que los reyes imponían a los señores feudales, sino en nombre de algo más grande, de algo más noble, de un ideal y de un sentimiento que iban a abrirle de par en par a aquellos llaneros incultos las puertas de la inmortalidad. Y luégo va él mismo. No teme de ningún modo la impresión que sus modales cortesanos y su figura de gran señor, van a producir entre hombres semibárbaros, robustos atletas, "para quienes las virtudes civiles y aun las militares de cierto orden elevado, eran cosa extraña y peregrina". Todavía, medio siglo más tarde, en las Memorias del general Páez, que había alcanzado un alto grado de cultura, se palpa la impresión que en el formidable señor de las llanuras produjera "la débil complexión" del Jefe Supremo: "Hallábase entonces Bolívar —dice— en lo más florido de sus años y en la fuerza de la escasa robustez que puede dar la vida ciudadana. Su estatura sin ser procerosa, era no obstante suficientemente elevada para que no la desdeñase el escultor que quisiera representar a un héroe... Para los que creen hallar las señales del hombre de armas en la robustez atlética, Bolívar hubiera perdido en ser conocido lo que había ganado con ser imaginado..." Qué inmensos esfuerzos de voluntad, de energía, de inteligencia, de habilidad, mil veces mayores que los que le dieron el triunfo en toda la extensión del Continente, tuvo que desplegar entonces el Libertador para imponer su autoridad a los cosacos de Apure! Pero allí estaban los elementos indispensables para la realización de sus vastos designios. El caballo, que había hecho la Conquista de América, que había facilitado a un grupo de valientes aventureros la empresa fantástica de someter todo un mundo, poblado por millones de hombres, al cetro de los Reyes de Castilla,

y que aquí mismo acababa de destruir junto con la flor y nata de la sociedad colonial la soñada República de los patricios, y de pisotear los frescos laureles de 1813, va a ser ahora, bajo la ruda mano del llanero indómito, el más firme baluarte de la Emancipación; sus cascos victoriosos van a hollar las más encumbradas cimas de los Andes, para alcanzar su consagración heráldica, como símbolo de la Libertad de un mundo, en el escudo de armas de la patria del Libertador.

Sería imposible, señores, reducir a las limitadas proporciones de un discurso, el estudio pormenorizado de aquella pugna sostenida entre Bolívar, asesorado por un pequeño grupo de intelectuales que como él soñaban con la Independencia de toda la América, y los Caudillos, los hombres representativos de la disgregación y del localismo anárquico, incapaces entonces de extender sus miradas más allá de los límites de la parroquia nativa. Pero las leyes sociales como las leyes físicas se cumplen a despecho de la voluntad de los hombres. Por una de esas leyes expuestas con admirable claridad por los hombres de ciencia, era necesaria y fatal, en medio de aquella espantosa anarquía, la aparición del hombre capaz de integrar, de unificar aquellos elementos dispersos, de concentrar bajo una autoridad indiscutible e indiscutida, aquellos fragmentos en quienes existía latente, pero sin unidad posible, la idea que él sólo estaba llamado a representar en primer término, la causa que él debía llevar al triunfo definitivo. Porque cuando los demás no pensaban sino en sus patriecillas, él no veía más patria que la América; y aun en medio de las mayores dificultades, de los mayores desastres, cuando la crudeza y la fealdad de las realidades eran capaces de secar las fuentes de todo ensueño, su imaginación volaba sobre las cordilleras andinas, y aun luchando en una brega de oscuro guerrillero con los indios de Clarines en 1817, la obsesión de su gloria, la conciencia de su destino y de su genio le llevaban al Potosí. En tanto, uno de aquellos grandes pensadores de la Revolución, que como Zea, Restrepo, Rodríguez Torices, Urbaneja, Mendoza: que como el gran Camilo Torres habían adivinado el genio de Bolívar y abrigaron siempre la fé más absoluta en sus grandes destinos, aquel anciano integérrimo a quien el Libertador llamó más tarde el Néstor de Colombia,

Don Fernando de Peñalver, le escribía en 1818: "Si hubiera sido posible reunir a Santander con su división al ajército de Apure, para dar un solo golpe y volverse después a su Casanare, tal vez estaría decidida la campaña; pero Casanare es como Cumaná y Cumaná como la Margarita, y por esta dificultad de reunir nuestras fuerzas cuando es necesario, está siempre expuesta la suerte de la República. Cuánto mal —exclamaba— nos hace la falta de espíritu nacional y el apego de nuestros Generales y oficiales a sus provincitas!"

Pero allí estaba el Libertador. En todas las grandes revoluciones anarquizadas que registra la historia ha aparecido siempre ese hombre, ese ser superior, ese Jefe, ese gran unificador. Pero no todas las revoluciones han tenido la fortuna de encontrar en el Hombre del momento aquellas excelsas cualidades que han sido las características del Genio. Casi siempre cuando las sociedades se disgregan, cuando se desmigajan en un torbellino de átomos, cuando no hay partidos sino facciones, sindicatos de egoístas; en que cada quien no piensa en el momento psicológico sino en su interés y en su venganza, entra en escena —como dice Nietzsche— el Gran Egoísta, el César o el Cesarión, que va a dominar todos esos egoísmos rivales para conducirlos al triunfo, al botín o al desastre.

El Azar, la Providencia, o el Destino, concentró en el espíritu del hombre a quien tocó la obra de integrar los elementos dispersos de la Revolución en la mayor parte de América, por raras combinaciones étnicas, como con tanto acierto lo ha escrito uno de nuestros distinguidos colegas de la Academia, todas las energías de una raza y todos los elementos psicológicos del genio. Nacido para dominar a los hombres, Bolívar cabalgaba sobre el dorso de las tempestades políticas y las enfrenaba con el poder de su talento para dirigirlas hacia remotos horizontes que él sólo era entonces capaz de vislumbrar!

Taine y Vandal observan que después del Terror, la Francia se hallaba dispuesta a exaltar un dictador. Esa era exactamente la situación de Venezuela. Pero así como de aquella espantosa anarquía surgió Simón Bolívar, ha podido surgir también Mariño, Piar, Bermúdez, Páez o cualquier otro que si hubiera tenido poder

para contener y disciplinar aquellos elementos dispersos y sofrenar la anarquía, habría carecido incuestionablemente de aquella amplitud de miras, de aquellas dotes superiores, que después de haber dado vida a la Gran Colombia, condujo triunfantes y redentoras las banderas de la Revolución hasta el extremo del Continente.

No obstante sus propósitos y la necesidad de unificar todos aquellos elementos, la habilidad política del Libertador y el perfecto conocimiento que tenía del espíritu que dominaba a los caudillos, le hace a menudo contemporizar con ellos. A cada uno de los jefes de mayor influencia en sus respectivas provincias le confiere desde Guayana el mando político y militar, y ampara en cierto modo sus derechos feudales declarando, por ejemplo, ante las quejas que Nonato Pérez le dirige por los actos de autoridad que Páez pretende ejercer en su Provincia, "que la independencia de Casanare respecto a Barinas, es de tanta justicia, que no ha sido necesaria una declaración siquiera. Casanare goza de los mismos privilegios y derechos que las demás Provincias Unidas de Venezuela". Y al General Monagas que protesta contra el General Pedro Zaraza, porque éste pretendía retener bajo su autoridad al Distrito de San Diego de Cabruta, perteneciente a la Provincia de Barcelona, le dice: "...La Provincia de Barcelona, cuyo mando he confiado a U. S. no ha tenido por mi orden ninguna desmembración; así es que U. S. debe ejercer su jurisdicción en todo el territorio comprendido entre los límites que demarcaban en el antiguo régimen la Provincia de Barcelona".

Cada uno en su región quería defender la Patria como ellos la entendían, y triunfar orgullosamente del enemigo en una emulación caballeresca, sin extraños auxilios. Así lo observó el mismo Peñalver, cuando en 1818 decía al Libertador: "El deseo que han tenido nuestros generales de vencer sin la cooperación de los demás, para recoger solos los laureles, los ha hecho aventurar siempre sus fuerzas, y ha sido causa de muchas desgracias. ¡Cuándo tendrán término las rivalidades que han hecho derramar tanta sangre inocente y perdido la causa pública!"

Todos nuestros historiadores están acordes en culpar de insubordinados a nuestros grandes caudillos, y acaso sea el General

Páez sobre quien haya caído con mayor fuerza el tremendo cargo. Este se defendió toda su vida de semejantes acusaciones alegando actos de constante sumisión al Libertador. Pero si el señor de las llanuras hubiera ahondado un poco en sus recuerdos, si hubiera analizado su situación personal entre las hordas de Apure, y hasta sus propios instintos en aquella época, habría encontrado argumentos suficientes con que explicar y justificar su conducta. Y si otro tanto pudiera decirse de todos los demás caudillos, en Páez las razones eran mucho más poderosas, por las condiciones especiales de la región que dominaba. Limitado al territorio de Apure por grandes ríos y distinguiéndose hasta de las otras regiones llaneras del país por condiciones especiales del suelo, sus habitantes habían constituido siempre como un pueblo completamente autónomo, que como los nómades de la Mesopotamia, como las tribus de Irak Arabi, los Chamara y los Beni Lam, invadían desde los tiempos más remotos de la Colonia las poblaciones vecinas, robándolas y asesinándolas, para volver luego a sus guaridas, como lo rezan muchos documentos existentes en nuestro Archivo Nacional.

Cuando en 1818 el Libertador resolvió invadir la Provincia de Caracas, solicitando precisamente una metrópoli a la centralización que luchaba por implantar, tuvo que plegarse a los deseos del General Páez, que después de haberle opuesto grandes dificultades para continuar la marcha hacia el centro, resolvió volverse a San Fernando, "porque las tropas de Apure —dice O'Leary— eran más bien el contingente de un Estado confederado que una división del Ejército. Ellas deseaban volver a sus hogares, y cualquier oposición en aquellas circunstancias, sin remediar los males que su ausencia temporal produciría, habría ocasionado su completa dispersión".

O'Leary, Restrepo y otros, encuentran que todavía entonces, en vísperas, puede decirse, de emprender las campañas decisivas de la Independencia, la situación del Libertador respecto de todos los Caudillos, era exactamente la misma que la de los Reyes de Europa en los tiempos del gobierno feudal más estricto, cuando los grandes señores podían impunemente resistir a sus soberanos.

Pero al Libertador le bastaba únicamente mantener el vínculo que ya había logrado establecer con cada uno de los caudillos; ya existía entre ellos el compromiso individual basado sobre la lealtad, sobre el honor, y seguro de que sabrían defender la Patria con el heroísmo y la abnegación de que tantas pruebas habían dado hasta entonces, instala el Congreso de Angostura, que le confiere el título de Presidente después de haber renunciado siquiera en la fórmula el mando absoluto de que estaba investido, para demostrar a aquellos rudos guerreros, que existía algo superior al régimen de la fuerza, imperante hasta entonces, y comprobar ante el mundo que la Revolución hispano-americana no era una insurrección, sino una lucha noble y gloriosa por los grandes principios de libertad y democracia a cuyo impulso había sucumbido en Europa el absolutismo de los Reyes; y con aquel su genio insuperable, adelantándose a todos los postulados sociológicos que al presente andan más en boga, analiza las bases étnicas y psicológicas de nuestra constitución social; pide un código de leyes venezolanas; en una síntesis brillante le dice a los ideólogos, fabricantes de constituciones: "Que no se pierdan las lecciones de la experiencia y que las escuelas de Grecia, de Roma, de Francia, de Inglaterra y de América, nos instruyan en la difícil ciencia de crear y conservar las naciones con leyes propias, justas, legítimas, y sobre todo útiles; no olvidando jamás que la excelencia de un gobierno no consiste en su teoría, en su forma ni en su mecanismo, sino en ser apropiado a la naturaleza y al carácter de la nación para quien se instituya... El sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política".

Es en ese mismo documento donde, seguro del éxito de la campaña que desde hacía un año venía preparando para libertar a la Nueva Granada y hacer efectiva por el triunfo de las armas la creación de la Gran Colombia, traza con visión profética y con una elocuencia majestuosa que no superan los más grandes oradores de todos los tiempos, el grandioso porvenir de la América. Yo quiero amparar con ella la pobreza de mi palabra, quiero traer aquí sus conceptos para decir que sus triunfos militares, por más que tengan el prodigio de Boyacá, no son sino detalles, cuya eje-

cución puede discutírsele, para adornar la frente de otros, con uno solo de los múltiples laureles que no caben en aquella cabeza milagrosa:

"La reunión de la Nueva Granada y Venezuela en un grande Estado ha sido el voto uniforme de los pueblos y gobiernos de estas Repúblicas. La suerte de la guerra ha verificado este enlace tan anhelado por todos los colombianos; de hecho estamos incorporados... Al contemplar la reunión de esta inmensa comarca, mi alma se remonta a la eminencia que exige la perspectiva colosal que ofrece un cuadro tan asombroso. Volando por entre las próximas edades, mi imaginación se fija en los siglos futuros, y observando desde allá, con admiración y pasmo la prosperidad, el esplendor, la vida que ha recibido esta vasta región, me siento arrebatado y me parece que ya la veo en el corazón del universo, extendiéndose sobre sus dilatadas costas, entre esos océanos que la naturaleza había separado y que nuestra patria reune con prolongados y anchurosos canales. Ya la veo servir de lazo, de centro, de emporio a la familia humana. Ya la veo enviando a todos los recintos de la tierra los tesoros que abrigan sus montañas de plata y oro. Ya la veo distribuyendo por sus divinas plantas la salud y la vida a los hombres dolientes del antiguo mundo. Ya la veo comunicando sus preciosos secretos a los sabios que ignoran cuán superior es la suma de las luces a la suma de las riquezas que le ha prodigado la naturaleza. Ya la veo sentada sobre el trono de la libertad, empuñando el cetro de la justicia, coronada por la gloria, mostrar al mundo antiguo la majestad del mundo moderno".

Unos meses más tarde "en una choza arruinada de la desierta aldea de Setenta, a orillas del Apure, decide la invasión de la Nueva Granada", que ya había anunciado a aquellos pueblos un año antes cuando con el tacto exquisito con que sabía escoger a los ejecutores de sus planes había enviado a Francisco de Paula Santander, ascendido ya a General de Brigada por los grandes servicios que había prestado no sólo a su patria sino a Venezuela en toda aquella época de crudísima guerra, acompañado del coronel Jacinto Lara y de los comandantes granadinos Joaquín París,

Antonio Obando y Vicente González y llevando aquella célebre proclama en que decía a los granadinos:

"El día de la América ha llegado, ningún poder humano puede retardar el curso de la naturaleza guiado por la mano de la Providencia. Reunid vuestros esfuerzos a los de vuestros hermanos. Venezuela conmigo marcha a libertaros, como vosotros conmigo en los años pasados libertásteis a Venezuela. Ya nuestra vanguardia cubre con el brillo de sus armas, algunas provincias de vuestro territorio, y esta misma vanguardia, poderosamente auxiliada, arrojará en los mares a los destructores de la Nueva Granada. El sol no completará el curso de su actual período, sin ver en todo vuestro territorio altares levantados a la Libertad".

Y la promesa fué cumplida. Setenticinco días bastaron para que el ejército español de la Nueva Granada quedase destruído. El asombro que la campaña milagrosa causó en el Jefe del Ejército Expedicionario, que ni siquiera había sospechado el plan del Libertador, se traduce en aquella exclamación, en aquellas cinco palabras que hacen la más completa apología de nuestro Héroe: "El solo es la Revolución!"

Si para los conocedores profundos de la ciencia militar, si para los egregios cantores de nuestra epopeya emancipadora, el paso de los Andes sembrado de victorias, es digno de los más grandes capitanes del mundo, para los que hemos seguido siquiera a grandes rasgos todos los antecedentes de aquella etapa, de la cual arranca la misión más brillante del Libertador, Boyacá surge de una borrasca sangrienta, de una lucha de pasiones innobles, de egoísmos feroces, de rivalidades irreductibles, como la Venus antigua de las hirvientes espumas de los mares primitivos.

El Libertador va a presidir ahora la integración de todos los elementos que la caída del imperio español en América había disgregado. Como César, como Alejandro, como Napoleón él va a concentrar también, pero a la sombra de las banderas de la Independencia y en nombre de los principios republicanos, a todos aquellos pueblos, necesariamente destinados a realizar la evolución que el sabio alemán Lamprecht compara a una línea helicoidal, y por la cual la humanidad entera, comenzando por la dispersión de pueblos y de razas aisladas y enemigas, ha ido acercán-

dolas, compenetrándolas, disminuyendo las tendencias individuales de pueblos y de razas, predominando en la cohesión un sentimiento cada vez más amplio de humanidad, hasta encontrarse hoy en el estado de mayor integración de países civilizados, con el designio manifiesto de constituir aquella Sociedad de Naciones que para la América emancipada soñó el Libertador.

Cuando en 1825, a raíz de la victoria final de Ayacucho, flameaban sobre las almenas del antiguo Palacio virreinal, en la opulenta ciudad de los Incas, las banderas de todas las naciones recién emancipadas, el Libertador había cumplido su misión. Eliminado de la escena política de la América el general José de San Martín, el único que había representado en el Sur el papel de Bolívar en el Norte, tocó a nuestro héroe la inmensa gloria de concentrar bajo su autoridad única, siquiera fuese por breves instantes, a todos los pueblos hispanos de Sud-América. Y así como "de la máxima concentración napoleónica se produjo la dispersión de las aspiraciones nacionales", de la máxima concentración boliviana surgió poderoso en nuestra América el principio de las nacionalidades.

Excelentísimo señor Ministro de Colombia: La Academia Nacional de la Historia os ruega hagáis llegar al gobierno y al pueblo colombianos, en este día en que juntos celebramos el Centenario de aquella gran batalla donde rayó en lo sublime el heroísmo y el sacrificio de ambos pueblos, los votos que los venezolanos todos estamos formulando porque jamás se rompan los lazos que comenzaron a formarse en 1813 y que se estrecharon en Boyacá y en Carabobo. Hoy, señor, en toda la extensión de las dos Repúblicas, no hay un solo corazón que no lata emocionado a los recuerdos grandiosos de este día, ni un solo labio que no pronuncie con veneración y con amor el nombre de BOLIVAR.

Señor Ministro de Instrucción Pública: La Academia os agradece a vos y a los demás Miembros del Poder Ejecutivo, el realce que con vuestra presencia habéis dado a la solemnidad de este acto, que como todos los consagrados a celebrar el Centenario de Boyacá, se realizan en medio de la paz y de la confraternidad implantadas felizmente en nuestra patria por el egregio Caudillo que hoy representa la integridad de la Patria y a quien, con la fuerza

de su brazo y sus grandes dotes de hombre de Estado, ha tocado la gloria de consolidar definitivamente, al cabo de cien años, la obra de unificación nacional iniciada por el Libertador.

BIBLIOGRAFIA

O'LEARY.—Narración.—Documentos.—Correspondencia.
GUIZOT.—Historia de la Civilización.
CHERBULIEZ.—L'Espagne Politique.
MAZEL.—La Synergie Sociale.
COSTA.—Oligarquía y Caciquismo.—Informe de Azcárate.
PAEZ.—Autobiografía.
MARINA.—Historia de España.
ARCAYA.—Simón Bolívar.
BOURDEAU.—Les Maitres de la Pensée Contemporaine.
QUESADA (E.).—El Estudio de la Historia en las Universidades Alemanas.
RESTREPO.—Historia de Colombia.

El Libertador juzgado por los Miopes

EL IMPERIO DE LOS ANDES

El señor don Carlos A. Villanueva, apreciable compatriota nuestro, miembro correspondiente de varias Academias de Historia, acaba de lanzar al público el cuarto volumen de su obra La Monarquía en América, bajo el título de El Imperio de Los Andes.

Siempre hemos tenido los más sinceros aplausos para la infatigable y abnegada labor del señor Villanueva, quien durante largos años, y sin especial remuneración, se ha dedicado a solicitar en los archivos diplomáticos de Francia e Inglaterra, la documentación relativa a la revolución de la Independencia de Hispano-América, y muy en particular a la de las Repúblicas llamadas bolivianas, hasta la disolución de la Gran Colombia en 1830.

Para mayor honra de nuestro amigo y compatriota y para mejor provecho de la Historia Hispano-Americana, habríamos siempre deseado que se limitase a su oficio de investigador y de erudito, es decir: aplicando las reglas ya establecidas por los hombres de ciencia a la crítica de los documentos tan cuidadosamente recopilados, a fin de darlos al público en toda su pureza, en el propio idioma en que están escritos y con las anotaciones y aclaratorias que fueran sugiriéndole las operaciones concernientes a la Metodología; sobre todo en la crítica de **proveniencia** y de **interpretación**, cuyo principal instrumento es el **análisis interno** del documento, tratando de poner de relieve todos los indicios propios, no sólo a la personalidad del autor, sino al tiempo, a las circunstancias y a las influencias de todo género que pudieron pesar sobre él. Esta operación es tan delicada como laboriosa tratándose, principalmente, de Agentes diplomáticos europeos, en la época de mayores luchas y de transformaciones más rápidas y trascendentales que registra la historia moderna. Respecto de Francia, por ejemplo, hay que

distinguir la enorme diferencia de apreciaciones que podían sugerir los hombres y los hechos de la Revolución de Hispano-América, a los Agentes Diplomáticos de los diversos regímenes que se sucedieron en aquella nación hasta 1830. ¿Podía pensar y opinar de igual manera un Agente de Napoleón y uno de Luis XVIII o Carlos X? E iguales reservas deben tenerse respecto a las declaraciones que el Libertador Simón Bolívar se vió en el caso de hacer a cada uno de aquellos espías y Agentes Diplomáticos, que venían a América a inspeccionar la marcha de la Revolución o a disputarse la influencia de sus respectivos Gobiernos; pues aunque de un modo que pudiéramos decir indirecto, la Revolución de la Independencia hispano-americana representó un papel muy interesante en las diversas faces de la política europea en toda aquella época. Villanueva ha recogido a este respecto datos preciosos.

Pero poseído quizás del temor, muy infundado, de que una recopilación de documentos debidamente analizados, no le diera nombre sino entre un reducido círculo de gentes del oficio, dejándole ignorado para el gran público, nuestro apreciable compatriota se lanzó a escribir libros, sin haberse tomado el tiempo necesario para adquirir la difícil preparación que en la actualidad requiere el historiador, si sueña con hacer obra útil y duradera. En la técnica y en el estilo mismo, se echa de ver la falta de una educación apropiada. Porque si es cierto que la historia ha dejado de ser un arte literario con tendencias apologéticas o pretenciones didácticas, su aspiración actual a convertirse en una ciencia, en un instrumento de cultura intelectual, como dijo Renán, requiere entre otras cosas un estilo claro y preciso: **Il n'a a pas d'historien complet sans une bonne langue.** Esto ha sido escrito por dos profesores de la Sorbona, a quienes el señor Villanueva habrá tenido ocasión de oír muchas veces.

Una idea preconcebida se descubre desde luego en su obra. La de comprobar que todos los hombres conspicuos de la Revolución, y en particular Bolívar y San Martín, fueron partidarios de la monarquía. El segundo para colocar en las naciones recién emancipadas del extremo Sur, príncipes europeos; el primero, en provecho propio, apareciendo por este solo hecho como uno de los más grandes farsantes que haya producido la humanidad.

Nada más natural que el señor Villanueva cayera en el mismo garlito en que han caído todos aquellos que comienzan por establecer un método, una doctrina, un plan, una tesis, para solicitar después los hechos que deban servirles de comprobación. Con una preocupación semejante se llega al extremo de no ver en los documentos sino lo que convenga a la idea preconcebida, y de tomar como artículo de fe cuanto se halle escrito en su favor, sin tener en cuenta al autor, ni al momento, ni al interés que sirvió de móvil. "Quienes así proceden, dice Fustel de Coulanges (1), corren el riesgo de no comprender los textos o de comprenderlos falsamente. Entre el texto y el espíritu prevenido que le lee, se establece una especie de conflicto indefinible; el espíritu se resiste a comprender lo que es contrario a su idea, y el resultado más frecuente de este conflicto no es que el espíritu se dé cuenta de la claridad del texto, sino que más bien el texto ceda, se pliegue, se acomode a la opinión preconcebida por el espíritu... Poner sus ideas personales en el estudio de los documentos, es un método puramente subjetivo. Se cree mirar un objeto y es su propia idea lo que se mira; se cree observar un hecho y este hecho toma inmediatamente el color y el sentido que el espíritu quiere que tenga: se lee un texto y las frases de ese texto toman una significación particular según la opinión anterior que se haya formado de él". Desde Taine hasta Carlos Villanueva (y la escala es un poco más larga que la de Jacob), es éste el error en que han incurrido todos los historiadores, que alguien, no sé si con toda propiedad, ha llamado **esquemáticos.**

Por eso estamos lamentando muy sinceramente, que nuestro compatriota no haya publicado completos los textos en que apoya su argumentación, pues llegará el caso, si sus libros se popularizan y van, como es probable, a reforzar el arsenal de que disponen hoy los calumniadores del Libertador, de que algunos de los que por nuestros estudios nos hallamos situados en un terreno un poco más amplio, nos veamos forzados a hacer un análisis crítico de las fuentes históricas de Villanueva, como se ha hecho ya con las del gran maestro de Los Orígenes. Y quién sabe si hasta se llegaría

(1) Monorchie franque, p. 31.

a dudar de su buena fe, pues los que no se dan cuenta exacta de la perturbación que producen, hasta en cerebros privilegiados esos métodos aprioríticos, no se explicarán cómo ha podido el señor Villanueva llegar al extremo de lanzar, por ejemplo, esta afirmación audaz y calumniosa que viene a ser como la síntesis de toda su labor y que coloca a Simón Bolívar, al Libertador y Padre de cinco naciones, muy por debajo de todos los ambiciosos, de todos los aventureros, de todos los Sforzas de la historia. Según el señor Villanueva, lo único que detuvo a Bolívar para ceñirse la corona de Colombia o la de el Imperio de Los Andes (?) fué EL TEMOR **de que los Colombianos le fusilasen como los Mexicanos a Iturbide!!** (Pág. 69). ¿Cómo fué que un patriota venezolano como el señor Villanueva no rompió la pluma en mil pedazos antes de estampar esa horrible acusación, que jamás llegó a cruzar por la mente de los más cínicos calumniadores del Libertador? ¿Qué diría, si viviera, el eminente Doctor Laureano Villanueva, al ver a su amado hijo Carlos convertido en detractor de Bolívar, cuando él, poseído de una gran admiración que rayó en el delirio, lo consideró **ocupando un reino aparte entre los hombres y Dios?**

Pero se dirá que el autor de "El Imperio de Los Andes", apoya su aseveración en un documento, en tanto que su señor padre, el Doctor Villanueva, se dejó arrastrar por el lirismo caracteristico de los historiadores románticos; y en este punto debemos confesar que el documento existe; sólo que el señor don Carlos A. Villanueva, víctima del fenómeno que los eruditos alemanes llaman **hineinlesen**, lo leyó al través de su preocupación.

Cuando Bolívar, sorprendido por la carta de Páez en que le proponía la Dictadura o la Monarquía, se la envió a Santander, con un propósito que nadie está autorizado a presumir, porque las suposiciones tienen poco valor en Historia, le escribe entre otras cosas: "Yo diré al General Páez que haga dirigir la opinión hacia mi Constitución boliviana que reúne todos los extremos y todos los bienes, pues hasta los federalistas hallan en ella sus deseos en gran parte; y que en el año 31 puede hacerse una reforma favorable a la estabilidad y conservación de la República. **Que debe (Páez) temer lo que Iturbide padeció por su demasiada confianza en sus partidarios;** o bien debe temer una reacción horrible de

parte del pueblo por la justa sospecha de una nueva aristocracia destructora de la igualdad". Es de allí, de esa sola frase que hemos puesto en bastardilla, de donde el señor Villanueva deduce la peregrina imputación. Obcecado con su idea de la **Corona**, no vió, no pudo ver que no era Bolívar —que preveía las funestas consecuencias de aquel plan— quien abrigara el temor de correr la suerte de Iturbide, sino que presentaba el ejemplo a Páez, como un medio de contenerlo en las pretensiones monárquicas o dictatoriales que le habían sugerido sus amigos (de Páez) los **demagogos**, y que se hallaban **disfrazadas** en la carta que le había llevado Guzmán. La hermenéutica de don Carlos no puede ser más singular. "Luego encontraréis —dice Villanueva analizando la carta del Libertador a Santander— luego encontraréis expuesto el temor de que si acepta la corona, lo fusilen los colombianos, como los mexicanos a Iturbide. Es el banquillo de éste (!!!) uno de los obstáculos que lo detienen..." Y cada vez más obcecado lanza esta otra calumnia contra los más fieles amigos de Bolívar, contra los que al través de todas las vicisitudes lo acompañaron no sólo hasta la hora de la muerte, sino que conservaron su amor y su respeto por las glorias del Grande Hombre, "fieles guardadores del sacro fuego boliviano", al extremo de arrostrar las más crueles persecuciones, por parte de los antiguos enemigos de la Independencia, apoderados del Gobierno en Venezuela y en Nueva Granada, por una de esas consecuencias fatales de las guerras civiles. "...poca fe —continúa diciendo Villanueva— tenía (Bolívar) en la amistad, el agradecimiento y la consecuencia de los hispano-americanos, lo cual explica su constante reserva con colombianos y peruanos. Los hombres de confianza que tiene al lado suyo, sus edecanes, en cuya lealtad creía, eran extranjeros: O'Leary, Wilson, Ferguson, Perú de la Croix. Cuando abre su corazón en los asuntos trascendentales, políticos o diplomáticos, lo hace solamente con ingleses como el capitán Malling, o con el Cónsul general Rikettes, o el Ministro Cockburn; o con franceses como el capitán de Moges, o el contralmirante Rosamel, o el cónsul general Buchet-Martigny, o el agente de Carlos X, Mr. Bresson..."

¡Qué deshonor tan grande, qué mancha tan negra arroja el señor Villanueva sobre las glorias más puras de la Independencia!

Casi todos los grandes patriotas: Sucre, Urdaneta, Salom, Mosquera, Restrepo, Briceño Méndez, Peñalver, Tanco, Castillo, Fernández Madrid, Diego Ibarra y mil más a quienes la historia no puede enrostrarles una sola falta de lealtad, resultan ahora, según la hermenéutica de don Carlos Villanueva, que no eran en el concepto de Bolívar sino unos grandes falaces indignos de merecer su confianza.

Pero no es así; seamos justos: Villanueva no llegó a darse cuenta de toda la trascendencia, de todo el deshonor que envuelven para la Patria sus inconsultas afirmaciones; y sería crueldad nuestra convertirnos en sus acusadores sistemáticos cuando pueden alegarse en su favor circunstancias atenuantes. Nuestro amigo, hombre excelente, apacible, de austeras costumbres, amante de la Patria y del hogar, y que mira la vida con los ojos del personaje de **Cándido**: "Tout est pour le mieux dans le meilleur des mondes posibles", se sorprenderá al leer estas líneas, y exclamará lleno de pena: "Pero si no fué eso lo que yo quise decir!" Casi estamos tentados a creerle víctima de la llamada **enfermedad de Froude**, entidad nosológica mucho más común de lo que parece y que trae su nombre de un renombrado historiador inglés, quien no obstante poseer grandes dotes, estaba condenado a no afirmar nada que no fuera erróneo. Reconociendo la utilidad de la crítica, y habiendo sido uno de los primeros fundadores en Inglaterra del estudio de la historia sobre el de los documentos originales, tanto inéditos como publicados, la conformación especial de su espíritu le hacía incapaz de purificar los textos; muy al contrario, los adulteraba involuntariamente, falseando todos sus conceptos. Del mismo modo que el daltonismo, esa afección de los órganos visuales que impide distinguir correctamente los discos rojos de los verdes, y que es redhibitoria para los empleados de ferrocarriles, la enfermedad de la inexactitud, o el mal de Froude, es incompatible con el oficio de erudito y de historiador. (Véase **Introduction aux Etudes Historiques**, par Ch. V. Langlois y Ch. Seignobos).

Una consecuencia absolutamente lógica y que reduce a la nada los argumentos del señor Villanueva en favor de su tesis surge de todo lo expuesto: Si al leer un documento escrito en su lengua nativa, como es la carta de Bolívar al General Santander,

cae en errores tan garrafales ¿qué no le habrá sucedido con todos los documentos escritos en inglés y en francés, y de los cuales se contenta casi siempre con citar sólo los archivos en que reposan? Algunos de los documentos que trae en el apéndice de este volumen y de los cuales traduce párrafos en el texto, robustecen esta deducción.

Ahora bien: no vamos nosotros a caer en la discusión bizantina de que si el Libertador fué o nó partidario de la Monarquía. Echarle en cara su inclinación a aquel sistema de gobierno, su ambición a proclamarse Rey o Emperador de las Américas, no es otra cosa que renovar las viejas imputaciones de Ducoudray-Holstein, del General Morillo y de José Domingo Díaz, (2) en lo cual incurren no sólo el señor Villanueva, de cuya absoluta honradez salimos garantes, sino muchos otros escritores de una mentalidad muy inferior, como el señor Tavera-Acosta, y la montonera de escritorzuelos argentinos, que se figuran realzar la grandeza efectiva de su país con el descrédito de los otros pueblos latino-americanos y en especial de Venezuela, que tiene para ellos el gran delito de ser la Patria del Libertador.

Basta leer con criterio sereno toda la documentación política y mucha de la correspondencia privada de Bolívar, para convencerse de que una alta y libérrima mentalidad como la suya no podía encerrarse en los estrechos moldes de los fabricantes de constituciones, ni apegarse sistemáticamente a ninguno de los prejuicios políticos que entonces dominaban los espíritus, y que todavía abrigan los que ignoran los adelantos de las ciencias políticas y sociales. No fué nunca monarquista, porque además de estar hasta cierto punto influído por las ideas más avanzadas de su época, comprendió desde el primer momento, que nuestros pueblos carecían en absoluto de los elementos de conservación social, que pudieran servir de base firme al establecimiento de un trono. El fué el primero en descubrir y exponer, acaso con imprudente claridad, el carácter social de la magna lucha, sobre todo en Venezuela. No fué tampoco partidario de la democracia pura, porque habiendo vivido en medio de nuestros pueblos heterogéneos, no necesitó,

(2) Ya hemos tratado someramente este asunto en un fragmento que publicamos en "El Cojo Ilustrado", No. 482, titulado: Simón Primero, Rey de las Américas.

como Napoleón, ver de cerca a los hombres de **raza inferior** (3) para darse cuenta de las ideas sofísticas de Juan Jacobo.

Como los actuales partidarios de la sociología orgánica, Bolívar creía que la estabilidad y el funcionamiento ordenado de nuestras nacientes repúblicas, necesitaban de la formación de una élite que representara en el Gobierno el mismo papel que el cerebro en el organismo individual. De allí su idea del Senado hereditario y el Poder Moral. "...No es una nobleza —dijo en Angostura— la que pretendo establecer, porque como ha dicho un célebre republicano, sería destruir a la vez la igualdad y la libertad. Es un oficio para el cual se deben preparar los candidatos, y es un oficio que exige mucho saber y los medios proporcionados para adquirir su instrucción. Todo no se debe dejar al acaso y a la ventura de las elecciones: el pueblo se engaña más fácilmente que la naturaleza perfeccionada por el arte; y aunque es verdad que estos senadores no saldrían del seno de las virtudes, también es verdad que saldrían del seno de una educación ilustrada". Bolívar solicitaba por esos medios la manera de detener esa "ascensión política y social sin selección y sin esfuerzo depurador", que ha sido la característica de las modernas democracias, y contra la cual protestan hoy a la vez los hombres de Estado y los hombres de ciencia.

Con su visión, siempre genial, comprendió que ninguna forma clásica de gobierno convenía a un pueblo que no era "ni el europeo, ni el americano del Norte; que más bien es un compuesto de Africa y América que una emanación de la Europa, pues hasta la España misma deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter. Es imposible asignar a qué familia humana pertenecemos". Consecuente con estos principios emanados de la observación exacta de los hechos, sin dogmatismos ni prejuicios, consideraba que "la diversidad de origen, la visible diferencia de la epidermis, produciendo un reato de la mayor trascendencia, requería un pulso infinitamente firme, un tacto infinitamente delicado, para manejar esta sociedad heterogénea,

(3) Tomamos aquí como en todos nuestros estudios, el concepto de raza por tipo de cultura, en un sentido puramente sociológico.

cuyo complicado artificio se disloca, se disuelve con la más ligera alteración".

¿Podía pensar acaso en trasplantar sin discernimiento, instituciones extrañas a un pueblo tan bien conocido por él y analizado, cuando sabía "que los códigos, los sistemas, los estatutos por sabios que sean son obras muertas que poco influyen sobre las sociedades"? Las etiquetas gubernativas importan poco, están diciendo ahora los sociólogos. El lo expresó en estos términos elocuentísimos: "Que no se pierdan las lecciones de la experiencia y que las escuelas de Grecia, de Roma, de Francia, de Inglaterra y de América, nos instruyan en la difícil ciencia de crear y conservar las naciones con leyes propias, justas, legítimas y sobre todo, útiles; no olvidando jamás que la excelencia de un gobierno no consiste en su teoría, en su forma, ni en su mecanismo, sino en ser apropiado a la naturaleza y al carácter de la nación para quien se instituye. El sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social, y mayor suma de estabilidad política".

Es imposible hallar en ningún conductor de pueblos, en ningún jefe de revolución una ecuanimidad de ideas y de principios más perfecta que en Simón Bolívar. Los escritores que han estudiado conscientemente el desenvolvimiento de su personalidad, encuentran que las ideas emitidas por el coronel escapado de las garras de Monteverde en 1812, explicando desde Cartagena de Indias a los ciudadanos de la Nueva Granada las causas que produjeron la pérdida de la primera República venezolana, son las mismas del fundador de la Gran Colombia en 1819 en el mensaje presentado ante el Congreso de Angostura, y las que en 1825 condensó el creador de Bolivia en la célebre y discutida Constitución que dictó para aquel Estado.

Pero esa ecuanimidad no proviene de un apego servil a ninguna doctrina, a ninguna teoría especulativa de gobierno; la firmeza de sus ideas se fundaba en causas verdaderas, en hechos tangibles observados con una amplísima libertad de criterio, que debía acarrearle al cabo la más completa impopularidad entre hombres, afectados de una "ceguera natural y definitiva", que habían llegado, como Sismondi, a decretar la felicidad y la virtud, cre-

yendo desgraciadamente en la panacea de las Constituciones. Las convicciones del Libertador eran absolutamente opuestas; y por esa causa fué original en sus planes de gobierno. Casi en la misma época en que dictaba la Constitución boliviana, sin creer que con aquel, su delirio legislativo, aseguraba la dicha de los pueblos emancipados, decía al Comodoro Hul (Cita de Cevallos.— Resumen de Historia del Ecuador, tomo IV, página 8ª): "Estos países no pueden progresar en los primeros cien años, pues es preciso pasen dos o tres generaciones. Se debe fomentar la inmigración europea y de la América del Norte para que establezcan aquí las ciencias y las artes. Con esto, un gobierno independiente, escuelas ,gratuitas y matrimonios con europeos y anglo-americanos cambiará el carácter del pueblo, y será libre y feliz". (4)

¿Por qué no consultar los documentos en que el Libertador expuso francamente sus ideas, antes de ir, como lo ha hecho el señor Villanueva, a tomar como artículos de fe las declaraciones interesadas que se veía obligado a hacer a los Agentes extranjeros? Y muy poca cosa encontró en ellas nuestro compatriota, a pesar de su preocupación, cuando el argumento Aquíles de su tesis está fundado en un documento archiconocido, que desgraciadamente leyó al revés.

Repetimos que no es nuestro propósito entablar discusiones bizantinas; pero es necesario que recordemos a los neo-detractores del Libertador, la carta que en 13 de setiembre de 1829, quince meses antes de morir, escribió desde Guayaquil al General O'Leary, uno de los pocos en quien, por su calidad de extranjero, según el señor Villanueva, reposaba entera confianza—y en la cual reproduce una vez más las ideas expresadas en el discurso de Angostura. "Yo no concibo —le dice— que sea posible siquiera establecer un Reino en un país que es constitutivamente democrático, porque las clases inferiores y las más numerosas reclaman esta prerrogativa con derechos incontestables; pues la igualdad

(4) En la República Argentina se están comprobando estas sabias previsiones del Libertador. Los hombres de ciencia de aquel gran país, los representantes de su intelectualidad, que no se llaman Levillier ni López Prieto, confiesan libremente que sólo la enorme inmigración europea, modificando junto con la constitución étnica el ambiente social y económico de la nación, han ido haciendo posible el libre funcionamiento de las instituciones democráticas.

legal es indispensable donde hay desigualdad física para corregir en cierto modo la injusticia de la naturaleza. Además: ¿quién puede ser Rey en Colombia? Nadie a mi parecer, porque ningún príncipe extranjero admitiría un trono rodeado de peligros y miserias; y los Generales tendrían a menos someterse a un compañero y renunciar para siempre la autoridad suprema. El pueblo se espantaría con esta novedad, y se juzgaría perdido por la serie de consecuencias que deduciría de la estructura y base de este gobierno. Los agitadores conmoverían al pueblo con armas bien alevosas y su seducción sería invencible, porque todo conspira a odiar ese fantasma de tiranía que aterra con el nombre solo. La pobreza del país no permite la erección de un Gobierno fastuoso, y que consagra todos los abusos del lujo y la disipación. La nueva nobleza indispensable en una Monarquía, saldría de la masa del pueblo, con todos los celos de una parte y toda la altanería de la otra. Nadie sufriría sin impaciencia esta miserable aristocracia cubierta de pobreza y de ignorancia, y animada de pretensiones ridículas... No hablemos más por consiguiente, de esta quimera". (5)

Y es de este observador perspicaz de su medio, de este psicólogo profundo de su pueblo, de quien el señor Villanueva dice que sólo el temor al banquillo pudo detenerlo en la insensata ambición de ceñirse una corona!!

Un detractor contumaz

Seis compactas columnas de **El Universal** ocupa el escrito en que el señor don Carlos Villanueva, pretende rebatir las observaciones que nos permitimos hacerle, al emitir un juicio, demasiado lene y piadoso, sobre su último libro "El Imperio de Los Andes".

Parece que su propósito primordial ha sido el de establecer una especie de paralelo entre él y nosotros, porque casi todo el artículo se lo lleva en una enumeración muy poco modesta de sus triunfos literarios y científicos, y en presentarnos a nosotros, com-

(5) Publicada en "El Porvenir", de Bogotá, No. 44, del 18 de diciembre de 1855 y reproducida por el señor C. F. Witzke en la "Gaceta de los Museos Nacionales".—No. 12. Caracas: 24 de junio de 1913.

pletamente ayunos de toda esa infusa ciencia en que abunda. A veces, como que quisiera también zaherirnos, pero esto último no se ve muy claro al través de la espesa maraña de su galimatías. La ironía reclama sobre todo, una gran fineza de espíritu.

¿Qué tiene que ver nuestra poca erudición en este asunto, cuando las enormidades que el señor Villanueva ha lanzado en sus libros saltan a la vista de todos? Muchísimas personas de muy diversa condición intelectual, comenzando por doctos académicos de la Historia y de la Lengua, encontraron muy merecida nuestra crítica, y algunos lamentaron que no hubiera sido una sobarbada en toda forma. Imposible sería hallar un solo venezolano cuerdo y patriota, que no se sienta indignado ante las calumniosas afirmaciones de este peregrino adorador de Bolívar, que después de haberle arrastrado por los suelos hace que Flammarión le mande a pasear por las estrellas, en solicitud de aquel Reino Aparte, que ya le había sido designado por el noble lirismo del doctor Laureano Villanueva. Don Carlos confiesa en un hilarante párrafo con pujos literarios, y que en la pluma nuestra habría resultado irónico, que es cosa patrimonial eso de andar solicitándole mansión al Libertador en las regiones celestes o siderales, y asegura que el planeta Boliviana **ilumina con su propia luz** los **espacios infinitos,** lo cual constituye un descubrimiento mucho más notable que la cobardía del Libertador, ya que parecía cosa averiguada, que los planetas (que en castellano son masculinos) eran tan opacos cual la mente de tantos académicos, productores incansables de libros insulsos y disparatados, que sólo brillarían y harían ruido vendiéndolos para cohetes, según dijo don Francisco de Quevedo.

No vamos de ninguna manera a contestar a don Carlos sus pinicos de ironista, ni mucho menos a discutirle sus glorias ni sus triunfos. Nos basta observar, que un autor de tan numerosos libros, un miembro de tantas academias, un conferencista de la Sorbona, un Doctor de la Facultad de Letras de París, confiese, y lo compruebe superabundantemente, que no es sabio, ni historiador, ni literato, ni nada tiene que ver el estilo con la Historia. Y esto último lo dice desde la patria de Taine y de Renan, un compatriota de Andrés Bello y de Rafael María Baralt!

Venimos únicamente a decir a todos aquellos que nos hayan hecho el favor de leer nuestro primer artículo, cuánto deploramos el haberle solicitado circunstancias atenuantes a las inauditas imputaciones del señor Villanueva, no sólo contra el Libertador y contra muchos de sus distinguidos colaboradores, sino contra el sentido común más rudimentario. Creíamos que al leer nuestro artículo se arrepentiría de haber lanzado el exabrupto de llamar cobarde a Simón Bolívar, afirmando que después de haber solicitado el apoyo de las cortes europeas y de los cañones ingleses para proclamarse Rey de Colombia o Emperador de Los Andes, desmintiendo sus constantes declaraciones y hasta sus diatribas contra la monarquía de Hispano-América, no tuvo ni siquiera a la hora llegada, el valor de arrostrar las consecuencias de su loca y falaz ambición. (Singular penetración psicológica la de este omnisciente don Carlos que viaja con Flammarión por los jardines de flores celestes, y hace al mismo tiempo trabajo de buzo, toca la piedra (?) y saca algunas nuevas florecillas oceánicas). Creíamos que confesaría patrióticamente la ligereza de haber llamado traidores a los más fieles amigos de Bolívar, eminentes servidores de la Independencia; y por último convendría en que leyó al revés la carta de Bolívar a Santander. Pero muy al contrario, lo sustancial de su artículo se reduce a reafirmar sus arbitrarios juicios, confesando que son el producto de una larga meditación, y que ya en uno de sus libros anteriores había escrito que "el desastre de Iturbide influyó decisivamente en el ánimo de Bolívar para acceder a subir a uno de los varios tronos que se le ofrecieron", y señala como desleales a Mosquera, a Restrepo, a Urbaneja, a Castillo y a Briceño Méndez, a quien echa en cara, que cinco años después de la muerte del Libertador, promoviera una revolución en la cual figuró Pedro Carujo. Movimiento que fué en parte, una reacción del partido patriota contra los antiguos realistas y los patriotas nuevos (como se decía entonces), apoderados del gobierno,todo lo cual ignora el señor Villanueva. Después de todas estas agravantes declaraciones, nosotros no podemos menos que entregar sin defensa al señor don Carlos A. Villanueva al juicio inexorable de nuestros compatriotas y de cuantos admiren conscientemente al Libertador.

Nada más sensible que a nuestro antiguo amigo le haya cegado la ira hasta el punto de tergiversar una frase nuestra para decir que le hayamos calificado de **cínico calumniador**, y de corresponder con desahogos personales a los muy justos conceptos estampados en nuestro artículo, y que ahora mismo estamos dispuestos a repetir, en elogio de su persona y de su abnegada labor de heurístico y los cuales conceptos, poseído como se halla de una soberbia extraña a la simpática bondad de su carácter, nos hace la ofensa de considerar irónicos y faltos de sinceridad. Oh! lastimoso desconcierto del seso humano! No comprender que bien se puede ser a la vez un buen caballero y un detestable historiador!

Su opinión respecto de nuestra poca ciencia no nos daña ni nos mortifica. Todo hombre, como todo hecho y toda obra, es siempre objeto de opiniones contradictorias. Quién sabe cuántos tendrán de nuestra mentalidad una idea aun peor que la del señor Villanueva, y cuántos otros se hallarán situados en el extremo opuesto. Lo que si es muy singular a nuestro parecer es, que quien blasona de conocer a fondo tántas lenguas extranjeras desconozca casi por completo hasta la sintaxis de la propia y carezca como escritor hasta de la técnica más elemental.

En vano es que pretenda sorprender al público alardeando de profundos conocimientos lingüísticos, pues basta leer una sola de sus páginas para deducir al punto, que quien tanto estropea la propia, mal puede tratar con nobleza las ajenas. Por eso nos permitimos aconsejarle, y ahora celebramos su propósito, de publicar en la lengua original los documentos que tiene recogidos. Así nos evitaría el trabajo de tener que traducir sus traducciones, sin salvarnos por ello de la adulteración de los textos. Es a poliglotos de esa talla a quienes más legítimamente puede aplicarse aquello de **traduttore, traditore**. Y no faltará por estos trigos quien traduzca bien para quienes, no siendo poliglotos, tengan afición a los estudios históricos.

Ahora bien: ¿de dónde ha sacado el señor Villanueva, que para juzgar en conciencia al Libertador sea condición indispensable el poseer muchos idiomas? Con esta lógica podía muy bien hasta afirmarse que habiendo vivido el Libertador en Curazao, no podría conocerlo bien quien no supiese traducir el papiamento.

El conocimiento ordinario de las lenguas es de fácil acceso a todas las inteligencias, y el mismo conferencista de La Sorbona puede comprobarlo.

Bolívar nació español, español fué el medio en que le tocó actuar, español (colonos y peninsulares fueron los ejércitos que mandó y los que combatió; en español pensó, soñó, habló y escribió sus maravillas, y en español se han cantado sus glorias, se han narrado sus proezas, y hasta en español, pedestre, galicado y todo, se ha pretendido detractarle.

Incurre en otro error incalificable el Doctor en Letras de la Facultad de París, cuando llama a su eminente progenitor —cuyo gran talento, sinembargo de no haber sido poligloto, somos los primeros en proclamar— el Tácito de América, fijándose precisamente en el historiador clásico que no pecó jamás de apologista, ni de exuberante, ni se le ocurrió divinizar a nadie, a pesar de las ideas de su época. Muy al contrario, el único defecto que se le enrostra al autor de los **Anales**, es la excesiva severidad en el modo de tratar a los hombres.

El señor Villanueva quiere, por último, abrumarnos con la especie de que el nunca bien llorado Mancini examinó "El Imperio de los Andes" **sin encontrar nada de lo que nosotros hemos pretendido arrojarle en cara.** Es un colmo! ¿Qué podría decir Mancini ante la incalificable aseveración de que Bolívar fué partidario de la monarquía, cuando en todo su libro, desde el prólogo, le presenta como el símbolo inmortal del ideal republicano en América? **Le monde moderne évolua vers l'idéal républicaine. Cet idéal Bolivar en est, pour l'Amerique le symbole inmortel.** Son sus palabras. Candidez, credulidad infantil la de nuestro compatriota, al juzgar como un acto de aprobación, lo que debió de ser, necesariamente, una piadosa cortesía del ilustre historiador de Bolívar. Casi estamos tentados a creer, en presencia de esta otra curiosidad, que el señor Villanueva no ha leído el libro de su "noble amigo".

En resolución: el señor Villanueva ha escrito todo ese largo artículo para repetir una vez más, **que el banquillo de Iturbide se presentaba como fantasma aterrador ante los ojos de Bolívar en los momentos mismos en que estaba pensando formalmente en el Imperio de Los Andes.**

No rompo, pues, mi pluma, dice en otra parte, no modifico ninguno de estos conceptos, una sola de estas conclusiones; no por testarudo, ni por necio orgullo, sino porque son resultado de largo estudio, de profunda meditación. A menos que se opongan nuevos documentos, capaces de imponerme una modificación.

De manera que para este venezolano, el Libertador Simón Bolívar, el Padre de la Patria, no es más que un cobarde farsante roreado de traidores!

Con semejante contumacia toda polémica racional es imposible.

Caracas: 16 de junio de 1914.

SIMON I, REY DE LAS AMERICAS

Conquistada la autoridad suprema a costa de voluntad y de genio; concentrados en sus manos todos los poderes de la naciente República, y siendo ya en la conciencia íntima de los Caudillos, del ejército, del pueblo y aun de sus propios adversarios, el más inteligente, el más ilustrado, el más activo, el más inquebrantable de todos los patriotas; comenzando a adquirir fuerza en los cerebros rudimentarios, que eran los más, la convicción del providencialismo del Libertador, nada más natural que surgiera, por un móvil psicológico observado en casi todas las épocas de la historia, el pensamiento de la Monarquía, la sospecha de que una corona ciñera aquellas sienes que encerraban el prodigio del Genio. La limpieza de su origen, su educación y su fortuna, ayudaban las sospechas.

¿No fué acaso por un proceso semejante como se fundaron los Estados monárquicos en todo el mundo civilizado?

En Europa por lo menos, desde Rusia hasta Portugal, y desde Noruega a las Dos Sicilias, el Estado es por su origen y su esencia una institución militar, en la que el heroísmo se ha hecho el campeón del derecho. Aquí y allá, en el caos de razas mezcladas y de sociedades derrumbadas se encuentra siempre un hombre que, por su ascendiente ha agrupado en torno suyo una banda de fieles, ha expulsado a los extranjeros, subyugado a los bandidos, restablecido la seguridad, fundado la patria y trasmitido como una propiedad a sus descendientes su empleo de justiciero hereditario y de general nato. (1) ¿No estaba allí demasiado próximo el ejemplo de Napoleón?

---

(1) H. Taine.—Les Origines de la France Contemporaine.—L'Ancien Régime.

Desde 1818 comienza a atribuírsele a Bolívar el propósito de coronarse. (2) Ya fuese que esta presunción surgiese espontáneamente del montón anónimo, en un pueblo que no podía concebir otra grandeza humana superior a la de un rey; o que la forjaron sus enemigos como una calumnia, ninguna prueba más evidente de que su figura se destacaba ya de un modo definitivo por sobre el grupo más selecto de sus compañeros de armas, y se salía de los límites estrechos de la antigua Capitanía General. El 18 de marzo de 1818, días después de la segunda batalla de La Puerta, decía desde Valencia Don Pablo Morillo al Ministro de Guerra: "Bolívar, según aseguran, pretendía al entrar a Caracas, lo proclamaran Rey bajo la denominación de Simón I, Rey de las Américas". Con fecha 2 de abril siguiente ratifica la noticia: "El rebelde Simón Bolívar, que se titula Jefe Supremo de la República de Venezuela, trataba de proclamarse Rey en la capital de Caracas". (3) Y tal sucedía cuando aun estaban distantes las más altas cumbres sobre las cuales iba a desplegar sus anchas alas el Genio de la América: Boyacá, Carabobo, Pichincha, Junín y Ayacucho!

Después de realizadas sus más grandes proezas, cuando su nombre llenaba toda la América y resonaba en Europa como símbolo de heroísmo y libertad, la sospecha de la monarquía debía surgir más poderosa aun y encontrar partidarios fervientes entre los republicanos mismos, que, fatigados por quince años de borrascas oclocráticas y ya sin fe en las finalidades del jacobinismo, solicitaban anhelantes la reconstitución de la sociedad.

El pensamiento de la dictadura, de la autocracia, de la presidencia vitalicia por todos preconizada ¿en qué se diferenciaba de una monarquía? Las facultades discrecionales que desde 1817 ejerció el Libertador, ¿las han tenido jamás los monarcas constitucionales de Europa?

---

(2) Dos años antes, Ducoudray Holstein, describiendo la junta revolucionaria habida en los Cayos de San Luis, dice: "No será inútil recordar aquí que los artículos del Acta fueron redactados de antemano y que el General Bolívar se sentó en un sillón que estaba dos pies más alto que el resto de los asientos... Debo confesar, que la vista de ese sillón me chocó como a muchos. No era posible mirarlo son pensar en un trono. Hist. de Bolívar.—T. I, pág. 277.

(3) Biog. del General Morillo.—III. Págs. 522 y 525.

Pero ese inmenso poder que los moralistas políticos le echan en cara ¿fué acaso la obra de su voluntad?

No existían en América elementos para una Monarquía; el título de Rey se habían encargado de desacreditarlo los últimos Borbones; los principios republicanos eran considerados como la panacea de todas las enfermedades sociales, pero la autocracia, bajo cualquier nombre, era entonces en el concepto de muchos hombres prudentes la única forma de Gobierno posible. ¿Y quién otro, viviendo el Libertador, podía ser el Autócrata?

"Los elementos de nuestra República son miserables —decía don Fernando de Peñalver. Un pueblo compuesto de distintas castas y colores, acostumbrado al despotismo y a la superstición, sumamente ignorante, pobre, y lleno al mismo tiempo de los vicios del gobierno español, y de los que han nacido en los diez años de revolución, necesita por mucho tiempo de un conductor virtuoso, cuyo ejemplo le sirva de modelo, particularmente a los que han hecho servicios importantes, y que por esta razón se consideran con derechos que no tienen, ni pueden pertenecer a ninguna persona". (4)

Por su parte el general Páez, que poco tiempo más tarde, habrá de calificar de gran crimen la dictadura del Libertador y de protestar indignado contra el concepto de que "el gobierno de uno solo era el mejor", para justificar EL MOVIMIENTO REACCIONARIO contra el Padre de la Patria encubriéndolo con un alto sentimiento de republicanismo, es en aquellos días de los más empeñados en proclamar la necesidad de la autocracia de Bolívar sin los estorbos de una Constitución:

"Mucho siento, querido General, que usted piense en dar una nueva Constitución aunque sea provisoria, le decía en 1828.— Colombia la tiene en la sola autorización ilimitada que le ha dado a usted para arreglar todos los ramos de la Administración pública. Colombia ve en usted una Constitución viva que asegura todos los goces sociales. Colombia ha descansado de sus ansiedades

(4) Memorias de O'Leary.—T. VIII.—Correspondencia de Peñalver.

desde el momento en que ha visto a usted encargado exclusivamente del mando Supremo, y Colombia, en fin, fatigada de buscar felicidad en las vanas teorías, quiere que el práctico conocimiento que tiene usted, la salve y conduzca al punto en que debe colocarse". (5)

¿Qué faltaba para que el futuro Fundador del Poder Civil proclamara el derecho divino del Libertador? ¿En cuál de los países monárquicos de Europa, a excepción de Rusia, podría inducirse a un hombre a asumir semejantes facultades?

Simón I, Rey de las Américas! ¿Y qué importaba el nombre? El orgullo humano no había recibido nunca título más grande que el de Libertador! Ningún conductor de pueblos, en los tiempos modernos llegó a ejercer poderes más absolutos!

Pero aquellos que culpan al Libertador de haberlos ejercido ampliamente, carecen en absoluto del criterio determinista que debe presidir el estudio de los sucesos y de los hombres. Caudillos muy inferiores a Bolívar, por todos respectos, se hallaron investidos de las mismas facultades por obra exclusiva de las circunstancias. "Jamás monarca alguno, es por el momento —dice Mary Graham, refiriéndose a O'Higgins— tan absoluto como un caudillo militar recientemente victorioso, especialmente en la causa de la independencia, porque dispone a la vez del poder de la opinión y del poder de su espada. **Le premier qui fut roi, fut un soldat hereux**". (6)

"Los exaltados, los que hacen ostentación de saber mucho —decía el general Rafael Urdaneta— son los que nos enredan con sus teorías, cuando nosotros no necesitamos de recurrir a teorías escritas, teniendo la mano y el talento de Bolívar, para que nos diga lo que debemos hacer... Si la opinión es libre en Colombia, la mía es por el Libertador y yo no sirvo sino a él, no reconozco más gobierno que él, ni quiero a Colombia sin él". (7)

Libertador o Rey, cuestión de nombre! En el hecho y nunca por su sola voluntad fué un autócrata. Pero nadie puede acusarlo de haber pensado jamás en ceñirse una corona.

---

(5) Memorias de O'Leary.—T. II.—Correspondencia del General Páez.
(6) Mary Graham.—Diario etc., p. 75.—Editorial América.—Madrid.
(7) Memorias de O'Leary.—T. VI.—Correspondencia del General Urdaneta.

A PROPOSITO DE JUNIN

6 de agosto de 1824.—Victoria de Junín, alcanzada por el Libertador sobre el general realista José Canterac.

Otra vez nos vemos obligados a rectificar algunos errores en que incurre el escritor chileno Carlos Vicuña Mackenna, en un artículo que encontramos inserto en "El Telégrafo" de Guayaquil, correspondiente al 2 de febrero último, bajo el título de **Por qué O'Higgins no peleó en Ayacucho**, y escrito a propósito de una nota de "El Mercurio", de Santiago, consagrada a rememorar el aniversario de Ayacucho y en la cual se nombra a O'Higgins entre los oficiales que a las órdenes del general venezolano Antonio José de Sucre alcanzaron la victoria definitiva de la Independencia.

El señor Vicuña Mackenna, muy celoso de la verdad histórica, como cuando proclamó la venalidad de los oficiales venezolanos y granadinos del batallón Numancia, comprueba fácilmente que el ilustre Director Supremo de Chile, aquel "hombre tan bueno como débil", según el concepto de María Graham, no asistió a la batalla. Pero ¿quién tuvo la culpa? El señor Vicuña echa la responsabilidad de aquella ausencia, que no fué óbice a que la victoria coronara brillantemente las armas patriotas, al Libertador Simón Bolívar.

Es curioso ese criterio de algunos pseudo-historiadores de las Repúblicas del Sur, que hacen responsable a Bolívar, hasta de la debilidad, del fracaso y de la ineptitud de todos aquellos a quienes el caraqueño eclipsó con los resplandores de su gloria. Hace poco que un brasilero, en un estudio muy sumario sobre nuestro Generalísimo Francisco de Miranda, y en el cual no exhibe otros conocimientos sobre el Precursor que los suministrados por Don Bartolomé Mitre en su Historia, ya tan clásica en América por la carencia absoluta de sinceridad y de exactitud, lanza esta acusación

contra Bolívar: "El gran Libertador era, sin duda alguna, un caudillo de genio; pero la ambición desmedida que lo dominaba, le hizo sacrificar a su egoísmo, primero a Miranda, después a San Martín (!!), Sucre (!!), Piar y muchos otros". El Libertador sacrificando a Sucre! ¿Dónde encontraría ese dato el señor Don J. C. Gomes Ribeira, Miembro del "Instituto Histórico e Geográphico Brasileiro?" Estamos por creer que lo leería en alguno de los artículos del señor Don Carlos Vicuña Mackenna, que no haya llegado a nuestras manos, pues ni al mismo Mitre, que tantas cosas le atribuyó a Bolívar, se le ocurrió achacarle nunca el haber sacrificado a Sucre, que fué siempre el más distinguido de sus tenientes y el más amado de sus amigos. En cuanto a Miranda, basta mencionar la época en que ocurrió el desgraciado suceso de La Guaira y recordar que entonces no era Bolívar sino un simple Coronel, que veía perdida la causa de la Independencia, para no hallar el motivo ambicioso que le indujera a sacrificar al Generalísimo San Martín sacrificado por el Libertador! Esta es una cuestión definitivamente juzgada por la Historia. El Libertador de Chile y Protector del Perú, estaba necesariamente condenado a desaparecer del escenario de sus triunfos, y en nada influyó la presencia del Libertador de Colombia en Guayaquil, que ninguna participación tuvo en los sucesos que se venían desarrollando en aquellos pueblos en contra del Ilustre General argentino. Por propia confesión, el General San Martín se consideraba incapaz, después de las conferencias de Guayaquil, de dominar aquellos pueblos que en su ausencia se levantaron contra su autoridad.

Y por último, Piar, "sacrificado a la ambición de Bolívar"! ¿Quién sin haber penetrado hondamente en el mecanismo íntimo de la Revolución de Venezuela, puede atreverse a lanzar semejante concepto? Eso es, sencillamente hablar de lo que no se sabe; escribir por escribir; calumniar por el solo placer de llamar la atención del gran público que experimenta cierta fruición en empequeñecer todo lo que es grande; en arrojar sombras sobre todo lo que brilla. En Venezuela, como en toda la América, y como en España misma, la anarquía municipal fué la nota característica en los primeros años de la revolución. Lo que sucedió en la Madre Patria, donde después de la abdicación de Bayona cada ciudad, cada

pueblo, cada aldea asumió su soberanía primitiva y quiso luchar sola contra el extranjero invasor, sucedió en casi toda la América; todos estaban impulsados por el mismo sentimiento de independencia, pero faltaba la unidad, la solidaridad, el centro común capaz de reunir aquellas fuerzas dispersas y conducirlas al triunfo. En España existía la monarquía, el rey, que al fin debía restablecer la unidad y sofrenar la anarquía, ayudado eficazmente por la Iglesia. En la América emancipada, el poder central, el jefe indiscutido e indiscutible, la autoridad Suprema estaba en todas partes por crearse, debía naturalmente surgir de los senos ardientes de la guerra en lucha contra todos aquellos egoísmos rivales, contra todos aquellos jefes que representaban el localismo, el cantonalismo anárquico, la disgregación de las fuerzas que debían encaminarse a un mismo fin. Regístrese la historia de los primeros años de la revolución en toda la América española y se verá cómo las nacionalidades, unas después de otras se van consolidando bajo la autoridad de un jefe único, en lucha con los caudillos locales. Por esa causa los que gustan de establecer aproximaciones entre los fenómenos sociales, llaman esa época "La edad media de la América". En Venezuela la anarquía localista se hallaba agravada por la anrquía de razas. El General Manuel Piar era el representante más caracterizado de aquellas dos anarquías; y por eso Bolívar, a quien sus grandes dotes, ¿y por qué no decirlo? su genio extraordinario lo elevaban por sobre las mezquinas rivalidades caudillescas, vió que el patíbulo de Piar era una necesidad suprema, una fatalidad necesaria para alcanzar la independencia, no sólo de su Patria sino de toda la América hispana. El señor don J. C. Gomes Ribeiro, Miembro del "Instituto Histórico Geographico del Brasil", verá por esta síntesis que el sacrificio de Piar, si se debió a una ambición, no fué a la personal del Libertador, con quien el Héroe indómito de San Félix no podía jamás rivalizar, sino a la ambición alta, noble y santa de emancipar la América y sembrar el continente de nacionalidades, en las cuales se fundiera el parroquialismo anárquico que heredamos de España y que los ideólogos bautizaban con el nombre de **Federación**, sin darse cuenta de la contradicción en que incurrían al sancionar con sus flamantes constituciones acabadas de fabricar, el desmigajamiento tradicional de la Colonia. Y basta con el brasilero.

Pero ahora resulta del artículo del señor Vicuña, una nueva víctima de la ambición del Libertador: O'Higgins no peleó en Ayacucho, porque "Bolívar, sea por sugestión del Gobierno de Chile, sea por temor de hacer sombra a su propia gloria, no accedió a su petición, envolviendo su negativa en las frases más corteses".

¿Cuál era la situación del General O'Higgins en vísperas de la batalla de Ayacucho?

Una sola frase de los eminentes escritores chilenos M. L. Amunátegui y B. Vicuña Mackenna (ilustre antepasado del autor a quien refutamos) nos la va a definir. O'Higgins se hallaba proscrito después de haber "experimentado la caída más miserable de que haya dado ejemplo nuestra historia". (La Dictadura de O'Higgins.—Editorial América, Madrid.—Pág. 24). ¿Cuál era en aquella misma época la situación del Libertador? ¿Para qué entrar en detalles? Su nombre llenaba la América y era en Europa el lábaro de redención de los pueblos oprimidos por el sistema reaccionario de la Santa Alianza. Era algo más, mucho más, infinitamente más que un caudillo militar y un general victorioso. Era el representante de la aspiración democrática, el sumo pontífice de la Libertad humana, "el símbolo inmortal del ideal republicano", según la frase admirable de Mancini. Piar, Mariño, Bermúdez, Páez, pudieron abrigar en 1817 la loca pretensión de rivalizarle. Pero en 1824, cuando millones de hombres habían sido redimidos por su espada desde el Orinoco hasta el Pilcomayo, ¿podía temer Bolívar la rivalidad del general O'Higgins, de aquel hombre tan bueno como débil y que acababa de sufrir la caída más miserable de que haya ejemplo en la historia de Chile?

Se creerá que en este solo error incurre el señor Vicuña Mackenna en su referido artículo, y no es así. El error en historia como en todo lo demás es un plano inclinado en que el hombre no puede detenerse sino cuando llega contuso y estropeado a la superficie plana. El escritor chileno —que debe ser o muy viejo o muy joven— afirma bajo su palabra de honor, que al fin va a menoscabar inútilmente, que si O'Higgins no estuvo en Ayacucho, fué porque el Libertador temió le hiciera sombra. Pero "Bolívar, afirma el señor Vicuña, no estaba, sin embargo, llamado a participar personalmente de ninguna de las grandes victorias que sus

armas iban a obtener en el Perú. No alcanzó a llegar a Junín, cuyos laureles segaron Miller y Necoechea; se hallaba en Lima cuando tuvo lugar la batalla de Ayacucho. Parecía que la Providencia hubiese querido quitar al organizador de esas victorias la fama de haberse hallado en ellas, así como el Libertador había procurado negar al proscrito ilustre de Chile una migaja de gloria en las últimas campañas peleadas por la libertad definitiva de América".

De modo que, según el señor don Carlos Vicuña Mackenna, **el Libertador no estuvo en la Batalla de Junín.**

Contra esta peregrina afirmación no hay argumento serio que pueda oponerse. Nosotros entregamos al escritor chileno al juicio de los niños que asisten a las escuelas primarias en las cinco Repúblicas emancipadas por Bolívar. Porque ellos dirán:

Y entonces:

¿Quién es aquel que el paso lento mueve
sobre el collado que a Junín domina?
.. ..
¿Quién aquél que al trabarse la batalla,
Ufano como nuncio de victoria
Un corcel impetuoso fatigando
Discurre sin cesar por toda parte... ?
Quién sino el hijo de Colombia y Marte?
.. ..
Perderse! no, jamás; que en la pelea
Les arrastra y anima e importuna
De Bolívar el genio y la fortuna".

Musa inmortal de Olmedo en quien se unieron Clío y Caliope para encender el numen del patriota y del poeta, no es al Héroe que inspiró tu canto a quien pueda aplicarse el **Magni nominis humbra,** porque su gloria crece con el engrandecimiento de los pueblos que le debieron la libertad!

VIEJOS RENCORES

Una carta del General Benjamín Herrera, sobre el Libertador.

Con la mayor deferencia damos puesto de honor en nuestras columnas a la carta que desde Curazao, nos dirige el señor general don Benjamín Herrera, eminente hombre público colombiano, y en la cual explica, ratifica y amplía, (por lo menos lo pretende así) los conceptos emitidos en una carta que dirigió al señor Pinzón Uzcátegui, a propósito de la 4ª edición de la "Critíca Histórica sobre el Diario de Bucaramanga". No hizo **El Nuevo Diario** sino insertar la refutación que al documento del señor general Herrera, hizo de manera brillante el escritor costarricense **Juan de Rivas**, pseudonimo de Octavio Castro Saborio, quien más de una vez ha demostrado su admiración por nuestro Gran Libertador. De manera que es al autor del artículo a quien ha debido dirigirse el señor general Herrera; pero además de agradecerle la honra que nos dispensa, nos agrada el habernos dado ocasión de decirle, la poca sorpresa que nos han causado siempre los ataques al Libertador, cuando proceden de un liberal col mbiano. Desgraciadamente, como lo ha dicho hace poco un periódico de la vecina República, Bolívar es todavía para muchos liberales colombianos, el jefe del partido conservador, y ya se sabe lo que son en todas partes las pasiones sectarias.

El señor general Herrera ni contesta, ni ratifica, ni explica el concepto fundamental que le refuta **Juan de Rivas**: "Cuando el Libertador se sentía contrariado en sus propósitos o en su amor propic, fácilmente perdía el dominio sobre sí mismo y se eclipsaba su sentido moral".

¿Qué quiso decir con esto el señor general Herrera? ¿Qué el Libertador era un volitivo, un neurópata, un loco? Eso no es nuevo. No lo ha inventado el general Herrera, quien sólo se aga-

rra a la doctrina lombrosiana para encubrir pasiones políticas ancestrales y tratar de empequeñecer al Libertador, lo cual es punto menos que imposible. El general Herrera que es una alta personalidad política, y un hombre de incuestionable talento, carece en nuestro concepto de autoridad científica para tratar cuestiones tan árduas y debatidas como "el parentesco del genio con la locura"; y queriendo señalar como una característica del Libertador el que se dejase dominar por la cólera cuando se sentía contrariado, no hace sino decir exactamente lo que le sucede a todos los hombres sin ser genios, y con mayor frecuencia a aquellos que necesitan a cada instante imponer su autoridad y mantenerla a todo trance para alcanzar el fin necesario y único en tiempo de guerra: la victoria.

Lo que sí ratifica el general Herrera en la carta que nos dirige —como lo verán nuestros lectores— es que "Páez, José Félix Ribas, Bermúdez, Córdova, Padilla y otros AVENTAJARON a Bolívar como luchadores formidables, y mucho más aun Sucre, como guerrero genial, y Santander como Administrador y Hombre de Estado". Nosotros nos limitamos a preguntar al señor general Herrera: ¿y por qué ninguno de ellos fué el Libertador? ¿Por cuáles razones se le sometieron todos, muchos de ellos a regañadientes; lo aceptaron como Jefe Unico y a sus órdenes, y bajo su inspiración se convirtieron de caudillos oscuros o de oficiales subalternos en héroes y personalidades continentales? Si Bolívar fué mediocre como guerrero y como Hombre de Estado ¿qué fué entonces? ¿A qué le debe su gloria?

A punto estamos de creer, que si el señor general Benjamín Herrera, poseyendo dotes superiores como militar y como político, y siendo una de las más altas personalidades de su Patria no ha logrado escalar cumbres más altas, se debe probablemente al concepto, un poco confuso, que posee, de lo que son y deben ser un guerrero genial y un hombre de estado.

Nadie, por lo demás, puede desconocer, y en Venezuela no se ha desconocido nunca, la personalidad resaltante del general Santander y los eminentes servicios que prestó a la revolución en los años más crudos de la guerra. Como Sucre, Soublette, Briceño Méndez, perteneció al escaso número de militares cultos, surgidos

de las altas clases sociales, quienes por un esfuerzo supremo resistieron y se adaptaron a la vida dura, azarosa, salvaje de aquella época, sólo comparable a la invasión de los bárbaros; y en unión de los próceres civiles, ayudaron a Bolívar en la empresa de darle a la lucha un barniz de civilización, de mantener vivo el pensamiento, el ideal, el espíritu de la revolución, por encima de las ondas embravecidas de la barbarie.

Basta leer la correspondencia del general Santander para darse cuenta de su alta mentalidad y admirar cómo en medio de aquella vida llena de peripecias, de peligros, de batallar incesante, su inteligencia se desarrolla, sus conocimientos políticos se hacen cada vez más amplios, se apega inconscientemente a los dogmas del constitucionalismo democrático, (que reemplazan en su espíritu a los dogmas católicos inculcados por su primera educación), y que más tarde pretenderá aplicar por encima y a despecho de todas las realidades ambientes; y sobre la silla de cuero crudo, en medio de las llanuras ardientes, o trasmontando la aspereza y la inclemencia del páramo, se prepara para ocupar el muelle sillón de la magistratura y respirar el ambiente, que él se figuraba apacible, del palacio de gobierno de Bogotá, cuando fuera continuaba aun rugiendo la tempestad, y Bolívar, sin poder obedecer a otras leyes que a las inspiraciones de su genio y a las ineludibles imposiciones del momento, sintetizaba en Pativilca todos los códigos y todos los preceptos constitucionales en una sola y única palabra: VENCER.

No es de ningún modo criticable el empeño ideológico del general Santander de vestir a Colombia con el traje de moda; de cubrir las monstruosidades congénitas de nuestras masas primitivas con el brillante ropaje confeccionado por los enciclopedistas y por los revolucionarios franceses. En ese pecado de imprevisión y ligereza incurrieron todos los hombres de la época y de ese pecado, desgraciadamente, no nos hemos redimido todavía. La imitación es una fuerte ley sociológica. Pero partir del falso concepto de que la Gran República fuese otra cosa que un poderoso estado militar, que una pura ficción oficial "trabajada en su organismo íntimo por una anarquía latente"; una simple expresión geográfica dividida en feudos, en los que cada señor, por el supremo

derecho de conquista, que ha sido en toda la historia humana la razón suprema del gobierno, cualquiera que sean los medios que se empleen para alcanzarlo, no obedecía más leyes que su soberana voluntad; considerar a Colombia como un organismo nacional perfectamente constituido por obra y gracia de la Constitución del Rosario de Cúcuta, para poder presentar al general Santander como un grande hombre de Estado, es un error inconcebible para quienes conocen, no la historia o las historias, sino los documentos de la época.

La acción gubernativa del vice-Presidente no pasó nunca, a mucho extenderla, de los límites de la antigua Cundinamarca. Y se explica fácilmente, pues ¿qué obediencia podían prestarle, no a la Constitución, que nada significaba para ellos, sino a la persona del vice-Presidente, Páez en Venezuela, Bermúdez y Mariño en Maturín u Orinoco, Urdaneta en el Zulia, Montilla en Cartagena... y dentro de cada Gran Departamento los caudillos provinciales y el llaneraje heroico y semibárbaro, cuyo más genuino exponente fué por aquellos años el coronel Aramendi? En cuanto a la organización administrativa fué casi nula en toda la República. Nadie obedecía las órdenes del Gobierno, que se perdían en la enorme extensión del territorio: el desbarajuste rentístico fué tan completo que el Libertador el año 27 no pudo menos que exclamar: "Parece como si se quisiera saquear la República para abandonarla después. Cada día me convenzo más por lo que veo y oigo en el país, que la hermosa organización de la República la ha convertido en otra gran Sierra Morena. No hay más que bandoleros en ella".

La culpa no es del general Santander y a cualquiera le habría acontecido otro tanto; pero eso de que Santander fuera el organizador de la Gran Colombia, que no llegó jamás a organizarse, no es sino una de tantas paradojas históricas, que han venido repitiéndose como alabanzas a la capacidad gubernativa del Vicepresidente o para censurar a los venezolanos, que por la fuerza incontenible de los hechos disolvieron al fin lo que no había estado jamás unido sino en la apariencia.

Mucho respeto nos merecen los ilustres escritores Rufino José y Angel Cuervo; pero es imposible aceptar que el general Santander "creara el Gobierno de Colombia y planteara la libertad civil y

política", porque nada de esto existió en aquellos años. Todo eso es pura fantasía. Esbozos, ensayos, tentativas de organización que fatalmente debían fracasar. En el estado anárquico en que se hallaba la América entera después de Ayacucho, era a lo menos ilusorio pensar en el ejercicio de los derechos civiles y políticos que nadie entendía, que no eran, y que desgraciadamente no son todavía en casi todos estos países, sino puras ficciones constitucionales.

Repetimos que nadie discute ni puede discutir sin grave atropello de la justicia, que el general Santander fuese un hombre eminente. Pero eso es muy distinto a andar a estas horas, como el doctor Max Grillo, con un metro en la mano midiéndole la talla a los Libertadores para establecer ¡Plutarcos intonsos! paralelos imposibles. Santander mismo estableció la gerarquización de las eminencias de Colombia la Grande, cuando dijo al Libertador en 1826: "Tenemos, mi general, unas dos docenas de colombianos muy dignos de ser ciudadanos de esta gloriosa y hermosa República: Gual, Briceño, Restrepo, Revenga, Soublette, Urdaneta, Vergara, Soto, Torres... Son hombres de mucho mérito en su línea y algunos en todas. De Sucre no hablo, porque él está más allá en la escala por donde usted se montó en el pináculo". Si el general Santander se hubiera colocado el primero o uno de los primeros de esa lista, habría procedido, en nuestro concepto, con perfecto derecho.

No queremos establecer por nuestra parte analogías de criterio entre el general don Benjamín Herrera y el doctor Maximiliano Grillo; pues bien seguros estamos de que al primero, cualesquiera que sean sus prejuicios y sus pasiones partidistas, no se le habría ocurrido jamás la peregrina proposición de reemplazar en la moneda colombiana la efigie del Libertador por la del general Francisco de Paula Santander. Y conste que por primera vez nos ocupamos del asunto que tanta polvareda levantó en la República hermana; pues además de conocer la filiación política del doctor Grillo ya nos habíamos formado concepto muy preciso de su criterio histórico cuando en el prólogo de un libro sobre el asesinato de Sucre, (1) en el cual se pretende librar de toda responsabilidad

(1) Buenaventura Reinales.—El Asesino del general Antonio José de Sucre, Mariscal de Ayacucho. Prólogo do Max. Grillo. Obra publicada bajo la dirección del doctor Manuel María Muñoz O.—La Paz, 1916.

al general José María Obando, el doctor Grillo considera como el testigo de mayor entidad a un individuo de nombre Antonio Torrijano, por el solo hecho de haber "nacido en 1830, en la hora o cerca de la hora en que se efectuaba el asesinato del héroe sin mácula". Su declaración, afirma el doctor Grillo, "tiene trascendencia histórica de un valor extraordinario". Y con una candidez de poeta romántico atribuye a la Divina Providencia haberle "conservado por tantos años la vida a aquel oscuro, pero honrado testigo, para que dispusiese, andando el tiempo, ochenta y cinco años después del crimen de Berruecos, acerca del atentado sombrío, con una claridad de memoria asombrosa y una lucidez plena de la verdad que dormía en su conciencia". Qué prodigiosa imaginación la del doctor Grillo! Convertir en testigo a un recién nacido!

Por esa razón y a pesar de las insinuaciones de amigos muy queridos de Colombia, para que tomásemos parte en la cuestión suscitada por el doctor Grillo con su descabellada proposición y con su peregrino discurso pronunciado el día del Centenario de Boyacá, nos limitamos a publicar la sobarbada que tan donosamente le propinó desde las columnas de "La Crónica", de Bogotá, el señor Camacho Carrizosa. Y fué motivo de íntima complacencia para nosotros el ver, que en medio del unánime concierto de alabanzas que las más altas mentalidades y el pueblo entero de Colombia elevó a la gloria del Libertador, en aquel gran día de la América, sólo una voz, la del doctor Maximiliano Grillo, desafinara, haciéndonos recordar aquella estrofa de Rubén Darío en su "Sinfonía en Gris Mayor",

> y el grillo preludia
> su solo monótono,
> en la única cuerda
> que está en su violín.

EL TRAIDOR FRANCISCO FERNANDEZ VINONI Y LA JUSTICIA DE BOLIVAR

En el número que un ilustrado periódico de Bogotá, **El Tiempo**, consagra a conmemorar la Batalla de Boyacá, aparece un largo artículo firmado por el muy distinguido hombre de letras, ex-presidente de la Academia Nacional de la Historia, doctor Jesús María Henao, y titulado: **Un error histórico.—La Horca de Venta Quemamada y la supuesta traición de Vinoni.—Pruebas de que éste no fué traidor.**

Al leer los sugestivos motes del artículo nos sorprendimos, creyendo que el notable escritor colombiano apoyaba su rectificación en algún documento inédito de incuestionable valor histórico, que viniera a poner en claro la inocencia de aquel hombre, que fué el único prisionero de la batalla de Boyacá a quien el Libertador hizo ahorcar en castigo de su infame traición cometida en Puerto Cabello el año de 1812. Bien sabido es que Vinoni, oficial de Bolívar, fué el autor principal de la sublevación del Castillo y de su entrega a los españoles, contribuyendo con ello a la pérdida de la primera República, al triste fin del general Miranda y al primer fracaso de Bolívar, que por lo menos lo exhibió ante los ojos del Generalísimo, como un militar negligente e incapaz.

Pero nuestra sorpresa fué mayor aun, al ver que toda la argumentación del señor doctor Henao, está basada en el testimonio de don Antonio Leocadio Guzmán, a quien los aficionados a la Historia en Venezuela hemos tenido que despojar de toda autoridad. Hombre de gran talento, muy versado en lo que se llamaba **humanidades** en tiempos pasados, periodista de combate, excelente orador parlamentario, a la vez que gran tribuno, y una de las figuras políticas más resaltantes y más ruidosas de nuestra turbulenta democracia, don Antonio tuvo dos rasgos muy característicos y que son inhibitorios para el oficio de historiador: una imaginación

exuberante o una gran potencia inventiva, y una absoluta despreocupación por la verdad. Lo cual contribuyó sin embargo a darle gran reputación, merced al ambiente intelectual de su época, saturado de una instrucción débil y superficial "que favorecía las inclinaciones viciosas de la nación: la vanidad, la retórica, la improvisación sin disciplina y sin esfuerzo, formando en lugar de cerebros bien nutridos, cerebros repletos", dispépticos de la letra de molde, grandes máquinas de palabras, (1) como la manifestación más explícita del memorismo reinante; y ayudado además por una audacia imponderable, que no sólo le llevó a desafiar el inmenso poder del general Páez "hasta tropezar con el patíbulo", sino a fabricarse en presencia de multitud de supervivientes de la Revolución emancipadora, un grado de Coronel, y a llamarse ilustre prócer de la Independencia, Secretario del Libertador, cuando apenas fué por unos meses oficial mayor de su Secretaría, y Secretario de la Plenipotencia de la Gran Colombia en el Perú, que no existía en 1825, y menos servida, como lo dejó escrito, por el Gran Mariscal de Ayacucho que era para entonces Presidente de Bolivia; y todo esto sin percatarse de la existencia de documentos fehacientes con los cuales debían quedar desmentidas algún día todas aquellas añagazas, hijas de la fecunda imaginación de don Antonio; y de aquella su imponderable egolatría en tan alto grado heredada por su hijo el general Antonio Guzmán Blanco, y que fué uno de los más resaltantes defectos de este grande hombre, americano ilustre, mal que le pese a sus adversarios.

Viciado por esa falta de providad se halla todo cuanto dijo y escribió durante su larga vida pública, el hombre a quien el señor doctor Henao toma ahora como autoridad irrecusable, capaz de echar por tierra todas las afirmaciones concordantes de los actores e historiadores de aquel suceso, faltando así a uno de los preceptos de lógica más fundamentales, que es al mismo tiempo una regla primordial de la metodología histórica, para afirmar de modo terminante que Francisco Fernández Vinoni, no fué un infame traidor a la Patria, llegando al extremo, orgulloso el Doctor Henao de su singular descubrimiento, de calificar de **fantasía** lo que fué un he-

(1) Cecilio Acosta llamó donosamente a don Antonio "Diccionario sin definiciones".

cho indiscutible, cuando trascribe los conceptos que sobre aquel acontecimiento dejó escritos en sus memorias el ilustre y auténtico Prócer, general Manuel Antonio López.

El artículo de don Antonio Leocadio Guzmán, en el cual se apoya el escritor colombiano y que él supone casi desconocido, "quizá por haber quedado —dice— fuera de su lugar cronológico" en la Colección Blanco-Azpurúa, se halla también publicado en los "Datos Históricos Hispano-Americanos" del señor Guzmán. Y puede creer el señor doctor Henao, que a nadie en Venezuela se le ha ocurrido tomar en serio aquellas fantasías de don Antonio, y sólo sus adversarios, entre otros, el señor Domingo Antonio Olavarría, le echaron alguna vez en cara el hecho de que a los doce años estuviera en el Castillo de Puerto Cabello sorteando los nombres de los prisioneros patriotas que debía hacer fusilar su padre, el Sargento Mayor de la fortaleza. También Olavarría le comprobó con datos irrecusables, la falsedad de un episodio ocurrido según Guzmán en El Callao, entre el oficial patriota Camacaro y el realista Atanacio en los días anteriores a la rendición de aquella fortaleza, y el cual refirió el pseudo prócer diciéndose testigo presencial, en un discurso que pronunció en esta ciudad el 28 de octubre de 1877. Es realmente maravillosa la imaginación de aquel hombre, y más admirable aun la despreocupación con que pretendía hacer pasar como historia, sus bien forjadas fantasías. En el señor Guzmán había materia para un magnífico novelista a la manera del viejo Dumas o de Fernández y González.

Hace ya muchos años, en 1884, el mismo señor Olavarría demostró, apoyado en importantes documentos, que toda **La historia verdadera de la sublevación del Castillo de San Felipe de Puerto Cabello**, que ahora toma tan en serio el académico colombiano, es de la pura invención de don Antonio Leocadio y que en ella lo único verdadero son los nombres propios, quedando en pie cuanto habían escrito los historiadores, y lo que Bolívar mismo consignó en el parte original, firmado de su puño y letra y fechado en Caracas el 14 de julio de 1812, publicado por el señor José María de Rojas en 1883, por primera vez, y el cual es conforme con el borrador que aparece en el Tomo XIII, páginas 44 y 45 de los documentos de O'Leary.

El propósito del señor Guzmán al escribir su **historia verdadera** es muy fácil adivinarlo. Siempre tuvo el noble empeño de que se juzgara a su padre como uno de los más notables defensores de España en Venezuela. Pero el que ha guiado al señor doctor Henao para escribir su artículo con motivo del Centenario de Boyacá y presentar el sacrificio de Vinoni como un acto violento e inconsulto del Libertador, no podemos explicárnoslo; y el argumento de que "Bolívar había cerrado tres años antes de Boyacá, la era sangrienta y abominable de la guerra a muerte", puede aducirse más bien para condenar el fusilamiento de los treinta y ocho prisioneros hechos en aquella batalla y ejecutados en Bogotá el día 11 de octubre, dos meses después, con espantosa frialdad; que no el del suplicio de Vinoni, quien por propia confesión fué el principal autor de la traición del Castillo de Puerto Cabello, según el documento inédito que reposa en nuestro Archivo Nacional y que se publica hoy por primera vez.

Allí está explicado lo que don Antonio Leocadio Guzmán, obligado por la lógica de su fantástico relato **no podía comprender**: "dónde, cómo y por qué quedara Vinoni en las filas españolas; apareciendo a las órdenes de Barreiro en Nueva Granada, siete años después, entre los prisioneros de Boyacá". El señor Guzmán agrega: "ni yo lo sé, ni creo que persona alguna lo ha sabido, entre los que se han ocupado de escribir historia". Cosas de don Antonio! Vinoni se encontraba en el ejército realista, porque después de su traición continuó sirviendo con los españoles y todavía en agosto de 1812 se hallaba en Puerto Cabello, firmando junto con Antonio de Guzmán, padre del prócer falsificado, la certificación que va a leerse. Y según otros documentos publicados por el general Manuel Landaeta Rosales en **El Monitor Liberal** de Caracas, número 116, de 4 de octubre de 1898, consta que Vinoni fué después Comandante del Resguardo de Puerto Cabello y su jurisdicción en 1813, y continuó naturalmente recibiendo el miserable pago de su infame traición hasta que el azar de la guerra lo hizo caer en manos del Libertador para recibir el castigo que merecía, no "por un error del juicio humano", como dice el señor doctor Henao, sino por un acto de estricta justicia.

Hé aquí el documento que dejará en su puesto la verdad histórica y alertará a los historiadores respecto de la muy dudosa autoridad del señor Antonio Leocadio Guzmán, que también **tenía el culto de la mentira**, como dijo de un compatriota suyo, el eminente Miguel Antonio Caro.

"D. Francº Fernandes Vinoni Capitan de Bolantes, y D. Antonio Guzmán Capitán de Exto, Comte. Sargtº Mayor qe. fuimos en el Castillo de S. Felipe de Pto Cavº, en los 6, dias que duró la acción; en la qual fue restituida al poder de Ntro Soberano dho Castº

Certificamos: qe. D. Josef de Yegüez natural de Cumaná es uno de los que se hallavan oprimidos bajo del peso insoportable de las cadenas, encerrado en Boveda en la expresada fortaleza: sentenciado a sufrirlas pr. ocho años, pr. haber sido uno de los que se apoderaron del Castillo de S. Antº en Cumª, con el fin de obligar al Govierno revolucionario á qe. reconociesen la Regencia de España; y pr. no haverse podido realizar el proyecto formado pr. los buenos vasallos de S. Mº, cayó en poder de los insurgentes. Por consiguiente es uno de los sugetos con quien contavamos desde muchos días antes para la empresa qe. executamos el dia 3º del mes pº pº, ala una de la tarde: ora en que se arboló el pavellon Rl y se proclamó a Ntro lexitimo Monarca el Sor D. Fernando 7º y así mismo nos consta qe. en dhos 6, dias cumplió con su dever en cuanto se le mandó, manifestando siempre un interes y amor particular, á la Nación Española: pr. lo qe. le consideramos acreedor á la gracia de S. M. y ala atención de los S S. Gefes qe. en su Rl Nombre gobiernan y pª los fin esqe. pueden combenirles, le damos la presente en Pto Cavllº á 6, de Agtº de 1.812.

Francº Fernandes Vinoni.

Como Sargtº mor. del Castillo en dha epoca, Certifico ser cierto lo arriba espuesto.

Antº de Gusman.

Caracas: Agosto 13 de 1.812.

Pase al Sor Director Gral de Rentas Reales á fin de que disponga se coloque el interesado en algun destino de los ramos de su cargo, que sea proporcionado a sus circunstancias y merito.

Monteverde".

(Archivo Nacional.—Papeles de Monteverde).

Ya ve muy claramente el señor Doctor Henao, ex-Director de la Academia Nacional de Historia de Bogotá, que el título de su artículo no le ha resultado irónico, como parece haberlo pretendido, pues el sacrificio de Vinoni, fué un acto de verdadera justicia ejercido por el Libertador, contra un oficial traidor a sus deberes y contra un venezolano traidor a su Patria. Muy bien hubiera podido el notable historiador colombiano emplear su tiempo en justificar el asesinato de Barreiro y de sus compañeros, para que no continúe apareciendo en la historia como un acto de premeditada ferocidad, cuando "Bolívar había cerrado tres años antes de Boyacá, la era sangrienta y abominable de la guerra a muerte".

DOS DISCURSOS ACADEMICOS

Los nuevos y los viejos conceptos de la Historia "Certámenes y Vejámenes"

En la tarde de ayer se recibió en la Academia Nacional de la Historia uno de los venezolanos que más se ha distinguido en estos últimos tiempos por su inteligente consagración a nuestra historia, y especialmente al estudio de las grandes campañas de la Independencia, aplicando el más estricto criterio científico moderno a la interpretación y al análisis de los documentos, para lo cual le ha servido una larga y paciente preparación. El doctor Vicente Lecuna, es, incuestionablemente, de los hombres que mayor lustre dan hoy al nombre de la Patria; y sus trabajos históricos reflejan no sólo su ilustración científica sino la probidad de su carácter, su espíritu amplio y su consciente admiración por las glorias del Padre de la Patria. Bolívar no es para él el semidiós a la manera de los retardados discípulos del romanticismo, de los que ven en el genio un producto de la Providencia y queriendo explicarlo, caen desgraciadamente en el error de empequecerlo, divinizándolo. Su criteric, sobre todo, respecto a la actuación militar del Grande Hombre, le ha conducido a explicar, basado en documentos auténticos, como lo hace en su discurso de recepción, aquellos actos en que se ha querido presentar al Libertador como un impulsivo, como un irreflexivo, cuando la Historia en general presenta pocos hombres que hayan poseído mayor ecuanimidad en sus actos y en sus pensamientos; mayor constancia en sus planes y mayor prudencia en su ejecución.

Al escoger el tema que a algunos puede parecer baladí, porque se refiere apenas a un simple episodio, en la larga y accidentada carrera militar de Bolívar, y porque de ninguna manera se presta al ditirambo, que tanto agrada a los literatos de la escuela

romántica; se propone, y así logra alcanzarlo con la serena interpretación de los documentos, borrar de la vida del Héroe aquella mancha con que detractores y admiradores han pretendido afearla: los unos porque así se lo dictaban sus pasiones; los otros para dar razón a una escuela pseudo-científica, que quiere encontrar a todo trance un estrecho parentesco entre el genio y la locura.

El erudito Académico comprueba también suficientemente, que Bolívar no estuvo poseído jamás de aquel estrecho espíritu de provincialismo que hasta el mismo O'Leary le atribuye de manera inconsulta, y el cual le hacía posponer importantes operaciones militares al deseo inmoderado de apoderarse de Caracas. El propio Soublette incurrió más de una vez en asentar este erróneo concepto; y en 1821, sea porque así lo creyese realmente, o por un acto de pura política, dijo en un brindis que pronunció en esta ciudad en los cortos momentos en que la ocupó el general Bermúdez, días antes de la batalla de Carabobo, que el amor de Bolívar por su tierra natal y la confianza en el patriotismo de sus conterráneos, constituían para él una constante preocupación; concepto desmentido a poco por el mismo Libertador cuando escribió que "Caracas era el pueblo más realista de Venezuela".

En el estudio del doctor Lecuna se ve claramente, cómo aquel Hombre, en 1817 en Barcelona rodeado de dificultades, de peligros y de rivalidades mezquinas; teniendo a su servicio, en aquel rincón de territorio venezolano un escaso puñado de leales y de valientes, piensa, y lo dice en lenguaje altisonante, en la Libertad de toda la América. Entonces para los Caudillos de provincia, como para sus detractores, y ahora para los lombrosianos y los románticos retardados, el Libertador era un loco o un Quijote. Cuando en realidad no fué siempre sino el superhombre que midiendo él solo la fuerza de su talento y de sus energías, superiores a cuanto de mezquino y de pequeño le rodeaba, veía claro y posible lo que los otros no podían siquiera vislumbrar.

El trabajo del señor doctor Lecuna es en nuestro concepto un timbre de honor para él y para la docta corporación que lo recibe en su seno.

El discurso de contestación estuvo a cargo del Académico señor doctor Rafael Cabrera Malo y ausente por causa justificada, tocó darle lectura al Académico señor Francisco Jiménez Arráiz. Lleno de figuras poéticas, exuberante de retórica y demostrando cómo el celebrado autor de Mimí y de La Guerra, conservar intactas las cualidades de brillante literato que tanto renombre le conquistaron en sus días juveniles; el discurso del doctor Cabrera Malo está basado en un concepto de la Historia revelador de su veneración por aquellos grandes autores que despreciando los hechos pequeños, los episodios mínimos, se remaontaban en alas de la fantasía hasta las regiones en que la realidad se esfuma y sólo viven los personajes y los acontecimientos providenciales.

La Historia, afortunadamente, no es ya entre nosotros pasatiempo de ancianos, como lo afirma el doctor Cabrera Malo. Obras de erudición se han emprendido con éxito; la Administración actual, salvando del abandono en que yacían nuestros archivos y organizando científicamente el Archivo Nacional, contribuye con una preciosa documentación, al esclarecimiento de nuestra historia; y aunque lo dude el ilustre Académico, todo el mundo —nos referimos al pequeño mundo de los que se ocupan con conciencia de estas materias— sabe hoy, que no sólo la Historia Colonial sino la Historia de la Edad Media española es la fuente vivaz y fecunda de nuestra nacionalidad. Algunos llegan a más, porque profesando el principio estrictamente científico que considera la psicología social y los instintos políticos de la raza como la base de las instituciones, van a solicitar también rasgos y modalidades originarios en los autóctonos y en los africanos; que todos juntos, en una mezcla incesante y secular, contribuyeron a la formación de nuestro pueblo.

Esa sombra, que según el doctor Cabrera, se abate perenne e inmutable sobre nuestros más caros recuerdos, esa divinidad maléfica que nos ha hecho consagrar al olvido nuestro pasado, es un cargo injusto para las actuales generaciones que con tanto noble empeño se han consagrado a revivir nuestras glorias en el libro y en el monumento. Todos aquellos párrafos apocalípticos con que el ilustre académico comienza su discurso, y que demuestran la influencia poderosa ejercida sobre su mentalidad por el ilustre

Vargas Vila, sirven de premisas a conclusiones un tanto exageradas. Porque si algo distingue a nuestra generación, es el amor a los estudios serios, y no hay tal **huraño desvío por lo que más fundamentalmente atañe a la Raza y a la Patria.** Todo ese cuadro recargado de sombras no está comprobando sino la admirable, la fecunda imaginación del escritor que tantos aplausos cosechara hace un cuarto de siglo.

En la manera misma de juzgar la Historia el doctor Cabrera Malo nos está diciendo cómo superviven en él ciertos prejuicios románticos contra los cuales formuló Taine aquella síntesis fundamental, criticándole a Sante-Beuve el que tuviese en tan alta estima a Vigny, Hugo, Chateaubriand y Lamartine: "Lo que hay de cierto es que desde hace treinta años el punto de vista ha cambiado de lugar: menos frases y palabras hermosas, más hechos menudos y verdades observables: esto explica la diferencia de conceptos".

Esa "historia amplia, serena, majestuosa, que envolviendo pormenores y esfumando los contornos de los hechos, desciende a los archivos, no, seguramente, para aposentarse en ellos sino para volverlos a la luz, a los grandes horizontes, a las cumbres, etc., etc., etc:" está ya definitivamente condenada al olvido por la ciencia moderna. La debatida cuestión de si la historia es un arte o una ciencia se halla resuelta. "La historia no es sino una de las formas de investigar la verdad y de ningún modo un género literario. Y como un tratado de biología o de psicología, una obra de historia no reclama necesariamente preocupaciones estéticas. Si un libro de historia como de cualquier otra ciencia, que haya contribuido a establecer la verdad, es además hermoso por la concepción y por el estilo, aumenta en realidad su mérito, pero ningún historiador está obligado hoy a escribir como Taine o Fustel de Coulanges así como ningún biologista a la manera brillante de Claudio Bernard o de Le Dantec. La belleza de que debe revestirse la Historia no es esa de oropeles, formada por frases de relumbrón, por palabras retumbantes de uso frecuente en peroratas de banquete y en reparticiones de premios; sino la belleza severa —como dice Henri Berr— que no es sino el "esplendor" de la verdad.

El doctor Cabrera Malo manifiesta, por otra parte, un profundo desdén por lo que él llama **la otra manera** de escribir la Historia;

y con una intención que no queremos calificar, hace hincapié en la frase conque comienza su discurso el doctor Lecuna, confesándose ajeno al cultivo de las bellas letras; y la cual en rigor de justicia, no debiera tomarse sino como una sencilla manifestación de culta modestia y como un homenaje de respeto y acatamiento a sus colegas. Y la emprende el doctor Cabrera acerbamente contra los eruditos, contra los que "amontonan notas, escolios y apostillas; prodigando citas, preocupándose de los materiales más bien que del edificio a cuya construcción están destinados; del pormenor antes que del conjunto; y del hecho mínimo a la par que del grande, todo ello hasta perder la justa proporción de las cosas..." Bien se conoce que el ilustre académico no ha tenido tiempo de seguir la evolución de los estudios históricos en el mundo, porque hombre de su incuestionable talento sabría hoy que la labor más importante de la Historia, la base fundamental de la reconstrucción histórica es la **heurística**, el trabajo analítico, el método científico y objetivo, completamente opuesto al método intuitivo, a la historia **evocatriz**, esa que no se separa, según afirma el doctor Cabrera, de la poesía y de la pintura.

Si bien es cierto que en Francia con Agustín Thierry y Michelet, en Inglaterra con Emilio Reich, en Italia con Benedetto Croce, en la misma Inglaterra con los discípulos de Hallam, Carlyle, Dilke, y en Alemania todavía con algunos retardados, sin embargo de ser ella la madre de la metodología, cuyo más alto representante es Bernheim, la historia novelesca, fundada en la **intuición viviente**, es la que goza de mayor prestigio en el público indocto, porque es imposible separarla de la novela o la leyenda, no debe ser ella —por eso mismo— la única que merezca los aplausos de un hombre de ciencia, de un jurista, y mucho menos de un académico de la Historia. Esa historia "evocatriz" que pretendió poseer, "el sentimiento vivo de la vida" como dijo el ilustre historiador inglés James Bryce, en el Congreso Internacional de Ciencias Históricas reunido en Roma en abril de 1903, criticando que en su país se persistiera aun en escribir la historia "de una manera literaria y hasta dramática", esa historia, que es la única en merecer los elogios del académico venezolano, está ya, lo repetimos, lejos del movimiento científico.

"La curiosidad del pasado —ha escrito hace apenas dos años Henri Berr,— el gusto por el color local, propios del romanticismo, han precedido y preparado el conocimiento exacto del pasado fundando sobre la erudición. Thierry y Michelet son poetas en el más hondo concepto de la palabra. Son poetas y por esta misma razón, ellos a la vez, han creado y falseado la historia".

Pero el doctor Cabrera Malo dirá también en este caso, como cosa nueva, que esta manera de apreciar la historia es **interina**, así como lo afirma respecto a toda la verdad histórica. "Verdad provisional hasta que otra cosa se descubra". Perfectamente. Y feliz quien no se apega a ningún dogma ya sea religioso o científico, quien no acepta sino las verdades "provisionales" porque así lo impone a todo hombre de buen juicio el progreso incesante de la humanidad. Pero el doctor Cabrera Malo, cuyo talento debiera obligarle a avanzar siempre, a marchar junto con los adelantos de su época, parece que ha olvidado sus antiguos coqueteos **materialistas**, sus aficiones de **libre pensador**, (hablo en el lenguaje de la época del Centro Científico Literario, al que pertenecimos ambos en 1894) para no aceptar hoy sino la doctrina católica de la **revelación**, afiliándose al más puro conservantismo; calificar, como lo hace en su discurso, la revolución de la Independencia, como "un DESQUICIAMIENTO MORAL más bien que político"; y considerar aquella lucha que es nuestra gloria; aquel luminoso proceso de redención social en todo el Continente, que rompió para siempre las cadenas que sujetaban a las clases oprimidas bajo la jerarquización social de la Colonia, como "una larga noche de catorce años, llena de pavuras, de delirios sangrientos y de inexpresables agonías". Estos conceptos en la pluma, (y no decimos en los labios porque después de haberlos escrito, no tuvo el valor de irlos a pronunciar) de un venezolano necesariamente democrático, como el doctor Cabrera Malo, constituyen una heregía, un sarcasmo, una ingratitud sin ejemplo!

Parece imposible que el amargo pesimismo, y cierto fermento de inexplicable rencor, revelados en todo el discurso del doctor Cabrera Malo, pudieran llevar a un hombre de su talento, a lanzar esas frases que parecen escritas por el furibundo libelista José

Domingo Díaz en la célebre Gaceta, o en su Historia de la Rebelión de Caracas!

Dijérase también que la regresión —perdonemos el término— hacia el conservatismo, le ha movido en el deseo de revivir, en una recepción académica los célebres vejámenes que sufrían los recipendiarios allá, por el siglo XVIII en nuestra Muy Ilustre y Real Universidad Pontificia; tal es el tono agrio, irónico y tendencioso de su discurso.

El Concepto de Raza

LAS CASTAS COLONIALES

Al general Landaeta Rosales.

Los sociólogos que estudian los orígenes y el desarrollo de las ideas democráticas en la civilización occidental, han observado la influencia que las similitudes antropológicas ejercen en la inclinación de los espíritus hacia las ideas igualitarias. Aun en las sociedades esclavistas, los señores se excusaban de tomar como esclavos a gentes de su raza, o si los tomaban no les daban nunca el mismo tratamiento que a los esclavos ordinarios. Los annamitas esclavizan a los loesianos y los cambodjianos, pero no a los hombres de su misma sangre. Entre los Hebreos era muy distinto el tratamiento que se les daba a los esclavos congéneres, del reservado a los esclavos extranjeros. Aristóteles mismo, que consideraba la esclavitud como la cosa más lógica del mundo, veía como un hecho contrario a la naturaleza, que los griegos se esclavizaran los unos a los otros. Los romanos no llegaban a despojar totalmente a los italianos ni los reducían a la servidumbre como a los otros vencidos; y no era sino porque encontraban en ellos sus mismos hábitos, sus dioses y su raza.

Nada es por eso más chocante, aun en las sociedades fundadas sobre la desigualdad, que la coexistencia de diferencias jurídicas absolutas, con similitudes físicas sensibles; y en sentido contrario se observa, que en aquellos pueblos donde la igualdad ha llegado a ser un principio social, jurídico y religioso, como en la España católica, por ejemplo, los sentimientos anti-igualitarios surgen con violencia y se perpetúan al contacto de razas totalmente distintas de su raza. La historia de las exploraciones y el espectáculo de las colonias —dice Ed. Foa— comprueban elocuentemente, lo difícil que es a los blancos conservar la idea de que

los negros tienen derechos y son hombres como los otros.—(V. Bouglé.—Les Idées Egalitaires).

Cuando los españoles llegaron a América, creían que los indios no eran seres racionales. Es bien conocida la historia de la Conquista, sobre todo en los primeros años. La introducción de los negros despertó en ellos con más fuerza los sentimientos antiigualitarios, y sus descendientes perdieron por completo, en presencia de la raza africana y de sus derivados inmediatos, toda idea y todo sentimiento de igualdad, llegando a constituir, sobre todo en las colonias donde los negros fueron más numerosos, una verdadera casta tan hermética e intransigente como en la India. El sambenito que en España caía como una maldición eterna sobre aquel de quien siquiera se sospechase llevar en las venas "sangre de moro, de judío o de recién convertido", se aplicó en América exclusivamente a los que la tuvieran de "negro, mulato u otra mala raza", ya que de judíos recién convertidos estaban llenas las colonias. Y el prejuicio se extendió con el tiempo hasta el extremo de que a los mismos isleños de Canarias llegó a considerárseles en Venezuela como de raza inferior. (1)

Sabida es la enorme influencia ejercida en las naciones europeas por el cristianismo como escuela de igualación social. La igual participación en los sacramentos colocó desde luego a los siervos al mismo nivel que a los señores. "Acaso los unos han sido bautizados con agua y los otros con malvasía?". (Janssen.—Alemania y la Reforma). Entre los musulmanes que no tienen el

(1) Es necesario hacer constar lo arbitrario de esta prevención contra los isleños de Canarias, porque casi toda la población blanca del centro de Venezuela tenía esa procedencia; lo cual se explica fácilmente, pues si las comunicaciones con la Península se redujeron durante más de dos siglos a un buque de registro que arribaba a nuestras playas cada quince años, con las Islas Afortunadas se hacía un comercio constante y las familias isleñas venían en gran número a fomentar nuestras tierras. Y no sólo inmigraban las clases laboriosas sino que gentes principalísimas se venían atraidas por la fama de nuestra riqueza agrícola y pecuaria. Entre muchos de nuestros hombres notables de origen isleño, podemos citar al Marqués del Toro, al Generalísimo Francisco de Miranda José Félix Ribas, Páez, los Monagas, los Blanco (de Guzmán Blanco), Bello, Vargas, Sanabria, Casañas, Votancourt, Key; Escobar y una multitud de otros apellidos que han figurado con brillo en la política, la milicia, la ciencia, la literatura, el comercio, etc. Ya se ha hecho la curiosa observación de que en la población de dos capitales de Sud-América prevaleció el elemento canario: Montevideo y Caracas. Con el propósito de hacer un estudio pormenorizado de la influencia de la población isleña en la formación étnica de nuestro país hemos recogido ya una multitud de datos interesantísimos.

prejuicio de razas, pero que no pueden soportar la heterogeneidad de religiones, es la adhesión a la religión del Estado, la adopción del turbante o el paso por las cubas ortodoxas lo que confiere todos los derechos. Pero en los españoles trasladados a América la iglesia misma fué un instrumento de vejamen para las razas inferiores. "El cristianismo, dice un sociologista, iguala en principio a todos los fieles. La ciudad celestial ignora todas las diferencias terrestres. A la puerta de la Iglesia todos los honores humanos deben ser desechados: el Dios único es tan grande que a sus ojos los más grandes de la tierra no sobrepasan a los más humildes..." Siempre que no sean negros o mulatos, decían acá los aristócratas de nuestra olvidada e ignorada Capitanía; y desde que el niño de color recibía las aguas del bautismo, el Cura en nombre de Dios y de Nuestro Señor Jesu-Cristo, le inscribía en un libro que era para él un eterno pendón de ignominia, una fuente inagotable de humillaciones, de exclusiones, de inferioridad irrefragable que le acompañaba hasta el sepulcro y caía como una mancha indeleble sobre sus descendientes.

Para fines del siglo XVIII prevalecía en la mayor parte de las ciudades de Venezuela la costumbre de confundir en los libros parroquiales, bajo la denominación de "mulatos, zambos, negros y gente de servicio", a todas las personas que no fuesen "notoriamente" blancas, y los curas no tenían reparos en incluir en esos libros hasta a los isleños de Canarias y sus descendientes, siempre que estuviesen dedicados al servicio doméstico.

Sucedió que en 1789, fué a contraer matrimonio, en la ciudad de Coro, un Bartolomé Rivera con una mujer de nombre Josefa Nicolasa Naranjo, quien al ir a sacar copia de su fé de bautismo se encontró con que estaba inscrita en el libro destinado a los Pardos, sin embargo de que su padre José Antonio Naranjo, era natural de Canarias, y no poderse comprobar que su madre, Francisca Acosta, perteneciera notoriamente a la gente de color.

La circunstancia era más que suficiente para entabler el juicio de disenso; y habiendo ocurrido a la Real Audiencia, "el Fiscal, en vista de que no podía comprobarse que la Naranjo fuese parda,

sin embargo de estar inscrita en el libro respectivo, puso de manifiesto ante el tribunal los graves desórdenes que se originaban en la costumbre establecida por los curas parroquiales de englobar en una sola denominación, a los "negros, zambos, mulatos y gentes de servicio". "Sentándose en un mismo libro —agregaba aquel funcionario,— los esclavos con la gente libre, aunque sea de castas, se hace agravio a éstas, representándolas a todas con igualdad a dichos esclavos, por gente de servicio, lo que siempre les ha retraído de servir en las casas de particulares y aun de ganar jornal en las haciendas donde hay esclavitud; y mucho más que habiendo entre dichas castas, mucha diferencia, tanto en su nacimiento como en su buen porte y conducta, se confundan los verdaderos zambos y mulatos con los que sólo tienen alguna leve mancha en alguno de sus ascendientes remotos, y tal vez por la línea de mujer, sin que esto les haya impedido el vivir con estimación". Otro grave inconveniente resultaba de que "pendiendo del arbitrio de los eclesiásticos el sentar a los bautizados y casados en los libros de Blancos, o de gentes de castas y esclavos, cada día se experimentan pleitos y disenciones, acudiendo los interesados a hacer las justificaciones de su calidad ante los jueces eclesiásticos para que se les muden sus partidas de uno libros a otros en que además de la incompetencia de jurisdicción se acusan no pocas veces manejos que ocasionan ruidosos pleitos. La real cédula de siete de abril de setenta y ocho (1778) con que se remitió a estos Reynos y mandó publicar la Real pragmática de matrimonio, aunque por su artículo primero quiso no fuesen comprendidas en ella por el juicio de disenso los mulatos, negros coyotes, e individuos de casta y razas tenidas y reputadas por tales públicamente, exceptuó sin embargo a los que de ellos sirviesen a Su Majestad en las milicias o se distinguiesen de los demás por su buena reputación, buenas operaciones y servicios y mandó se les comprendiese en ella, todo lo cual no puede entenderse sino de aquellos en que el origen del mulatismo esté muy remoto o sólo pueda hallarse en alguno de sus mayores, siendo todos los demás, personas blancas y conocidas".

Y terminaba el Fiscal pidiendo que "determinando el tribunal la causa de disenso contra Josefa Nicolasa Naranjo, en lo principal

como estima de justicia (pues existía sin embargo diferencia de clase entre esta y Rivera), deberá ordenar por acuerdo separado que los curas párrocos lleven libro distinto en que sólo sienten las partidas de la esclavitud, sin mezclar en ellas alguna de personas libres".

"Que por lo respectivo a los mulatos, zambos y demás castas se sienten en otro libro distinto con expresión de las diferencias de ellas, diciendo si son hijos de blancos y pardos de primer orden o quarterona o de indio y mulato, o negro, de modo que puedan distinguirse las calidades de cada uno y que estas partidas se hagan notorias a sus padres y padrinos de los bautizados y contrayentes para que siempre que estos estimen se les hace algún agravio, puedan recurrir a sus jueces legítimos para que se les deshaga y puedan distinguirse las clases del estado".

La Audiencia dictó el acuerdo, ordenando, además que "ni el Reverendo Obispo, ni sus Provisores y Vicarios, pudieran traspasar con ningún pretexto, causa ni motivo, las partidas de un libro a otro, a menos que precediera el conocimiento y declaración sobre la calidad de sus pretendientes por la justicia real ordinaria a quien primitivamente toca", y por otro acuerdo se mandó llevar un libro especial para las partidas de bautismo y casamiento de los esclavos "sin que en este libro pueda mezclarse otra especie de personas".

Estas disposiciones de la Audiencia de Caracas fueron sancionadas por el Rey en Cédula fechada en Madrid a ocho de julio de 1790.

No bastaron estas medidas para zanjar las dificultades que se originaban de la confusión de las castas; muy al contrario, crecieron al quererse establecer las distinciones indicadas en el Acuerdo, pues la mayor parte pretendían hacerse pasar por blancos.

El Teniente justicia mayor de la Costa del pueblo del río Tocuyo, informó el año siguiente a la Audiencia "que en los libros nuevos que se habían hecho por los párrocos de su Distrito, se ponían los asientos sin el previo conocimiento y declaración de las clases, de lo cual resulta que habiendo tanta mistura en los que lo habitaban (el distrito) permanece la confusión en el mismo pié en

que estaba; y por consiguiente el origen y raíz fundamental de una gran discordia civil en el orden de las clases". Los párrocos continuaban asentando las partidas de bautismos y matrimonios, sin intervención de la autoridad civil porque perteneciendo ellos también a la clase de blancos, ya que los pardos no podían ser ordenados in sacris, participaban de los prejuicios de su casta.

Parece imposible, después de leer la cuantiosa documentación, existente en el Archivo Nacional, que haya en Venezuela quien se empeñe en negar todavía la gerarquización de las clases sociales en la Colonia y las luchas a que daban lugar los prejuicios y las preocupaciones que de manera tan trágica repercutieron en la Revolución de la Independencia. No eran clases en realidad las que existían, sino verdaderas castas, con todos los caracteres de repulsión, de exclusión y de antagonismo feroz que tienen hoy mismo en la India. En cada una de las ciudades de Venezuela existía un grupo de nobles que ejercían todas las funciones públicas de padres a hijos; se casaban entre sí, oponiendo obstáculos y castigando con penas severísimas a quien violara esta práctica, eran ellos los únicos que podían ser abogados, sacerdotes, monjes y desempeñaban todas las funciones públicas; a las otras castas les estaba prohibido llevar joyas, sedas, encajes, usar alfombra en las iglesias, portar espada y pistola, llevar paraguas, etc. Algunos de esos núcleos aristocráticos, fueron enemigos terribles de la Independencia, porque los principios proclamados por los revolucionarios "trastornaban el orden social", y muchos de ellos emigraron para siempre de Venezuela por no someterse al régimen republicano y democrático que destruía sus privilegios de casta.

En el Archivo Nacional hemos extractado multitud de documentos cuya sola publicación bastará para que el pueblo de Venezuela, conociendo detalladamente la organización colonial, se dé cuenta de la inmensa deuda que tiene contraída para con los Padres de la Patria, quienes no sólo realizaron la Independencia política, sino que con la más noble audacia y satisfaciendo una tendencia instintiva de las masas populares, implantaron sobre las

ruinas de la gerarquización colonial el régimen de la democracia, haciendo de todos los venezolanos, cualquiera que sea el color de la piel, una sola familia con iguales derechos y con iguales deberes para con la Patria, y borrando toda otra distinción que no repose sobre las aptitudes individuales.

EL CONCEPTO DE RAZA EN LA EVOLUCION VENEZOLANA

Conferencia pronunciada en la noche del 1º de agosto de 1914 en el Círculo de Bellas Artes de Caracas.

Señores:

Agradezco muchísimo esta simpática acogida, porque élla demuestra la más absoluta sanción a mis trabajos, la más completa aprobación a las ideas que he venido sustentando en favor de la Patria y de sus glorias. Estos aplausos se dirigen a la bandera antes que al débil brazo que la levanta.

Muy espontáneamente quise venir esta noche a conversar con vosotros sobre algunos temas interesantes para el estudio científico de nuestro pueblo, de acuerdo con los métodos sustentados por los sabios, y a solicitar entre la multitud de teorías que al presente se disputan el predominio en el vasto campo de la psicología social, las que mejor puedan explicar ciertos rasgos primordiales que dan al pueblo venezolano una fisonomía especial, respecto de cada uno de los otros pueblos hispano americanos. El tema es vasto; pero no hay que asustarse. Yo soy el primero en profesarle un miedo espantoso a las latas de toda especie. Desde las latas escritas y habladas hasta las latas en que se encierran esas indigestiones efectivas tan funestas para la salud de todo el cuerpo, como lo son para la salud del cerebro las indigestiones en sentido figurado.

Debo advertir también, que en nada de lo que voy a decir existe el menor asomo de dogmatismo. El dogma científico como el dogma religioso, es la negación completa de todo espíritu de investigación. "La fé, decía Juan Montalvo, es holganza que vive sin trabajo; la duda la irrita, la investigación la mata". Los dogmáticos de la ciencia, no son más que teólogos de otra especie.

Pero es incuestionable, que de todas las teorías que a diario surgen en el mundo solicitando explicaciones a cuantos fenómenos se han presentado al espíritu humano, siempre queda un rastro de verdad, algo que viene a servir de base o de punto de partida a nuevas investigaciones. Y hasta pueden señalarse doctrinas que proceden de otras completamente opuestas, así como la filosofía positivista de Taine, proviene por antítesis de la filosofía espiritualista de Víctor Cousin.

Aceptar de una manera absoluta esta o aquella doctrina, apegarse a ella sistemáticamente sería como detener el progreso del espíritu humano. Puede haber, y los hay en gran número, individuos detenidos, en quienes las células cerebrales están como petrificadas y oponen naturalmente una fuerte resistencia a la adquisición de ideas nuevas. Pero la humanidad en conjunto no se detiene; y así como se suceden las generaciones se suceden también las ideas; y las verdades consideradas hoy como absolutas, vienen a ser mañana verdades relativas o errores garrafales.

Uno de los fenómenos que más ha llemado la atención de los sabios, de muchos años a esta parte, es el origen y la formación de las sociedades, la evolución y la constitución de esas grandes comunidades que se llaman naciones. ¿Qué es una nación? No es ni un núcleo de hombres unidos por los vínculos de un mismo origen étnico, porque existen naciones muy antiguas constituidas por razas distintas, y hablando naturalmente distintas lenguas; desde luego no es la lengua tampoco la que sirve de lazo para unir a los hombres en una comunidad nacional. En España misma, se hablan hoy diversas lenguas, y existen muchos españoles que hablan muy mal o que no hablan absolutamente el Castellano. ¿La ocupación prolongada de un mismo territorio? Tampoco. Existen territorios, como la península Ibérica, donde hay dos naciones y existirían otras, si las vicisitudes históricas no hubiesen arreglado las cosas de otra manera. Durante mucho tiempo se dió una enorme importancia a la influencia geográfica; pero si de esta sola causa dependiera la constitución de las diversas naciones, muy otra sería la geografía política del mundo. Los pueblos vivirían encerrados dentro de sus límites arcifinios y la humanidad habría continuado dividida en tribus; o en el desmigajamiento de

la edad media. Ni la práctica de un mismo culto religioso, puede unir a los hombres en el sentimiento de la nacionalidad. Richelieu decía que en materia de Estado él prefería "un francés hugonote a un español". Y todavía no existía, propiamente hablando, la nación francesa.

Hoy se quiere establecer una distinción entre Estado y Nación, y se dice que no basta a los hombres el estar sometidos a un Gobierno único para hacer surgir en ellos el ideal de la patria, para establecer entre pueblos de diverso origen el vínculo nacional. Se presenta el ejemplo de Austria, sobre cuyo porvenir se formulan los augurios más pesimistas. Ya se vé, señores, que aun en las cosas al parecer más palpables, más evidentes, y de cuya existencia nadie puede dudar, es muy difícil, si no imposible, explicar sus causas y formular una definición precisa. ¿Qué es una nación?

Los europeos dicen que la conciencia de la nacionalidad es el resultado de una larga elaboración, de un trabajo de siglos. Esto es cierto. Pero según ese argumento, no existiría ninguna de las naciones americanas, desde los Estados Unidos hasta la Argentina; y el hecho es que existen y que ninguna de las explicaciones que hemos apuntado, ni todas juntas, pueden dar idea cabal de la constitución de estas nacionalidades, surgidas en el curso de un siglo del estado colonial a la vida de entidades soberanas. Se dirá que estos pueblos no constituyen naciones sino Estados, y sinembargo, a pesar de multitud de causas que han podido producir muchos desmembramientos en el curso de una centuria de despotismos y de revueltas, sólo intervenciones extrañas han ocasionado algunas variantes en la geografía política que surgió con la independencia.

Hoy puede asegurarse, que las antiguas colonias españolas no solamente constituyen Estados, sino nacionalidades perfectamente definidas, cada una con su fisonomía propia, sin embargo de que según las teorías de la procedencia étnica, de la lengua, de la religión, de la historia, debieran constituir como una sola entidad sociológica, con rasgos comunes en que el ojo más perspicaz fuera impotente para descubrir diferencias sensibles.

Todos estos pueblos proceden de España; los españoles se mezclaron en más o menos proporción con los indígenas primero

y luego con los negros; de tal manera, que el eminente neo-colombiano Murillo Toro pudo decir con mucha propiedad: "En Hispano-América todos somos café con leche, unos más leche y otros más café". Pero este café con leche nos venía ya de España donde la mezcla realizada durante siglos, de los iberos con los cartagineses, griegos, romanos, godos, visigodos, árabes asiáticos, bereberes y negros puros del Africa, predispuso a nuestros progenitores peninsulares a continuar en América aquella mezcolanza, lo cual debe preocupar mucho a los que resucitando viejas teorías, que satisfacen necias y añejas preocupaciones, puestas de moda por los antroposociólogos, están creyendo aun en la pureza de la **raza** española, sin definir o sin comprender antes lo que es **una raza.**

Van ustedes a perdonarme, señores, una digresión: y me aprovecho, de la comodidad que proporciona este género especial de oratoria, en la cual no caben los rigorismos de un discurso.

Parece mentira que en Venezuela, en nuestra policroma Venezuela, en este gran mosaico donde los sabios europeos pudieran venir a estudiar a los representantes de toda la escala etnológica, viviendo en las más absoluta comunidad social y política; en esta tierra clásica de la nivelación democrática, haya todavía quienes estén, quizás inconscientemente, proclamando en libros con pretenciones de historia, la desigualdad psíquica de las **razas.** Sí señores! No uno, sino varios escritores, están cometiendo ese pecado, y lo más curioso es que sean de los llamados Liberales, quienes se hallen afiliados, sin saberlo, a la escuela que tiene como precursor y apóstol al Conde de Gobineau.

Por allí anda uno de ellos, empeñado en comprobar que la superioridad del General Manuel Carlos Piar, superioridad muy discutible, pues aquel gran guerrero no fué superior, como militar ni como político a la mayor parte de sus compañeros de armas, dependió únicamente de ser hijo de un Príncipe de Braganza llamado Don Carlos, quien en un viaje que hizo a Caracas, —hecho éste de que no hay la menor noticia en las crónicas coloniales,— contrajo "una especie de matrimonio morganático", con una señora Aristeiguieta perteneciente a una de las más distinguidas familias de esta ciudad y emparentada con el Libertador. En la familia Aristeiguieta, de fines del siglo XVIII, había nueve señoritas

de gran belleza, a quienes llamaban las nueve musas, y de quienes con mucho entusiasmo habla el Conde de Segur en sus Anécdotas y Recuerdos. Sobre estas nueve bellezas se ha cebado la maledicencia de algunos eruditos a la violeta, de tal manera, que casi nos las quieren presentar como mujeres de vida escandalosa, sin darse cuenta de la ejemplar moralidad de nuestra alta sociedad colonial. Pero como hubo por allí, persona tan bien informada como el general Landaeta Rosales que sacara a luz la historia de cada una de aquellas señoras, el escritor que ha completado la desgracia del General Piar con la monomanía de convertirse en su panegirista, suprime una de las nueve Aristeiguietas, para colocar en su lugar a una tal Soledad, de su pura invención, y a quien atribuye la maternidad del General Manuel Piar. De manera que para el peregrino historiógrafo, las nueve musas fueron ocho. Lo cual nos trae a la memoria el sermón que pronunció un fraile italiano en Margarita y que con su inagotable esprit refería el malogrado Andrés Alfonzo: "Hermanos míos, decía el reverendo: Está comprobado que los cuatro evangelistas no fueron más que tres: Saúl y Enó".

Las consecuencias que se hilan fácilmente de esta tesis aristocrática no pueden ser más lógicas: de la familia Braganza, que produjo a Don Carlos el gordo, víctima lastimosa de sus debilidades y de sus despilfarros y al insigne Don Manuel, émulo bastardo de Boabdil el Chico, porque ni siquiera tuvo lágrimas en medio de su idiotez para llorar como mujer lo que no supo defender como hombre, de esa raza debía nacer necesariamente el vencedor en San Félix. Nada más ridículo que pretender convertir a Piar en Príncipe para fabricar una pobre parodia del asesinato de Enghien.

Para confirmar esta tesis, el historiógrafo afirma que el Libertador Simón Bolívar era mulato, porque su antecesor, Don Francisco Marín de Narváez, se amancebó con una mulata de su servidumbre llamada Josefa Marín. Y aunque expresamente no lo dice, deja entender que este chorro de sangre africana fué la causa de los grandes defectos que le atribuye irrespetuosamente al Libertador: de su crueldad, de su impulsividad y de su envidia; y sugestionado cada vez más con su idea de la superioridad de la raza

blanca, hace de Piar un retrato que bien podía tomarse por el de un compatriota de nuestro excelente amigo el ilustrado venezolanista señor Witzke: "... de ojos azules, abiertos, luminosos, de cabellos blondos, largos y ensortijados, tez blanca tostada por el sol de los combates, y nariz aquilina cuya sensibilidad denotaba la violencia del temperamento..." De modo que Piar fué grande, fué heroico, fué perfecto, porque era perfectamente blanco, Bolívar fué impulsivo, sanguinario, autoritario, por el mulatage que le venía de la Marín.

Otro historiador, también Liberal, de subido amarillismo y católico fervoroso, se declara del mismo modo partidario de la Antroposociología, cuando atribuye la formación de nuestros partidos políticos a causas puramente encefálicas. ¿Cómo podrá conciliarse este positivismo grosero con el espiritualismo católico? Es casi la tesis de Moleschott, rechazada por los mismos materialistas como demasiado material: el cerebro secreta las ideas como los riñones secretan la orina. "Para 1840 —dice el piadoso historiador— los venezolanos no formaban un solo cuerpo político, como no lo formaron en 1830 ni antes tampoco. La división humana es natural. Esta familia está separada de aquella otra, y sus hogares tienen diferentes lindes. Este individuo no piensa como aquel otro, porque sus cerebros son distintos. De aquí la institución de los partidos, obra de la naturaleza y efecto de la necesidad". De manera pues que entre patriotas y realistas, entre godos y liberales, no hubo antagonismos políticos sino diferencias encefálicas. De manera que una cuestión tan grave y que tan hondamente ha dividido a los hombres de ciencia, ha venido a ser resuelta de un solo tajo o con un solo rasgo de su católica pluma por un historiador venezolano. Las ideas, los principios, las opiniones políticas se encuentran, pues, como grabados a cincel en ciertas estructuras cerebrales. Es la doctrina de Gobineau y de sus discípulos, los antroposociólogos, quienes establecen una estrecha relación entre la forma del cerebro y las situaciones sociales, las ideas, los caracteres y las filiaciones políticas. En este caso la Historia de Venezuela, como la del mundo entero, no viene a ser en definitiva sino "un proceso de evolución biológica" y todos los movimientos de progreso o de retroceso se explican por el predominio de los ele-

mentos eugénicos o de los elementos inferiores: de los dolicocéfalos o de los braquicéfalos. (Braquicéfalo es el que tiene el cráneo poco alargado y el ancho es casi igual al largo; viene de dos voces griegas: brackus, corto, y cefalo, cabeza. Dolicocéfalo es por el contrario el que tiene el cráneo mucho más largo que ancho; viene también de dos voces griegas, dolikhos largo y cefale cabeza. No vayan a creer ustedes en que estoy alardeando de erudito. Esto puede verse en cualquier diccionario. En el Petit Larousse Illustré, por ejemplo). El historiador no sabrá probablemente, —pues he podido comprobar que en Venezuela se da muy frecuentemente el caso de Monsieur Jourdain, quien fué a los cuarenta años cuando vino a descubrir que hablaba en prosa— no sabrá, soy capaz de jurarlo, que de ese modo explican los antroposociólogos el proceso y el triunfo de las ideas democráticas. La aparición de las ideas liberales e igualitarias, dicen aquellos señores, coinciden con la entrada en la escena política de las grandes masas braquicéfalas, que se distinguen por su amor a la uniformidad. De consiguiente, los liberales de Venezuela han sido braquicéfalos y los godos dolicocéfalos, ya que como dice el historiador, nuestros partidos políticos nacieron únicamente de diferencias cerebrales; y los antropososociólogos, afirman que la democracia, el igualitarismo, el liberalismo, o el amarillismo, para hablar en criollo, no han sido más que un sueño de los hombres de cerebro corto. Yo, demócrata y liberal convencido, protesto contra semejante afirmación. Bien pudiera nuestro ilustrado amigo el doctor Alfredo Jahn, cuya competencia en antropología, como en tantas otras materias está universalmente reconocida, exhumar algunos cráneos de los hombres del 46, para ver hasta dónde puede confirmarse esta teoría de nuestro piadoso historiador. Pero tropezará seguramente el Doctor Jahn con una dificultad insuperable; cuando los godos se pasaban a los liberales y los azules a los amarillos, ¿se les cambiaría también la forma del cráneo convirtiéndose de dolicocéfalo en braquicéfalos o viceversa?

La digresión ha sido larga pero no la creo ni extemporánea, ni inútil. Esos libros a que me he referido han llegado a merecer aplausos de algunos críticos. Hace pocos días que en la más no-

table de nuestras revistas literarias, El Cojo Ilustrado, se prodigaron exageradas alabanzas al panegirista del general Piar por un escritor cuya alta mentalidad, cuyo finísimo espíritu, pueden presentarse como el mentís absoluto de esas teorías aristocráticas que atribuyen a la pureza de raza, o mejor dicho, a la raza blanca, el patrimonio exclusivo de la superioridad intelectual. Las iniciales J. S. que suscriben ese artículo saben ustedes muy bien a qué nombre corresponden.

La procedencia étnica, señores, no explica nada por sí sola. No es más que uno de tantos factores en la evolución social de los pueblos. Ni las naciones, ni los individuos, son más o menos inteligentes, ni más o menos valientes, ni más o menos aptos para la civilización porque pertenezcan a esta o aquella raza. Allí están los sociólogos, apologistas de la raza blanca, sin saber qué hacer con los japoneses.

La teoría fundada sobre ese solo factor está completamente desechada por la ciencia. Según el Conde de Gobineau, el único factor que genera las sociedades es la raza. No hay otro medio de explicar la historia de la humanidad que por la mezcla de razas, o para valernos de una expresión más característica, por la química de las razas. El hombre primitivo que Gobineau llama adamita nos es absolutamente desconocido. Un período secundario de la humanidad es el que se caracteriza por la distinción de las tres razas diferenciadas y permanentes: la blanca, la amarilla y la negra. Otra división se produce por la formación de grandes variedades en el seno de estas tres razas y por último, en una cuarta división, se distinguen las formaciones de tipos que resultan de las combinaciones más o menos complejas de esas grandes razas. La historia no se refiere sino a las formaciones de este cuarto grado de la evolución humana. "En tanto que la raza permanezca por largo tiempo pura, la mentalidad constitutiva de los miembros de un pueblo permanece uniforme e inmutable. La mezcla de los elementos étnicos de un pueblo con elementos extraños, determina la degeneración de ese pueblo. La mezcla de sangre (la panmixtia) engendra la diversidad en las ideas y en las creencias, la aparición de las teorías revolucionarias y la ruina, en fin, de la sociedad adulterada por elementos extranjeros". En una palabra, según Go-

bineau, lo que reúne a los hombres y funda las sociedades debe ser la comunidad y la pureza de sangre.

Por fortuna para la humanidad la experiencia y la historia destruyen por completo la teoría de Gobineau. La frase célebre del Libertador, refiriéndose a las naciones de Hispano-América: "No sabemos a qué raza humana pertenecemos", es perfectamente aplicable a la humanidad toda entera, y está dentro de una teoría absolutamente científica. "Cualquiera que fuese la pretensión del mundo antiguo a la pureza de raza, ésta no podía existir sino muy raramente, dice Bagehot. La mayor parte de las naciones históricas vencieron a naciones prehistóricas; y aunque destruyeran a una multitud de vencidos, no los mataron a todos. Por lo regular reducían a la esclavitud a los hombres de la raza vencida y fecundaban a las mujeres". Esto fué lo que hicieron los españoles en América con las indias y después con las negras. Ya he dicho en otra parte que en las historias sangrientas como en las comedias todo termina en matrimonio. El amor sexual se encarga siempre de resolver los más graves conflictos de la humanidad.

Nada sería más arbitrario ni más en oposición a la verdad y a la historia que la aplicación de la teoría de las razas al desenvolvimiento de las naciones Hispano-Americanas. Es seguro que al considerar la proporción en que han entrado los elementos indígenas, españoles y africanos en la composición de cada uno de estos pueblos y aun en la de los diversos grupos enclavados en diversas regiones donde el medio geográfico y telúrico ha sido propicio al desarrollo de una de las tres razas con detrimento de las otras, (advierto que hablo de razas por la facilidad de la clasificación) sobresalgan ciertos caracteres que le son propios a la raza dominante; pero con los medios de que al presente dispone la sociología es de todo punto imposible proceder a este análisis con una exactitud matemática. "Es necesario decirlo de una vez por todas —ha escrito Novicow— en la ciencia social las afirmaciones decisivas y geométricas son imposibles. Las sociedades son seres de una complejidad sorprendente, siempre en movimiento, siempre cambiantes. Y todo cuanto de ellas se diga debe entenderse de un modo aproximativo".

Hay hechos desconcertantes para los que se apegan con ceguedad a una teoría cualquiera. Si fuéramos a aplicar a nuestros pueblos, los más mestizos de que hay ejemplo en la humanidad, las teorías de Gobineau y de sus discípulos, destruiríamos las más brillantes páginas de nuestra historia, desconoceríamos el valor de las más altas intelectualidades que ha producido la América Latina, y poseídos del más tenebroso pesimismo nos cruzaríamos de brazos ante esa fatalidad irredimible que nos condenaría sin remedio a la degradación y a la muerte.

Gobineau dice que "cuando la raza superior se une a la raza inferior, se rebaja sin elevar a ésta". "En los mestizos, dice Otto Ammon, se combinan las cualidades discordantes de los padres y se producen retornos hacia los más lejanos antepasados; las dos cosas tienen por efecto común, que los mestizos son fisiológica y psicológicamente inferiores a sus razas componentes". Vacher de Lapouge asegura que "el mestizage produce no sólo la regresión sino la infecundidad". Según estos señores los efectos mentales y morales del mestizage no son menos desastrosos que los efectos fisiológicos: Darwin afirma que: "todos los viajeros han observado la degradación y las disposiciones salvajes de las razas humanas mezcladas". "No se comprende —asegura por su parte el gran viajero Livingstone, hablando del Zambezé— por qué los mestizos son más crueles que los portugueses, pero es una verdad". Un portugués, decía al mismo viajero: "Dios hizo al hombre blanco, Dios hizo también al hombre negro, pero al mulato lo hizo el diablo".

Le Bon afirma que es a la mezcla de raza a la que exclusivamente se debe el estado anárquico en que hemos vivido los hispano-americanos, y llega en sus conclusiones hasta las más negras profecías. Efectos del dogmatismo, pues cierra los ojos ante los rápidos y efectivos progresos realizados por el Brasil y la Argentina, que otros atribuyen exclusivamente a la inmigración europea, para proclamar, como lo hace el Doctor Ingenieros, la superioridad de la raza blanca, cayendo también en el error de considerar como pertenecientes a una misma raza a todos los pueblos de Europa, que en forma aluvional están poblando las desiertas regiones del Río de La Plata: desde el mulato meridional de Italia y de España,

hasta el escandinavo y el croata; elementos étnicos y culturales a quienes es arbitrario arropar en una sola calificación, porque existe mayor diferencia entre un calabrés o siciliano, y un polaco, originario de Polonia o de Ukrania, que entre ese mismo italiano meridional y cualquier mestizo hispano-americano. Las afinidades entre estos dos tipos han producido el fenómeno observado por los mismos argentinos, y del cual es un ejemplo el mismo Ingenieros, de la adaptación completa, de la mezcla rápida del italiano con el criollo. "El italiano triunfa, individual y colectivamente en la Argentina"... "y es de los elementos de aluvión, quien da más hijos argentinos". De los españoles no se diga, porque el hecho mismo de pasarlos en silencio, comprueba que no se les tiene, y no debe tenérseles en Hispano-América, como a extranjeros. En cambio los italianos en Norte-América permanecen aislados formando colonias completamente extrañas hasta al movimiento económico, porque sólo acaparan las pequeñas industrias desdeñadas por el yankee. En el seno de la gran metrópoli americana, existe una ciudad puramente italiana constituída por muchos millares de habitantes. No es este un fenómeno que pudiera relacionarse con las reglas de la zootecnia, es decir: que la fusión de diversos grupos étnicos obedezca únicamente a semejanzas fisiológicas determinadas, pues con los italianos sucede en Norte-América casi lo mismo que con los negros; son más bien afinidades psicológicas las que no sólo facilitan el acercamiento y la fusión de los diversos pueblos, sino que los productos de esa fusión resultan de una superioridad mental indiscutible. Algunos autores aseguran que "cuando las razas del padre y de la madre se avecinan fisicamente, pero a causa de haber estado sometidas a formaciones históricas divergentes, se hallan psicológicamente distanciadas, los resultados del mestizage son entonces los mismos que si se tratara de razas completamente alejadas en la escala etnológica. **(Dr. Albert Reibmayer.—Inzucht und Vermischung beim Menschen Cit. de A. Constantin. Le Role Sociologique de la Guerre, París. 1907).** Es de seguro por esa causa que en Venezuela los italianos, los corsos y los isleños de Canarias desde los primeros días de la colonización, se han mezclado y confundido con la misma facilidad que los españoles peninsulares con los elementos más diversos

de nuestra población produciendo tipos de altísimo valor intelectual. Ya hablaremos en otra ocasión sobre estas afinidades, sobre todo con el elemento corso, estudiando el estado social de aquella Isla célebre, de acuerdo con el informe presentado a las Cámaras francesas por Clemenceau, como Presidente del Consejo de Ministros en 1909.

Ya se ve, señores, que la sociología no puede absorberse de ningún modo en la llamada filosofía de las razas. Contra esas teorías que conducen al pesimismo y a la desesperación por nuestro porvenir, existen muchas otras sustentadas por grandes hombres de ciencia, que pudieran venir aquí a solicitar en nuestra evolución histórica la comprobación más completa de sus afirmaciones.

"Las formas sociales que algunos miran como el efecto de diferencia étnica, son regularmente un factor importantísimo de esas mismas diferencias. Un pueblo presenta diferencias intelectuales o morales con otro pueblo. Pero estos rasgos distintivos son más bien el producto de los medios que él ha atravesado, de las formas sociales que ha sufrido, en una palabra, de su evolución sociológica antes que de las conformaciones anatómicas". **(Palantes.—Sociologie).**

Tarde pregunta, comparando los días brillantes de Grecia con su decadencia posterior, si los griegos antiguos eran más dolicocéfalos que los griegos modernos. "Difícil es decirlo, pero en todo caso no es permitido atribuir la decadencia de aquel pueblo a la disminución de la dolicocefalia, es casi seguro que el índice cefálico no ha cambiado bruscamente a partir de la conquista macedoniana". El mismo autor invoca contra la absoluta diferencia psíquica de las razas la prodigiosa transformación del Japón realizada en menos de una generación, por la facilidad con que se ha asimilado la civilización europea, desde los armamentos y los trajes hasta las industrias, las artes y las costumbres.

Aun es más explícito el eminente autor de las Leyes de la imitación cuando habla de las consecuencias del mestizage. "Lejos de ser proporcionado el grado de genialidad de una raza a su grado de pureza, se halla más bien en proporción con su grado de complejidad, de variabilidad, con la amplitud de sus oscilacio-

nes alrededor de su tipo medio. Desde hace tres o cuatro siglos, las razas europeas se mezclan más y más cada día, y lejos de debilitarse sus facultades inventivas se desarrollan extraordinariamente... A medida que la evolución se desarrolla, va decreciendo el factor raza. Mientras más nos remontamos en el pasado vemos a cada gran raza nacional hacerse su civilización, y descendiendo hacia el porvenir, nos parece que a la inversa la civilización moderna trabaja en hacerse su raza, en elaborar por la fusión de muchas razas distintas, nuevas razas en condiciones de adaptarse mejor a su desenvolvimiento. (Tarde.—L'Action intermental, p. 153). Lejos de mirar la panmixtia (la mezcla de razas) como una causa de degeneración, se puede en cierto sentido considerarla como un beneficio. La mezcla de razas como la interferencia de culturas y de influencias sociales en un mismo cerebro, produce individualidades más complejas, más ricas y más delicadas".

Es el hecho —dice el Profesor Bouglé en su reciente libro— La Democratie devant la Science— que allí donde la opinión no pesa sobre ellos, se ha visto a los mestizos elevarse con tanta facilidad como las llamadas razas puras. Algunos viajeros han encontrado en una pequeña isla de Oceanía, una población mestiza descendiente de marineros ingleses y de mujeres polinesias. Según su testimonio, esta población era tan notable por sus cualidades morales, por su inteligencia vivaz, por su deseo de instruirse, como por su fuerza y su agilidad. En el Brasil, continúa diciendo el eminente profesor de la Universidad de Tolosa, donde la opinión no ha sido jamás tan ruda para con la gente de color, casi la totalidad de los pintores y de los músicos pertenece a la raza cruzada, que cuenta también con muchos médicos notables. En Venezuela, (y esta cita la tomo de Ribot, La Hérédité Psichologique) multitud de mulatos se han distinguido como oradores, como publicistas, como poetas. Las razas mezcladas, concluye diciendo, son pues tan capaces como las razas puras para llenar las funciones intelectuales de una sociedad".

Regístrese la historia de Venezuela y se verá que desde los tiempos coloniales fué este pueblo uno de los más inteligentes y de los más enérgicos de la América entera. El Barón de Hum-

boldt, encontró que de todas las capitales de Hispano-América era en La Habana y Caracas, a pesar de que en ellos abundaba más la gente de color, donde se tenía más conciencia de los movimientos políticos del mundo y el viajero se creía más cerca de Europa.

Y cuando la Revolución lo sacudió del marasmo colonial, cuál fué el pueblo de América que llevó un aporte mayor de inteligencia y de energías a la obra de la emancipación del Continente? "La capital de la Provincia de Venezuela, (escribió el español Torrente, el terrible enemigo de la Independencia, y hubiera podido decir con más propiedad, Venezuela entera), ha sido la fragua principal de la insurrección americana. Su clima vivificador ha producido los hombres más políticos y osados, los más emprendedores y esforzados, los más viciosos e intrigantes, y los más distinguidos por el precoz desarrollo de sus facultades intelectuales. La viveza de estos naturales compite con su voluptuosidad, el genio con la travesura, el disimulo con la astucia, el vigor de la pluma con la precisión de sus conceptos, los estímulos de gloria con la ambición de mando y la sagacidad con la malicia". Otro español, otro enemigo, el General Don Pablo Morillo, estampa estas frases que yo considero de extraordinaria trascendencia para estudiar la psicología de nuestro pueblo: "Los venezolanos son los franceses de América, y con la misma veleidad e incostancia que aquellos, pero con mucha menos ilustración; son susceptibles de todos sus defectos e incapaces de ninguna de sus virtudes, dispuestos a alborotos y tumultos, de una variedad ilimitada en sus opiniones, que los lleva a ser tan pronto de un partido como de otro..."

Yo quisiera traer aquí a todos esos dogmáticos de la teoría de las razas para que descubrieran la causa de esa gran desproporción que ha existido siempre entre la población y el progreso intelectual de Venezuela. Quisiera preguntarles si con la herencia española, la indígena y la africana, había elementos para que Venezuela diera a la América el primer hombre de armas y como lo dijo Menéndez Pelayo el primer hombre de letras; y yo agrego el primer hombe de Gorbierno en el General Antonio José de Sucre. Y a pesar de todas las tremendas vicisitudes porque hemos atravesado en una centuria de anarquía y despotismo, ese germen

fecundo de intelectualidad y de energía ha continuado dando sus frutos.

Eloy González ha observado con mucha exactitud en uno de sus celebrados estudios, "Que el único progreso palpable, positivo, en el desenvolvimiento venezolano desde la independencia, ha sido el progreso intelectual. En cualquier época de la historia del país se observará de pronto que ese adelanto es siempre superior a la población, a nuestra importancia política y a los progresos materiales; todo ha ido siempre muy atrás de los hombres eminentes por su cerebro o por sus conocimientos, aun cuando en algunas épocas sean esos mismos hombres quienes gobiernen, administren, legislen y tengan y mantengan la prensa. Para el tiempo a que hemos venido refiriéndonos, (los primeros años de la República) los Vargas, los Santos Michelena, los Fermín Toro, eran para el extranjero hombres inesperados y sorprendentes en una ciudad de esclavitud y de manumisión, de procesiones y de toros coleados, de calzadas rotas y de acequias descubiertas".

Y después ¿no hemos tenido hombres de Estado, poetas, literatos oradores, publicistas, historiadores, médicos, jurisconsultos, ingenieros, pintores, escultores, toda una pléyade de hombres eminentes, que representan la Patria con honor en el estrado de los pueblos cultos? Y yo no sé quien se atrevería a registrarle la prosapia a todos esos hombres representativos para encontrarles la proporción de sangre azul que los haya predispuesto a los triunfos de la intelectualidad.

No hablemos, pues, de *raza;* término vago, impreciso, que no corresponde a ninguna realidad sociológica y que nada explica cuando se pretende aplicarlo a la evolución de los pueblos. Hablemos de sociedad, pueblo, Nación, Estado, y estudiando el valor científico y la significación histórica de cada uno de estos términos, llegaremos a la conclusión de que, sea cual fuere nuestra formación étnica, Venezuela constituye una entidad social, psicológica y política perfectamente definida aun comparándola con las otras naciones de Hispano-América. Existe un tipo venezolano como existe una sociedad, un Estado, una Nación venezolana. Y me atrevo a afirmar que el sentimiento de nacionalidad y de Patria, la "solidaridad orgánica", se hallan entre nosotros tan fuertemente

arraigados y tan sólidamente establecidos como en cualquiera de las viejas nacionalidades que son la resultante de un proceso secular, a pesar de nuestro mosaico étnico y de nuestra corta edad. Lo que Butmy dice de los Estados Unidos puede aplicarse con muchos más sólidos fundamentos a Venezuela entre todos los demás pueblos de su mismo origen, y allí está la historia para comprobarlo: "El período de la guerra de independencia es de aquellos en que los años se cuentan decuplicados por la energía y la incandescencia de las pasiones, lo trágico de los acontecimientos, la grandeza de los resultados. En el recuerdo y en la huella que deja la vida superior del alma humana, la intensidad de las emociones y de los esfuerzos produce en un sentido, el mismo efecto de su duración... Aquellos grandes fastos son en realidad lo que puede haber de más propicio para extender el horizonte detrás de los espíritus y hacer aparecer como muy antigua esta tierra y este pueblo cuya historia reciente, tan cargada de acontecimientos, tan llena de peripecias, que parece no pudieran haber ocurrido en un intervalo tan corto, tiende por sí misma a espaciarse en el tiempo, a multiplicar los planos en la perspectiva, a simular una antigüedad". **(Psychologie Politique du Peuple américaine).** Los venezolanos no solo trabajaron por su propia independencia, como lo hicieron las colonias inglesas de Norte-América, sino que sus Generales y sus ejércitos realizaron y consolidaron la de todas las Repúblicas Hispano-Americanas. Por eso Bolívar y sus conmilitones hubieran podido, con mayor razón que Washington y los suyos, parodiar la célebre frase de Boissy d'Anglas en 1795: **Nous avons consommé six siécles en six années.**

Por lo demás, la teoría de la **raza** tomada en la amplitud que han pretendido darle sus partidarios, ha conducido naturalmente a conclusiones completamente erróneas, y cuya refutación cae dentro de los límites de un razonamiento sumamente sencillo.

Se dice que cada raza o cada pueblo, tiene caracteres psicológicos tan invariables como los caracteres físicos. Confieso que yo mismo he estado durante mucho tiempo apegado a esta teoría y tengo un largo estudio que por fortuna se ha quedado inédito, basado sobre ella. Culpa exclusiva de la enorme influencia que ejercen ciertos espíritus superiores. A creer en Gustavo Le Bon,

mientras los negros conserven el color de la piel, la mandíbula saliente, y todos los rasgos que los diferencian de los blancos, no podrán jamás adoptar las ideas que se consideran como patrimonio exclusivo de éstos. Esta irreductibilidad mental, afirma el sabio sociólogo, será una causa eterna de antagonismo entre las dos razas, que les conducirá a exterminarse sin tregua ni respiro! (Lois psicologiques p. 166). Encantadora perspectiva! —exclama el ruso Novicow.— Pero felizmente para la humanidad hay multitud de hechos que demuestran del modo más concluyente, que no existe ninguna relación necesaria y fatal entre ciertas ideas y ciertos tipos antropológicos. Los blancos han tenido en los siglos pasados ideas que difieren poquísimo de las que se atribuyen a los negros, en tanto que estos adquieren hoy las mismas ideas de los blancos. (Novicow.—Conscience et Volonté Sociales, p. 195). La difusión de las ideas no es de ninguna manera una cuestión de raza sino un hecho de orden social y psíquico. Establecer una analogía absoluta entre el color de la piel o la sección de los cabellos y la rapidez de los movimientos intelectuales, es un procedimiento anticientífico. Entre las cosas movibles, nada es más movible que el pensamiento humano. Las ondas del Océano son menos agitadas que las células de nuestro cerebro. No hay Dios bastante poderoso que pueda calmar la tempestad bajo los cráneos, como dijo Víctor Hugo.

Otro hombre eminente, uno de los más altos espíritus que ha producido la humanidad, Renan, "el filósofo de las dudas sutiles", como se le ha llamado, ha venido a servir de apoyo a esas preocupaciones de raza. En casi todas sus obras y muy en particular en su estudio sobre las lenguas semíticas, considera la humanidad dividida en razas de un valor intelectual y afectivo muy desigual. Existen razas superiores y razas inferiores, razas nobles y razas innobles. Esta desigualdad es original y parece por consecuencia irremediable. Las aptitudes y las incapacidades de cada raza, tejen la trama de su historia y preparan su destino.

"Desde este punto de vista —dice Paul Lacombe, el ya célebre analista y crítico de Taine— nada es más cómodo que la historia filosófica. Pregúntese por qué el pueblo hebreo concibió la idea de un Dios único antes que el pueblo ateniense que le era tan

superior bajo todos respectos. La explicación cabe en una sola palabra: el genio semítico era menoteísta. Por qué Atenas llegó a la perfección en el arte de la escultura? Porque el pueblo ateniense poseía el genio de la escultura". La aplicación de estas teorías ha llegado a la creación de lo que se ha llamado el genio de las razas, entidad puramente imaginaria que se destruye con el simple hecho de inquirir por qué razón, si en todo ateniense existió siempre un buen escultor posible, sólo hubo una época y una época muy corta, relativamente a su historia, en que el pueblo ateniense produjo sus obras maestras? A esto se contestará que no basta el genio sin las circunstancias que le sean favorables a su revelación. Luego entonces si ciertas circunstancias hacen que el genio no aparezca o lo anulen, si otras concurren a que se revele modestamente y otras lo hacen surgir con brillantez, sucede lo mismo que si el tal genio no existiera, y sólo las circunstancias lo hiciesen todo. (Lacombe.—De l'Histoire consideree comme science. Ch. XVIII).

Las circunstancias. Concepto vago e impreciso en donde caben multitud de factores que han dado lugar a muchas otras doctrinas, algunas de las cuales analizaremos en otra ocasión.

Para estudiar un pueblo tan heterogéneo como el nuestro, en cuya composición han entrado tres razas tan distintas, situado en un país de montañas, de grandes costas, de florestas y de llanuras que abarcan la mayor parte del territorio, hay necesidad de ejecutar, hasta donde los adelantos de las ciencias sociales lo permitan, una operación semejante a la del químico que después de haber estudiado la procedencia y las propiedades de varios cuerpos, emprenda la tarea de combinarlos entre sí para descubrir las nuevas propiedades que surgen naturalmente de esta combinación. La tarea es difícil, pero no imposible.

LA FIESTA DE LA RAZA

Conferencia dada el 10 de octubre de 1916, en el Teatro Nacional.

Excelentísimo Señor Ministro de España:

Señoras! Señores!

Sin el tiempo necesario para escribir una conferencia digna de este acto, no he querido, sin embargo, dejar de atender a la honrosa imvitación de la Junta Directiva de la Fiesta de la Raza, y aquí vengo a conversar con vosotros por breves instantes, contando con que perdonaréis la sencillez de esta exposición que es más bien una causerie, una simple charla que no tendrá otro mérito, por su brevedad, que el de no fastidiaros.

Yo sé que arrostro la crítica de aquellos que saben cuánto podría decirse sobre un tema tan vasto como el de la raza, precisamente porque nadie ha llegado a definirla, porque no hay dos escritores que hayan llegado a ponerse de acuerdo sobre la significación de esa palabra tan usada, tan manoseada y que en la realidad no tiene ninguna representación precisa, por lo menos la que quieren darle los antroposociólogos, dividiendo la humanidad en grupos distintos, con caracteres especiales, invariables; cuando todos sabemos y lo estamos viendo todos los días, que el dios amor, ese gran dominador del mundo que unifica a los hombres en una sola religión y un solo culto, ha arreglado las cosas de tal manera, que desde los tiempos más remotos dejaron de existir para él esas fronteras raciales; y la humanidad toda, arrastrada por el dios alado, ha venido entrelazándose, uniéndose, mezclándose de tal suerte, que sólo están en lo cierto aquellos que afirman que ya en los tiempos prehistóricos no existían razas puras en el mundo.

Sin embargo, hay todavía hombres de ciencia, muy conocidos y muy apreciados, que al hablar de raza, se contradicen lastimosamente y hacen caer en lamentables errores a sus adeptos. El señor Gustavo Le Bon, por ejemplo, dice que "la raza posee caracteres psicológicos casi tan fijos como los caracteres físicos". De manera que para el eminente profesor, según este postulado, existen grupos de hombres con caracteres tan fijos, que sería entonces inaudito que España y los pueblos ibero-americanos estén conmemorando el descubrimiento del Nuevo Mundo con la denominación de Fiesta de la Raza. Pues, francamente, señores, cualquiera que examine la diversidad de pieles, de cabellos, de ángulos faciales, de cráneos, de estaturas que existen en todo este mundo que comienza en la península ibérica y atravesando el Atlántico se derrama desde Méjico hasta el Cabo de Hornos, hablando más o menos la misma lengua, se creería en pleno Valle de Josafat.

Pero el mismo señor Le Bon, dejando de ser dogmático, se pone en lo cierto dos páginas más adelante del mismo libro en que formuló su postulado anterior, y asegura que: "una aglomeración de hombres de origen diferente, poseyendo un alma colectiva, forma una raza"; y dos líneas después asienta esta conclusión: "En los pueblos civilizados no existen ya razas naturales".

Y esto es lo exacto: el concepto de sangre azul, que es sencillamente la traducción de la pureza de raza y de que tanto se envanecían los criollos cuando se creían descender sin mezcla alguna de los conquistadores españoles, es tan arbitrario como el otro.

Todo el mundo sabe cómo llegó a formarse la nación española. Durante largos siglos fué invadida y dominada la Península por pueblos de diversas razas, y los árabes le llevaron negros puros del Africa vecina, que se mezclaron con las poblaciones ya establecidas. De allí viene la gran diversidad de tipos que se encuentran en toda España: desde el rubio que revela a las claras su ascendencia germana, hasta el moreno arrosquetado, ante quien los empleados de los ferrocarriles de los Estados Unidos, encargados de la importante misión de clasificar a los hombres por el color de la piel, en nombre y por autoridad de la democracia, se hallan perplejos, y por último lo introducen a veces hasta por la fuerza

en los vagones destinados a los que no son blancos. Y conste que esto no le sucede únicamene a los españoles e hispano-americanos, pues también algunos italianos y algunos franceses han sufrido esos corteses tratamientos de los demócratas del Norte.

Y qué inmensa fortuna fué para el porvenir de los pueblos hispano-americanos esta formación étnica de la nación conquistadora! No es exacto, y los hechos lo están comprobando, que los españoles destruyeran las razas indígenas de América. Ellos hicieron aquí lo que todos los pueblos conquistadores: destruían a los hombres, pero conservaban las mujeres. Y el alma de la mujer tiene resortes delicadísimos que la colocan por encima de los brutales impulsos de los hombres. Cuando los hombres feroces se odian y se exterminan, ellas aman y de ese amor surge la paz, se olvidan los rencores y se establecen relaciones tan íntimas entre los pueblos, como no las han logrado nunca los más eminentes diplomáticos ni los más célebres congresos, dietas y conferencias internacionales. Cuenta Bernal Díaz del Castillo, en su historia de la "Conquista de Méjico", que los feroces soldados de Hernán Cortés se prendaban de las indias mejicanas, se casaban con ellas y cita una porción de familias de la más alta nobleza española que descienden de esos enlaces. Los Duques de Alcañices, grandes de España, tienen en su ascendencia una india peruana, hija del Inca Saida Tupac, si no recuerdo mal. Pero no sólo eran las indias las preferidas por aquellos hombres, que después de haber asombrado a Europa con el empuje formidable de su valor heroico y con sus inauditas crueldades, y encontrando estrechos los límites del antiguo mundo para su delirio de aventuras, vinieron a realizar a estas tierras proezas desconocidas hasta entonces por la historia. También el ébano africano haciendo resaltar el brillo de los dientes, húmedos y blancos como la pulpa de la nuez del coco, rendía los fieros corazones y desarmaba la castellana arrogancia.

¿Y por qué esta profunda diferencia entre los conquistadores españoles y los ingleses que dominaron la América del Norte y que no mezclaron su sangre ni con la indígena ni con la africana? Dije antes que la mezcla de razas en la Península, esta inclinación fisiológica de los españoles, era una inmensa fortuna para el porvenir de los pueblos que fundaron en América. Para los indios

de la América del Norte, la conquista con todos sus horrores se ha prolongado hasta estos últimos tiempos, y el problema negro, preocupa hondamente a los estadistas de la gran República. Nosotros, señores, no tenemos esos problemas. Hay quien crea que las afinidades fisiológicas, son ley que preside los cruzamientos humanos. Cuando los españoles vinieron a estos países, ya traían en las venas el mismo mestizaje que debía continuar en la mezcla con la población autóctona que generalmente se cree descendiente del Asia y con la importada de África en calidad de esclava. En Norte América los colonizadores ingleses no se mezclaron con los Pieles Rojas ni con los africanos, y el actual habitante de los Estados Unidos, no se enlaza con los emigantes del mediodía de la Europa. En cambio, la inmigración italiana es la que ha dado mayor número de ciudadanos a la República Argentina y la obra de cruzamientos con españoles, que interrumpió la guerra de la Independencia, ha continuado realizándose en Hispano América, a la sombra de las banderas soberanas. Por eso, cuando en una tentativa de reconquista intentada por España en el Perú, a mediados del siglo pasado, el almirante Méndez-Núñez, que creía fácil la empresa, nos echó en cara nuestro mestizaje, un poeta venezolano que habitaba entonces en Lima respondió con estas espirituales estrofas:

Vaya Mendo, al agua patos!
Todo es fácil, dices tú,
Que al fin es tierra el Perú,
De mestizos y mulatos.

De buena cosa te alegras,
Porque eso prueba en sustancia
Que los héroes de Numancia,
Enamoraban las negras.

La colorcilla tostada,
De los hijos de Ayacucho,
Prueba contra el padre mucho,
Pero contra el hijo nada.

Con el criterio irreductible de los que aun creen que raza y color deben tener un mismo significado, sería impropio celebrar en toda la América y en España, conjuntamente, bajo el nombre de Fiesta de la Raza, el descubrimiento de América, porque en esa gran masa que forma la población de veintidós pueblos libres, donde todos piensan y hablan en castellano, existen todos los matices imaginables: desde el que ostenta en la blancura de la piel, en el oro de los cabellos y en el azul claro de las pupilas su procedencia visigoda, hasta el moreno pasado de horno, que, como **Gonfalón**, el apreciado Repórter de **El Nuevo Diario**, recuerda que el blanco sol de Liberia iluminó la cuna de sus mayores y quien no sólo piensa, habla y escribe el castellano, sino que, dejándose llevar por su amor a las cosas latinas, llega hasta cantar en espirituales endechas las épocas galantes de Versalles y la belleza de Madame Pompadour.

Nadie, al definir el carácter etnológico de la población española y americana, lo ha hecho con mayor precisión que el Libertador: "Tengamos presente —decía al Congreso de Angostura— que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del norte; que más bien es un compuesto de Africa y América que una emanación de la Europa; porque España misma deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter".

Ya vemos, señores, que sería arbitrario dar el nombre de fiesta de la raza a estos actos, si tomáramos el concepto en la significación que quieren darle algunos hombres de ciencia. El verdadero concepto científico de raza es el de cultura, mentalidad, afinidad psicológica, semejanza de ideales que agrupa a los hombres de diversos orígenes en un solo sentimiento colectivo. ¿Pero en este sentido formaremos los hispano-americanos una sola raza con los españoles? Hoy sí, antes nó.

La revolución de Independencia vino precisamente de una disparidad de sentimientos y de aspiraciones, entre la América arrastrada por la fuerza de las ideas republicanas y democráticas proclamadas por la Revolución Francesa y España, que, víctima del fanatismo religioso y del despotismo impuesto por monarcas extranjeros, había visto eclipsarse por algunos siglos aquella legendaria altivez, aquel noble sentimiento igualitario, aquellas liber-

tades individuales y colectivas que fueron en la edad media germen fecundo de proezas guerreras y de actividad industrial.

Parece una paradoja, señores, pero es muy cierto, que los Pirineos opusieron un obstáculo mucho más insuperable al movimiento revolucionario de la nación vecina, que las dos mil leguas de océano que separan a América de Europa.

El Barón de Humboldt encontró algunos años antes de estallar la revolución, que en Caracas y en La Habana se tenían ideas más claras respecto de las relaciones políticas de las naciones y de los acontecimientos que se realizaban en Europa, que en la mayor parte de las ciudades españolas. Y esto puede explicarse científicamente.

A mayor mestizaje corresponde mayor facilidad para la adopción y la asimilación rápida de las ideas. (1) Los españoles tenían en la mente resistencias hereditarias formadas por tradiciones seculares, que en los americanos y sobre todo, en las regiones en donde los hombres nacen con el Atlántico al frente y la llanura a la espalda como los venezolanos y los argentinos, habían desaparecido, y puede hallarse en esta circunstancia geográfica una de las razones que llevaron a Caracas y a Buenos Aires a ser las iniciadoras del gran movimiento revolucionario. Recuérdense las palabras de Torrente, el gran enemigo de la Independencia: "La capital de la Provincia de Venezuela ha sido la fragua principal de la insurrección americana. Su clima vivificador ha producido los hombres más políticos y osados, los más emprendedores y esforzados, los más viciosos e intrigantes, y los más distinguidos por el precoz desarrollo de sus facultades intelectuales. La viveza de estos naturales compite con su voluptuosidad, el genio con la travesura, el disimulo con la astucia, el vigor de la pluma con la precisión de los conceptos, los estímulos de gloria con la ambición de mando, y la sagacidad con la malicia". El retrato está un poco recargado de colores, pero nadie podrá negar el parecido.

(1) Gabriel Tarde, eminente sociólogo, observa que la mezcla de las razas favorece el desenvolvimiento de la facultad inventiva. Lejos de mirar la panmixtía, como una causa de degeneración, se puede, bajo ciertos aspectos considerarla como un beneficio. La mezcla de las razas lo mismo que la interferencia de las culturas y de las influencias sociales en un mismo cerebro, produce individualidades más complejas, más ricas y más delicadas.

El general don Pablo Morillo, asombrado del camino que habían andado entre nosotros las ideas liberales o republicanas, nos llamaba a los venezolanos en sus comunicaciones al gobierno de España los **franceses de América**, "que con la misma veleidad e inconstancia de aquellos, acogen con facilidades todas las novedades que puedan alterar el orden". Es decir: el orden que él venía a imponer en nombre de Fernando VII, que no era otro que el absolutismo y la inquisición en que gemía la gloriosa nación española.

Los americanos no le hicieron la guerra a la España liberal, a la España de los heterodoxos, a la España del Conde de Aranda quien aconsejaba al monarca la independencia de sus colonias de América, bajo el dominio de príncipes de la familia reinante. Bolívar hablaba de los liberales de España, como si fuesen sus aliados y muchas veces pidió oficiales liberales españoles en vez de los ingleses que vinieron a servir en las filas independientes.

Las afinidades entre los independientes y los liberales que en España se llamaron afrancesados, entre los cuales figuraban hombres eminentísimos, se pueden ver en nuestra historia desde la revolución de Gual y España. En 1797, fueron traídos a las bóvedas de La Guaira, varios reos políticos, cuya única culpa era la de haber querido proclamar en España los principios republicanos. La historia dice que aquellos hombres, entre los cuales se hallaba uno de gran talento llamado Picornell, despertaron grandes simpatías en el vecindario. A muchos criollos se les permitió visitarlos en la prisión, y la cárcel se convirtió en una escuela en donde con mucho éxito se enseñaban los principios revolucionarios. De modo que fué un español liberal y republicano uno de los primeros maestros de la Independencia de Venezuela, porque a su influjo se formó la primera tentativa de revolución encabezada por José María España y Manuel Gual, impulsados por la elocuencia persuasiva de Picornell y de sus compañeros de cautiverio.

Más tarde en las filas de la Revolución figuraron multitud de españoles liberales, como González Moreno, Campo Elías, Villapol, Salcedo, Martiarena, Jalón, el general Mina, Van Hallen y tantos otros que se sacrificaron por la Independencia y la República.

Los que han estudiado la historia de la Revolución saben la enorme influencia que ejerció el movimiento liberal de Riego y Quiroga en el triunfo de la Indeepndencia. Carabobo hubiera sido un imposible, y con Carabobo la emancipación de toda la América española, si aquellos ejércitos en vez de proclamar la Constitución e imponerla a Fernando VII, hubieran venido a Venezuela a combatir la revolución.

Recuérdese la nobilísima carta dirigida por el Libertador al Rey de España al tener noticia de que había aceptado la constitución, y sus proclamas a los liberales españoles.

Pero aquella constitución sucumbió a poco; las esperanzas de regeneración liberal se frustraron; el absolutismo se levantó de nuevo poderoso y un abismo se levantó entre la América democrática y republicana y la madre patria, víctima de los reaccionarios. Y cuando las jóvenes Repúblicas sancionaban en sus códigos fundamentales los principios más avanzados que había podido concebir el radicalismo, España perdía su influencia en estos pueblos que ella había descubierto, conquistado y colonizado y a los cuales les había dejado junto con su sangre, la hermosa lengua que fué un día la más culta y civilizada de Europa, la que hablaron los reyes y los embajadores, la que expresó con más brillo y más elocuencia el pensamiento humano, la que heredó más que sus otras hermanas las formas sonoras e inmortales en que cantó Virgilio y habló Cicerón. Nuestra literatura misma tuvo que echar por otros rumbos, solicitó formas nuevas para el pensamiento que renacía en un ambiente de libertad, rompiendo junto con los moldes políticos los viejos moldes espirituales. Por eso ha dicho con razón un celebrado escritor hispano-americano: "El primer galicismo que se cometió en América fué la revolución de la independencia".

Pero la España de hoy no es ya la de aquellos tiempos. Basta comparar a su Rey, al gran Don Alfonso XIII, a ese hombre de Estado que atrae las simpatías del mundo entero, que recibe el homenaje constante de todos los liberales del Universo, que dentro de su papel de monarca constitucional ejerce en su patria una influencia como jamás la tuvieron sus antecesores absolutos; basta compararlo con éstos para comprender la inmensa transformación

que se ha realizado en la Madre Patria, y para afirmar que los hispano-americanos y los españoles sí podemos formar hoy una sola raza, es decir, que bien podemos constituir esa aglomeración de hombres de que habla la ciencia, poseyendo un alma colectiva y empujada en el camino indefinido del progreso por un mismo ideal de libertad y de democracia.

Así, señores, entiendo yo la fiesta de la raza. Veintidós naciones libres, hablando una misma lengua, y estrechadas por un mismo ideal, constituyen el pedestal más grandioso que pueblo alguno haya tenido en la Historia.

Saludemos a la Madre Patria, a la España Constitucional de don Alfonso XIII, en la persona de su dignisimo representante en Venezuela.

España y América.

Los Obreros del Acercamiento

CONFRATERNIDAD HISPANO AMERICANA

Nos parece excesiva alarma la de los honorables señores que presiden la Cámara de Comercio Española y el Centro Benéfico Español, ante las afirmaciones del escritor Pío Baroja en contra de los Hispano-Americanos. La profesión de esos apreciables caballeros les impide darse cuenta de que esas apreciaciones tan explicables en el señor Don Pío Baroja, ni siquiera tienen el mérito de la originalidad. Ya en el siglo XVI, Solórzano, el autor de la **Política Indiana**, tenía que defendernos a los americanos del cargo de irracionales, que nos hacían en España los letrados, y no se referían a los indígenas, sobre cuya clasificación específica se dudaba aun, sino a los hijos de españoles que, según ellos, degeneraban y se salvajizaban en las Indias; y para no citar sino otro caso menos remoto, recuérdese que en las Cortes de Cádiz en 1812, cuando se trataba de establecer la isonomia entre españoles peninsulares y coloniales, un Diputado se levantó para preguntar si nosotros éramos seres racionales. Y como en España todo marcha con desesperante lentitud, nada es más natural que hoy mismo haya quien nos esté juzgando a los americanos con el propio criterio de ahora trescientos años. Algo no obstante hemos ganado, porque el señor Baroja no nos llama irracionales sino monos, lo cual equivale a asignarnos ya un puésto superior en la escala zoológica.

Por otra parte, el señor Baroja no hace sino apoyar la propaganda que con tanta eficacia sirve la "Unión Ibero Americana" de Madrid, desdeñando a los americanos en nombre de la confraternidad preconizada por Rodríguez Sampedro y Don Rafael María de Labra, como si a nosotros se nos importara un bledo la opinión que de nuestra mentalidad tengan en la antigua madre patria los

Barojas y los Balbín de Unquera, notabilidades puramente domésticas. Ya que no lo pueden con el mérito literario, pretenden llamar la atención de estos pueblos, donde sólo por pasatiempo se leen libros españoles, con procacidades como las del señor Baroja, a ver si de ese modo alcanzan a ganarse algunas pesetas con sus pésimos productos.

Y no exageramos cuando decimos que sólo por pasatiempo, se leen por aquí libros españoles, porque triste es decir que en materias científicas nuestra queridísima abuela no hace sino enviarnos muy mal traducidas las obras extranjeras que fueron notables hace más de cincuenta años. Basta decir que hace sólo diez o quince se tradujo en España la obra de Taine "Los Orígenes de la Francia Contemporánea"; y si los hispano-americanos, como le sucede a la mayoría de los Barojas, no conociéramos otra lengua que la propia, bien ayunos estaríamos del movimiento científico del mundo. Siquiera esa ventaja nos da nuestra condición de monos —como con mucho acierto lo afirma el señor Baroja— pues nuestra facultad simiesca de imitación nos permite el habernos independizado de tantos prejuicios, de tanta rancia preocupación, de todo el misoneísmo ancestral que nos estaría impidiendo tener abiertas las ventanas de nuestro espíritu simiesco a todos los vientos del progreso intelectual, político y material que el señor Baroja desconoce. Vivimos en casi todos los pueblos de América en pleno cosmopolitismo. Nuestro absoluto contacto comercial e intelectual con todas las naciones ha sido el complemento de nuestra revolución de Independencia y desde hace cien años vivimos cometiendo en legislación política, civil y económica, en ciencias, artes y hasta en literatura, los mayores atentados en contra de la tradición española. El monopolio comercial, como el monopolio político e intelectual, que comenzaron a destruir nuestros insurgentes abuelos hace ya un siglo, se ha extinguido de tal manera en toda la América que no es paradoja que los millares de leguas que nos separan del Viejo Mundo han opuesto mucho menos resistencia que los Pirineos a la influencia de la civilización europea.

El señor Baroja, a quien tanto choca nuestro **snobismo,** pudiera inquirir las causas de que en los institutos de enseñanza en toda la América española tengan que leerse necesariamente textos fran-

ceses, alemanes, ingleses y hasta yanquis, cuando lo natural sería que, siendo nuestra lengua el castellano, continuara ejerciendo España la hegemonía intelectual en sus antiguas colonias. Pero si hasta para conocer la evolución política y social de la antigua Madre Patria, para darnos cuenta de las ideas, de los sentimientos, de los instintos políticos, del organismo psicológico, en fin, del pueblo español en las épocas de la conquista y de la colonización, los aficionados a esa clase de estudios, que partimos del principio de que la historia más antigua de América es la de la edad media española, tenemos que apelar a autores extranjeros que no han sido traducidos jamás al castellano y que, podemos asegurarlo, son desconocidos por la mayor parte de los eruditos españoles! Tristeza da confesarlo, pero nosotros no hacemos sino repetir con nuevos fundamentos lo que a cada paso están diciendo allá hombres de pensamiento y corazón que consideran a su patria situada todavía en el siglo XV, no por regresión sino por inmovilismo y misoneísmo.

Por esa causa debe ser que el señor Baroja, al hablar de los Hispano-Americanos, desconoce de tal manera a nuestra América que sólo se refiere a los escritores argentinos y arropa con su odio a todos los pensadores del continente. Sus conocimientos de geografía hispano-americana estarán quizá a la misma altura de los de cierto gran personaje de la política española a quien visitamos en Madrid en 1908, y que hablándonos de la necesidad de estrechar vínculos entre España y sus antiguas colonias nos decía: "Afortunadamente ya se han olvidado los odios de la guerra de independencia y sé que en todos aquellos pueblos que fueron españoles, como Río Janeiro, Buenos Aires, etc., tienen grandes simpatías por España".

Señor Baroja! Ese odio, esa inquina, esa repugnancia que usted ha manifestado siempre contra los hispano-americanos, no es culpa de usted ni culpa nuestra. Es algo fatal, inevitable. No es cuestión sino de grado de mentalidad, de grado de civilización, de diferencias idiosincráticas que son el resultado de ciertas causas que no dependen de la flaca voluntad humana, ni mucho menos de que al señor Baroja se le juzgue en América con el mismo criterio que en su propio país y sus libros no tengan demanda en

nuestros mercados; lo cual comprueba nuestro buen gusto, porque como lo dice su compatriota Andrés González Blanco, el señor Baroja "carece de estilo; sus novelas son pesadas y difusas; cuando quiere tener interés va a la novela de ffolletín"; y el crítico —muy apreciado por cierto entre nosotros— resume la personalidad de Baroja observando que "sus lectores se reclutan entre los ingenieros, los médicos y los industriales; esto es, entre gente sin cultura literaria. Yo recuerdo —agrega— que el mayor admirador de Baroja que conocí, era un profesor de agricultura de un instituto de provincia".

¿Quiere tener el señor Baroja un símil perfecto de lo que sucede a ciertos españoles respecto de nuestra América y encontrar el origen de esa profunda repugnancia suya por nuestro snobismo, por nuestra pedantería, tan acentuados sobre todo en los argentinos? Pues oiga:

Conocimos en un balneario del mediodía de Francia a un Don Serafín Rodríguez Pérez o Delgado, que había hecho fortuna en Buenos Aires con un comercio de vinos. Estaba casado con una buena mujer de Bilbao a quien no se le oyeron nunca otras expresiones que éstas: —al encontrarse en la mañana con los otros huéspedes españoles e hispano-americanos que habitábamos en el mismo hotel, nos preguntaba— **¿Qué tal han descansao?** Y en la noche al retirarse a su habitación: **Que ustedes descansen.** La mentalidad de Don Serafín, no distaba mucho de la de su amada consorte y fuera del curioso relato de cómo hizo su fortuna recibiendo en pago de algunos litros de vino, que perdió en una revuelta, unas hectáreas de tierra que más tarde vendió por precio fabuloso, no hablaba sino de sus dos chicos que entonces estaban perfeccionando sus estudios en París después de haber pasado algunos años en Inglaterra y Alemania. Buen hombre, sanote, franco, se hizo amigo nuestro, porque, al contrario de sus compatriotas, nosotros le tratamos siempre con indulgencia. Nos ofreció su casa en una playa española, donde pasaba largas temporadas, y muchos meses más tarde teniendo que pasar por aquel lugar, nos acordamos de Don Serafín y fuimos a verle.

Llega usted muy a tiempo, —nos dijo al vernos,— aquí tengo reunida ahora a toda la familia. Pase usted para que conozca a mi padre. Los chicos vendrán luego.

Nos encontramos con un viejo marino, cubierta la cabeza con una boina, un gran pañuelo a cuadros atado al cuello y vestido como los paisanos de aquellos contornos. Toda su figura contrastaba con el lujo un tanto abigarrado de la habitación completamente moderna. Nos habló en su rudo lenguaje de sus viajes a América como marino y de algunos puertos de nuestro país que no conocía sino por haberlos visto desde la borda de su barco.

A poco llegaron los chicos. Dos sportmen. Cultos, elegantes, rebosantes de alegría, con la soltura de modales de quien ha vivido en los grandes centros europeos y con esa petulancia propia de los enriquecidos que tanto repugna al señor Baroja. Saludaron cariñosamente al anciano, el cual les correspondió con un gruñido, al mismo tiempo que los arropaba con una mirada desdeñosa, casi burlona, que estaba diciendo a gritos la distancia que lo separaba de sus nietos.

Aplique el cuento el señor Baroja, después de hojear unos instantes el célebre libro titulado Oligarquía y Caciquismo, en el que Joaquín Costa recogió las opiniones de doscientos de los hombres más pensadores de su país y donde se dice mil veces que "España está separada de Europa por toda la distancia de una edad histórica"; que "es una nación semi-africana rezagada en cuatro siglos"; que "vive en un estado social de barbarie, tomando el vocablo en la primera de las acepciones que le asigna el diccionario de la Academia: rusticidad, falta de cultura, no siendo esa barbarie un fenómeno de atavismo, porque atavismo supone un salto atrás y de ese atrás no hemos pasado nunca". Si la historia de España como se lee en ese mismo libro no es sino "la lucha de un pueblo contra la vida europea, que quería imponerle una minoría", será esta la causa de que los americanos sintamos una enorme simpatía por Don Alfonso XIII, a quien han querido asesinar varias veces, y por Canalejas, a quien asesinaron, los cuales son en nuestro concepto los tipos más representativos de esa selecta y por desgracia exigua minoría, en la cual sería un enorme contrasentido incluir al señor Baroja.

LA UNION IBERO AMERICANA

Los valores morales e intelectuales, como ahora se dice, son los que representan en primer término el patrimonio de las naciones. "Toda una ciudad, toda una nación —afirma Anatole France— reside en un grupo de personas que han pensado y obrado con más fuerza y precisión que los otros..." Parece que no están muy de acuerdo con este postulado los caballeros españoles que se hallan al frente de la Revista que sirve de órgano a la sociedad que lleva en Madrid el nombre de Unión Ibero-Americana. Para ellos se diría que vale más el pecorismo, el gregarismo de estos países nuestros, que los hombres reconocidos en el mundo entero como sus grandes figuras representativas. Como que tuvieran aquellos señores el propósito de que renunciáramos a nuestras glorias auténticas, de que sacrificáramos ese valiosísimo patrimonio, como un precio de nuestra unión con la madre patria. Cualquiera sería capaz de suponer que la raíz psicológica de esa tendencia se halla en las ideas de aquel diputado a las Cortes de Cádiz, quien todavía en 1812 dudaba como en los tiempos de Isabel la Católica, si los americanos pertenecemos al género humano. Bonita manera de sustentar los altos ideales por los que con tanto ahinco están trabajando Labra, Rodríguez San Pedro, y tantos otros españoles de buena cepa moral e intelectual. Y los de aquellos que sin pertenecer a sociedades más o menos unionistas, rinden homenajes a las glorias de América, considerándolas como glorias de España. En cambio muchos escritores de la Revista de la calle de Alcalá se deleitan tratando despectivamente a los hombres que nos representan ante la civilización, ante la posteridad, a los que han hecho la historia, nuestra gran historia de Naciones Libres, dándonos páginas brillantes que no se empañan al lado de aquellas consagradas a las viejas sociedades.

No es únicamente unión comercial, industrial, económica —como parece que quieren creerlo aquellos señores— la que debe existir entre España y América, porque en el fondo sería lo mismo que revivir bajo otra forma las antiguas compañías Guipuzcoana, Filipina, de Indias, etc. Unión de especieros antes que unión espiritual. Nó; no es eso! Antiguamente detrás del comerciante que se arriesgaba a países desconocidos, iban el predeminio político y el fraile catequista. Los tiempos son otros. Ahora buscamos unión espiritual de la cual derivará como una de sus consecuencias la unïón económica. No se trata de conquistar ni de catequizar, ni de explotar. Se trata de unir, de estrechar vínculos morales bajo un pie de perfecta igualdad, de mutuo respeto y reconocimiento al patrimonio social de todos los pueblos de habla castellana. Que los españoles respeten nuestra Historia, antes que todo. Que respeten nuestros grandes hombres! Como nosotros respetamos los suyos.

Cuando se habla de "fiesta de la raza", ¿a qué raza se refieren? Suponemos que no se pretende abarcar en el concepto antropológico a todos estos pueblos españoles y americanos que representan el más completo mestizaje que recuerda la historia, la química completa de las razas, que decía el Conde de Gobineau. Raza debe significar en este caso, para que no se cometa un enorme disparate, psicología, mentalidad, cultura. Sobre todo cultura, porque en castellano o español, piensan, hablan y escriben multitud de hombres, españoles y americanos, cuyos caracteres somáticos se diferencian profundamente. ¿Y quiénes son en Hispano-América los altos representantes de esta cultura? Precisamente los hombres entre los cuales se encuentran Bolívar y Sarmiento, tratados despectivamente por algunos colaboradores de la Unión Ibero-Americana.

El señor Balbín de Unquera, al dar cuenta ahora meses de un libro sobre Simón Bolívar, señaló al Genio de América, diciendo: "ese a quien ellos llaman el Libertador". Poco después otro escritor, que no es de **La Unión**, pero que debiera serlo, afirmó en otra nota biliográfica que Simón Bolívar era un guerrillero español de la talla de Zumalacárregui; y ahora ha tenido el doctor Eloy González el trabajo de dar una severa lección a un don Narciso Alon-

zo Cortés —de gran notoriedad en su vecindario— quien con singular avilantez llama ignorante, fatuo y majadero a una de las altas mentalidades que ha producido la raza ibero-americana, a otro genio americano auténtico, al gran Sarmiento, educador de esa República Argentina que está realizando ampliamente aquel hermoso sueño de europeización que acarició Joaquín Costa para España.

Por fortuna y para honra de la madre patria, hay allá un Unamuno, un Valle Inclán, un Altamira, un Carrere, y muchos otros representantes de la España espiritual y modernísima, que trabajan constantemente por la verdadera confraternidad de la raza y que son los mejores aliados de Labra y de Rodríguez Sampedro, sin que sus nombres hayan honrado jamás las columnas de **La Unión.**

Nosotros queremos y trabajamos ardientemente por estrechar los vínculos que nos unen con la madre patria, porque la España de Don Alfonso XIII está muy distante de ser aquella inquisitorial, absoluta, intransigente, y explotadora, la España de Fernando VII, que violentó la revolución de la Independencia y produjo la reacción liberal, republicana y democrática que sembró de naciones libres el Continente Americano.

Cuando junto con la estatua de Rubén Darío, se levanten en el seno de la Corte de España las de Bolívar, San Martín, Andrés Bello, Sarmiento y de algunos otros de nuestros grandes representativos, la unión será entonces más efectiva, más verdadera, más estrecha, porque ello significará el acatamiento y el homenaje que rinde la madre a la personalidad moral de sus hijos.

VILLAESPESA Y LOS OTROS

Palabras pronunciadas en el Teatro Municipal, en la Conferencia de Villaespesa, la noche del 25 de marzo de 1920.

Señoras:

Señores:

Confieso que solamente mi vieja amistad con Francisco Villaespesa, explica mi presencia en este lugar. Porque yo soy el hombre menos poeta que existe en el mundo. Por temperamento, por carácter y hasta por las vicisitudes de mi vida, mi pluma no ha sido siempre sino arma y coraza; y tan convencido estoy de ello, que si algunas veces he cometido veleidades literarias, he procurado ocultarlas tímidamente; y no sé si allá, en el fondo de mi conciencia, he hallado motivos suficientes para arrepentirme. Pero quiso el gran poeta demostrarme su acendrado cariño, excitándome a abrir este acto; y he querido corresponderle en la absoluta seguridad de que la rudeza de mi palabra hará más resaltante el contraste con la delicada armonía de su prosa y con la música insuperable de sus versos.

Villaespesa sabe muy bien que estoy diciendo la verdad; que estoy repitiendo en este momento el concepto que sobre mí formuló al presentarme en Madrid, hace ya de esto muchos años, uno de los más grandes escritores de nuestra América: José María Vargas Vila: "He aquí a nuestro joven y agresivo historiador". Y no era mal sastre quien conocía el paño.

No vayan a creer ustedes tampoco que mis aficiones psicológicas o sociológicas me arrastran a emitir juicio sobre la obra poética de Villaespesa. Ponerse a analizar un poeta cuando sus versos se hallan aposentados en el cerebro y vibran en los labios de todas las mujeres de América y de España, es tarea de eruditos

o tarea mezquina de críticos; y ustedes convendrán, señores, en que nada hay en el mundo más fastidioso que uno de esos pedantes que se aprovechan de ocasiones como ésta para venir a hacer alarde de profundos conocimientos literarios sacados trabajosamente de alguna biblioteca.

Y sobre todo que ya lo hizo la otra noche, de la manera más amena, arrancando ruidosos aplausos al auditorio, nuestro muy querido Marqués de Dosfuentes. Y perdóneme el distinguido diplomático y eminentísimo hombre de letras que le trate con tanta llaneza. Si alguna falta cometo, él tiene la culpa. Primero, porque su carácter democrático, su castellana hidalguía, y hasta sus simpatiquísimas genialidades le han captado en absoluto nuestro cariño; y luego, porque él, genealogista insigne, ha puesto en claro su parentesco con el Libertador, y no puede ser un extraño para los venezolanos, un primo, por más remoto que sea, del Padre de la Patria; aunque no nos hayamos tragado muy fácilmente, sino por la fuerza poderosa del consonante, aquellos dos versos de su hermosa "Salutación a Villaespesa", donde asentó el Marqués que por ser su deudo Bolívar, Venezuela era su feudo.

> "Estamos en las tierras de Bolívar, mi deudo
> cuya sangre es mi sangre, cuyo feudo es mi feudo..."

Pero al Marqués se le quiere tanto entre nosotros, es tan noble, tan generoso, admira tan sinceramente a Bolívar, que ni nuestros arraigados principios democráticos, ni nuestro vidrioso **chauvinisme**, han experimentado el más ligero rozamiento con esos dos versos de su brillante poesía. Pues nada importa un consonante obligado, cuando Caracas entero tuvo la satisfacción de oír de los labios del Representante de España, que no es sólo un Diplomático sino un pensador, un orador insigne, un escritor consagrado por el aplauso de todos los pueblos hispano-parlantes, el elogio más sincero para el héroe a quien tocó presidir la causa de la Emancipación de América.

Esta silueta tan vivaz del Libertador la trazó el Marqués al referirse al drama que prepara Villaespesa, y que representa en nuestro concepto el primer monumento que España levanta al

héroe de América. Y Villaespesa puede hacerlo y debe hacerlo, porque él es también un emancipador y un emancipado. Porque él pertenece a esa valiente generación, en la cual figura también otro de nuestros huéspedes, Emiliano Ramírez Angel, que al soplo renovador que partía de la América por la inspiración genial de Rubén Darío, rompió con viejas formas literarias, como rompieron nuestros Libertadores con el viejo y estrecho organismo medioeval de la Colonia. He allí la razón por la cual Villaespesa no es ni puede ser un extraño entre nosotros. El no ha venido aquí como el otro, o mejor dicho, como el autor de El Otro, que trajo a América el propósito de conquistar nuestra admiración con sus aires de tenorio recién vestido, y con su campaña de descrédito contra todos los escritores españoles, haciendo reír al público con anécdotas grotescas. Ni es como Blasco Ibáñez, que habiendo fracasado ruidosamente en busca de un nuevo Dorado por las regiones del Plata, representa hoy la claudicante paradoja de un español yancófilo, y triunfa en la gran metrópoli del Norte, por muy explicables afinidades espirituales, cuando fracasa allá mismo Mauricio Maeterlinck y seguramente fracasaría Francisco Villaespesa. Ni es tampoco como Pío Baroja o el Padre Cejador, quienes pretenden popularizarse en América ultrajando nuestra mentalidad y nuestras glorias y creyendo que con nosotros puede ejercerse el viejo y brutal axioma pedagógico de que la letra con sangre entra, y quieren meternos sus malos libros, como los misioneros le metían el Padre Nuestro a nuestras tribus aborígenes a fuerza de azotes. Ni como Alcalá Galiano, que con inaudida indiscreción, ha querido arrebatarle al proyectado viaje del Rey de España toda su trascendencia espiritual y política, publicando hace poco en la prensa de Madrid que Su Majestad Católica vendría a América a colocar una corona sobre la tumba de Bolívar para perdonarnos el pecado de la Independencia.

No, señores, Villaespesa es distinto, es un hombre tan español como nuestro, un espíritu amplio, comprensivo, que no viene a triunfar, porque ya ha triunfado; que no viene a conquistar nuestra admiración porque ya es suya, sino a conquistar nuestro afecto, no como poeta sino como hombre.

Juicios y Comentarios

LA ARGENTINA QUE PIENSA

Al señor doctor W. J. Holiand, Director del Museo Carnegie, en Pittsburg.

Acabo de leer en "La Nación", de Buenos Aires, una nota bibliográfica sobre la última obra de usted titulada **To the River Plata and Back.** Tratándose de un alto pensador como lo es usted, cuyo nombre es conocido ya por algunos de los países hispanoparlantes, es de todo punto imposible dejar pasar en silencio ciertos conceptos absolutamente infundados sobre la historia de la Gran República del Plata en comparación con la de los otros pueblos de la América llamada latina.

Para tratar el asunto con la seriedad que debe hacerlo un hombre de su reputación, la base primordial la constituye, sin duda alguna, un perfecto conocimiento de la evolución histórica de todos estos pueblos, los cuales, por multitud de causas, no pueden agruparse en una sola comunidad étnica y social, tanto por las influencias mesológicas como por la diversidad de grados en que se hizo, en cada una de ellas, la fusión de las tres razas que concurrieron a formar su población indo-afro-hispana, como por aquí decimos.

Usted demuestra conocer muy poco la historia de la República Argentina, que es precisamente uno de los países donde el caudillismo y la anarquía asumieron caracteres más bárbaros y sangrientos, a pesar del ejemplo de patriotismo que le dejó el General San Martín en su rapidísima actuación durante la guerra de Independencia. ¿Profesa usted la teoría que da a la acción individual una influencia decisiva en la evolución política de los pueblos? ¿O cree usted que los instintos políticos de éstos dependen, antes que todo, de las influencias ancestrales? Los Estados Unidos ¿son una obra exclusiva de Washington o representan una faz de

la evolución de la raza anglo-sajona, cuyos representantes echaron las bases de la nacionalidad? No es posible creer, que un hombre de la raza de usted esté afiliado exclusivamente a la teoría individualista, que sería la negación más completa de la historia misma de su país, donde las instituciones políticas y las formas sociales tienen sus orígenes remotos, según lo demuestra Stevens, (1) en la madre patria, y en donde la tradición, hondamente arraigada y firmemente conservada por la ausencia del mestizaje, ahoga casi por completo la acción individual y resiste hasta las influencias del medio físico y telúrico.

Por eso creo, que el objeto que usted se ha propuesto en su libro, ha sido únicamente el de halagar el orgullo de los argentinos, pagando, con un olvido momentáneo de las ideas y sentimientos que deben prevalecer en un anglo-americano, la hospitalidad que le brindara aquel país. Esto se comprende claramente, por la facilidad con que usted ha caído en el lugar común de establecer el obligado paralelo entre San Martín y Bolívar, deprimiendo a éste para levantar al otro, como lo han hecho tantos escritores intonsos y subvencionados, sin detenerse a analizar, como está obligado a hacerlo un escritor de la alta mentalidad de usted, el medio en que actuaron los dos grandes caudillos de la Independencia Hispano-Americana, y las diversas faces de la revolución en el continente. Usted afirma que **San Martín libertó la mitad de la América del Sur;** pero calla que Bolívar libertó la otra mitad y completó con las campañas del Perú, la obra que San Martín dejó incompleta. Y ésto lo afirmó el mismo San Martín, en documentos que debe necesariamente conocer el escritor que se aventure a tratar, siquiera sea incidentalmente, sobre la historia de la emancipación Hispano-Americana.

Es sensible que usted, al hacerse lenguas sobre las excelencias del republicanismo democrático de la Argentina, aparezca en contradicción con los más notables pensadores de aquel país, quienes critican conscientemente los grandes tropiezos que aun sufre allí el funcionamiento de las instituciones libres. Usted habrá leído seguramente a Ayarragaray, Bunge, Rivarola, Ricardo Rojas

(1) Las fuentes de la Constitución de los Estados Unidos.

y tantos otros que, guiados por un criterio esencialmente científico, exponen los defectos de aquella democracia aluvional, donde el sentimiento de la nacionalidad se ha ido debilitando por la enorme afluencia del elemento extranjero. Ricardo Rojas, que es un gran pensador y un grande escritor, con una probidad y un patriotismo ejemplarísimos ha escrito un libro: La Restauración Nacionalista, cuyo solo título lo dice todo.

No hay proporción alguna entre lo que pueden ganar los pueblos con esas exageradas alabanzas de los extranjeros y lo que en realidad pierden en reputación los escritores que las prodigan. Pero hay algo más censurable aun: el fundar aquellas alabanzas en la depresión de otros países, cuya evolución y cuya historia se ignoran. Todos estos pueblos de América son muy dignos de estudio. Cada uno de ellos tiene faces distintas como son distintos su clima, su constitución geográfica y geológica, su flora y su fauna.

Usted cree que nosotros, los hispano-americanos, no debemos llamarnos latinos. Usted parte del supuesto negado de la existencia en el mundo de una raza latina, en sentido puramente etnológico. Usted sabe que el factor raza y este asunto está admirablemente tratado por Ward, (2) se halla hoy relegado por la ciencia a un término muy secundario, y que la antroposociología es desde hace algún tiempo una ciencia en derrota. Cuando los hispano-americanos hablamos de pueblos de raza latina, tomamos el término raza por el de mentalidad, psicología, alma, espíritu, cultura, porque nadie puede negar la influencia de Roma en los pueblos de razas distintas que estuvieron sometidos al Imperio, y que heredaron, junto con el espíritu de la lengua latina, el espíritu de sus instituciones políticas y sociales. Un grande escritor hispano-americano, don Andrés Bello, el educador de Chile, hijo de Venezuela, consideró al pueblo español, tanto por el idioma como por la índole institucional y la forma colonizadora, como el heredero más directo del imperio romano. Están en lo cierto quienes tomando el término raza en un sentido puramente sociológico, consideran a los franceses, italianos, españoles, portugueses e hispano-americanos, como pueblos de raza latina, poseedores todos de una psicología especial, que has-

(2) Sociología pura.

ta los inclina fisiológicamente al cruzamiento, en condiciones ventajosísimas para sus productos. Todo el mundo sabe la separación, el aislamiento irreductible en que viven los italianos en los Estados Unidos, sin mezclarse con el elemento anglo-sajón, cuando en Hispano-América y especialmente en Argentina, a donde han acudido en mayor número, se funden inmediatamente con la población **ibero-americana**, (como quiere usted que se diga), al extremo de que "sea el elemento italiano el que ha dado más hijos argentinos".

En ese tópico de la mentalidad o de la raza latina, se funda todo el libro de Ricardo Rojas, preconizando para su país la necesidad de una educación apropiada, que restaure el nacionalismo, es decir, que devuelva sus fueros a la tradición latina. Entre los medios pedagógicos propuestos por Rojas, está en primer término la enseñanza de la Historia: "El Profesor de Historia —dice— deberá hacer comprender a sus alumnos, que la tradición es la base natural de la Historia, y que siendo nosotros latinos de espíritu, españoles de idioma, **americanos** de territorio, debemos estudiar esas tres faces sucesivas de nuestra tradición, antes de estudiar la propia nacionalidad".

La República Argentina es sin duda alguna el país de Hispano-América que menos necesidad tiene de subvencionar extranjeros que vayan a estudiar su evolución social. Ella puede envanecerse de haber producido el primer sociólogo del Nuevo Mundo en el eminente Sarmiento. En **Facundo** y en **Conflicto y Armonía de las razas de América**, se hallan esbozadas todas, absolutamente todas las teorías sociológicas de racional aplicación en el desenvolvimiento de estos pueblos. Quien conozca a fondo la literatura de la ciencia social, podría fácilmente anotar al margen de las obras de Sarmiento, los nombres de los sociólogos que más tarde han expuesto las diversas teorías que al presente se disputan el dominio de la sociología. ¿Por qué no habrán emprendido los argentinos, un trabajo de análisis que llevara por título "Sarmiento y la Ciencia Moderna"? Ingenieros, encuentra expuestos por el grande hombre los hechos que revelan el móvil económico de la revolución de la Independencia, de acuerdo con la teoría preconizada primero por Marx y más tarde por Aquíles Loria; y fácil

es ver cómo en la etiología del caudillismo argentino, que tánta semejanza tiene con el de otros países de igual constitución geográfica, se halla comprobada la doctrina de Matteuzzi, (3) sobre la influencia del medio físico y telúrico, y la de Ratzel, que mira el medio geográfico como el factor esencial en la formación de las sociedades.

En el sentido intelectual, la poderosa individualidad de Sarmiento sí ha jugado, como la de Andrés Bello en Chile, un papel importantísimo en el desenvolvimiento de la República Argentina. El "método" de Sarmiento, que es genial por que está fundado en la observación minuciosa y consciente de los hechos, cualidad que aquel hombre poseyó en tan alto grado como el Libertador Simón Bolívar, quien tántas cosas profundas dejó escritas sobre nuestra América; ese método, que está dentro del más justo criterio de la ciencia moderna, ha tenido en aquel país un selecto grupo de continuadores que constituyen una **élite**, de la cual podría envanecerse cualquiera de los pueblos de antigua civilización, y que vale más para el estudio de su psicología que todas las cosechas de ganados y cereales, que todas esas fortunas fabulosas donde los modernos adoradores del bíblico Becerro han hallado un motivo inagotable de alabanzas y una fuente más inagotable aun de proventos, por halagar la vanidad de aquellos a quienes Ayarragaray llama los **enriquecidos**, "porque apenas les basta ver hacia dos generaciones atrás, para encontrarse con unas botas de potro o con un par de alpargatas".

En esa élite, está representado lo que Novicow considera como el **sensorium**, el cerebro que elabora los pensamientos y los sentimientos del agregado social. En medio de la afluencia enorme de gentes de todas las razas, llegados allí como los aventureros de todas las épocas a explotar el suelo, a solicitar fortuna por cuantos medios lícitos e ilícitos sean posibles, la Argentina continúa y continuará siempre representada por sus hombres de ciencia, por sus poetas, por sus literatos y por sus artistas, aunque ellos mismos se quejen de que "la falta de cultura, la indiferencia con médula mercantil, el poco apego al concepto, sean obstáculos

(3) Los factores de la evolución de los pueblos.

que privan al escritor de base para cimentar su fama". (4) Sírvales de consuelo la observación del mismo sociólogo ruso de que la élite social (intelectual, artística y científica) permanece frecuentemente extraña a la plutocracia y al gobierno. "Toda una ciudad, toda una nación —ha dicho Anatole France— residen en algunas personas que piensan con más fuerza y más claridad que las otras..."

La Argentina intelectual, la que yo admiro, la que yo aprecio en hombres como Vicente Fidel López, Joaquín V. González, los Ramos Mejía, Ernesto Quesada Ayarragaray, Ricardo Rojas, Carlos Octavio Bunge, Rodolfo Rivarola, Lugones, Larreta, Alberini, Justo, para no nombrar sino unos pocos de los más representativos en dos generaciones, esa es la que desconocen todos los escritores extrangeros que llegan a Buenos Aires a no admirar sino los estupendos progresos materiales y, como Gómez Carrillo, a hacer superficiales comparaciones entre la Avenida de Mayo y los bulevares de París.

Usted desconoce también la existencia de esa Argentina intelectual, y aunque parece que usted quiso limitarse únicamente al estudio del suelo y del desarrollo de la riqueza, su incursión por otros dominios le obligaba a hablar de la mentalidad del país, por más que usted se detenga ante la consideración de que el argentino ha dejado de ser político para convertirse, como el compatriota de usted, en "un ardiente perseguidor del dóllar".

Dice usted que "el reinado supremo allí es ahora el del espíritu comercial e industrial". ¿Le parece a usted que es éste también el único, el supremo ideal de un pueblo? Los pueblos millonarios, como los hombres millonarios, después de haber solicitado en el acaparamiento insaciable del oro el colmo de la felicidad terrenal, se toman idealistas y llegan a la pretensión casi nunca realizada, de querer comprar con sus millones un poco de la reputación que los otros hombres y los otros pueblos conquistan por los únicos esfuerzos de su espíritu. Y la vida comprueba, que no siempre la capacidad intelectual, se halla en razón directa de la capacidad económica. El fundador de ese Museo de que usted es Director,

(4) Acevedo-Díaz, "Los Nuestros".

es un elocuentísimo ejemplo de que el hombre de cierto nivel intelectual, no puede satisfacerse únicamente con el brillo de sus millones. Mister Carnegie es un idealista, un exagerado idealista que ha venido alimentando una de las mayores utopías que ha podido concebir el cerebro humano: la paz universal. Mister Carnegie es casi un poeta, que se halla hoy a pique de ver destruido por los cañones alemanes el hermoso palacio de La Haya, consagrado como un templo a sus ensueños pacifistas. (5)

Los pueblos no viven sino por la obra de sus hombres intelectuales. La historia no se ha hecho nunca con el solo elemento de la estadística; y Grecia fulgurará en los anales del género humano con más vivos resplandores que Cartago.

La Argentina, representada en la estatua de Sarmiento, a cuyos piés corren indiferentes esas multitudes aluvionales, ardientes perseguidoras del dóllar, hablará siempre más alto en el mundo, que esa Argentina cosechera, donde, según usted afirma, ejerce Mercurio el reinado supremo. Todavía, afortunadamente para el espíritu humano, existen muchos tontos en el mundo para quienes Emerson, Poe y William James representan más brillantemente a la patria de usted que los reyes del acero o del petróleo.

Cuando Ricardo Rojas se presentó al Ateneo de Madrid en 1908, y quiso dar a conocer a su Patria, no se le ocurrió deslumbrar al auditorio con el recuento de los fabulosos progresos y de las engañosas perspectivas que sirvieron al español Blasco Ibáñez, convertido en perseguidor ardiente del dóllar, para arrastrar en pos de sus ambiciones pecuniarias una multitud de sus compatriotas, resucitando Eldorado leyendario, con sus brillantes mirajes y sus espantosas realidades; Rojas hizo lo que estaba en absoluta consonancia con su mentalidad latina y con su corazón de patriota: habló "en nombre del idealismo impersonal que constituye la norma de su vida civil y del fecundo anhelo que, desde el primer instante de su carrera literaria, le movió a servir dentro de su patria a la restauración de las tradiciones castizas, y fuera de ella al acercamiento de los pueblos hispanos". Y en una síntesis admirable, trazó la vida y la obra de Olegario Andrade, el

(5) Este artículo fué escrito en 1915.

gran poeta "que por la sonoridad de sus estrofas, por la grandeza de su fantasía, por la espontaneidad de su inspiración, por el hálito de sus virtudes civiles y por los épicos alientos que animan toda su obra, ocupa en las jerarquías literarias del Río de la Plata puésto de preeminencia, y ofrece a la vez una inexpresa concordancia entre los ideales de sus cantos y los ideales que han glorificado los más bellos monumentos de la evolución argentina!"

Imposible será negar la importancia de las funciones ejercidas en los organismos superiores por cada uno de los órganos que los constituyen, pero nadie negará tampoco que en la sociedad como en el hombre, —aceptando las analogías establecidas por el biologismo social— el cerebro desempeña más nobles funciones que el estómago.

Es por esa razón que considero como un acto de inconsciencia, que hiere profundamente nuestros idealismos latino-americanos, el aplauso con que la prensa de Buenos Aires recibe esos libros en que se desconoce la obra de la intelectualidad argentina, para presentar a la patria de Alberdi como una California de proporciones colosales, donde el reinado supremo, como usted afirma, corresponde exclusivamente al espíritu comercial e industrial. Esa será la Argentina que usted ha querido ver, pero nó el pueblo latino que, a pesar de su portentosa transformación económica, ha conservado sus tradiciones intelectuales, de Sarmiento a Ricardo Rojas, de Olegario Andrade a Leopoldo Lugones. Es triste ver cómo los escritores extranjeros silencian por completo esa faz de la evolución de aquel pueblo, que en nuestro concepto, puramente latino, es sin duda alguna la más elevada y la más noble.

LA GUERRA Y LA CIENCIA

A propósito del libro del doctor Juan Liscano "Las Doctrinas de la Guerra y el Derecho". Artículo publicado en octubre de 1915.

El drama que actualmente se desarrolla en el Viejo Mundo, aparece ante algunos espíritus ingenuos como un solemne mentís a las aspiraciones pacifistas; y muy extendida se halla hoy la creencia, de que cuantos esfuerzos se han hecho para establecer definitivamente la paz universal, se quedarán por muchos años todavía en la región de las abstracciones.

Los que así piensan, parten de una base completamente falsa. Los pacifistas, que a la vez son hombres de ciencia, no han abrigado jamás la pretensión de que los discursos, las novelas, las revistas y los folletos baratos, así como las conferencias parciales y universales que tan frecuentemente se celebran, vayan a convencer a los individuos y a las naciones de que la guerra es una odiosa monstruosidad, un salvaje arcaísmo, una mancha que oscurece la belleza de nuestra civilización.

Los principios científicos cada vez más extendidos en el mundo, comprueban que la humanidad no se transforma por obra y gracia de los ideólogos. Todo el siglo pasado encierra una lección elocuentísima para los reformadores omnipotentes, para los fabricantes de constituciones, para los cándidos que llegaron a creer que la felicidad del género humano podía decretarse. Todo el humanitarismo de Condorcet y de Rousseau, que tántos prosélitos ha tenido en el mundo, ha sido impotente contra los instintos agresivos profundamente arraigados en el hombre. Y la guerra no es sino la expresión más concreta de estos instintos.

Aquellos que han esperado convencer a las naciones de no apelar jamás a la guerra, razonan con la misma candidez de un

hombre dulce y bondadoso que emprendiera la tarea de expulsar de la tierra el egoísmo y la concupiscencia, dando buenos ejemplos y pronunciando sermones sentimentales. Hacen el mismo papel de los ateos, que se imaginan destruir la fe de los creyentes dándoles conferencias o ridiculizando la Biblia.

La guerra es ante todo —dicen los hombres de ciencia— la expresión concreta de necesidades de extensión y de conservación personales. Como tal puede ser ofensiva o defensiva, según resulte de la primera o de la segunda de estas necesidades. Pero ella siempre implica una necesidad de agresividad, el poder y la voluntad de usar de la fuerza para alcanzar un fin: dos cualidades muy contrarias a lo que el buen Tolstoy y las liebres tienen por un bello ideal.

En los tiempos primitivos, la conservación del individuo no tenía nada de personal, porque estaba íntimamente unida a la conservación del grupo social a que pertenecía. Fué mucho más tarde, después que el acrecentamiento de los grupos humanos produjo el individualismo, cuando el hombre pudo asegurar su propia conservación independientemente de su grupo.

Como los medios de vida eran tan escasos, el cuidado de la conservación personal condujo antes, como conduce hoy mismo, a la necesidad de acrecentarlos. El resultado inevitable de los conflictos y de las luchas entre aquellos que tienen las mismas ambiciones y las mismas necesidades.

Desde el punto de vista biológico, la agresividad es una de las condiciones necesarias de todo progreso. Todos los biólogos y todos los antropólogos están de acuerdo en hacer remontar los orígenes del hombre a un pithecantropo que vivía tranquilamente en las ramas de los árboles. Fué al poner el pie en tierra cuando aquel ser se convirtió en hombre. Pero una vez en el suelo, nuestro venerable antepasado se encontró en presencia de las bestias feroces. Dos soluciones se le ofrecieron para resolver aquel inesperado conflicto: volverse cobardemente a sus ramas, o atacar a sus enemigos por la astucia y por la fuerza. Si el hombre primitivo hubiese adoptado la primera solución, es probable que jamás hubiera habido guerra, pero seguramente tampoco hubiera existido un sér verdaderamente humano; el hombre primitivo se habría

quedado tal cual era. Como ya los monos antropomorfos, de donde nuestro abuelo había nacido eran vigorosos y agresivos, al descender de las ramas, le fué posible alcanzar victorias sobre las bestias de presa, luchar con sus compañeros, y por ese camino llegar a ser precisamente, un hombre verdadero, un sér humano, en toda la amplitud del concepto.

En el suelo encontró el hombre recursos infinitamente mayores con que satisfacer sus necesidades, al mismo tiempo que infinitas ocasiones de crearse otras nuevas. Esto le forzó a hacer uso de sus facultades físicas e intelectuales, aguzándolas hasta lo increíble en sus luchas contra los otros animales feroces y contra los demás antropoides. La agresividad, la acometividad, llegó a ser así una condición necesaria a la formación de la vida moral, pues nunca las flores de la simpatía hubieran podido abrir en el estrecho medio de la familia, si sus miembros no se hubieran visto precisados a aumentar sus fuerzas por medio de una unión común para el ataque y para la defensa.

En este constante ejercicio, el hombre primitivo fortificó y aumentó sus facultades físicas e intelectuales. La desaparición de los individuos retardados y mal dotados y la selección de los más aptos, favoreció su desenvolvimiento.

Gracias a estas dos influencias, subordinadas ambas a la acometividad y a la aptitud guerrera, la humanidad comenzó la ascensión progresiva.

Ya es casi un lugar común afirmar que la guerra ha sido el factor principal del desenvolvimiento social de la humanidad. Si la historia, como dice Mommsen, va del cantón a la nación, ha sido la guerra el motor principal de ese fenómeno.

Desde Cartago hasta el Imperio de Guillermo II, ha sido la guerra la que, aglomerando los Estados pequeños, constituyó con ellos las grandes naciones. Y la importancia de las nacionalidades para la civilización no puede ser discutida.

Ha sido en los grandes Estados actuales donde el hombre ha podido acercarse más a la realización de los grandes ideales de la humanidad.

No obstante, la acometividad de nuestro antepasado antropoide, no ha hecho sino evolucionar también, pasando del indivi-

duo al clan, del clan a la tribu, de la tribu a la nación. La fuerza y la astucia continúan siendo en pleno siglo XX como en los tiempos primitivos, condiciones indispensables de extensión, de conservación y de progreso. Hace algún tiempo que un holandés, un sabio nacido en La Haya, la ciudad que ha visto reunidos en su seno a los representantes de todos los pueblos de la tierra, con el propósito de discutir sobre la paz universal, ha publicado un eruditísimo estudio con el título de "La Guerra, medio de selección colectiva", que no es sino una profecía muy bien documentada de los sucesos que actualmente conmueven al mundo.

El doctor Steinmetz, autor de ese estudio (1) conviene, como otros muchos pensadores, en la utilidad práctica del pacifismo, que no es, en definitiva, sino la de dulcificar los males de la guerra. Quien recuerde las conclusiones a que llegaron los representantes de todas las naciones en la última Conferencia de la Paz, convendrán en que estaba en el ánimo de todos ellos la convicción de que la guerra es un mal inevitable en el estado actual de la humanidad.

El doctor Steinmetz no la considera un mal, sino como uno de los grandes beneficios que las sociedades han derivado de la agresividad ancestral. No sólo depende de ésta la protección contra el enemigo exterior, sino que las funciones jurídicas, que son las más importantes en el interior de las sociedades, han tenido en la guerra su origen. La extrema importancia de las instituciones militares en la formación del Estado, ha sido señalada por Ihering; y los hegelianos, especialmente von Treitschke, en su obra **Politik**, que considera el Estado como **un fin en sí**, ha escrito estos conceptos: "Si no hubiera habido agresividad, jamás hubiese habido tampoco necesidad de la protección del Estado contra los enemigos interiores o exteriores; pero no por esto puede afirmarse que tal vicio se haya convertido en virtud".

El sabio holandés llega al extremo de asegurar que sin la agresividad el hombre viviría aun sobre los árboles. Es mucho decir; pero nadie podría negar que el patriotismo, la solidaridad

(1) Apareció en alemán bajo el título: **Der Kriegals sociologisches Problem.**—Amsterdam. 1899.—Traducido al francés por el capitán Constantin en 1907, como apéndice de su libro **Le Role Sociologique de la Guerre.**

nacional, la simpatía entre millones de hombres, son el resultado directo de la agresividad y de la guerra. La moral misma es indudablemente una de sus consecuencias inmediatas.

El sublime espectáculo de esta guerra europea, ha venido a corroborar las afirmaciones un tanto audaces del doctor Steinmetz. Nunca, en todo el curso de la Historia, se vió un florecimiento más grande de patriotismo, de abnegación, de altruismo y de moral. Francia, Inglaterra y Alemania rivalizan en estos nobles sentimientos. En el seno de estas grandes naciones, todos los intereses políticos, económicos, religiosos; todas las rivalidades internas, todas las causas de división y de anarquía, se han pospuesto, como en ninguna época, al grande interés de la Patria. Nadie podrá desconocer que éste es el resultado de largos años de agresividad, de largos años de amenazas constantes, que han solidificado el sentimiento nacional de aquellos pueblos.

A la guerra actual, terrible, feroz, inexorable como ninguna otra, se debe la expansión de esos sentimientos que dormían en el alma de monárquicos, republicanos, socialistas, anarquistas, clericales, y que en Alemania, particularmente, parecían ahogados por las rivalidades de los Estados confederados ante la hegemonía prusiana, con su casta militar absorbente y despótica. Hoy, el Imperio, o por mejor decir, la nacionalidad alemana, se solidifica ante la agresividad del enemigo hereditario.

Razón tiene Steinmetz en considerar esta solidaridad, esta expansión suprema del sentimiento patriótico, con todas sus consecuencias morales: la piedad, la caridad, el espíritu de sacrificio, la abnegación, el renunciamiento a todos los goces que proporciona un estado de civilización sin ejemplo en los anales del género humano, como uno de los beneficios directos de la guerra.

La tesis resulta a primera vista audaz y paradójica; pero la historia se encarga de comprobar que nunca es mayor el progreso moral y material de dos naciones rivales, sino después de uno de esos choques sangrientos, considerados por los observadores superficiales como desgracias irreparables. Los ejemplos abundan, aun en nuestra joven América.

¿Qué habría sido de la humanidad, pregunta Steinmetz, si a los pueblos antiguos se les hubiera podido impedir la guerra? ¿En

cuál estado de decrepitud habría caído el mundo civilizado, si a los germanos se les hubiese impedido atacar a los romanos y si no les hubiera sido posible, por consecuencia de la guerra, establecerse en el Imperio, en masas compactas?

"Concurrencia pacífica entre los individuos y guerra entre los Estados, tales son los procedimientos absolutamente necesarios al sano desenvolvimiento de todas las fuerzas humanas y al progreso de la civilización".

Como la agresividad es una condición esencial del hombre, la paz absoluta entre las naciones, traería como consecuencia la rivalidad entre las regiones, las provincias, las comunas, los individuos. Al patriotismo de nación se sustituiría, como en la edad media, el patriotismo comunal. ¿Por qué es menor en la actualidad el amor que el hombre experimenta por su parroquia, por su aldea, por su provincia? Simplemente porque se ha abolido su soberanía, porque no puede hoy haber conflictos entre estas pequeñas colectividades. La comuna se ha ahogado en la Nación, pero la Nación distará mucho para ahogarse en la Humanidad.

Si los Estados no pudieran aislarse por medio de la guerra, el patriotismo de Nación sufriría la misma suerte que el patriotismo de parroquia. Faltaría la concurrencia, la rivalidad, el estímulo y moriría el amor entre los habitantes de su territorio y la fidelidad a la Patria. Lo que sucede hoy en la parroquia, donde no se ve ya como extraño el habitante de otra parroquia, sucedería en el Estado respecto al habitante de otro Estado. El sólido conjunto que constituyen los habitantes de un mismo país se rompería, el Estado carecería de fuerzas para llenar sus funciones y el progreso humano dejaría de ser. La primera consecuencia de la supresión de la guerra, sería debilitar al Estado, que es la más grande de las colectividades.

"La endosmosis permanente de los individuos, producida por la libertad internacional del domicilio, como consecuencia de la abolición de la guerra, debilitaría al Estado, es decir, a la única colectividad que, teniendo vida propia, es realmente fuerte y durable, ya que la humanidad es demasiado grande para inspirar a los hombres el amor y la abnegación, a excepción quizá de un pequeño número". Ya estamos viendo que en el corazón de todos

los hombres, cualesquiera que sean sus ideas, existe un fondo de patriotismo desinteresado, activo, capaz de todos los sacrificios, que surge en un momento dado con una fuerza incontrastable. El amor a la Humanidad es, por el contrario, una simple frase, una mentira; y para unos pocos una idea, un señuelo y nada más. La presente guerra es una exasperación del nacionalismo y del patriotismo. Es ahora cuando la humanidad está presenciando los resultados de una evolución que comenzó con la formación de las grandes colectividades bajo el predominio de poderosas dinastías, las cuales han ido consolidándose al amparo de la democracia, desde que la destrucción de los antiguos privilegios despertó en todas las clases sociales el interés por la conservación de la patria. **Il n'y a point de patrie dans le despotique**—dijo Labruyere.

El Estado moderno, grande y fuerte, la nacionalidad, ha ido paulatinamente convirtiéndose en patria, hasta arraigarse profundamente, como las viejas patrias chicas, en el corazón de los hombres. Y la historia comprueba que jamás en Francia ni en Alemania, ni en la misma Inglaterra, este sentimiento ha tenido manifestaciones más elocuentes que en el presente conflicto.

Es posible que si llegaran para Alemania días críticos, surgiera algún Bazaine capaz de posponer los intereses de la Patria a los intereses de los Hohenzollern, pues al decir de escritores alemanes, el régimen actual no está identificado completamente con la mayoría de la nación. Pero la nacionalidad, la patria alemana existe, y ella condenará irremisiblemente todo acto que tienda a menoscabarla, en nombre de una moral que surge hoy más poderosa de en medio de la lucha. Cualquiera que sean la solución de este conflicto, y los cambios que se produzcan en el organismo político de las naciones beligerantes, el sentimiento de la patria cobrará mayores fuerzas; más firme será la solidaridad nacional y más débil, por consecuencia, el egoísmo individual.

El doctor Steinmetz considera la guerra como el único medio de selección colectiva, y por ella —dice— se establece una selección entre las colectividades. Todas las otras influencias selectivas no obran sino sobre los individuos: la guerra elimina directamente las comunidades incapaces y eleva las más fuertes. Es en la guerra donde las fuerzas colectivas pueden ponerse en juego y

donde las resultantes de todas esas fuerzas encuentran su medida. Puede sostenerse sin temor, que ni una sola de las fuerzas de la colectividad queda inútil en tiempo de guerra. "Es por eso por lo que cuando dos adversarios poderosos entran en choque, la victoria debe corresponder necesariamente al más fuerte".

Pero observa el autor que las fuerzas capaces de decidir la victoria no son siempre de naturaleza material; sus elementos son, en fin de cuentas, de un orden psíquico y ético. La potencia material se manifiesta sobre todo por la importancia de los recursos financieros. Estas dos fuerzas no son tan materiales como podría juzgarse a primera vista. Una población numerosa es el resultado de la vitalidad general, es decir, de la salud, de la vida moral y de las buenas relaciones de familia, al mismo tiempo que de una firme cohesión entre las multitudes humanas, lo cual constituye un fenómeno ético de la mayor importancia. Esto no es en verdad una virtud propia del individuo, por lo cual no se toma como un elemento de la moral abstracta y tradicional; pero es, no obstante, una manifestación característica de aptitudes humanas que ejercen fatalmente la más profunda influencia sobre la vida social.

Mucho se ha hablado en estos días de diferencias morales entre Francia y Alemania, aplicando a ambos pueblos las leyes de la más estricta moral casera. Pero hay que observar respecto del uno como del otro, que ningún pueblo se enriquece sin poseer cualidades eminentes, de un gran valor para la humanidad. No todas las virtudes de un pueblo se hallan constituidas por la moral privada. Las fuerzas intelectuales, la energía, el espíritu de invención, la economía y la actividad, la certeza del derecho, una dosis elevada de salud política y muchas otras condiciones más, son necesarias al enriquecimiento de las naciones.

Ambos pueblos son ricos, poderosos, llenos de vitalidad y de patriotismo; ambos poseen, por consecuencia, una altísima moralidad. Y es seguro que Alemania, engañada por el clamor de Francia, que tánto ha contribuido a generalizar en contra suya los más erróneos conceptos, se hallará sorprendida ante una resistencia que, como la del pueblo belga, no entraba en sus cálculos.

De este enorme sacrificio surgirán para Europa y para la humanidad beneficios incalculables. Los vicios de la paz, de la mo-

licie y de la riqueza, desaparecerán ante el florecimiento de grandes virtudes que sólo pueden engendrarse en la guerra. Las costumbres públicas serán mejores; la pasión por la gloria militar, el despertar del amor a la Patria y el acrecentamiento de las libertades políticas y del solidarismo social, levantarán el nivel moral y servirán de ejemplo a las otras naciones. El amor a la riqueza, la estimación del valor y el sentimiento del honor, revivirán como en otras edades y otra vez imperará en el mundo el espíritu de sacrificio, que había desaparecido casi por completo, ante el egoísmo de mercaderes que, según el doctor Steinmetz, se iba apoderando de la humanidad, como un resultado lógico de la selección individual realizada en la paz.

Estas dos fórmulas sintetizan admirablemente el pensamiento del autor:

La selección individual, que es consecuencia de la lucha individual, sirve únicamente para desenvolver las cualidades egoístas. Para desenvolver las cualidades altruistas, es necesaria la selección colectiva.

La selección directa individual es egoísta; la selección indirecta, colectiva, es altruista. El procedimiento de la selección colectiva es la guerra. Sin guerra, la humanidad retrogradaría desde el punto de vista moral.

LOS HIJOS DEL INVASOR

El desconcierto que la guerra europea ha producido en casi todas las actividades que viven al favor de la paz, parece que también ha invadido la mentalidad de los más grandes pensadores franceses. Se diría que por primer vez la humanidad, o más concretamente el mundo civilizado, se halla en presencia de una lucha armada con todas sus eternas e inevitables consecuencias. Todavía parece que no se ha sacudido por completo el ensueño pacifista, y en la perturbación se olvidan hasta las más rudimentarias enseñanzas de la Historia.

No de otro modo se explica la sorpresa con que se han visto los hechos más naturales de toda guerra, hechos bárbaros, considerándolos desde el punto de vista —condenado hoy por la ciencia— de que sea la razón moral e ilustrada la que gobierna al hombre, de acuerdo con la vieja doctrina racionalista; pero hechos muy lógicos, para quienes aceptan que el hombre, por su estructura original "es una bestia muy vecina del mono, un carnívoro, malvado, egoísta y medio loco, y que en la conducta del individuo como de la humanidad entera, la influencia de la razón es mínima, salvo en algunas frías y lúcidas inteligencias".

La brutalidad, la ferocidad primitiva, los instintos violentos y destructores persisten en la naturaleza humana, a pesar de toda la influencia de la civilización y del Cristianismo, que luchan por entrañar en ella el horror al asesinato, al robo, a la lujuria... La historia de esta guerra lo comprobará elocuentemente, porque así como se han olvidado en muchos casos los más perfectos elementos de combate, para emprender como en los tiempos más remotos y bárbaros, luchas de cuerpo a cuerpo, también han desaparecido frecuentemente en presencia del enemigo todos los nobles sentimientos de que se ufana la civilización.

Esta guerra es en el fondo y hasta en la forma, prescindiendo de detalles, igual a todas las otras que registra la Historia.

Pero una verdad tan trivial la desconocen los pensadores que ahora claman contra la barbarie alemana (por ser Alemania la invasora), a causa de la manera como dicen que los soldados del Kaiser se han conducido con las mujeres de las poblaciones invadidas. El hecho es más fisiológico que social. En toda guerra de conquista, dice la historia, los vencedores se apoderan siempre de las mujeres de la raza conquistada.

Jamás ha sido bastante poderosa la antipatía de raza, para entrabar el libre funcionamiento de las fuerzas reproductoras. Puesto aparte el deseo, existe cierto sentimiento intuitivo de que la mezcla de sangre, contribuye al vigor de la raza. Es una extensión de la exogamia y una supervivencia de uno de los instintos específicos más antiguos de la raza humana. El más clásico de los ejemplos que presenta la historia es el robo de las Sabinas, y muchos pasajes de la Sagrada Escritura atestiguan que este uso se hallaba en pleno vigor entre los israelitas.

La ciencia comprueba, por otra parte, que cuando razas que no difieren mucho entre sí se ponen en contacto por una causa cualquiera, los sexos se atraen vivamente el uno hacia el otro. De ello se han olvidado Jean Finot y los demás pensadores franceses al tratar de resolver el problema de los hijos que hayan engendrado los invasores alemanes en mujeres belgas y francesas.

Todos aquellos señores, según el escritor español Manuel Bueno, en un artículo que reprodujo **El Universal**, comentando la encuesta del Director de **La Revue**, parten del principio, falso a todas luces, de que todos los hijos comprendidos en el **problema**, sean el producto de la **brutalidad** alemana, o en otros términos, que hayan sido engendrados no de otro modo, sino por las violencias perpetradas por la soldadesca invasora.

Está bien que el patriotismo francés rechace hasta las suposiciones en contrario, pero muy otra es la verdad apoyada en las enseñanzas de la ciencia y de la historia. Basta asistir con los sociólogos al proceso de la formación de los pueblos, que no son en definitiva sino **productos de la química social de la lucha** de razas, para comprender que en la mayoría de los casos es el amor

quien hace germinar esas semillas que a los franceses se les antojan ahora de maldición.

Los hombres han sido siempre hechizados por las mujeres de una raza diferente; y las mujeres no son atraídas con menor fuerza por los hombres de una raza extrangera. Este sentimiento, afirma Ward, se acrece con la guerra.

Cualquiera que sea el grado de odio que exista entre las razas en lucha, nunca es este odio bastante fuerte para disminuir el ardor entre los sexos. En un plano inferior de la civilización, las mujeres de la raza conquistada se convierten sistemáticamente en la propiedad de los hombres de la raza conquistadora, sin que ellas experimenten una gran repugnancia. Aunque detesten a la raza que ha subyugado la suya, existe una especie de magia que acompaña siempre al héroe vencedor, ejerciendo una poderosa atracción sobre las mujeres, cualquiera que sea su posición y su estado. (1)

¿Será aventurado aplicar estos conceptos a la lucha actual, que no es sino una de tantas gestaciones dolorosas, fatalmente necesarias a la existencia y al desenvolvimiento del género humano?

Si los instintos brutales del hombre son siempre los mismos, ¿por qué no han de ser iguales hoy que en todas las épocas, los sentimientos y las afecciones femeninas? Y si la mezcla de sangre contribuye al vigor de la raza, ¿quién dice que esos hijos del acaso cuya suerte preocupa tanto a los pensadores franceses no serán mañana los elementos más vigorosos del pueblo francés?

¡Cuántos soldados de los ejércitos de Guillermo II, no llevan en sus venas sangre de los invasores napoleónicos!

Recuérdense las aventuras de amor y de guerra del héroe de Paul Adam en su intensa novela "La Force".

El proceso humano se cumple por sobre todas las previsiones y todas las concepciones sentimentales.

Y bien comprobado está, que la formación de los pueblos, no es solamente un proceso político, civil y social, sino en una medida más amplia, un proceso fisiológico.

(Artículo publicado en "La Revista", el 30 de mayo de 1915).

(1) Lester F. Ward.—Sociologie Pure.—Trad. de Fernand Waell.—París, 1906.

LECCION DE PATRIOTISMO

28 de diciembre de 1918.

La gran catástrofe que acaba de conmover al mundo, no solamente ha producido, con el triunfo de los aliados y de los Estados Unidos, el implantamiento definitivo de las ideas democráticas y la desaparición del haz de la Europa de los últimos vestigios del feudalismo, sino que ha consolidado el principio de las nacionalidades con un florecimiento brillante del amor a la patria.

En esta vez, como siempre, ha sido la Francia quien ha deslumbrado con su ejemplo a todas las naciones de la tierra, y nunca como al presente se admiró en aquel pueblo, cerebro y corazón de la civilización moderna, una exultación más noble del amor por el país que lo vió nacer.

Los que hemos seguido desde hace algunos años el movimiento de la política francesa, y leído en la prensa que sirve de órgano a sus diversos partidos las más tremendas diatribas, los juicios más violentos y apasionados respecto de hombres y sucesos, hemos tenido mayor razón que nadie en sorprendernos de ese espíritu de solidaridad, de ese esfuerzo unánime con que los hombres de las más opuestas tendencias, siguiendo el impulso del Gobierno de la República, corrieron a defender el suelo sagrado de la patria contra sus enemigos hereditarios.

Desde los imperialistas como Casagnac, que a diario mostraba a los hombres de la República como una horda de foragidos, llegando al extremo de pedir la condecoración de la Legión de Honor para el malandrín que asaltó e irrespetó al Jefe del Estado, aquel honorable anciano que era el Presidente Fallieres, calificando de gesto noble y heroico la hazaña tabernaria, hasta el socialista Hervé, que aconsejaba a los soldados disparar contra los aficiales en caso de una guerra con Alemania; y Eduardo Droumont y Artur

Meyer, que clamaban también contra los bribones que se habían apoderado del gobierno, todos esos hombres, representativos de grupos disidentes que parecían irreconciliables con el régimen dominante, pusieron a un lado sus pasiones, sus intereses, sus ideales mismos, para no ver en aquellos momentos supremos sino la patria amenazada.

Vivo estaba todavía en el corazón del clero francés, al estallar la guerra, el ruidoso proceso de la separación de la Iglesia y el Estado; al frente del Gobierno se hallaban todavía los mismos hombres que tras una serie de hechos considerados como atentatorios por el catolicismo de Francia, habían realizado aquel acto tracendental para la vida democrática; y sinembargo, los sacerdotes franceses pelearon como bravos y derramaron su sangre en todas las grandes batallas de la liberación, bajo la bandera de la República. Y cuántos hombres que ostentan apellidos de la más rancia nobleza y que ninguna esperanza pueden fundar en un gobierno que representa necesariamente la negación de todos sus privilegios, han ido a pelear y a morir como soldados en las filas de los ejércitos de la patria. Y ese gobierno democrático, radical, que realiza dentro del orden y la libertad los ideales de aquella revolución que decapitó los reyes y proscribió la nobleza, no ha tenido escrúpulos en colgar del pecho de un príncipe o de un duque que como soldado ha realizado alguna acción heroica, la cruz de guerra o las insignias de la Legión de Honor, a tiempo que ha fusilado por traidor a un Paul Bolo surgido de las más bajas clases populares.

Pero es que el pueblo francés, por la palabra de sus oradores, y por la pluma de sus poetas, de sus escritores, de sus historiadores, ha exaltado siempre como la primera virtud el amor a la patria.

Cuando Hipólito Taine fustiga a los nobles emigrados que se aliaban con el extranjero para venir a librar la patria del terrorismo de la revolución, escribe estas elocuentes palabras: "Existe una patria, y cuando la patria está en peligro, cuando el extranjero en armas ataca la frontera, se sigue al abanderado, —cualquiera que sea: usurpador, aventurero, terrorista, degollador— siempre que marche adelante y que sostenga la bandera con mano

firme. Si se intentara arrancarle la bandera, desalojarlo o reemplazarlo, se perdería la cosa pública. Las gentes honradas sacrifican sus repugnancias a la salud común, y, para servir a su país, llegan hasta servir su combatido gobierno".

Nozier, cuando la catástrofe del "Titanic", en una de sus celebradas crónicas de "Le Temps" dió una lección de patriotismo a los socialistas con toda la sutileza característica del ingenio francés. Muchos náufragos, entre los cuales se hallaba un discípulo de Hervé, habían logrado apoderarse de una balsa, pero el número crecía al punto de que uno más que se hubiese refugiado en ella, la hubiera hechado a pique. Había que defender la balsa, había que rechazar a los que quisiesen asaltarla y el socialista, armado de un objeto cualquiera, golpeaba a cuantos se acercaban a aquella tabla de salvación. Entonces, —dice Nozier— por una rápida asociación de ideas, comprendió el socialista lo que es la patria; comprendió que aun en medio de todas las catástrofes, de todas las desgracias, hay que defenderla contra los que pretenden echarla a pique.

Ya se ha visto cómo esta anécdota imaginada no es una simple figura literaria, sino un hecho grande, noble, empapado del más vibrante espíritu de patriotismo, comprobado con creces en el reciente conflicto.

Hay una patria, que es la herencia de nuestros mayores y sacrificarla ponerla en almoneda, vilipendiarla, desacreditarla, a impulso de ambiciones y de intereses personales, es un crimen condenado por las leyes de todos los pueblos.

El criterio de las facciones políticas, el choque de intereses más o menos legítimos, la lucha de pasiones más o menos bastardas, no trascienden a la posteridad. La historia no los toma en cuenta para sus decisiones supremas. Y las generaciones por venir tienen el derecho de marcar con el estigma de traidores a los que no tuvieron honradez, valor o abnegación suficientes para defender el tesoro que estaban en la obligación de legarles incólume.

Pensadores franceses han sentado también el principio de que todo gobierno permanente es un gobierno representativo; que todo gobierno apoyado en la mayoría, es la expresión de los intereses

de los sentimientos y de las aspiraciones de un pueblo en un momento dado de su evolución, porque no hay gobierno estable sin pueblo a la espalda pensando como el gobierno mismo, sentiendo y procediendo como él.

Contra el desgobierno de la revolución, contra aquella orgía de sangre, sobre los cuales se han formulado sinembargo los juicios más contradictorios, podían sus enemigos alegar razones para librar, de cualquier modo que fuera, a la nación francesa. No obstante, Taine critica acerbamente a los nobles que se aliaron al extranjero.

Por esto sube de punto el crimen de aquellos que pretenden no sólo ir en contra de la patria, sino contra el gobierno que legítimamente la representa en una situación de estabilidad y de orden apoyada en la inmensa mayoría del país, valiéndose de connubios vergonzantes; y arrastrados, no como los nobles franceses por la defensa de una causa para ellos legítima, de un principio consagrado, de un derecho tradicional, sino por las pasiones más bajas, por los intereses más mezquinos, por los odios de un momento, por la rabia de un despecho personal y, —por qué no decirlo— por la interrupción de algún negocio, o de una especulación vergonzosa.

El ejemplo de la Francia grande y noble es el que debieran tener siempre presente todos esos mentidos aliadófilos que tomaron de pretexto el conflicto mundial para atacar en la actitud asumida por Venezuela el principio de su soberanía nacional, el derecho inmanente de la patria libre de compromisos y de tutelas, sostenida por un gobierno que le ha hecho el inmenso beneficio de mantenerla en paz, de desarrollar su riqueza, de sostener su crédito y de salvarla, en fin, de todos los perjuicios que han sufrido casi la totalidad de los pueblos de Hispano América durante los cuatro años del tremendo conflicto.

CAUSERIE

en la repartición de premios del Colegio Francés de Caracas, la noche del 28 de Julio de 1913.

Señoras, señores:

Debo a una honrosa y cordial insinuación del muy ilustrado y virtuoso Director de este Instituto, el hallarme en presencia de vosotros en esta noche de simpáticos regocijos, en que padres y alumnos vienen a recoger el fruto de sus afanes de un año.

Cuando el reverendo Padre Michaud estuvo en mi casa a participarme, que de acuerdo con sus compañeros de labores, había sido yo designado para llevar la palabra de orden en este acto, mi primer impulso fué negarme. Se trataba de pronunciar un discurso y como he sido enemigo de las improvisaciones en todos sentidos, no creí posible que, quien como yo no ha tenido jamás la audacia de escalar las gradas de una tribuna, pudiera convertirme de repente y por los solos deseos del reverendo Padre Michaud, en un orador, y sobre todo, en un orador de repartición de premios. Esta conversión resultaba algo así como un milagro, y los franceses tienen la culpa de que yo sea un poco francés en estas cosas.

Pero luego entramos en explicaciones y convinimos por fin, en que yo vendría a conversar con vosotros un cuarto de hora y que para hacerlo cómodamente, me pondrían esta mesa, esta silla, y este vaso de agua; y que en definitiva este número del programa, por más que hayan dicho que sería un discurso de orden, se reduciría a lo que los franceses llaman una causerie.

Este género de oratoria, puramente francés, pues la palabra que lo designa ni siquiera tiene equivalente en nuestra lengua, proporciona enormes ventajas tanto para los oyentes como para el que habla, pues a la primera notación de cansancio, a la prime-

ra tocesita, al primer bostezo, se corta la conversación, y se economizan esas angustiosas situaciones en que el auditorio se desespera porque el orador termine y el pobre señor no sabe cuando terminar.

Acepté también el honroso cargo, porque se me presentaba la ocasión de dirigirme a un grupo de jóvenes de lo más distinguido de nuestra sociedad, quienes mañana, dentro de muy pocos años, si la paz y el orden social se conservan, como todo lo hace esperar, constituirán la clase directora, la elite de nuestra naciente democracia. Y consideré una feliz circunstancia el hallar hoy juntos, unidos por los lazos de una común educación, por los estrechos vínculos que se forman en los bancos de la escuela, a los hombres que mañana estarán obligados a separarse, a desunirse, porque sus actividades se encaminarán hacia distintos fines; y a anarquizarse quizás, porque así se los impondrá la fatalidad de la lucha por la vida.

Pero cada uno en el campo que el destino o la suerte le designe, tendrá la obligación, el deber ineludible de trabajar tesoneramente por el engrandecimiento de esta patria, la más gloriosa y la más costosa de todo Hispano-América; y nada más grato para mí que poder deciros hoy, algunas frases nacidas de la experiencia que he logrado adquirir en el estudio y en la observación de los acontecimientos que han llenado las páginas de nuestra historia.

Por fortuna para la patria y para vosotros, mis jóvenes amigos, entraréis a las luchas de la vida pública en los momentos precisos en que se cumple en el mundo una saludable reacción contra las empíricas teorías que durante un siglo agitaron los pueblos, consagrando por el derecho abstracto los más brutales instintos y autorizando los más horribles excesos en nombre de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad.

A la cabeza de aquella gran revolución que agitó los espíritus y conmovió hondamente a la sociedad, pero que sin embargo llevaba en su seno un hermoso ideal humanitario, estuvo siempre la patria de estos ilustrados y virtuosos educacionistas a quienes tendréis siempre que agradecer el rayo de luz que lleváis en vuestros cerebros.

Al impulso de las ideas que germinaron en Francia, se desencadenó sobre el mundo entero una gran tempestad, que con alternativas de despotismo, llenó casi toda la historia de los pueblos de alma latina en el último siglo. Muchos de vosotros habréis estudiado ya la historia de Francia; pero probablemente no se os habrá dicho todavía, que aquí, en nuestra apartada República venezolana, los acontecimientos, las teorías, y hasta los personajes de la Revolución Francesa, tuvieron fieles imitaciones. Francia nos ha dado siempre la moda, las ideas políticas, nos vinieron en toda época como nos vino hace poco la falda **entravée**, y en tiempos pasados, la opulenta crinolina de nuestras venerables abuelas. Lo único que no pudimos importar de Francia fué la guillotina, porque probablemente el instrumento resultaba demasiado costoso, pero no por eso dejamos también de matarnos muy cordialmente en nombre de la **Liberté**, de la **Egalité**, de la **Fraternité**. Son muy tristes, mis jóvenes amigos, esas hondas perturbaciones que sufren los pueblos, esas grandes locuras, donde parecen que van a desaparecer para siempre las más bellas cualidades, los más puros sentimientos del hombre y a hundirse, para no reaparecer jamás, aquella hermosa doctrina, que como un fluído de paz y de armonía descendió desde las cumbres sagradas del Calvario, y es la más sólida base sobre que descansa el mundo moderno: **Amaos los unos a los otros.**

Pero, por fortuna, las sociedades no pueden vivir y prosperar en la anarquía y en el desorden. Una estrecha y constante relación existe entre el mundo físico y el mundo moral; y a las catástrofes políticas, como a las catástrofes de la naturaleza, sucede siempre la calma en que la vida renace y las sociedades se reconstituyen.

Hoy, aquella Francia que nos sirvió de maestra revolucionaria, nos está sirviendo y os servirá a vosotros de ejemplo elocuentísimo de orden, de moralidad y de patriotismo. Aleccionada por una dolorosa experiencia, viene a indicarnos que la sociedad tiene bases sólidas que no pueden removerse sin producir grandes catástrofes; que el hombre está sometido a leyes morales, que le sirven de escudo contra los rudos embates de la vida y que el

espíritu se alimenta de ideales que nos elevan por sobre las tristezas y por sobre las miserias del mundo!

Y es cosa digna de tenerse en cuenta, que sean los mismos hombres, quienes hasta ayer no más fueron los apóstoles exaltados de las teorías revolucionarias los que prediquen hoy el orden moral. ¿Y qué significa el orden moral? Parece mentira que una porción de verdades trivialísimas, verdades colocadas al alcance de todo el mundo, hayan sido desconocidas por tantos años y sustituidas por los más oscuros sofismas.

Los principios de autoridad, de gobierno, de disciplina, los fundamentos de la religión, de que sólo los necios pueden burlarse, pero que son indispensables para el progreso de las sociedades como para la vida de los pueblos, comienzan a ocupar el puesto que se habían usurpado los dogmas revolucionarios. Se comienza ya a comprender —ha dicho hace poco un escritor francés— que los soldados no tienen el derecho de mandar a los oficiales; que los discípulos no pueden dar lecciones a sus maestros; que los albañiles no llegan a levantar un edificio sin el auxilio de los arquitectos, y que, en fin, el capitán de un buque puede dispensarse de consultar en materia de maniobras el areópago de los calafates. Y todo este grupo de verdades sencillísimas que nadie se ha atrevido por mucho tiempo a aplicar a la política, es lo que se llama el orden moral. El orden en que cada cosa ocupe su puésto y cada hombre su rango y en que la tranquilidad social, el bienestar público y el bienestar de la familia no estén expuestos al frenesí de todos los caprichos individuales, de todos los intereses personales.

De entre vosotros, saldrán seguramente muchos hombres políticos; acordaos siempre de estas verdades que todos hemos desconocido, porque todos de algún modo hemos pretendido curar nuestros males con el espantoso remedio de las revoluciones.

En la juventud todos hemos sido demoledores, todos, siquiera un día, hemos sido jacobinos. No lo seáis vosotros jamás; y en ese camino estaréis de acuerdo no sólo con la moral social sino con las más grandes enseñanzas de la ciencia moderna. La sociedad es un organismo, como el organismo humano, y vosotros sabéis que el hombre no crece ni se desarrolla violentamente. Podéis creer por un momento que haya un hombre que viva sin ce-

rebro? Sería una monstruosidad. Pues así en el organismo social: la sociedad no puede vivir sin una clase directora, que sea para ella lo que el cerebro para el hombre. Por eso la primera necesidad de los pueblos modernos y sobre todo de los pueblos regidos por la democracia, es la educación; y la misión más noble y más elevada la del maestro. Vuestros padres están cumpliendo con vosotros un gran deber patriótico, os están educando para que seáis buenos ciudadanos; y educados por franceses, por profesionales que vienen del país que con razón se ha llamado el cerebro del mundo, tendréis siempre el espíritu abierto a todos los progresos, viviréis en esa renovación constante de ideas y de principios que caracteriza el movimiento intelectual de aquel gran pueblo. Por eso os he hablado de la gran influencia que ha ejercido la Francia en la historia de nuestra Patria; pues estudiando su evolución, estaréis mejor preparados que cualesquiera otros jóvenes de vuestra generación, para seguir paso a paso los progresos de la ciencia y de la evolución social y política que hoy toma rumbos distintos a los que siguió durante largos años; y que se encaminan, sobre todo, a la conservación del orden social, a la preponderancia de la intelectualidad, al encumbramiento de los hombres que comprendan que las sociedades tienen, antes que todo, el derecho de vivir.

Pensad por un momento en la benéfica influencia que semejantes doctrinas pueden tener en este pueblo, donde los redentores de machete y lanza han brotado como por encanto del suelo inculto y bravío durante cien años para hacer por la guerra la felicidad de la Patria; donde se ha creído que la libertad consiste en lanzarse a los montes desnudos y harapientos para vivir de la propiedad agena; y donde ha sido un credo político aquella horrible imprecación lanzada por un foragido, indigesto por las teorías jacobinas, y quien después de haber atentado contra la vida del Padre de la Patria, vino a encarársele a quel varón sabio y virtuoso que por un error de sociología había sido llevado por fuerza a ocupar la Presidencia de la República: "Doctor Vargas. ¡El mundo es de los valientes!"

Aquel hombre, aquel jacobino, se llamaba Pedro Carujo, y desgraciadamente dejó muchos discípulos en esta tierra. Pero con-

tra esa escuela estamos reaccionando, primero por el empeño patriótico con que el señor Presidente de la República sostiene la paz, promueve la educación del pueblo y fomenta el trabajo; y luego, por el concurso de un gran número de venezolanos que sostiene estos institutos particulares. Todos unidos, en un impulso acorde de consciente patriotismo, estamos preparando las nuevas generaciones para que con la energía nacida de la educación, puedan responder a todos los Carujos que pretendan erigir el valor brutal como principio de Gobierno, lo que respondió el sabio a las palabras sacrílegas del foragido: "El mundo está basado sobre la ilustración y la virtud!"

Todo concurre en los actuales momentos a alentar nuestras esperanzas en un risueño porvenir. Yo creo que dentro de pocos años tendremos una patria digna del hombre grande que supo crearla a costa de los más caros sacrificios; creo que estamos ya construyendo el pedestal donde pueda ostentarse en toda su nobleza aquella egregia figura, cuya sombra se proyecta en toda la extensión del continente. Yo he visto al ilustrado Ministro de Instrucción Pública, que me hace el honor de oirme en este momento, rebosante de satisfacción por los excelentes resultados escolares de este año. Y como soy de los que creen en el poder de la educación como elemento esencial de la prosperidad nacional, y considero que la más dura esclavitud a que puede estar sometido un pueblo es la ignorancia, veo que estamos presenciando ya la emancipación social de la patria, sin la cual será siempre irrisoria la emancipación política que nos legaron nuestros Libertadores.

Un instante más, señoras y señores, y cumpliré la promesa de no molestar vuestra atención sino por quince minutos.

Acompañadme a tributar un aplauso a los Directores de este Instituto por esta hermosa fiesta que demuestra el opimo fruto de sus esfuerzos por la educación de nuestra juventud, y a felicitar al inteligente joven laureado con la medalla de buena conducta, que tan gallardamente corresponde a los desvelos de sus padres.

MI HEREGIA

Tan repetidas veces había yo leído en la historia de la Revolución de Hispano-América y en documentos suscritos por los actores mismos del gran drama, comenzando por Miranda y por Bolívar, que la guerra de la Independencia fué una Guerra Civil, que fuí el primero en sorprenderme cuando con motivo de la conferencia que pronuncié el 11 de octubre de 1911, en el Instituto Nacional de Bellas Artes, sobre ese lugar común de nuestra historia, se armó tal escándalo, se me trató tan duramente y hasta se me lanzaron anónimos injuriosos, que parecía como si yo hubiese cometido el más tremendo delito de lesa Patria. La patriotería, que es una especie de dogmatismo, por su horror a la crítica y porque vive siempre al favor del misoneísmo y de la ignorancia, se levantó airada para castigar aquel inaudito atrevimiento, aquella heregía contra las glorias sagradas de la Patria!

Tres años más tarde cuando le salí al encuentro a un apreciable y laborioso compatriota a quien, por concepto equivocado, o por el prurito de llamar la atención, se le ocurrió decir en un libro que el Libertador no se había hecho Emperador de los Andes por miedo a que sus tenientes lo fusilaran como a Iturbide, me respondió enrostrándome también como una grave falta el manoseado tema de mi conferencia; y años más tarde, un critico de Barquisimeto, se me viene encima sacándome a relucir la vieja heregía que yo creía ya olvidada.

"Ustedes salen ahora —dice el doctísimo crítico dirigiéndose a unos cronistas de "El Nuevo Diario" que se burlaban de su sapiencia,— en defensa de Darío y de Lugones, que a los venezolanos que hemos tenido tan buenos poetas, deben importarnos un bledo. Y sin embargo hace muy pocos años que un escritor dijo en Caracas que la obra colosal de nuestros libertadores, que constituye nuestra grandeza histórica, no había sido sino una simple guerra

civil! Y no hubo ninguno de ustedes, que protestara! En Caracas apenas hubo quien lo hiciera, y quien ésto escribe, fué quizá el único que entre nosotros protestó en un periódico regional!"

No recuerdo precisamente la protesta a que el escritor se refiere (fueron tantas y algunas tan fastidiosas!); pero le agradezco la ocasión que me proporciona para decirles tanto a él como a todos los que aun dudan del carácter de GUERRA CIVIL, que tuvo la de la Independencia, no sólo de Venezuela sino de toda la América española, que yo no puedo envanecerme ni siquiera de haber tenido el mérito de la originalidad, pues apenas hice otra cosa que repetir y presentar con alguna novedad, lo que se viene diciendo desde los mismos días de la Revolución, por los propios actores y luégo por todos los historiadores y publicistas que sobre ella han escrito a conciencia.

Fué el general Francisco de Miranda, el Precursar de la Emancipación, quien en presencia de la oposición que la mayoría de las poblaciones de Venezuela hacía a la Independencia "contemplaba con horror —dice el doctor Pedro Gual— las escenas de la Revolución Francesa, y nada deseaba con tanto ardor como alejarlas de Venezuela. Nuestros paisanos, me decía frecuentemente,no saben todavía lo que son las GUERRAS CIVILES. (1)

Del Libertador pudiera hacer multitud de citas, pero me bastan dos: "En los Valles del Tuy y Tácata, y en los pueblos de Occidente, donde no parecía que la GUERRA CIVIL llevara sus estragos desoladores, han levantado ya los malvados monumentos lamentables de su rabiosa crueldad". (2)

En la célebre carta dirigida desde Kingston a "un caballero que tomaba gran interés en la causa de la América del Sur", define perfectamente el carácter de la revolución: "Seguramente la unión es la que nos falta para completar la obra de nuestra regeneración. Sin embargo, nuestra división no es extraña, porque tal es el distintivo de las GUERRAS CIVILES, formadas generalmente entre dos partidos: conservadores y reformadores". (3)

---

(1) Blanco y Azpurúa. Documentos, etc. Tomo III, p. 758.

(2) O'Leary. Memorias. Tomo XXIX, p. 70.

(3) Vale decir en lenguaje criollo Godos y Liberales o Godos y Patriotas, como se decía en aquellos tiempos. O'Leary. Narración. Tomo I, pág. 309. Y godos y liberales continuaron llamándose los dos partidos que durante casi una centuria estuvieron dispu-

El doctor Juan Germán Roscio, Vice-Presidente de la Gran Colombia, y una de las más altas intelectualidades de la Revolución, dijo en 1819; "Venezolanos! Nuevas tramas urde contra vosotros el enemigo de vuestra libertad y de vuestro bienestar: nuevos lazos os tiende para enredaros otra vez en una GUERRA CIVIL más cruel que la de Boves". (4)

El doctor Francisco Antonio Zea, otro eminentísimo Prócer Civil, decía al dar relación de la conferencia que como enviado de la Gran Colombia tuvo con el Duque de Richelieu, Ministro de Luis XVIII: "Al fin me aproveché de un momento de entusiasmo que manifestó al hablar de las regiones equinociales para observarle, y ¿no es una lástima que países tan encantadores hayan sido el teatro de UNA GUERRA FRATRICIDA por más de diez años...?" (5)

El doctor José Manuel Restrepo, Ministro de Bolívar y el primer Historiador de la revolución, así se expresa: "Ambos refieren (los historiadores realistas Díaz y Torrente) el degüello de 1.600 soldados patriotas, que aseguran hizo Boves en la Cabrera, con tanta satisfacción como si fuera una acción bienhechora de la humanidad e igual cosa sucede cuando describen otros acontecimientos semejantes de degüellos y asesinatos cometidos por Boves. ¡Qué filosofía esta, y qué corazones tan feroces los que tenían aquellos hombres que al referir tales sucesos no deploraban los extravíos funestos de las revoluciones y de las GUERRAS CIVILES!"

Podría llenar muchas páginas trascribiendo las citas que he recogido no solamente en libros y colecciones de documentos publicados, sino en multitud de piezas inéditas, en las cuales se califica a cada paso de GUERRA CIVIL la revolución de la Independencia hispano-americana. Los que no quieran exhibirse como ignorantes de este lugar común de nuestra historia, o mejor dicho,

---

tándose la preponderancia. Con la seguridad de que con las variaciones naturales en la lucha de intereses y de pasiones que constituye la política, casi todos los antiguos apellidos realistas continuaron figurando en el partido godo y casi todos los apellidos patriotas, en el partido liberal. (Digo godo y no conservador, porque en la verdadera acepción del vocablo no ha existido en Venezuela ningún partido conservador. Muy al contrario: entre los llamados godos han existido hombres de un radicalismo extremo, y entre los liberales, se han contado católicos, apostólicos, ultramontanos, que han podido llevar con mucha propiedad el hábito negro de la Compañía de Jesús). Por fortuna para la Patria ya estas viejas facciones pertenecen a la historia.

(4) Blanco y Azpurúa, Ob. cit. VII.

(5) O'Leary.—Ob. cit. XVIII, p. 52.

de la historia de América, deben leer con atención a O'Leary, Baralt, Austria, Montenegro, Mitre, Juan Vicente González, Mosquera, Posada, Gil Fortoul, Mancini y tantos otros, quienes no podían menos que calificar de GUERRA CIVIL, una lucha en que la mayoría de los americanos sostuvo las banderas de España durante todo el curso de la revolución, contra un número menor de independientes, cuyo triunfo es por esta causa mucho más glorioso. Recuérdese lo que dice O'Leary: "La mayor parte de las fuerzas españolas se componía de venezolanos, lo que era para Bolívar motivo de no poca aflicción". (6)

"Si como se ha querido decir, la masa del pueblo hubiese estado animada del mismo amor a la independencia que las clases educadas, Venezuela habría sido invencible". (7)

En definitiva, todo aquel que ha escrito sobre la Independencia de Hispano-América, me refiero a los que tienen conocimientos perfectos de la materia, considera la guerra magna como la primera de la larga serie de LUCHAS FRATRICIDAS que han asolado estos países. El gran escritor Santiago Pérez Triana, cuya prematura desaparición han deplorado no sólo los pueblos de habla castellana sino todas las naciones civilizadas de Europa y América, escribía en 1907, en un admirable opúsculo titulado "Desde Lejos— (Asuntos Colombianos)" estas elocuentes frases:

"En Hispano-América la guerra de Emancipación FUE UNA GUERRA CIVIL: España contaba con numerosos partidarios en la población nativa americana, y había en toda la América Hispana una gran masa neutral, española de lengua, de tradición y de costumbres, que sin duda habría seguido el curso de las victorias, como sigue el humo de las hogueras al soplo del viento; una victoria decisiva en un punto dado, de las armas de España, habría aglomerado en torno a sus banderas, a toda esa masa neutral; esto perduró hasta la última trascendental jornada de Ayacucho; si en aquel heroico día que, como todos otros de tenaz e indomable esfuerzo cruento dejó en pie para vencidos y vencedores, el prestigio bélico, la abnegación y el patriotismo, como unos y otros lo entendían, hubieran sucumbido Sucre y su ejército, habría soplado sobre

(6) Narración, Tomo I, p. 178.
(7) Id. p. 155.

todo el continente hispano-americano un huracán de reivindicación española que habría arrastrado consigo los indecisos elementos populares". (Pág. 88-89).

En el tercer volumen del "Archivo de Santarder", que se publica actualmente en Bogotá, por una Comisión de la Academia de la Historia y bajo la dirección de don Ernesto Restrepo Tirado, corre inserto un sesudo estudio sobre las Memorias Histórico-Políticas del general Posada Gutiérrez, suscrito con las iniciales M. A. C., que corresponden al nombre eminente de Miguel Antonio Caro, y en el cual dice, refiriéndose al fusilamiento de los prisioneros de la batalla de Boyacá: "Es de notar que aun cuando aquellos desgraciados, en los partes de Santander y otros documentos de la época suenan como oficiales españoles, no eran sino prisioneros realistas, parte oficiales y parte paisanos, españoles unos y americanos otros". Y agrega en nota: "Seis venezolanos, cinco granadinos y un quiteño... Ejemplo demostrativo del carácter de GUERRA CIVIL que tuvo la Independencia". (VIII, p. 13). Ya ve el crítico que hasta el señor Caro, a quien cita entre los grandes escritores de América, incurre en la misma heregía.

También el celebrado publicista y diplomático brasilero, M. de Oliveira Lima, en su reciente libro titulado "La Evolución Histórica de la América Latina" y que contiene las conferencias leídas por él en la Universidad de Stanford y en algunas otras de los Estados Unidos, nos hace el honor, al doctor Angel César Rivas y a mí, de citar nuestras conferencias, pues se recordará que nuestro ilustrado compatriota el doctor Rivas, habló sobre el mismo tema estudiándolo a la luz del derecho internacional. Dice así el eminente académico brasilero al comparar la emancipación de las colonias anglo-americanas, con la nuestra: "Ella (la de la América española) puede de hecho ser considerada, conforme recientemente hiciéronlo y tratáronlo en conferencias públicas en Caracas los distinguidos intelectuales venezolanos Laureano Vallenilla Lanz y Angel César Rivas, como la primera de las LUCHAS POLITICAS INTERNAS del imperio colonial fragmentado. Mucho más que carácter internacional, tuvo la referida contienda carácter CIVIL; en oposición a vuestra guerra de independencia (la de los Estados Unidos) sobre cuyo fondo de individualismo y gobierno propio **(Self government)**

se proyectó al través del océano el duelo entre Inglaterra y Francia, el cual tenía por objeto y premio el primado de los mares con la supremacía colonial".

"En una guerra civil, una de las comunidades beligerantes pasa a la categoría de Estado soberano o desaparece en el torbellino de la lucha. La América Española conquistó su soberanía; pero las consecuencias fuéronle bajo cierto aspecto, que el tiempo corregirá, perniciosas..." (8)

También el notable etnologista venezolano doctor Julio C. Salas lo había dicho en 1908, dos años antes que yo: "Tal guerra —escribió en su libro "Tierra Firme"— con propiedad, podría considerarse como una contienda civil, en cuyo caso sería la primera de la larga serie que ha presenciado en el resto de ese mismo siglo el tumultuoso continente. Bien considerado huelgan razones para llamar guerra civil la de la Independencia..." Pero el distinguido escritor cree que "el curioso epíteto de godos" sólo lo llevaron los españoles y no se explica, naturalmente, por qué "fué adoptado en las subsiguientes guerras civiles" juzgando que sólo "por odiosidad sirvió para designar a los individuos del partido caído" (9) lo cual es contrario a la verdad histórica porque godo se llamó en Venezuela el partido dominante hasta 1848, compuesto casi en su totalidad por los antiguos realistas y sus descendientes.

Para terminar citaré los conceptos emitidos por el señor Jules Basdevant, Profesor de Derecho Internacional Público, en la Universidad de Grenoble, en un estudio titulado "Dos convenciones poco conocidas sobre el derecho de la guerra", publicado en la **Revue Generale de Droit International Public**, de París, y que se refiere al Cartel firmado por los Estados Unidos y la Gran Bretaña, el 12 de mayo de 1813, para determinar la condición y canje de los prisioneros y al tratado que celebraron el 26 de noviembre de

(8) Oliveira Lima—do la Academia Brasilera.—"La Evolución Histórica de la América Latina".—Bosquejo comparativo. Editorial América.—Madrid.—Pág. 29.

(9) Dr. JULIO C. SALAS.—Tierra Firme.—Venezuela y Colombia.—Estudios sobre Etnología. Mérida. (Venezuela).—1908. El ejemplar de este libro que llegó a nuestras manos fué obsequiado por su autor en noviembre de 1911, a nuestro distinguido amigo el señor Dr. Cristóbal Mendoza.

1820, el Libertador Simón Bolívar y el General Pablo Morillo para la regularización de la guerra. (10)

"A pesar de estas analogías —dice el profesor Basdevant— el espíritu de las dos convenciones es evidentemente distinto: el cartel se refiere al canje, y busca la pronta liberación de los respectivos prisioneros; la Convención de Trujillo, celebrada durante una GUERRA CIVIL con el objeto de moderar sus excesos, tiende sobre todo a garantizar la vida de los individuos capturados a cada partido. Su objeto no es el canje sino la "regulación" de la guerra, es decir, la aplicación a una CONTIENDA CIVIL de los principios ordinarios de la guerra internacional".

Más adelante agrega: "Aplicar tales principios y los procedimientos de la guerra internacional a la lucha sud-americana, QUE FUE UNA CONTIENDA CIVIL, es seguir la opinión de Vattel..." "Para introducir la temperancia de esta GUERRA CIVIL, se extienden a ella las fórmulas de la guerra internacional, y es en ésto en lo que consiste la regularización de la guerra a que la Convención se refiere..." Estamos en presencia de UNA GUERRA CIVIL que no puede terminar sino con la independencia de Colombia o por su sometimiento a la dominación española... "Ella (la Convención de Trujillo) se inspira en el cuidado de evitar que un beligerante ejerciera en la lucha pendiente, que era UNA GUERRA CIVIL, la represión contra los partidarios del enemigo..." Tal es el contenido de la Convención de Trujillo. Su carácter dominante es el de ser un Tratado para la "regularización" de la guerra, de someter las fases de UNA LUCHA CIVIL a las reglas del derecho internacional".

Pero al concuir aquí esta serie de citas que podría continuar fácilmente hasta formar un grueso volumen, me asalta una duda: ¿Quién estará en posesión de la verdad? Hacia qué lado debe inclinarse el criterio de las presentes generaciones? ¿Quiénes tendrán la razón: Miranda, Bolívar, Roscio, Zea, los historiadores y publicistas que he citado o los críticos y seudo-historiadores que consideran como un delito de lesa patria el que yo demostrara que LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA FUE UNA GUERRA CIVIL?

Erudimini qui judicatis...

---

(10) Esta última parte fué traducida por el escritor venezolano José Austria y publicado en El Cojo Ilustrado, correspondiente al 15 de julio de 1914.

LOS OBISPOS EXPULSOS

A propósito de un artículo de Delfín Aguilera (Don Anselmo).

Al leer en **Sagitario** el artículo un tanto caprichoso de nuestro excelente amigo y colega Delfín Aurelio Aguilera, titulado el **Arzobispo Silvestre**, presentimos la aparición inmediata de don Enrique Fánger, defendiendo la sagrada memoria de su Ilustre Amigo, el Arzobispo Guevara y Lira.

La fidelidad de Fánger es inquebrantable! Su culto por los amigos muertos es casi japonés, y muy imprevisivo anduvo en esta ocasión el avisado **Don Anselmo**, no documentando su artículo para abroquelarse contra la réplica inevitable de don Enrique.

Se la dió muy completa en **El Eco Venezolano** con sólo insertar un capítulo de su libro sobre el Ilustrísimo Arzobispo, y agregarle algunas notas que no tienen refutación.

No sé en qué fuente bebió Aguilera, pero se engañó de seguro, al atribuirle a Antonio Guzmán Blanco en 1852, una intervención cualquiera en asunto tan importante como la elección de un Arzobispo, cuando apenas contaba para entonces 23 años el futuro dominador de Venezuela. Y cuentan que el más dado a profetizar éxitos no habría podido hacerlo con aquel joven delicado, tímido, educado en los salones, de voz un tanto atiplada, alto y delgado en grado sumo; y que aun siendo hijo de un personaje político tan ruidoso como don Antonio Leocadio, no se le había conocido hasta entonces sino por su marcada afición a la oratoria de cofradías y por su reputación de hijo amantísimo.

Ocultas estaban bajo aquellas delicadas apariencias las múltiples dotes que debían revelarse más tarde, en la ruda existencia de los campamentos federales, donde con increíble rapidez se transformó de Doctor y **patiquín** en General en Jefe, hasta llegar a recibir de las temblorosas manos del héroe de Las Queseras el Cetro

Caudillesco, dando así el primer paso en la escala que debía conducirlo a la más formidable autocracia.

La figura de Guzmán Blanco está clamando ya por el análisis psicológico. Pero sin un gran acopio de ciencia moderna, sin una buena dosis de observación y de análisis, el tremendo dominador por 20 años, seguirá siendo, como él mismo lo dijo (quizá sin creerlo), un juguete del destino o un ciego instrumento de la anti-científica Providencia.

Quien no sea capaz de aplicar los métodos modernos, sólo hará, al ocuparse de Guzmán Blanco, imitar a Fausto Teodoro de Aldrey, si lo encomia, o a "El Libro de Oro" y a **La Tribuna Liberal**, si lo deprime. Los hombres del día no aceptamos ni una ni otra cosa. Ni Pasquino ni Marforio.

Mucho hay que ahondar en la organización psicológica del Regenerador, para conocer las transformaciones invisibles de su mecanismo moral. Todas sus ideas, todos sus actos; cuantos fueron suyos, cualidades y defectos, tienen sus raíces profundas en los dos grandes factores que dan origen a toda individualidad: la herencia y la educación; tomando por esta última "el conjunto de circunstancias al través de las cuales se prosigue el desenvolvimiento del individuo".

¿Cómo poder explicar de otro modo la extraña evolución realizada en las ideas religiosas del Regenerador?

Cuán enorme distancia entre el piadoso orador de veinticinco años y el formidable Dictador Providencial que demuele iglesias y conventos para hacer plazas, teatros y edificios destinados a los servicios públicos; disuelve las congregaciones religiosas y hace propiedad nacional los bienes de manos muertas; instituye el matrimonio civil y el registro, seculariza los cementerios, expulsa al Prelado Metropolitano, amenaza a la Santa Sede con separar a Venezuela del seno de la Iglesia Romana, y continúa vigorosamente la tradición de los gobernantes de 1830 que restablecieron y sostuvieron a todo trance la prudente ley de Patronato.

*
* *

Es curioso pensar que en la que fué quizá la más obscura de las Colonias españolas de América, hubiera quien realizara, desde

hace ya cerca de 40 años, en más amplias proporciones, el programa que a duras penas está llevando a cabo en la Madre Patria, Canalejas, el más avanzado de sus hombres de Estado.

A qué atribuirlo? Ni siquiera al empuje violento de una reacción política, porque la Iglesia no ha sido jamás entre nosotros la aliada de ningún partido. Liberales andan por allí, que hasta encuentran beneficiosa la institución de Ignacio de Loyola y godos de **uña en el rabo** que han rechazado la Iglesia hasta en la hora de la muerte.

En la misma guerra de Independencia hubo clérigos combatientes en una y otra fila; y aquel célebre cura realista, natural de Siquisique, llamado Andrés Torrellas —"presbítero benemérito—decía Morillo—que defiende con el mayor tesón la causa del Rey",— es quien como Vice-Presidente del Senado de la República en 1833 "declara de nuevo vigente y manda observar la ley de Patronato".

Y hay que decirlo: nunca fueron esas reformas causa de conmociones populares. Lo atribuirá quien ahonde en la evolución sociológica del país, a carencia de extratificaciones hereditarias en materia religiosa, pues nunca fué efectiva por estos trigos la Santa Inquisición y el doctor Juan Germán Roscio nos dice que ningún esfuerzo costó a los republicanos suprimir el Santo Oficio y que antes de 1810 existían ya en Venezuela Logias masónicas. Lo que no habla muy en favor del celo de la Iglesia en los tiempos coloniales.

El elemento popular que mayor influencia tuvo en la guerra de Independencia —en una y otra fila— salió de las llanuras del Guárico y de Apure, a donde según el general Páez, no llegaba jamás "el tañido de la campana que recuerda los deberes religiosos". Humboldt había observado ya que las misiones del llano eran por lo regular el refugio de todos los bandoleros de aquellas comarcas; y se encontró conque el religioso, fundador de la misión del Guayabal, había tenido una pulpería dentro de la propia iglesia. (1) El General Morillo atribuye más de una vez al clero secular la propagación de las ideas democráticas y el consiguiente desamor a la Causa del Rey.

(1) Viaje a las Regiones Equinocciales.

Los que creemos por convicción científica que las religiones constituyen una de las bases más fundamentales del edificio social, porque es ahora cuando la educación y la moral laicas comienzan a predominar en los pueblos más cultos, tenemos el derecho de observar, sin temor a sospechas de sectarismo, que la religión católica ha tenido en Venezuela una acción poco fecunda. Como la propia doctrina democrática la religión ha sido entre nosotros "un objeto de puro verbalismo, de representación exterior, sin fuerza educativa, sin influencia en los grandes fines de la vida, sin acción disciplinaria en la colectividad". El rasero igualitario de la revolución no dejó entre nosotros ni siquiera una casta militar y jerárquica que hubiera podido servir de aliada al catolicismo, como sucedió en otras naciones de Hispano-América.

Cuando el Libertador, por razones políticas, y no a impulsos de sentimientos atávicos —según creen algunos— solicitó la alianza de la Iglesia Católica "para salvar a Colombia de la anarquía", la opinión pública en Venezuela fué opuesta a todas las medidas dictadas con aquel propósito; a tal punto, que los hombres más allegados a Bolívar, y Páez mismo —que entonces consideraba la Dictadura como la mejor Constitución, que pudiera darse a la República— tuvieron que manifestárselo categóricamente.

"La opinión pública —dice Briceño Méndez— se ha afirmado más y más (en el sentido de la Dictadura); pero debo advertir que los decretos sobre el clero y los frailes, no han dejado de hacer una mala impresión". (2)

Y días más tarde agrega: "Otro decreto que ha dado lugar a chismes es el de supresión de algunas cátedras de política (Benthan); pero consiste principalmente en que en lugar de ellas se establecen las de moral teológica o cosas semejantes". (3)

El General Páez es mucho más explícito:

"Me dice Ud. también que va a apoyar su plan sobre la Religión. Es inútil que yo le haga observaciones acerca de esto: pero como hay tanta diferencia sobre el ejercicio del poder religioso en Bogotá y en Venezuela, tampoco puedo dejar de recordárselo. Mucho hemos trabajado (?) para salir de los horrores del

(2) O'L.—Corresp. VIII. pág. 275.—Carta de 27 de Setiembre de 1828.

(3) Id. id. id. p. 297.—28 de Diciembre de 1828.

fanatismo, y del influjo sacerdotal sobre los pueblos: en Venezuela apenas (sólo) se ocupan ya en su ministerio y están persuadidos que este es puramente de paz, sin introducirse a averiguar el régimen interior de las casas, o a ejercer actos de jurisdicción bajo pretexto doctrinales; así pues yo considero, que cuando Ud. me dice que va a apoyar el Gobierno sobre la Religión, será con toda aquella delicadeza que demanda la ilustración del siglo, que prefiere, en mi concepto, la libertad del entendimiento a la libertad civil". (4)

No es pues extraño que la reacción contra Bolívar y la Gran Colombia, llevara a los venezolanos a sancionar en la Constitución de 1830 la libertad de cultos, y que godos y patriotas unidos entonces en favor de la separación, apoyaran el **extrañamiento** del Arzobispo y de sus sufragáneos los Obispos, **in partibus**, de Trícala y Jericó, Gobernadores diocesanos de Mérida y Guayana, que habían seguido el dictamen del Metropolitano.

Un periódico de la época, defendiendo el proceder del Gobierno, sentaba con admirable sutileza la diferencia que existe entre **expulsión**, término empleado por los clérigos que calificaban el hecho de inconstitucional, y **extrañamiento**, que en su concepto equivale a **desnaturalización**, "recaída —decía— por no querer el Obispo ser individuo de la sociedad venezolana; por no haber querido entrar en el pacto celebrado por los venezolanos; y es muy singular, por no decir risible, que la dicha representación (del clero) pidiendo al Obispo, alegue artículos de una constitución que el Obispo no quiso jurar, y a que no se quiso someter, por lo cual se le extrañó".

Según el periódico, el Obispo "pretendía ser venezolano, pero no bajo la ley venezolana, sino bajo una ley aparte, una ley peculiar y separada del resto de la comunidad": el Congreso, "el soberano tiene derecho a decirle: No te conformas con la ley, porque quieres otra. Vé a buscarla en otra parte, pues que no perteneces a esta sociedad que quiere vivir bajo esta ley. Aquí no puede nadie ser venezolano, sino el que de lleno se sujete a ella. Eres extranjero aquí: tu soberano estará en otra parte". (5)

(4) Id. id. p. 156.—7 de Agosto de 1825.
(5) VENEZUELA Y EL CONGRESO.—Caracas: 20 de Mayo de 1831. Nº 3.

Estos argumentos fueron los que Páez sintetizó en aquella hermosa frase de su carta al Arzobispo Méndez, y que hoy mismo tendría novedad en la propia pluma de don José Canalejas, para increpar a esos Prelados españoles que ponen a Roma antes que a la Patria: Usted no ha dejado de ser ciudadano por ser Arzobispo". (6)



Si el partido que se llamó conservador mantuvo tan en alto el principio de la preponderancia civil, ¿cómo no había de hacerlo el liberal?

Guzmán Blanco encontró a Monseñor Guevara y Lira siendo un fiel aliado de la Dictadura Páez-Rojas, sinembargo de deber su elección al General José Gregorio Monagas. ¿Y podía ser de otro modo? ¿Cómo iba el Prelado Metropolitano a librar su mitra al incierto éxito de las guerrillas federales? Ya en el camino de los oligarcas continuó en él hasta la fusión azul; y hombre de carácter intransigente debía chocar con el imperioso Caudillo de la revolución de Abril.

Es toda una historia llena de curiosas peripecias esa lucha entre el Arzobispo y el Ilustre, en que la Santa Sede jugó un papel que aun permanece en el misterio.

La clave no está sino en los medios de que se valió el General Guzmán para obtener de Monseñor Guevara y Lira una renuncia que durante largo tiempo se había negado a suscribir el Prelado.

"Monseñor Roque Cocchia, bien conocido entre nosotros —decía Fánger en meses pasados desde las columnas de "El Tiempo"— sorprendió la buena fé del Ilustrísimo Señor Guevara y le arrancó la renuncia de la Mitra".

Refugiado el Arzobispo en la isla de Trinidad, fué allá donde Pío IX envió su Legado solicitando una conciliación con el Ilustre Americano, quien empeñado ya en fundar la Iglesia Católica, Apostólica y Venezolana, había llevado el asunto a conocimiento del Congreso. Pero todo ese ruidoso aparato —muy de la índole de Guzmán Blanco— no pasaba de amenaza. A poco de estar el

(6) Autobiografía.—II. pág. 156.

Nuncio en Puerto España, llegó a aquella isla un Cónsul de Venezuela con instrucciones secretas, y personalmente capaz por la inteligencia, por el carácter y por facultades muy sobresalientes de detective, de penetrar las más personales intenciones del sagaz italiano. (7)

¿No debía a éste interesarle más que nada, el devolver al seno de la Iglesia Romana los dos millones de fieles que guiados por un hombre convencido ya de su misión providencial, (8) pretendían romper los dulces lazos que los ligaban a la Santa Sede? Eso podía ser al menos una buena razón justificativa de lo que iba a suceder.

¿Cuáles fueron las negociaciones? ¿De qué modo sorprendió el Nuncio —como dice Fánger— la buena fé de Monseñor Guevara?

Entre nosotros vive, ostentando aun una sorprendente juventud, el comisionado tan acertadamente escogido por Guzmán Blanco: ¿por qué no nos obsequia con esa bella página de historia contemporánea?

Quien como él reconstruye con tanto ingenio la vida colonial y narra los magnos hechos de la Independencia, pudiera darnos los detalles de ese interesante episodio del Septenio, en que su habilidad diplomática jugó un papel tan interesante.

Hace diez años, que de los labios del propio Cónsul, recogimos el historial completo del asunto. Inmediatamente lo trasladamos al papel. Pero ni tenemos a la mano el documento, ni es natural que vayamos a tomarnos la libertad de decir quizás mal, lo que él puede narrar con más talento y mayores detalles.

Creemos sí recordar, que tan hábilmente se condujo el Negociador, que si con el Ilustre Americano aquilató sus títulos de buen servidor, del Papa obtuvo una absolución general de cuantos pecados cometiera hasta la hora de la muerte; una especie de patente de corso.

A Guzmán Blanco lo comparó el Nuncio con Carlo-Magno, no sabemos si por orden expresa del Santo Padre.

---

(7) El General Lino Duarte Level.

(8) "He creído en mi misión.—Dios me lo ha hecho todo". Al Congreso de 1873.—Mensaje de Guzmán Blanco.—Passim.

NOTAS SOBRE RELIGION

(A un católico).

Desea usted conocer mi criterio respecto a la cuestión religiosa en Venezuela, pues no cree usted con razón que yo pertenezco a los enemigos sistemáticos de la Iglesia y que considere este problema completamente resuelto o favorablemente resuelto para nuestro porvenir, apreciándolo como **librepensador** y no como sociólogo.

En mis estudios sobre la evolución social y política de Venezuela, no me ocupo de la Iglasia sino para lamentar el desprestigio en que había caído, siguiendo paralelamente la marcha regresiva de todo el organismo nacional a impulso de causas complejas que yo expongo con toda la libertad de criterio de quien no aspira sino a fines puramente científicos, comprobando en nuestro medio las leyes del viejo mundo y trabajando al mismo tiempo en la obra de reconstrucción iniciada en el país por el actual régimen

Librepensador, determinista, positivista, en toda la extensión que racionalmente quiera darse a estos conceptos, soy sinembargo el primero en condenar el indiferentismo religioso de nuestro pueblo, que lejos de ser una demostración de cultura —como vulgarmente se cree— es un signo inequivoco de barbarie, porque nada es más conforme con la naturaleza humana que el instinto religioso y nadie puede desconocer su importancia como lazo social y como freno moral para las multitudes. No es un teólogo sino uno de los más grandes filósofos del positivismo quien ha escrito estas elocuentes palabras:

"Se puede valorar al presente todo el aporte del cristianismo en la formación de nuestras sociedades modernas, todo lo que en ellas ha introducido de pudor, de dulzura y de humanidad, todo lo que en ellas sustenta de honestidad, de buena fé y de justicia.

Ni la razón filosófica, ni la cultura artística y literaria, ni aun el honor feudal, militar y caballeresco, ningún Código, ninguna administración, ningún gobierno, son suficientes para suplirlo en este servicio. Bajo su envoltura griega, católica y protestante, el cristianismo es todavía para 400 millones de criaturas humanas el inmenso par de alas indispensables para elevar al hombre por encima de su vida rastrera y de sus limitados horizontes y conducirlo a través de la paciencia, de la resignación y de la esperanza hasta la serenidad; y trasportarlo más allá de la temperancia, de la pureza y de la bondad hasta la abnegación y el sacrificio. Sólo el cristianismo puede detenernos sobre nuestra pendiente natal, contener el insensible deslizamiento, por el cual incesantemente, y con todo su peso original, nuestra raza retrograda hacia los bajos-fondos; y el viejo Evangelio es todavía, hoy mismo, el auxiliar más poderoso del instinto social".—(H. Taine).

Yo creo que mientras el progreso de la ciencia y la educación laica y democrática no hayan modificado lenta y evolutivamente la herencia psicológica de los pueblos hispano-americanos, es no sólo inútil sino peligroso pretender suprimir la influencia cultural de la religión. Tan grande es su acción educadora que el mismo pueblo anglo-americano, uno de los más positivistas, le atribuye una enorme importancia a causa de las reglas de vida que ella impone.

En Venezuela, durante toda la pasada centuria se vió claramente, como la perversión moral de las masas vino en aumento a medida que la religión fué perdiendo la influencia que tuvo en la época colonial: y aun en los primeros años de la República, cuando todavía podían señalarse en número mayor que al presente, prelados y sacerdotes ilustres y virtuosos que edificaban con la palabra y con el ejemplo, manteniendo la disciplina y el respeto necesarios al cumplimiento de su elevada función social. Los efectos de esa debilidad (por no emplear un término más duro, aunque más propio) en que cayó la iglesia venezolana, se hacen sentir profundamente en la ética de nuestro pueblo y tienen sus más trascendentales repercuciones en la constitución regular de la familia, base fundamental de las sociedades civilizadas. ¿Será aventurado afirmar que cien años de prédicas jacobinas y de demoliciones

revolucionarias que han destruido a la vez el prestigio de las leyes y el prestigio de la religión, nos han hecho retrogradar violentamente hacia la tribu, indígena o africana, cuando la estadística nos está comprobando que el matrimonio no es el tipo general de la familia venezolana?

En la época colonial, contra la que todavía claman los ignorantes, que repiten como loros cuantos cargos y argumentos justificativos inspiraron las pasiones y los intereses en los días de la lucha; bajo aquel régimen que dió a la Patria los hombres de quienes legítimamente nos enorgullecemos, las sinodales de nuestras diócesis llegaban a imponer a los amos, bajo penas severas, el matrimonio de sus esclavos; y el concepto moral de la mujer reposaba sobre un dogma religioso que perfumaba de poesía la virginidad. Las doctrinas prestadas proclamadas cándidamente por nuestros demagogos, llevaron el desprestigio a todas las instituciones fundamentales de la sociedad so pretexto de que servían de base al despotismo, y la iglesia fué perdiendo su influencia moral al punto de que el hábito y la tonsura atraen casi por todas partes el desdén y la burla antes que el respeto; y la profesión sacerdotal, que fué prez y honra de familias patricias y en la que brillaron teólogos ilustres y oradores insignes que con el alto valer personal realzaban la sagrada investidura, llegó a servir después, con raras y honrosas excepciones, de refugio a los fracasados de la vida, o a los que solicitan un medio fácil y cómodo de ganarse el pan sin luchas ni tormentos.

Hombres sin sólida cultura, envenenados por los filósofos franceses del Siglo XVIII y sus discípulos (1) leídos en pésimas traducciones, y no conservando de todo el conjunto de sentimientos que forman la trama del concepto religioso, sino el miedo a lo desconocido, el horror a la muerte, nuestros liberales de todos colores (pues aquí se ha tenido como ignominioso llamarse conservador) han vivido en el seno de la más absoluta incoherencia. Liberales radicales hemos tenido que contribuyeron a sancionar las leyes más avanzadas en contra de los privilegios de la iglesia católica; que cuentan entre las grandes conquistas de su partido la supre-

(1) "El anticlericalismo —ha escrito Faguet— es una enfermedad del espíritu francés".

sión de los conventos, la secularización de los cementerios, el registro civil, el matrimonio civil y el divorcio, etc. y son a la vez que masones, católicos, apostólicos, romanos y hasta ultramontanos, en ocasiones, llegando al extremo de solicitar y obtener del Santo Padre distinciones aristocráticas, como la de Caballero de un hábito cualquiera, después de haber vivido proclamando la igualdad democrática y deberle a la democracia cuanto han sido y cuanto tienen. Hombres que en España, por ejemplo, serían reaccionarios, carlistas, y en Francia se alistarían entre los miembros de la extrema derecha, en nuestra democracia en formación se llaman Liberales. ¿Y no ha observado usted que los más furiosos jacobinos se han reclutado entre nosotros en el partido Godo, llamado erróneamente Conservador? ¿No recuerda usted que los hombres dirigentes de 1830, fueron los más radicales que han existido en Venezuela?

Cualquiera sería capaz de pensar que yo mismo me encuentro dentro de esta incoherencia. Pero es que yo no veo en el catolicismo, como en ninguna otra religión, sino su grande, imprescindible e insustituible utilidad social; el aporte que puede dar —dentro de los estrictos límites de sus funciones sociales— a la obra de la reconstrucción nacional, sin exponer su prestigio a los embates de las luchas políticas.

Para los hombres ignorantes —ha dicho Le Dantec— (y estos constituyen la mayoría en todos los países) la forma de la ley más fácil de imponer y de aplicar es aquella que toma un carácter religioso y que por consecuencia explota en favor del orden social un miedo irrazonado más poderoso que el temor al gendarme. La moral sin Dios está muy distante de ser todavía un credo para las multitudes. Separar la religión de la moral, en pueblos de mentalidad rudimentaria, es un error difícilmente corregible. El altruismo puede vivir independientemente de la fé, pero es en espíritus de una selección superior. Los santos laicos como Littré, han sido raros en el mundo. Y no hay en la historia moderna sino un solo pueblo donde los imperativos del derecho, que es, según Stein, "una pedagogía para los adultos", hayan tenido una fuerza educativa superior a los de la religión. En Prusia, desde los tiempos de Federico el Grande, que era un ateo declarado, la propie-

dad y la seguridad personal estaban infinitamente mejor garantizados que en la Italia y la España meridionales, donde los preceptos religiosos constituyen todas las reglas de la moral.

En la trama psicológica de nuestro pueblo se hallan tan estrechamente unidas la religión y la moral, que destruir la una es fatalmente atentar contra la otra. Y como la religión era en el antiguo régimen el guardián de la tradición, nada más natural que los revolucionarios lucharan contra ella en nombre de la libertad, ayudando en la obra destructora el concepto liberal de que el clero y el ejército constituían los fundamentos primordiales de los despotismos políticos. Desgraciadamente la historia entera de la América independiente ha comprobado la falsedad del concepto, con la existencia de tiranías jacobinas, cuyas causas profundas estamos buscando hoy en la compleja constitución étnica de nuestras masas pobladoras y en las influencias del medio físico y telúrico, y con el espectáculo de pueblos libres donde la tradición ha sido respetada. El progreso de las ideas democráticas va haciendo imposible el pretorianismo y la teocracia. Y así como el ejército moderno es el guardián de la libertad y del derecho, la religión puede ser una de las bases de nuestra generación moral después de un siglo de turbulencias jacobinas.

Yo no veo en ello un peligro de retroceso, ni un medio de sustituir con despotismos organizados los despotismos inorgánicos de nuestra América. El catolicismo, como institución humana, sufre las leyes de evolución y de adaptación. Flexible y viviente, la Iglesia romana se adapta a despecho de sus propias intransigencias, comprendiendo que es condición esencial de su existencia el aceptar lentamente los resultados de la evolución humana: **Patiens quia aeterna.**

La Iglesia que acoge las doctrinas de Plotino y las sutilezas de la teología alejandrina; que estudia hasta el exceso, en todo el curso de la edad media la lógica y la metafísica aristotélicas; el humanismo, el sentido de la belleza y de la vida intensa, en el Renacimiento, bajo los pontificados de León X y de Julio II; y que con León XIII supo plegarse a los movimientos de un siglo empa-

pado de democracia y de aspiraciones sociales, (2) no puede constituir una amenaza en pueblos como el nuestro, donde las revoluciones han destruido hasta los más ligeros vestigios de jerarquización social, y donde la supremacía del poder civil ha llegado a ser una tradición política que nadie discute.

En el seno del estado laico, del estado arreligioso, que es el ideal de un pueblo que necesita atraer a su seno los hombres de todas las naciones civilizadas, para dejar de ser algo más que una simple circunscripción geográfica, el Catolicismo puede recuperar su influencia moral y educadora contribuyendo al afianzamiento del orden social, sin perjuicio de las instituciones políticas a cuya efectividad aspiran los venezolanos.

(2) G. Calderón.—Le Perou Contemporain.

TESTIMONIO INSOSPECHABLE

El distinguido publicista, señor Laureano Vallenilla Lanz nos brinda en el número 66 de la **Revista Universitaria**, correspondiente al último diciembre, un manojo de consideraciones sobre el desprestigio del clero en Venezuela y consiguiente decadencia del influjo religioso en nuestra sociedad; lamentándose de ello con muy buen acuerdo, como perjudicialísimo para la civilización del país.

Nos parecen esas consideraciones dignas de tomarse en cuenta, pues ellas abundan en tristes pero innegables verdades, y ya es hora de que la verdad se abra paso entre nosotros para que la obra de nuestra reconstitución social pueda llevarse a cabo con la debida eficacia.

Claro está que disentimos del ilustrado articulista en cuanto al aspecto filosófico, digámoslo así, de sus consideraciones. Pretender que el laicismo pueda alguna vez sustituir los efectos de la Religión, ni entre los ignorantes ni entre los cultos, es una utopía. Considerar la influencia de la Religión desde un punto de vista meramente humano y suponer que una institución sin carácter realmente divino, sea capaz de efectuar la obra civilizadora y permanente que Vallenilla Lanz, con tan excelente criterio, atribuye al catolicismo, es sólo el efecto de un racionalismo irreductible, que por nada en el mundo quiere dar su brazo a torcer en materia de orden sobrenatural. Lo mismo dígase del concepto explicativo de la adaptación de la Iglesia a las diversas formas de evolución política de los pueblos y de alguna otra

aseveración positivista o demasiadamente **democrática**, contenida en el artículo a que nos referimos.

Pero en cambio parécenos que las afirmaciones prácticas, la comprobación de hechos y los juicios acerca de ellos que en ese escrito se leen, son de una completa exactitud y merecen bien ser tenidos en cuenta por aquellos a quienes incumbe.

Cuando se está pregonando la conveniencia de suprimir en las escuelas la enseñanza concreta de la Religión, no está mal que de una pluma autorizada e insospechable para el librepensamiento, salgan afirmaciones como estas respecto del mismo pueblo que se trata de educar: "La moral sin Dios está muy distante de ser todavía un credo para las multitudes. Separar la religión de la moral es un error difícilmente corregible".

Pensamos también que el señor Vallenilla Lanz no ha señalado bastante en su artículo la parte de la persecución a la Iglesia por los Gobiernos y las funestas influencias políticas en el Santuario, al hablar de "esa debilidad en que ha caído la Iglesia venezolana".

El artículo de Vallenilla Lanz es un signo de los tiempos. Cuando se comienzan a ver así de frente los problemas sociales, y se tratan con esa serenidad las cuestiones, aun cuando se esté filosóficamente a distancia, puede contarse con que todas las buenas voluntades se unen para contribuir al bien de la patria.

(De **La Religión**, de Caracas.—31 de enero de 1913).

CESARISMO DEMOCRATICO Y CESARISMO TEOCRATICO

Al Director de "El Tiempo", de Bogotá.

Muy airado se me viene encima el eminente escritor colombiano, doctor Eduardo Santos, desde las columnas de su periódico El Tiempo, de Bogotá, con motivo de mi libro "Cesarismo Democrático".

Francamente que me ha sorprendido el juicio crítico del distinguido publicista, que es más propiamente un ataque personal absolutamente inexplicable, y una diatriba muy poco velada contra el actual régimen político de Venezuela.

El señor doctor Santos comenta y critica todo lo que en el libro se refiere a Venezuela, pero no dice una palabra sobre lo referente a Colombia. Para él parece que no ha existido jamás el "Cesarismo Teocrático" del doctor Rafael Núñez; y asienta que su país es el más libre, el más digno, el más republicano de América.

Yo no he escrito ese libro para criticar a Colombia ni a ningún otro pueblo hispano-americano. Apunto los hechos; a ellos me atengo con un criterio esencialmente positivista, y, "si la verdad escandaliza, que se produzca el escándalo, pero que la verdad sea dicha".

Entre mis convicciones de historiador y de sociólogo y mis convicciones políticas, no hay discrepancia de ningún género. Yo soy en el libro el mismo hombre que en la prensa, en la plaza pública y en el Congreso. Sostengo el régimen actual de Venezuela, porque estoy plenamente convencido por los resultados, de que es el único que conviene a nuestra evolución normal; porque es el que, imponiendo y sosteniendo la paz a todo trance, está preparando el país para llenar ampliamente las dos grandes necesidades de todas estas democracias incipientes, con enormes desiertos y con poblaciones escasas y heterogéneas, que carecen toda-

vía de hábitos, de ideas y de aptitudes para cumplir los avanzados principios estampados en nuestras constituciones escritas: inmigración europea y norteamericana (gente blanca) y oro, mucho oro, para explotar nuestra riqueza y hacer efectiva la unidad nacional por el desarrollo del comercio, de las industrias y de las vías de comunicación. Y esto no se obtiene con tarasconadas, ni con prensa libérrima para insultar al Gobierno, ni con discursos incendiarios, ni con la absoluta preponderancia de la Iglesia Católica. En España existe todo eso y todavía se dice que "Africa comienza en Los Pirineos" y los hombres pensadores de la Madre Patria está clamando por la "auropeización". Si Colombia, bajo ese régimen tan semejante al de la Madre Patria hace un siglo y que a ellos se les antoja perfecto, se encontrara a la altura de la Argentina o del Uruguay, nos convenceríamos de que ellos están en un grado superior de evolución respecto a nosotros. Las palabras del Libertador debieran estar grabadas en el cerebro de todos los hombres políticos de Hispano-América; el discurso de Angostura debiera ser el credo constitucional de todas estas democracias en agraz.

El doctor Santos no se da cuenta, en medio de su inexplicable exaltación, de que cualesquiera que sean las circunstancias en que se publica mi libro, sus conclusiones cuadran a todos los regímenes que han tenido Venezuela y otros pueblos de la América, desde la Independencia hasta hoy, sostenidos por todos los partidos. Si esos son los hechos, ¿por qué ocultarlos para seguir viviendo en la ilusión y en la mentira? "No hay gobierno estable sin pueblo a la espalda, pensando como el gobierno mismo, sintiendo y procediendo como él". D'Auriac acaba de escribir que todo gobierno es tácita o explícitamente representativo. Si en Venezuela existe el Caudillo —y existirá hasta que el medio social y económico no se modifique— en Colombia, mientras no suceda lo mismo, preponderará la Iglesia Católica como el más poderoso y eficaz fundamento del orden social; y la prensa, libérrima para insultar al Gobierno, no se atreverá sin escándalo a escribir un solo suelto de crónica ni contra el cura más humilde de la más apartada parroquia. ¿Y quién tiene la culpa de eso, allá y aquí? Las cosas son como son y no como los ideólogos quisieran que

fuesen. A diferentes medios geográficos, étnicos y económicos corresponden necesariamente diferentes regímenes de gobierno. Lo demás es situarse en los tiempos del Abate Mably, "cuando se consideraban las instituciones políticas como moldes de fabricar pueblos".

Yo preguntaría al doctor Santos: ¿quién eligió Presidente de la República al doctor Suárez? Su candidatura, a menos que la prensa haya mentido, fué recomendada, o impuesta no solamente por los Obispos de Colombia sino por el Nuncio de Su Santidad, y como herejes fueron calificados y tratados los partidarios de Guillermo Valencia. Cosa inaudita para los venezolanos, porque ni a nuestros Prelados ni al representante de la Santa Sede se les ha ocurrido jamás inmiscuirse en la política del país. Y esto no es nuevo. Cuando el Arzobispo de Caracas, doctor Ramón Ignacio Méndez, se negó a jurar la Constitución de 1830, arrastrando en su rebelión a los Obispos de Trícala y Jericó (Obispos **in partibus**, gobernadores de las Diócesis de Mérida y de Guayana), el Gobierno los extrañó del territorio; y se trataba nada menos que de dos próceres de la Independencia: Méndez y Talavera. El llanero Páez lanzó entonces un concepto, que vale más, mucho más, que toda la Ley de Patronato Eclesiástico: —"Usted, compadre —le dijo al doctor Méndez— está en un error, porque usted no ha dejado de ser ciudadano por más que sea Arzobispo".

Si yo analizo fríamente, científicamente, las bases de nuestra Constitución efectiva, ¿por qué el doctor Santos no hace lo mismo con la de su país? ¿Por qué no me discute y me comprueba que el régimen gubernativo de Colombia no es esencialmente teocrático, por imposición del medio geográfico, como es individualista el de Venezuela, por la mismo razón? ¿Es incierto o aventurada mi afirmación de que el doctor Núñez, ateo, materialista, spenceriano, se aliara con el Arzobispo Paúl para acabar con la anarquía parroquial y caciquista, legalizada por la Constitución de Río Negro? A eso ha debido reducirse la crítica del doctor Santos y no a lanzar diatribas contra el Gobierno de Venezuela y contra mí, tergiversando mis conceptos, lo cual es una falta de lealtad imperdonable en hombre de su capacidad y de su buen juicio.

No creí yo al doctor Santos tan **panglosiano**, como la gran mayoría de sus colegas. "El pueblo de Colombia es el más ilustrado, el más libre, el más digno de toda la América". Y yo pregunto: ¿cuál es el pueblo en Colombia? ¿Serán las cien familias que desde la Independencia vienen figurando en el Gobierno, constituyendo las dos oligarquías que durante largos años se han discutido el poder, llamándose liberales y conservadores? Todos los colombianos se envanecen diciendo que sus gobernantes han sido siempre los letrados; y yo pregunto también: sus poetas, sus gramáticos, sus retóricos, sus escritores, sus oradores insignes, ¿supieron siquiera consolidar la unidad nacional? ¿En cien años de Independencia no han tenido tantas guerras civiles como nosotros? ¿Sus finanzas han estado jamás en mejor situación que la nuestra? ¿Su crédito ha sido más sólido que el nuestro? ¿Sus vías de comunicación se han multiplicado acaso? Y sobre todo **su pueblo**, es decir, la masa, la gran masa, ha sacudido definitivamente la modorra colonial, lanzando sus exponentes a las altas esferas sociales y políticas? Que se me señale siquiera una docena de hombres surgidos de las bajas clases populares que hayan sido en Colombia Presidentes, Ministros, Diplomáticos, etc. Y si los hubiere habido en cien años, no harían sino confirmar la existencia de un régimen oligárquico, aristocrático, hermético, apoyado en el clero o cayendo en la anarquía cuando se ha tratado de anular su influencia. ¿Dónde está entonces esa democracia selectiva de que tanto se envanecen los colombianos? Hasta hombres eminentes, escritores ilustres que aquí hemos conocido, no han llegado, ni llegarán jamás a ocupar determinadas posiciones, porque no son **de buena familia**. Me **replicarán** con la condición humilde del doctor Suárez; ¿y no se la enrostran constantemente, irrespetando a ese venerable anciano, que tanto honor hace a su patria?

Cosa distinta de lo que ha sucedido en Venezuela, donde nadie podrá negar, porque los hechos están a la vista, que al mismo tiempo que exponentes políticos, nuestro pueblo ha lanzado a la superficie social, engrosando las clases dirigentes, elementos intelectuales de primer orden y de ningún modo inferiores a los de cualquier otro pueblo de América. Desde la Independencia hasta

hoy ha surgido de las más bajas capas populares un gran número de escritores, periodistas, oradores, literatos, poetas, médicos, abogados, ingenieros, sacerdotes eminentes, que ha venido de abajo, de muy abajo, dando mayor lustre a la Patria que la mayoría de los señoritos de **buena familia**, incapaces de cerrar el paso a esos hijos legítimos de nuestra democracia, informe y turbulenta, pero vibrante del mismo coraje que realizó las más formidables hazañas de la Emancipación.

Fresco, como hecho de ayer, está el retrato trazado por el historiador español Don Mariano Torrente, cuando dijo que Venezuela "había producido los hombres más políticos y osados, los más emprendedores y esforzados, los más viciosos e intrigantes, y los más distinguidos por el precoz desarrollo de sus facultades intelectuales. La viveza de estos naturales compite con su voluptuosidad, el genio con la travesura, el disimulo con la astucia, el vigor de la pluma con la precisión de los conceptos, los estímulos de gloria con la ambición de mando, y la sagacidad con la malicia". Algunos tonos de sombra un poco fuertes tiene el retrato, pero nadie podrá negarle el parecido.

El doctor Santos no ha leído o no ha querido leer mi libro, desde luego que me atribuye un criterio providencialista de que carezco en absoluto. Si yo fuera colombiano, ya habría caído sobre mi pobre humanidad, desde hace largo tiempo, todas las excomuniones posibles.

También quiere enseñarme el eminante escritor lo que es democracia, cuando yo niego, francamente, que el pueblo venezolano sea aun **demócrata** en la acepción científica del vocablo. Aquí no ha habido hasta hoy, por causas que se hallan analizadas en el libro, sino una selección **au rebours** —soy el primero que lo ha dicho.— "La rebelión que comienza como un juego de niños, dirigida por las manos finamente enguantadas del Marqués del Toro, viene a terminar sobre una gran charca de sangre y un inmenso montón de ruinas, como un potro cerril, bajo la mano áspera y brutal del llanero Páez. Desde entonces la pirámide quedó definitivamente invertida". (Pág. 298). Entonces ¿qué pretende enseñarme a mí el doctor Eduardo Santos? La evolución de su patria ha sido distinta; es la colonia pura y limpia la que ha evolucionado

con una lentitud desesperante, y me atengo al testimonio de los hombres más eminentes de Colombia: al doctor Carlos Restrepo, por ejemplo, que así acaba de afirmarlo con gran escándalo de los panglosianos.

El doctor Santos, como Max. Grillo, me provoca a sostener una polémica de insultos; ambos pretenden que yo sienta, como la mayoría de los escritores colombianos, esa fobia, que les arrastra constantemente a insultar a Venezuela. No! Yo no siento ni odio, ni prevención contra la antigua Nueva Granada. Admiro, por el contrario, a sus grandes hombres, sin distinción de partidos; constantemente estoy leyendo libros y periódicos colombianos; soy quizá, y sin quizá, el venezolano que más ha procurado estudiar su evolución y su historia; cuento con la amistad de muchos de sus hombres notables, que no pueden verse entre sí, y de colombianos he recibido los más entusiastas aplausos por mis modestas labores intelectuales; el doctor Santos es uno de ellos.

La tarea a que quieren conducirme esos señores sería para mí facilísima. Me bastaría copiar, sin más comentarios, todos los insultos que se han prodigado los unos a los otros; los ultrajes sin tasa ni medida, que se han lanzado todos los partidos, y desgraciadamente no quedaría en Colombia, desde la Independencia hasta hoy, una sola reputación en pié, un solo gobernante patriota y honrado, ni un solo hombre público que no fuera a lo menos un ladrón, un criminal y un traidor. Ventajas inapreciables de la libertad absoluta de la prensa!!!

Pero la serenidad de criterio, la ausencia de prejuicios y de pasiones a que he llegado a fuerza de estudio y de observación ("Usted tiene la grandísima ventaja —me decía una vez Pérez Triana en carta que conservo— de ver y de juzgar todas las cosas políticas en historia") me alejan de ese ambiente en que toda curiosidad científica desaparece. Yo no concibo el bacteriólogo que odie a unos microbios y sienta amor por otros... Hay que estudiarlos, analizarlos, seguirlos en su evolución, sin otra pasión, sin otro interés que los de extraer a la observación toda la utilidad posible en bien de la humanidad; y esta es también la misión del historiador y del sociólogo.

Estudiemos nuestras sociedades a la luz de la ciencia y no del dogmatismo político. Desgraciadamente la educación católica de los colombianos les impide todavía seguir las huellas de Samper y de Rafael Núñez. Allá el dogmatismo político se confunde con el dogmatismo religioso y ya lo observó ahora poco el eminente periodista inglés Cunningham Grahame (artículo publicado en "El Nuevo Tiempo", tomado del "The Daily Glaaner", de Kingston): "Para que Colombia se desarrolle y entre de lleno en el camino de la civilización se hace preciso que los asuntos políticos y los religiosos queden completamente separados". Hasta los jacobinos de Río Negro no fueron sino dogmáticos o fanáticos al revés.

El doctor Santos se manifiesta mortificado por tener que juzgar mi libro de acuerdo con el medio y el momento en que ha sido escrito. ¿Y de qué otra manera se puede juzgar a conciencia una obra literaria según los métodos modernos? ¿Se olvidó acaso el eminente publicista colombiano de la Introducción a la Historia de la Literatura Inglesa, de Taine? ¿Por qué, entonces, esas disculpas que nadie le está pidiendo? Juzgue mi libro aplicando la teoría de herencia, medio y momento; y lo hará mucho mejor que indignándose con mis conclusiones, para exhibirse ante sus compatriotas y copartidarios, por una necesidad de política doméstica y oportunista muy explicable, como el más fiel guardador del sacro fuego republicano, algo así como una vestal de levita y sombrero de copa. No se preocupe el doctor Santos. En mi libro encontrará, si lo lee sin prevenciones ni dogmatismos enciclopédicos, todos los elementos necesarios para hacer un juicio exacto de acuerdo con la teoría **tainiana**. Y verá que, si en Venezuela, durante todo el período de nuestra vida nacional, **la herencia**, el medio y el momento han determinado la preponderancia y el reconocimiento del Jefe Unico, como la base primordial del orden social y de la fusión de la nacionalidad, por la unificación de los elementos dispersos que nos dejó en herencia la colonia y más tarde la guerra de la Independencia, allá, en la antigua Nueva Granada, por las mismas causas de herencia, medio y momento, ha sido el régimen teocrático el único resorte eficaz que mantiene el orden, el apoyo más poderoso con que cuenta el Estado, el único poder unificador. Y la historia de Colombia comprueba, que cuando el

radicalismo inconsciente trató de arruinar ese poder conservador, se desató sobre aquella tierra la más espantosa anarquía, el desorden más absoluto, confesado y lamentado por los hombres más eminentes del partido liberal; y sólo pudo volver a su marcha ordenada, cuando el doctor Núñez reaccionó en favor de aquel poder, representado por el Arzobispo de Bogotá, y que constituía entonces, en medio del desastre, la única cabeza visible de la unidad nacional.

Yo no pretendo dar recetas de política; lo que sí aseguro es que la sociedad tiene antes que todo el derecho de vivir: que no vive sino en un ambiente de orden y de regularidad y que todo pueblo genera, de acuerdo con su idiosincracia, el poder capaz de crear y mantener aquel ambiente. Aquí es la preponderancia de un hombre representativo —el abreviado de Spencer— llámelo el doctor Santos tirano, déspota, autócrata, caudillo, cuestión de nombre; en Colombia es la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, unida estrechamente al Gobierno, pero más fuerte, más influyente, más identificada con el pueblo que el Gobierno mismo, porque los instintos políticos del pueblo colombiano son teocráticos; y yo continuaré afirmándolo mientras el estado social y político de Colombia no varíe y su Señoría Ilustrísima, el Arzobispo de Bogotá, no deje de ser como hasta ahora el gran elector de la República. Comprueben los escritores colombianos lo contrario. (1) Eso sí, despojándose de esa iracundia, de esa procacidad que les es característica, de esa venezolanofobia; mojando la pluma en el tintero y no en el hígado.

El doctor Santos hace muy bien en no pretender "separar mi tesis del lugar y de la época en que fué escrita", porque nada lo autoriza a hacer esa reparación; y nunca ha estado más en razón que cuando afirma que mi tesis "es producto directo del medio y

---

(1) Releo este artículo para darlo a las cajas en momentos en que se agita en Colombia la elección del nuevo Presidente de la República y podría fundamentar este concepto con los propios editoriales del Doctor Santos en su ilustrado periódico, en los cuales protesta a cada instante contra la poderosa o incontrastable influencia del Clero en la política de Colombia. Yo no he dicho más de lo que el Doctor Santos repite todos los días y en todos los tonos. Podría además, hacer uso de muchas cartas particulares y de algunos artículos de la prensa liberal. Un periódico de Cartagena, publicó a propósito de la excomunión del Doctor Antonio J. de Irizarri, un artículo titulado: La Dictadura del Clero.—Tiene razón el señor Vallenilla Lanz.—Huelga el comentario.

del momento". Por eso es un libro de verdad y de sinceridad. Yo compruebo, con la historia en la mano, que el Caudillo ha representado entre nosotros "una necesidad social"; pero procede de mala fé el doctor Santos al atribuirme el concepto de que ese sistema actual sea inmutable. Yo creo firmemente en las leyes de la evolución; creo que las sociedades son organismos en un todo asimilables a los organismos animales y sometidos a leyes análogas; creo que las constituciones no son obras artificiales, que ellas se hacen por sí solas, porque no son sino expresiones de un estado social, y por consiguiente cambian con la sociedad misma.

Yo lo digo claramente en las páginas 256 y 257 de ese libro que el escritor colombiano ha tenido la peregrina ocurrencia de condenar sin haberlo leído:

"Por lo demás, es bien sabido, que ningún sistema de gobierno, ninguna Constitución, pueden ser permanentes e inmutables. Todos son transitorios, cambiantes como la sociedad misma, sometida del mismo modo que todo organismo a las leyes de la evolución. Un investigador tan serio y tan justo como Maine, ha demostrado que muchas de las cosas que en el sistema democrático se consideran como ciertas y definitivamente establecidas, no tienen sino el carácter de una experiencia y de un ensayo".

"El Caudillismo desgregativo y anárquico que surgió con la guerra de Independencia y que el Libertador dominó y utilizó en favor de la Emancipación de Hispano América, estableciendo desde entonces en Venezuela lo que han llamado los sociólogos la **solidaridad mecánica** por el engranaje y subordinación de los pequeños caudillos en torno al caudillo central representante de la unidad nacional y fundada en el compromiso individual, en la lealtad del hombre al hombre, no se transforma sino muy lentamente en **solidaridad orgánica**, cuando el desarrollo de todos los factores que constituyen el progreso moderno vaya imponiendo al organismo nacional nuevas condiciones de existencia y por consiguiente nuevas formas de derecho político".

Modificando el medio social por el desarrollo económico, por la multiplicación de las carreteras y de las vías férreas, por el saneamiento, por la inmigración de gente europea; es decir, haciendo lo que se está haciendo en Venezuela desde hace doce años

al amparo de un Gobierno fuerte, dirigido por un hombre de Estado, por un patriota consciente de sus deberes, quien como otros grandes Caudillos de América representa la encarnación misma del poder y mantiene la paz, el orden, la regularidad administrativa, el crédito interior y exterior, estamos preparando al país para llegar a la situación en que se hallan hoy otros pueblos de nuestra misma estructura geográfica, y los cuales, atravesando las mismas vicisitudes y sometidos también a regímenes absolutamente semejantes a los nuestros, han encontrado al fin el camino que los va conduciendo a la práctica de los principios democráticos escritos en las constituciones desde los primeros días de su vida independiente. Sí, señor. Yo creo, como Renán, y como el Libertador, en la necesidad del "buen tirano" en determinadas épocas de la evolución social; y lo digo, no veladamente, ni con eufemismo impropios de mi carácter; y bien convencido estoy, como el gran filósofo francés, de que "Caliban en el fondo, nos presta mayores servicios que Próspero apoyado por los jesuítas y por los nuevos pontificios".

INDICE

INDICE

Pág.

PROLOGO, por el Dr. Manuel Maldonado.. V

PREFACIO.. 1

VENEZUELA EN LA INDEPENDENCIA HISPANO-AMERICANA

El 19 de Abril de 1810.. 5
La Argentinidad.. 25
Las Campañas de la Independencia.. 35
Aniversario de Carabobo.. 41
Ne Quid Nimis.. 55
El Paso de Numancia.. 61
Lo que no se compra.. 73
Centenario de Boyacá.. 79

EL LIBERTADOR JUZGADO POR LOS MIOPES

El Imperio de los Andes.. 103
Simón I, Rey de las Américas.. 119
A propósito de Junín.. 123
Viejos rencores.. 129
El traidor Francisco Fernández Vinoni y la justicia de Bolívar.. 135
Dos Discursos Académicos.. 141

EL CONCEPTO DE RAZA

Las Castas Coloniales.. 151
El concepto de raza en la evolución venezolana.. 159
La Fiesta de la Raza.. 177

ESPAÑA Y AMERICA

LOS OBREROS DEL ACERCAMIENTO

Pág.

Confraternidad Hispano-Americana.. 189
La unión Ibero-Americana.. 195
Villaespesa y los otros.. 199

JUICIOS Y COMENTARIOS

La Argentina que piensa.. 205
La Guerra y la Ciencia.. 213
Los Hijos del Invasor.. 223
Lección de patriotismo.. 227
Causerie.. 231
Mi Herejía.. 237
Los Obispos expulsos.. 245
Notas sobre Religión.. 253
Testimonio insospechable.. 259
Cesarismo Democrático y Cesarismo Teocrático.. 261

Imprimióse esta obra en los
talleres de la
C. A. TIPOGRAFIA GARRIDO,
el mes de Enero de 1956.
Caracas, Venezuela.

De Pío Gil:
El Cabito
Los Felicitadores
Cuatro Años de mi Cartera
(Agotada)
Amarillo, Azul y Rojo
(Agotada)

De Juan Vicente González:
Las Epístolas Catilinarias
sobre el 8 de Julio

De René De Sola
De la Comercialidad de las Operaciones Inmobiliarias en el Derecho Venezolano

---

De José Ratto-Ciarlo:
La Utopía del Reino de Dios

De Angel Grisanti:
El Proceso contra los Asesinos del Gran Mariscal de Ayacucho

Ley de Arancel de Aduanas
por José Bonifacio Galíndez
(Undécima Edición)

EN PRENSA:

De Domingo B. Castillo:
Memorias de Mano Lobo

Del Dr. Julio César Acosta:
Compilación de las Reformas del Código de Comercio. - Debates en la Cámara de Diputados, en la del Senado y en sesiones de Congreso

COMPAÑIA ANONIMA

"TIPOGRAFIA GARRIDO"

EDICIONES VENEZOLANAS

CARACAS-VENEZUELA